

J A I M E
B A R Y L K O

Sabiduría
de la Vida



ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE
EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" , **Thomas Jefferson***



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia :1646

Sabiduría de la vida

Biografía

Jaime Barylko nació en Buenos Aires en 1936. Licenciado en Letras y en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, se doctoró en esta última disciplina en la Universidad Nacional de La Plata. Realizó estudios de posgrado en Educación en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Profesor en la Universidad de Belgrano, lo ha sido también, como invitado, en diversas universidades, en Caracas, La Paz, Santiago, Bogotá, San José, São Paulo, Porto Alegre, Tel Aviv y Jerusalem, además de las Del Salvador y Rosario. Ha sido asesor del CONICET y del Ministerio de Educación. Expositor en congresos nacionales e internacionales de Educación, Filosofía, Orientación Vocacional y Religiones Comparadas, ha escrito doce libros, entre ellos, *El aprendizaje de la libertad* (1989) y numerosos artículos publicados en revistas y diarios de la Argentina (*Sur*, *La Nación*) y del exterior (Costa Rica, Boston, Nueva York).

Jaime Barylko
Sabiduría de la vida



Barylko, Jaime
Sabiduría de la vida.- 1ª ed. – Buenos Aires : Booket,
2004.

400 p. ; 18x12 cm.

ISBN 987-1144-30-X

1. Superación Personal I. Título
CDD 158.1

© 2002, Jaime Barylko

Derechos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© 1994, Emecé Editores, S. A.

© 2002, 2004, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Booket
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires

1ª edición del sello Booket: 3.000 ejemplares

ISBN 987-1144-30-X

Impreso en Grafignor S. A.,
Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de enero de 2004.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Capítulo 1:

Este saber no sabiendo es de tan alto poder

La vida, ¿a qué compararla?

Dogen:

"La vida, ¿a qué compararla?
Al reflejo de la Luna
en la gota de rocío
suspendida en el pico
de un ave acuática."

Sabiduría

El saber tiene objeto.

El sabor tiene sujeto.

Sabiduría, sin decir La Sabiduría, sabiduría así, en letras chiquitas, en repulsa de cualquier mayúscula, es la vida que se saborea, sin previas definiciones, retirada de condicionamientos autoritarios, en desnudez adánica.

No se regala.

No, no se regala. Porque no es cosa. Las cosas se regalan. Las vidas se con-viven.

Es un ejercicio, de apertura, de sensibilidad, de erotismo perpetuo en perpetua búsqueda del encuentro.

Que se vuelva perpetua espera mientras la maleza crece, también ella, y pretende encerrarte en vanas seguridades.

Serás fuerte y sabrás guardarte una ventana para ti, por donde sople el viento, hacia afuera, hacia adentro.

Querer es creer

No vivo contigo porque me eres confortable, como un sillón. No estoy contigo porque me eres útil en tu conversación, o en tus ideas, o en el color de tus ojos.

Vivimos entre objetos pero el sentido se da entre sujetos.

Vivo contigo porque creo en ti. No por lo que sé, ni por lo que sabes, sino porque nos creemos.

Querer es creer.

Dios mío, los días oscuros son aquellos en que quiero y no creo.

Entonces me busco entre aparatos, cosas, libros, bibliotecas, magnolias, y no me encuentro, no me encuentro.

No me encuentro sentido.

Son días en que nada falta, salvo alguien.

¡No te entiendo!

Estamos divididos, fragmentados en funciones, en capacidades, limitados por fronteras interiores.

Una es la *inteligencia*, para entender, clasificar, ordenar.

Otra el *sentimiento*, para con-vivir, para vibrar.

Esas divisiones, en realidad, nos han hecho mucho mal, porque nos han educado para existir en planos diferentes, y por lo tanto a partirnos en pedazos, en compartimentos, dentro de una vida que, en realidad, es una, una totalidad orgánica e integral.

Nos dicen que debemos entendernos.

Yo te miro pero no te entiendo.

Yo te siento pero no te entiendo. O tal vez esa manera mía de sentirte es el único entendimiento que cabe tener de otra persona.

El corazón tiene sus razones que la razón desconoce, sugería Pascal.

Razones

Yo creo que soy uno, que hay una sola razón, que se manifiesta de infinitas maneras en relación con aquello

que le sale al encuentro, un cielo, una piedra, una lluvia, una mujer, una injusticia, una flor.

Esta razón siempre tiene razón.

No es la verdad la única razón de la razón. Hay razón de ser y razón de conocer y razón de amar y razón de estar en silencio.

Sabiduría del sabor

El saber atesora datos, cosecha conocimientos, ensancha horizontes, conoce.

El saber es de las ciencias, y está grabado en enciclopedias y otros textos especializados.

Se enseña, se aprende. Aprender es absorber, y repetir.

La sabiduría no es saber, es sabor.

No se dirige a las cosas, ni a los libros doctos, ni al mundo de las ciencias para averiguar cómo se mueven los astros o cómo se comporta la clorofila.

Importa el aroma del mundo.

Vale, para la sabiduría, el sentido de la existencia.

La vida, ¿qué es la vida?

La vida, tan corta; la vida, tan larga —decía un libro de Guy de Maupassant.

La sabiduría es para hacerla intensa, profunda.

Después de mucho ambular entre ideas, bibliotecas, indagaciones y otras flores más o menos desecadas me digo que sería más dichoso si supiera mucho menos, y si supiera mucho más.

La sabiduría de la vida es como el polen, se recoge donde se da y tiene una única consecuencia: la miel.

Re-nacimiento diario

Por eso la sabiduría no existe. Nace y renace en el vaivén de las circunstancias y de lo que hagas con ellas.

Nada se repite, todo es nuevo. Ni la flor, ni el polen, ni la miel.

Tan sólo la ansiedad.

Tan sólo la sensibilidad.

La apertura, el des-cubrimiento, el des-lumbramiento que es quedarse sin, por tanta luz.

La hoja real

Cataratas del Iguazú.

La primera vez fuimos juntos y las cascadas de agua, el vaho del ruido, se nos impusieron y nos unieron en una fábula de ninfas, faunos y dioses, tan maravillados estábamos.

La segunda vez les presté atención a las rocas, sensualmente moduladas por las aguas de los siglos. Tú sacabas fotos, alegremente.

La tercera vez teníamos una videofilmadora, y la alternábamos. Yo presté particular atención a ciertas hojas de plantas grandilocuentes.

La cuarta vez me atraparon las mariposas. Pensé en el infinito.

La quinta vez las miramos de lejos. Después me fijé en ti. Y volví a pensar en el infinito mientras el agua sonaba, monótona, detrás de nuestras espaldas.

Te tomé la mano.

Descubrí la maravilla del tacto y me quedé tan deslumbrado que hasta el infinito se me diluyó entre el vapor que levantan esas rutinarias aguas que aburridamente caen y caen.

Después te dije:

—Hay que aprender a buscar lo divino en otras hojas.

Te mostré una de ellas, agujereada por gusanos. En esa región todas estaban igual, hojas en estado de vida, de vida ajena que se regocija con la vida verde y se nutre de ella.

—Esa es la hoja real —dije, mientras te abrazaba para que sintieras el calor de la realidad—, esa es la verdad de la hoja, de la clorofila, como la de estos brazos que ahora te envuelven. El gusano es parte de la hoja, y viceversa, y ambos partes de otras partes, y así sucesivamente, y nosotros pretendemos sustraernos a esa participación de partes en la totalidad del todo, colocarnos por encima, y desde la atalaya de nuestra grandeza contemplar la realidad, y decir qué es qué.

Nada es nada, te dije. Todo es todo, parte de todo, suceso de todo, y nosotros estamos dentro del sistema, vida devorando vida, vida haciendo vida, vida emulsionando vida.

Te miré, y me callé.

No me escuchabas, te estabas disolviendo en el todo.

Corazón que oye

El rey Salomón, recién ungido, tuvo un sueño.

Era Dios el que le hablaba:

—Pídemelo lo que quieras; yo te lo daré.

Salomón respondió:

—He aquí que yo soy muy joven y no conozco los caminos de la vida. Te pido que me des un corazón que oye para distinguir entre el bien y el mal y pueda así conducir y juzgar a este pueblo.

Le contestó Dios:

—Porque me has pedido corazón que oye, te daré eso, sabiduría e inteligencia, y también te daré lo que no pediste, riquezas y honores.

A los 13 años, en esos raptos de dulce soledad meditativa, leía yo este fragmento y en mis ocultos diálogos con la divinidad le pedía para mí "corazón que oye...".

Logré el intelecto que clasifica.

El corazón que oye necesita ser cultivado, todos los días.

Levantarse diariamente y levantar las persianas, tan pesadas ellas.

Todos los días.

En eso ando.

Apertura de la vocación

Oír es estar abierto, receptivo, para captar mensajes, sonidos, silencios, llamados.

El corazón que oye es el hombre en su totalidad, ya sin demarcaciones de territorios, el hombre íntegro, el que se aplica a recibir la vocación —en latín significa:

“llamado”. Ser llamado es ser necesitado, re-clamado.

Atiende, aguza el oído, afina los sentidos: te llama algún recado, te convoca alguna misión, alguien te necesita.

Mientras tú llamas, mientras tú convocas.

El tiempo y el ruido

Claro que para oír, y más para escuchar, hay que tener tiempo.

Y para tener tiempo hay que tener ganas de tenerlo, es decir superar el miedo que produce el tiempo cuando uno tiene tiempo.

Tiempo es relax, es algo de silencio interior para poder oír otras voces, otros llamados.

Porque —no sé si te diste cuenta— estamos muy llenos de ruido, y por más corazón que tengamos, el ruido interior, ese bullicio de datos, referencias, informaciones, gritos, deseos, anhelos, frustraciones, codicias, voluntades, todo ese vocinglerío impide que uno salga de su propio encapsulamiento para oír... al otro.

No basta con disponer de orejas y circuitos auditivos intactos.

No es suficiente.

Tampoco alcanza con ir a la casa de un señor o de una señora para que nos ofrezca un incómodo diván y le paguemos para que nos oiga.

El ejercicio consiste en oír... al otro, a lo otro, al universo.

Oírme una cosa...

—Oírme una cosa —le dice un individuo al otro.

Es una contradicción: oírme es lo contrario de una cosa. Lo uno o lo otro.

En efecto, oír, con el corazón, con el ser todo, es dejar de ser cosa entre cosas.

Sería algo así como apreciar en vivo y en directo el perfume del césped recién cortado; y a través de él degustar el sabor del mundo.

Lo otro es el frasquito que viene de Europa y que se compra en el *free shop* cuando viajamos a Montevideo.

Eso que no se regala

Y se regala a los amigos.

La cosa se regala.

El corazón no se regala. Aunque dispone de un regalo supremo que más lo liga con Dios que con la economía de exportación-importación. Es el de oír.

No tiene precio.

La lección del maestro

Me dijo el maestro:

—El que reza hoy porque rezó ayer es un perverso.

—¿Y el que no quiere rezar hoy?

—Que rece porque rezó ayer.

—¿No dijiste, acaso, que es un perverso?

—La perversión consiste en que esté rezando hoy creyendo que está rezando hoy. Si reza por rutina de tradición está bien que lo haga, pero que no piense que ejerce su libertad; no tiene hoy, tiene solamente ayer.

—¿Entonces por qué es bueno que rece?

—Porque rezando, hijo mío, se aprende a rezar. Amando se aprende a amar. La rutina que la tradición establece es buena porque te enseña a andar en bicicleta. Algún día andarás en bicicleta y te preguntarás cómo es que funcionan mis pies, cómo es que estas manos se aferran al manubrio, cómo es que todo esto se da, y entonces, claro está, dejarás de andar, porque lo peor para la rutina es el pensamiento. Pierdes esa bicicleta, y te tienes que inventar la propia. Así el rezo, así Dios.

—¿Qué Dios, maestro, el de la rutina o el de la libertad?

—El de la autenticidad en autodisolución perfecta. El de los diez mandamientos.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué dicen los diez mandamientos?

—Yo soy Dios que te extraje de la tierra de Egipto de casa de esclavos.

—Y qué más dice.

—No te harás estatuas, imágenes, de Dios.

—¿Qué Dios es?

—El de la disolución de cualquier imagen de Dios.
—El de la negación de cualquier afirmación. Las afirmaciones esclavizan.

La libertad no habla, vive, hace, crea.

Para pensar, lo mejor es dejar de saber

El saber atesora conocimientos, ideas, datos, referencias.

Hay gente que sabe mucho. Generalmente piensan poco. Son víctimas de su propia memoria. Ante cualquier problema buscan en la memoria y encuentran la solución.

Por cierto jamás es la solución adecuada, porque todo problema es nuevo, y el dato de la memoria es viejo.

Es por eso que avanzamos tan poco, en lo privado y en lo público. Porque sabemos demasiado.

Me dices algo, y de inmediato busco en mi saber memorístico la respuesta. Ergo no te escucho. Oigo la pregunta en función de la respuesta que tengo adiestrada para situaciones como ésta.

Y ninguna situación es como ésta.

Pero así vamos, por el camino de la rutina, de la repetición, de las respuestas armadas para preguntas eventuales. Es el saber. Es la memoria. Es la pereza.

Es la comodidad.

Pensar requiere estar despierto, y empezar de cero. Tomar todos los datos de la memoria y decirles:

—*Vade retro!* ¡Hombre pensando! No quiero saber, ¡quiero pensar! El ahora desde ahora. El aquí desde aquí.

Convocatoria pública a estar inteligente

La gente suele preguntarse *quién es inteligente*.

A tal efecto hay mediciones de coeficientes y otras entelequias. A mí, francamente, no me interesa *quién es inteligente*. Sólo me atrae *quién está inteligente*.

El ser es sustancial, vocacional, hundido en la interioridad de las potencialidades del alma.

Me es des-conocido. Me imagino que la mayoría de la gente que conozco es inteligente; no obstante me amarga

que no lo ponga —a ese poderoso, genial motor— en movimiento, en práctica.

La inteligencia es aplicación, o no es. Puede darse un coeficiente de inteligencia superior, pero una existencia con práctica cotidiana nefastamente estúpida.

El estupor es eso: la paralización de la inteligencia.

El motor está, sí, y es maravilloso. Pero si no lo usas, no existe.

No preguntes quién es inteligente.

Pregunta quién está inteligente.

Esquizo

La posibilidad fantástica, esa que tiene el hombre, de ejercer la esquizofrenia del ser versus el estar, no deja de asombrarme.

Es racional. Pero no está racional.

Digamos que la racionalidad suele ser algo así como un lapsus.

No seas inteligente, insisto. Ni procures brillar con frases de marquesina.

Introduce la inteligencia —y la tienes, no consultes a ningún experto, la tienes— en la vida.

Sí, es un acto erótico, amoroso, fecundante.

Sólo que al revés: que el adentro se haga afuera.

¿Y en qué consiste?, te preguntarás.

La inteligencia como función es flexibilidad.

Es la capacidad de responder coherente y eficientemente a nuevas situaciones, según consabida definición.

Y la vida es constante recolección de nuevas e inéditas situaciones. Si es que uno las percibe, claro está.

En cambio, si la rutina domina, nos bañamos fatalmente en el mismo río.

Es decir: ni es río ni nos bañamos, ni nada.

La originalidad creativa

Des-viarse era clásicamente alejarse de la única y excelente y buena vía.

Hoy se pone en duda que haya una única y excelente buena vía.

Des-viarse, en consecuencia, es ensayar otras vías.

Así opera la creatividad. En lenguaje de Umberto Eco es vivir como "obra abierta".

Veamos cómo lo plantea Arthur Koestler:

"La originalidad creativa siempre implica un desaprendizaje y un reaprendizaje, un deshacer y un rehacer. Implica la ruptura de estructuras mentales petrificadas, deshacerse de matrices que han perdido su utilidad, recomponiendo otras hasta formar nuevas síntesis. En otras palabras, se trata de una operación muy compleja de *disociación y bisociación* en la que participan varios niveles de jerarquía mental."

Primero di-sociar. Luego, bi-sociar. Des-hacer. Re-hacer.

Primero des-viarse. Luego en-viarse.

Edward de Bono denomina al pensamiento que se des-vía en busca de nuevas alternativas creativas "pensamiento lateral".

El pensamiento vertical

El osificado por la rutina es el pensamiento vertical. Se clava en un punto y ahí persiste. No se mueve. No se des-vía. Está ahí, haciendo un pozo. No encuentra agua. Pero sigue cavando. Es el pensamiento que no piensa. Está inmóvil.

Se propuso encontrar agua; buscó un lugar adecuado; empezó a cavar. Hasta ahí se ejerció el pensamiento. Luego se petrifica. Cavará eternamente en el mismo pozo aunque no se encuentre nada. No se cuestiona. No se des-vía para contemplarse a sí mismo.

De Bono (*El pensamiento lateral*) comenta:

"La lógica es el instrumento utilizado para cavar pozos cada vez más hondos, para convertirlos en pozos mejores. Sin embargo, si el pozo está en un lugar equivocado entonces por más que se lo mejore no se logrará ponerlo en el lugar correspondiente... El pensamiento vertical equivale a profundizar en el mismo pozo, el pensamiento lateral, a intentar en otra parte."

El pensamiento vertical es pensamiento auténtico en sus comienzos, luego va cayendo en la red de su propia rutina, se torna automatismo, hábito, reflejo, y *ya no piensa*. La mayoría de la gente que comienza afirmando: "Yo pienso que...", esbozará a continuación un clisé de fórmula que alguna vez, quizá, pasó por la criba de la mente y de la reflexión, pero que luego se tornó en mero mecanismo repetitivo.

Cuando me encuentro con amigos que con frente fruncida y ojos estreñidos dicen: "Te diré lo que pienso...", me pongo a temblar.

De emoción frente a la noticia de que piensa.

De pavor por el casete que irá a funcionar, y la tristeza consecuente.

El pensamiento lateral

Está la rutina. Están los caminos trillados, que por trillados son tan cómodos y confortables y te autorizan a decir "yo pienso", a poner en funcionamiento discos de 78 revoluciones por minuto, y otras arqueologías, mientras descansas, y la idea se habla sola, se repite sola, automáticamente.

Pensar es salirse de la vía, des-viarse.

Tornarse, en lenguaje de Unamuno, en vaga-bundo. El vago es el vacío, el vaciado, el que momentáneamente se des-prende de tanto saber acumulado y rutinario.

Vaciarse. Vagar. Des-viarse. Eso es pensar.

Irse a un costado de la vía. Eso que De Bono llama "el pensamiento lateral".

El pensamiento lateral se denomina así porque se corre a un costado de lo ya sabido y consabido; no se opone, simplemente se des-vía. Intentará otro punto de vista. Un nuevo enfoque.

El ejemplo del pozo es ilustrativo.

A mí particularmente me atrapó, porque trajo a mi memoria un hermoso cuento del boliviano Augusto Céspedes titulado casualmente "El Pozo".

Céspedes nos traslada, decenios atrás, a uno de tantos

conflictos entre seres y naciones; esta vez son bolivianos y paraguayos. ¿Y por qué pelean? Por un pozo.

¿Por qué pelea la gente? Por un pozo

Entremos en la escena narrativa. Un grupo de soldados deambula por el monte; la sed los atormenta. Uno de ellos comenta que en la zona había visto un buraco, un pozo abierto antaño y luego abandonado. Deciden que lo mejor sería retornar a ese pozo y cavar en él para hallar agua.

Así hacen. Pero el trabajo es infructuoso. Inútil todo el esfuerzo.

“El pozo va adquiriendo entre nosotros una personalidad pavorosa, sustancial y devoradora, constituyéndose en el amo, en el desconocido señor de los zapadores.”

Primero fueron al pozo a buscar agua.

Luego se encuentran trabajando en el pozo porque hay que trabajar en el pozo. El medio es fin. El pozo es el amo. No crean la situación. Ella los va modelando. Son sus súbditos. No hay realidad. Sólo puede haber fantasía, alucinación.

“Pedraza ha contado que se ahoga en una erupción súbita del agua que creció más alta que su cabeza. Irusta dice que ha chocado su pica contra unos témpanos de hielo, y Chacón, ayer, salió hablando de una gruta que se iluminaba con el frágil reflejo de las ondas de un lago subterráneo.”

Siete meses estuvieron cavando, y alucinando.

Siete meses para despertar a la reflexión: hay que abandonar ese pozo.

Pero aquí sucede el milagro. No aparece el agua. Aparecen los paraguayos, el bando contrario, los enemigos. Ellos creen que el pozo de los bolivianos tiene agua. En consecuencia atacan. En consecuencia los bolivianos consideran que ese pozo es importante y vale la pena luchar por él.

¡Defenderán su pozo!

“¡Nosotros no cedíamos un metro, defendiéndolo, como si realmente tuviera agua!”

Lucha cruenta, hasta que termina. Hay que recoger a los muertos e inhumarlos.

“Para evitar el trabajo de abrir sepulturas, pensé en el pozo.”

Un pozo puede ser fuente de vida. También puede ser fuente de muerte.

El pensamiento vertical ciego y estúpido es el generador de conflictos y desdichas.

El lateral puede ayudar a despertarnos de ciertas modorras y hacernos recuperar la función del pensamiento.

¡Cómo nos pasamos la vida, individuos, naciones, historia, luchando por pozos vacíos sobre la base irracional del empecinamiento y de la incapacidad de movilizar el entendimiento para ensayar otra dimensión reflexiva!

El más importante de los exámenes

“Noto que la credulidad y la ingenuidad están en vías de desarrollo inquietador. Observo, desde hace pocos años, una nueva cantidad de supersticiones que no existían...”

Ese párrafo lo suscribió Paul Valéry en 1932.

El tema no se reduce a pobres e incultos soldados bolivianos y paraguayos que alejados de la civilización pelean por un pozo.

Los más cultos y civilizados... hacen lo mismo. Cámbiese el término “pozo” por lo que se quiera, la situación es idéntica:

se lucha por el vacío, por nada.

O por cualquier cosa. Cuanto más vacío el “pozo”, tanto más atractivo es para la guerra, tanto más heroico y emotivo. Y tanto más fácilmente se impone a las masas y funciona como aceitado reflejo.

El mismo Valéry, por tanto, acotará:

“El examen de los reflejos se convierte en el principal entre los exámenes de hoy.”

Vivir de memoria

No es que no haya gente con entendimiento, creativa, innovadora. Es decir auténticamente pensante. La hay. Sospecho que el entendimiento está distribuido más o menos equitativamente en todos los seres.

Pero es trabajo.

Y nosotros solemos ser muy pero muy perezosos.

Una vez que aprendemos que la humedad es lo que mata y que no por madrugar se amanece más temprano y que las mujeres deberían lavar los platos y no conducir autos y que los adolescentes son todos unos desquiciados y que la culpa de todo la tiene la corrupción y que el que mucho abarca poco aprieta y que el año nuevo hay que festejarlo reventando cohetes, y oídos, y que al hijo que egresa con diploma de alguna casa de estudios hay que reventarle huevos en la cabeza, una vez que aprendemos todo eso, y todo lo demás, no pensamos.

¿Para qué?

Porque pensar es deshacer todas esas frases, y otras mucho más importantes, por cierto, y volver a construir una visión del mundo, del nene, de tu esposa, de la realidad.

¡Mucho trabajo!

La memoria nos libera del trabajo. Uno acude al archivo y ahí está la solución, la respuesta.

—¿El nene anda mal?

—Debe de tener algún problema...

—¿Y qué problema tendrá?

—De la casa, seguro... Los padres, te imaginás, conflictos, en fin...

Ya no importa, después, ni el nene, ni el problema.

Uno sabe, y descansa.

Vivimos de memoria.

Ese es el problema de que tengamos tantos problemas. Los médicos curan de memoria, los abogados dictan de memoria, y los gobernantes gobiernan de memoria.

Ya saben. Y si ya saben, no piensan. Y si no piensan, nada profundo se modifica profundamente.

Hay que atreverse.

Pensar es dialogar

Crear es confrontarse con otras creaciones.

Ernst Cassirer en su obra *Filosofía de las formas simbólicas* demuestra cómo en todos los planos de la cultura se conjugan lo nuevo y lo viejo, lo tradicional y lo revolucionario, lo conservador y lo innovador. No bien nacemos nos cultiva el lenguaje. Que es ajeno, que es impuesto, que es de otros. Ingresamos en la sangre con la leche materna. Y con él las ideas, las palabras, todo un mundo de símbolos, creencias y mitos.

Es el primer saber que nos moldea. Más el de la escuela, los libros, los códigos establecidos. Hasta ahí nos hacen crecer.

Luego viene eso que Bateson denomina el "deutero conocimiento", que es el conocimiento del conocimiento, el conocimiento segundo que pone en crítica al primero.

Eso es pensar. Pero frente a lo ya conocido. En diálogo con lo otro. En diálogo con el otro. Lo nuevo no tiene sostén fuera de la tradición. Picasso es todo lo revolucionario que es dentro de una serie de convenciones que se relacionan con la pintura, sus materiales, sus encuadres, sus signos y sus símbolos, sus lenguajes.

A partir de ahí viene la creación.

Como el niño que emerge del vientre materno. Emerge, es nuevo, pero lleva consigo todo el vientre materno, y luego la nostalgia de su propia fuente.

Esta es la tarea infinita del hombre.

La vida es finita, pero somos hombres en cuanto emprendemos tareas infinitas o que pretenden lo infinito. Y somos sabios sólo y tan sólo en cuanto sabemos cuán imposible es alcanzar eso que la tarea se propone.

En términos de Cassirer:

"Si el pensamiento no puede captar directamente lo infinito, debe entonces recorrer lo finito en todas direcciones."

Mejor lo dicen los poetas. En este caso es Jorge Guillén, "Aquellos veranos":

"Lentos veranos de niñez.
Con monte y mar, con horas tersas,
horas tendidas sobre playas
entre los juegos de la arena,
cuando el aire más ancho y libre
nunca embebe nada que muera,
y se ahondan los regocijos
en luz de vacación sin tregua,
el porvenir no tiene término,
la vida es lujo, y va muy lenta."

Sí, así es la vida, un lujo, y va muy lenta, cuando va en pos de la eternidad a sabiendas de su propia finitud.

Entonces el porvenir no tiene término.

Niño, ser niño de la niñez de los lentos veranos y del porvenir sin término.

Es la única manera de ser humano. Juego y arena.

Cultura es comunicación

La comunicación tiene como base un mundo en común. Cuando decimos "mundo" nos estamos refiriendo a eso en común que la cultura nos proporciona. Un mundo no es eso que está ahí afuera, sino todo lo que está adentro, respecto de lo que está afuera, y en común con otras personas.

La comunicación es factible cuando el mundo, o parte del mundo, es en común.

Esa comunicación deja su impronta en los seres que participan de ella. Solamente Adán fue el primer hombre. El resto de la humanidad está intercomunicada, inter-influenciada. De ahí esa frase medieval:

"No somos más inteligentes que nuestros antepasados pero vemos más lejos que ellos, porque somos como enanos parados sobre hombros de gigantes."

No obstante el tiempo, es decir la historia, es decir el devenir de los hombres y de sus sociedades, van decan-

tando aquello que posee algún valor de aquellos otros elementos que la cultura va produciendo pero que van irremediablemente camino de la caducidad.

Al respecto no siempre se puede profetizar ni tampoco se puede juzgar la justicia de los tiempos, de los elegidos y de los desechados.

Viene al caso la cita de los Evangelios:

"*Multi sunt vocati...*" "Muchos son los llamados, pocos los elegidos."

La generación de Cervantes estaba muy lejos de ver en él a uno de los genios máximos de la humanidad. No lo entendían.

¿O es que los que vinieron después creyeron entenderlo y volcaron sobre él gracias mil, y sobre su Quijote metáforas un millón, y se lo inventaron totalmente?

Bien podría ser. Nuevamente al latín: "*Habent sua fata libelli*": "Los libros tienen sus propios destinos".

Nada es lo que es, ni una montaña, ni un cuadro, ni un libro. Todo es lo que la sociedad dice que es. El valor es siempre valor agregado.

Agregado por la apreciación de los otros.

De esa trama está integrada la cultura, de apreciaciones, creencias, consagraciones de ideas, mitos, valores.

La cultura es el velo que tenemos sobre los ojos y que está tan adherido que es nuestra mirada. Otra mirada no tenemos ni podemos tener, a menos que nos quitemos los ojos.

No obstante cabe el vaivén dialógico de lo dado por los demás, la tradición, y la revisión crítica que desde mí —y con el apoyo de lo aprendido, que es lo ajeno— puedo realizar.

Eso se torna rebelión en primera instancia, y en segunda instancia se vuelve cultura, cuando se impone, se repite, se glorifica.

En la Cábala el mundo de la creación está sostenido por una trinidad:

La Corona, que es la realeza, el origen, la NADA, porque es el In-finito, Lo Más Oculto de Dios.

La Sabiduría, que es el primer hilo que del infinito ingresa al ser finito, ser a ser creado.

El Entendimiento, que recibe en sí ese fálico hilo que penetra en su útero, ya que es La Madre, y en hebreo se

llama *Bina* porque da origen al nacimiento del mundo, al HIJO, el BN, de la misma raíz.

Sabiduría, masculino, fecunda a Entendimiento, y a partir de ahí nace el mundo creado.

Es para meditar.

La casa sosegada

Desde chiquito me vienen diciendo que el saber no ocupa lugar.

Sospecho que sí, que ocupa lugar.

Antes admiraba a la gente que sabía mucho, que para cualquier tema tenía de inmediato una frase, un verso, una alusión, una referencia.

Hoy me digo: pobres, saben tanto, están tan llenos de saber, que no alcanzan a pensar; el saber los domina y se les escapa de la boca, del cerebro.

La fórmula más coherente, si existiera, consistiría en devolverle al saber su raíz primera, que es la del sabor.

Es el hedonismo de la experiencia. Para eso hay que tener tiempo y, claro está, eso que los de antes llamaban "buen gusto", una rara mixtura de saber con pensar, forjando el paladar del alma —repitiendo a Montaigne— para lo bello. No me refiero a la belleza que decora los museos ni a la de los lugares comunes de la naturaleza.

Es ese "no sé qué que se alcanza por ventura", al decir de Juan de la Cruz, y que se da en la cotidiana existencia de cada cual.

El místico español canta el ascenso del alma. ¿En qué consiste? En salir de la prisión configurada por la rutina. Para ello no basta con la voluntad. Se necesita pasión.

"En una noche oscura
con ansias en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada."

Sosegar la casa, tranquilizar los automatismos del alma que están dispuestos a saltar sobre todo momento nuevo y asimilarlo a paradigmas antiguos.

En otro poema dirá la finalidad alcanzada, pero que no se alcanza por programa, sino por des-programación, es decir por ventura.

Ventura es lo que viene.

Ventura es inteligencia que espera, y no saber qué recuerda y qué domina.

Ventura es des-pojarse de corazas para que la vida te inflame en sus imprevistos encuentros.

“Este saber no sabiendo
es de tan alto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer
que no llega su saber
a no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo.”

¿El sabor, te pasó alguna vez?

“Este saber no sabiendo/es de tan alto poder...”

¿Te pasó alguna vez? ¿Se te dio?

Es el sabor, que es de otro saber, que nace y muere en el momento del estar el ser en su plenitud. Se da. Por ventura.

Es ese el vero hedonismo, el encuentro con lo extraordinario que produce, como efecto, el placer que es el encuentro de uno consigo mismo.

Nadie puede salir de sí mismo.

El otro o lo otro están para que se produzca la revelación, la caída del velo, de algún velo, de algún misterio que desgrana una recóndita armonía de despertar interior, inexplicable, solamente vivible por lo placentero que es, y por tanto inefable.

Solemos especializarnos. Ahí está el artista, el hedonista de la belleza.

Ahí está el poeta, hedonista de la palabra.

Ahí está el científico, hedonista de la verdad.

Ahí está el religioso, erótico amante de lo divino, toda ciencia trascendiendo.

Ahí están todos los que están, y que fragmentan una

parte de su ser, para especializarla, en el sabor.

Pero se llenan, al especializarse, de saber, de contenidos, de memoria que impide vivir el presente, porque todo presente que se presente lo hace a través del velo de una imagen pretérita, y lo extático, la experiencia vivencial, de este momento irrepetible, único, incomparable, se pierde.

Vivimos como soñamos

Joseph Conrad hace decir a uno de sus personajes en *El corazón de las tinieblas*:

“Es imposible comunicar la sensación de vida de una época determinada de la propia existencia, lo que constituye su verdad, su sentido, su sutil y penetrante esencia. Es imposible. Vivimos como soñamos... solos.”

Si supiéramos eso, si lo tuviéramos integrado en el ser seríamos menos infelices porque no pretenderíamos lo imposible: irrumpir dentro del otro y comprenderlo, es decir con-prehenderlo, prenderlo, atarlo a una definición, a una idea, a un ES, es esto, es aquello.

Porque no es, porque no soy.

¡Si pudiera borrar el verbo ser!

Soy mi pasado, soy mi futuro. Lo que fue y lo que no fue. Pero lo que estoy siendo no lo soy, lo hago, lo vivo, lo nuevo, me ocurre, lo ocurro, y es un caos que sólo luego tomará forma, y necesito que pase, que deje de ser para saber qué es, es decir qué fue, porque cuando sepa habrá sido, será pasado, y por tanto será lo que fue, lo que dejó de ser, y será una reconstrucción posterior, un invento, un cuadro, quizá muy fidedigno pero cuadro al fin, con un azul menos intenso que el que corresponde o con un amarillo más intenso del que corresponde.

¿Corresponde?

Falso, vuelvo a mentirme. Comparo mi *imagen* de “lo sido” con “lo percibido”, como si eso fuera posible, y me pregunto si mi imagen es fidedigna.

Ahora te digo: no hay imagen fidedigna, ni tampoco infiel. Hay imagen. Toda la imagen que puedo producir, que puedes producir.

Por eso, fíjate, no podemos compartir nuestras imágenes de algo que hemos compartido, un momento, un tiempo, una cosa, una sensación, un viaje, un cuadro, un museo, la cabeza de un chico, una puesta de sol, tus labios en mis labios, tus manos en mis manos.

Porque nos amamos, pero nos amamos mal.

Todo lo que esperamos no deberíamos esperarlo. Renunciar. Vivir y esperar lo inesperado.

Amar bien, que es el único amar del amor, es aprendizaje. Conocerte es imposible. Comprenderte es imposible.

Avanzo, vivo, aprendo, y te amo por todos los imposibles implicados en tu persona, y a pesar de ellos.

Decía Colás Breugnon:

"No hay que pedir a las mujeres que compartan nuestros sueños vanos. La mujer es la mitad del hombre. Cierto, pero ¿qué mitad? ¿La de arriba? ¿O la otra? En todo caso, el cerebro no es común; cada cual tiene el suyo, su caja de locuras. Igual que dos vástagos salidos del mismo tronco, sólo se comunican por el corazón..."

¿Aprendiste?

Eres inesperada, mujer

Eres inesperada, mujer. Eres inesperado, hijo. Madre, amigo, vecino, hombres. Im-previstos. Im-previsibles.

En consecuencia debemos esperarnos, pero a ciegas, sin imagen previa, borrando imágenes formadas, para dar paso a las nuevas en su autenticidad.

¿Quién eres? No te conozco. Creo conocerte, pero no te conozco.

Porque conocer es dominar. Conocer es siempre aplicar etiquetas a lo inmutable, a lo que se repetirá siempre del mismo modo, y tú no te repites, por más que te conozca y te conozca repetible, de pronto irrumpes con una novedad, y me defraudas, porque te tenía armada y cerrada, empaquetada, y vienes, abres el paquete, rompes las envolturas, y te manifiestas libre, fuera de toda prisión de definiciones previas, y todo mi afán de com-

prehenderte, de aprehender, de aprenderte para saber repetirte, como se aprende un verso y se repite, como se aprende todo lo que se aprende y se repite hasta el infinito...

... De pronto no puedo repetirte porque no te repites, y eres nueva, des-conocida, y en lugar de defraudarme, si aprendiera a no aprenderte, en lugar de defraudarme debería admirarme, admirarte, ad-mirar, que es mirar hacia lo otro en calidad de nuevo, y eso es decir en calidad de *mira-culum*, que es milagro, ad-mirable.

Amar y ad-mirar

Amar, amar bien, es ad-mirar. Mirar al otro, verlo en sus cambios, en sus imprevisiones, en su ser que está siendo, que no es, jamás es, siempre deja de ser y empieza a ser, y su aventura es admirable, y amable.

Lo demás es cáscara, cosa, lo que se repite, la rutina. No vive, es escombros de ser, petrificación de algo que fue vida y ahora es imagen de museo o de álbum, de memoria.

Recordarte es repetirte.

No debería recordarte, debería vivirte, ahora, tal cual, con tus irrupciones novedosas y creativas. Ad-mirarte.

Para que me ad-mires, por cierto.

Algunos viven para recordar.

La Sulamita, en el *Cantar*, sueña con su amado, espera verlo, y dice:

“Recordaremos tus amores,
más que el vino embriagadores.”

Bergson distinguía entre una memoria-hábito y la otra, la memoria-vivencia.

Esta, la segunda, cuando brota no trae imágenes, sino aromas, vahos y vibraciones.

La otra busca en el archivo y cree que la foto es la imagen.

No me hagas imagen.

Así pidió Dios en el Decálogo. Disuélveme y no dejes que los sustantivos nos apresen.

De este modo define León Felipe la poesía:

“Deshaced ese verso,
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia,
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.”

Los sonidos deambulan por el mundo y las palabras sacuden el aire ruidosamente.

La poesía, es decir aquello inefable, el eco de una voz, la resonancia de unas notas, es lo que resta cuando todo lo demás ha dejado de ser.

Y sin embargo, esa vaporosidad es la que da sentido a tu vida.

La felicidad de la in-seguridad.

Pregunta Erich Fromm en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*:

“¿Cómo puede una persona sensible y viviente sentirse segura siempre? Por las condiciones mismas de nuestra existencia, no podemos sentirnos seguros de nada. (...)

Si tomamos una decisión, nunca podemos estar ciertos de sus consecuencias, pues toda decisión implica el riesgo del fracaso, y si no lo implica, no es una decisión en el verdadero sentido de la palabra.

No podemos estar seguros de las consecuencias de nuestros mejores esfuerzos. (...)

La tarea psíquica que una persona puede hacer en favor suyo *no es sentirse segura, sino ser capaz de tolerar la inseguridad sin pánico ni miedo indebido.*

(...)

Hay seguridad completa sólo cuando hay también una sumisión completa a otros poderes que se suponen fuertes y duraderos, y los cuales libran al hombre de la necesidad de tomar decisiones, correr riesgos y tener responsabilidades.

“El hombre libre es por necesidad inseguro; el hombre que piensa es por necesidad indeciso.”

Pero no lo aprendería de él si no lo aprendiera de mí mismo.

Un autor querido es aquel que expresa intuiciones que vibran dentro de ti, como en germen. Él es —diría Sócrates— el que a través de su expresión te permite dar a luz a ti mismo.

La luz emitida por el texto de Fromm nos habla de la in-seguridad como savia nutritiva esencial de esta existencia tan accidental.

Lo importante, dice, no es luchar contra la in-seguridad, sino aceptarla y vivirla sin miedo.

Porque la in-seguridad da miedo, porque fuimos mal educados. Fuimos educados, y así educamos a nuestros hijos, en categorías de estabilidad, de cosas, de situaciones cosificadas donde ser es igual a permanecer, y en todo caso a prever.

Si sé adónde iré mañana, estoy seguro hoy.

Pero no lo sabes, he aquí la clave. No sabes nada de ti mismo, del ser que será. Porque nada sabes de lo que te ocurra, es decir de lo que te salga al encuentro.

En consecuencia eres im-previsible.

Tu tarea es prever, pero tu inteligencia, tu sabiduría —no de la universidad, de la vida, del sabor—, han de consistir en prever la posibilidad de lo im-previsible.

Esa in-seguridad, lejos de quitar sosiego, te procura la otra paz, la del que no se frustrará, porque mantiene la debida flexibilidad de estar previstamente sensible ante lo im-previsto.

El agua que bebiste y la que no has de beber

El tema no es salir de la inseguridad. El tema es aprender que la condición de inseguridad es condición creativa.

Amar es estar inseguro, sin garantías. No es un capital definitivo que procreará intereses.

No hay garantías.

Es amar todos los días. Es volver a amar. Es recrearme

en ti, a ti en mí. Es un trabajo, pero hermoso.

Inseguridad es libertad. Significa que no estás atado a ti mismo, a tus momentos de ayer.

No confundir libertad con irresponsabilidad. Uno es el compromiso asumido, y de él eres responsable, otro, el sentimiento. Los compromisos deben ser respetados, los sentimientos, también.

Los compromisos son estables en sus parámetros establecidos, los sentimientos respetados implican el respeto a su ser que es cambiante, móvil, y que consiste, justamente, en dejar de ser.

Movimiento. Inseguridad porque la vida es devenir, agua que bebiste y otra que no has de beber. Y nunca te bañas dos veces —lo dijo Heráclito—, dos veces en el mismo río.

Ni con la misma persona, aunque según su cédula de identidad esa persona es la misma.

Ocurre que tú tampoco eres el mismo, claro.

No obstante nos cuesta vivir de in-certidumbre, de inseguridad.

Entonces buscamos envoltorios, prisiones.

Regresamos a personas, lugares, imágenes, para certificar que son los mismos, y que nosotros, por tanto, mantenemos la mismidad. El gusto por lo permanente es el gusto por la prisión.

Un beso se torna repetición de El Beso.

Esta mirada tuya es la mirada tuya conocida, la del mes pasado, la de París bajo la lluvia, idéntico a París bajo la lluvia.

Seguridad. Es inmovilidad. Grilletes.

Esto me recuerda la iglesia San Pietro in Vincoli, en Roma. Es San Pedro en cadenas. Me apasiona la palabra *vincoli*, cadenas, vínculos. Los vínculos son cadenas.

O no son. Los hacemos cadenas. No sabemos vincularnos sino en y por cadenas.

Lo otro sería la libertad, el vínculo re-significado cada día, el vínculo des-vinculado. Mucho trabajo, mucho... Además requiere mucho tiempo, mucho...

La prisión es para el que no tiene tiempo para re-vincularse con días, horas, personas, yemas de dedos, oídos.

Ser es hacerse

Dice Jean Paul Sartre:

"La realidad humana es libre porque *no es suficientemente*; porque está perpetuamente arrancada a sí misma, y lo que ella ha sido está separado por una nada de lo que es y será..."

La libertad es precisamente la que obliga a la realidad humana a *hacerse* en vez de ser.

Hacerse es modelarse. Tú eres el artesano, la arcilla, y el producto. Pero eres de arcilla. Lo grande no es la modelación, es la re-modelación. Ahí se manifiesta la libertad.

Ser libre de ti mismo, ser libre de tus cadenas forjadas por ti mismo. Es ardua tarea des-hacerse.

Por eso las prisiones cautivan, embelesan. Tienen aroma de siesta en tardes de verano. Esa plomiza caída en el abandono del dejar de ser y dejar de hacerse.

Están mis prisiones, las que me hago. Y están las tuyas, de ti para ti, de ti para mí. Y están las de los otros, la anónima, la de la masa que te invita a descansar en el ser nadie.

Por eso los grandes recitales tienen tanto éxito. El ídolo es el que convoca la masa. La masa no va por el ídolo. Es el pretexto. La masa va por la masa. Ahí se descansa. Todos palmean al mismo tiempo lo mismo, y gritan lo mismo, y se fatigan lo mismo, y vuelven a casa con la satisfacción de haber participado del ritual de lo mismo, que es la gran liturgia del nadie.

La prisión de los otros

La prisión más precisa es la de los otros, perderse en la masa. ¿Cómo hacerlo?

Des-haciéndose.

Des-hacerse de sí, de toda diferencia emergente de la persona del uno mismo, para semejarse por completo al otro, a la ajénidad.

Vestir el uniforme de la uniformidad.

“El hombre se siente seguro —comenta Fromm— cuando es todo lo parecido posible a su prójimo. Su objetivo supremo es ser aprobado por los demás, y su mayor miedo, que pueda no ser aprobado.”

Esa seguridad, en consecuencia, tiene la sombra del miedo a cuestras. Es un calorillo momentáneo que en cualquier momento se interrumpe y te deja solo a la intemperie.

Sonríes y te sonríen, vas bien.

Sonríes y dejan de sonreírte, vas mal, y caes en la angustia de la desolación.

La soledad elegida puede ser la llamada soledad sonora, la del canto interior, la música que permite, justamente, rechazar al mundanal ruido.

La desolación es soledad no elegida, la impuesta por los otros que de pronto te dan la espalda.

Entonces uno no sabe qué hacer consigo mismo. Eso es estar desolado. Es decir sin sol, sin luz. De-solado.

Te dejaron solo. Tristeza de la noche de sábado.

Si supieras aprovecharla, si supieras hacer de ella una soledad creadora, y decirte con el poeta:

“A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.”

Podría. Pero no quiero. No quiero el pensamiento que me basta para andar conmigo. Nací para andar con otro.

El otro no es la masa. El otro es la mirada que te concierne y que te hace ser tú. Te extrae de la masa, y te devuelve identidad.

Tú me des-cubres. ¿De qué estoy cubierto? De hojarasca, de ajenidad, de todos los demás.

Vienes tú y me des-cubres. Entonces me torno verdad. Los griegos le decían *a-letheia* y significa, precisamente, des-cubrimiento.

No quiero conocer la verdad.

Quiero ser verdad.

Será por eso que te necesito tanto.

A quien conmigo va

De la España medieval, la de los romances, queda la historia del infante Arnaldos, que se encuentra con un insólito marino. El navegante está cantando una extraña canción.

La canción es muy hermosa.

El infante, con todo el poder de su aristocracia, le pide que le diga su canción. Escuchen el romance.

“¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar:
las velas trae de seda
la ejarcia (sic) de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero
dígame ora ese cantar
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.”

El marinero responde :

“—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.”

Es la canción interior, la inexpresable.

Del yo al tú. No se imprime, no se traslada, no se vende, no se entrega.

Sucede. Acontece. Es. Y te hace ser.

Está la canción de todos, la que cantan todos, y por tanto es de nadie.

Y la tercera opción, la única que comunica al hombre con el prójimo y en consecuencia consigo mismo es la del que le dice su canción a quien con él va, es decir a una persona elegida.

Ni sujeto ni predicado

La persona elegida no se elige, aparece y te hace aparecer, y nadie es sujeto y nadie es predicado, sino que simplemente se produce una elección como una revelación.

Elegir es recortar, trazar una figura y quitar a un costado todo lo demás.

Es la relación yo-tú.

Pero tampoco es necesario, entonces, que te diga nada, sino que suena mi música y a ella se acopla tu silencioso canto.

No sé quién eres, pero sé que vamos juntos.

Quien conmigo va.

Capítulo 2:

Oh tiempos, oh costumbres

El tiempo y el cuerpo

De las certezas de nuestro siglo hay dos que restaron de todo el mundo pasado.

Una es el tiempo, y la conciencia del tiempo.

La otra es el cuerpo.

El alma se volvió dudos; ergo, nos quedamos solamente con lo visible, in-discutible, el cuerpo.

El tiempo es indudable porque se nota, se lo ve, se divisan sus huellas en el cuerpo. El espejo es el gran compañero del hombre, y en estos temas, su mayor enemigo.

Pero en tiempos de *look* hay que mirar, y mirarse.

El cuerpo sirve para eludir el tiempo. Divirtiéndose. Es la mejor manera de no sentir que uno está. Éx-tasis, es estar fuera de sí. Loco, en fin.

Cuando se trabaja —tiempo ajeno— hay que estar cuerdo.

Cuando el tiempo aflora y se presenta como problema, durante el ocio, hay que en-loquecerse de manera que el tiempo pase y no nos haga ver que el que pasa es uno.

Tiempo, cuerpo y diversión.

Y claro está, cuando ya se agotan las reservas, se apela a la droga.

Sumemos nuevamente:

Tiempo, cuerpo y diversión.

Más droga.

Los símbolos máximos del siglo

Por eso el cultivo del cuerpo, el deporte, el aerobismo, son los máximos símbolos del siglo, y todos aluden a ese otro valor, correspondiente, que es la juventud.

El colesterol, quiero decir la buena salud, la dieta, la gimnasia, y las formas exteriores, acaparan la conciencia del hombre actual.

Más aún: el tiempo es cubierto por el cuerpo, para que no se lo vea.

El tiempo es justamente alma, y el alma es interrogante.

El hombre contemporáneo está fatigado de tantos siglos de preguntas. Quiere ser feliz a toda costa.

Los aristócratas de antes decían que debían ocuparse de temas importantes, mientras los esclavos estaban dedicados a esa bagatela de ser feliz.

Los aristócratas de ahora no existen.

No hay aristócratas. Hay gente con dinero, y los desposeídos.

Aristócratas, palabra relacionada con Aristóteles, eran los *aristoi* que en griego alude a "los mejores, los superiores", pero no por casta, ni por apellido, y mucho menos por sus depósitos bancarios. Eran los mejores en *areté*, que es la virtud. Veá usted cómo la raíz *ar* es común a todos los vocablos.

Hoy no hay aristocracia. Todos somos iguales, y por igual corremos, y bajamos grasas y queremos una vida liviana, *light*.

Metafísica de lo liso

La piel lisa es la que vale. La arrugada tiene que ocultarse, es el antivalor.

Porque recuerda que el tiempo hace lo suyo. Y el tiempo que hace lo suyo conduce a lo que Heidegger denomina "el ser para la muerte", y no suena a divertido. Hay que divertirse. El imperativo es sonreír y tener la piel lisa.

Vale únicamente lo que puede mostrarse en la pantalla televisiva.

Antes el rostro era el hombre. Hoy el hombre es el rostro.

Y eso siempre que la pantalla sea benévola y lo tome a uno de medio cuerpo y sentado.

Que si no, no habrá aerobismo, yoga, yogur descremado que le sean suficientes para ser.

El ser es su apariencia.

Los griegos consideraban que ser y apariencia eran contrarios, enemigos acérrimos, y después algún desvinciado pensador largó eso de que las apariencias engañan.

No engañan, no hay otra cosa que apariencias.

El que hable de otra cosa, engaña.

Aunque se puede hablar de cualquier cosa. Por suerte nos alejamos bastante de los griegos de antaño. Ellos, por ejemplo, eran muy exigentes con el habla. Le decían *logos*. Reclamaban que la gente pensara al hablar, y distinguían entre los que decían pavadas, la *doxa* y los que sabían lo que decían, *episteme*.

Hoy somos todos iguales. Todo el mundo tiene derecho a expresarse.

Y a escucharse solamente a sí mismo.

Hablemos del tiempo

Tiempo es lo que te falta.

Tiempo es lo que te sobra.

Una persona como la gente nunca tiene tiempo. Es el tipo de la agenda.

Si es computarizada, mejor.

Queda bien llorar, golpearse el pecho, porque uno no puede atender a los hijos, por esa falta, la falta de tiempo.

Es que uno se sacrifica, por eso no tiene tiempo. Se sacrifica por los hijos, y de esa manera sacrifica a los hijos.

Sentirse culpable es una de las grandes hazañas de nuestro tiempo.

Para tener tiempo, dice la gente, hay que irse. A la playa, a la montaña, a Miami, lejos de este mundanal ruido.

A otro mundanal ruido.

A cambiar de aire, es decir de tiempo, es decir de ruido.

Pero de pronto aparece, el tiempo, y ahí está, y tiene forma de agujero y color de negro opaco, y aroma de angustia.

Es cuando uno no sabe qué hacer.

Uno no sabe qué hacer cuando pierde las recetas de la semana y del fin de semana, y se siente vacío.

Se siente malo, porque ésa justamente es la libertad, y ese aspecto tiene de:

—Tienes que hacer algo contigo mismo.

—¿Y eso en qué consiste? —quisiera preguntar uno.

Pero no hay a quién preguntar. En eso, repito, consiste la libertad, en que debes responder a tus preguntas, y el mercado de lo enlatado tiene para estos tópicos las persianas bajas.

Tiempo de soledad, tiempo de tiempo.

Los griegos lo inventaron, e inventaron qué se podía hacer en ese tiempo.

Pensar, decían.

¿Pensar?

No sería mejor lavar el auto, pasear el perro, irse lejos, lejos, para regresar luego de lejos, lejos, y entre ir y regresar uno ya se gasta todo ese tiempo que había que invertir.

Invertir es pensar.

El resto es pasar el tiempo. O matarlo.

Como si fuera algo viviente.

Qué espanto, ¿no?

Ocio

Los griegos elogiaban la presencia del único tiempo válido, el tiempo libre, que solamente lo tenían —por cierto— los libres, porque los esclavos trabajaban y gracias a ellos los libres podían ser libres y tener tiempo libre.

¿Y qué hacían los libres de antes?

Estudiaban, pensaban, cubrían el vacío con el relleno de la meditación, las matemáticas, la cultura, la poesía.

Aristóteles en su *Metafísica* cuenta, efectivamente, que las matemáticas nacieron en Egipto porque allí había sacerdotes, y éstos trabajaban poco, y el resto del tiempo lo tenían libre, y para eso les pagaban, justamente, para que con esa libertad de tiempo sededicaran a pensar, a estudiar, y ahí, de aburridos no más, nacieron las matemáticas, y las otras ciencias que permitieron construir las pirámides que hasta para los científicos de

hoy siguen siendo un misterio.

De ello se deduce que los grandes intelectuales, pensadores, creadores, están siempre de *vacaciones*.

Felices los que no salen de vacaciones, los que viven en vacaciones.

Claro que conviene tener *vocaciones* para poder ejercer ese tipo de *vacaciones*.

La palabra *vacación* es de *vacuum*, es decir, vacío.

Vaciarse para aprender.

Confieso que en mis años mozos, de aprendiz de pequeño burgués, salía de vacaciones a la playa, por un mes, con esposa, mamá, nenes, y amigos adláteres, y debo reconocer, para mi propia humillación, que no descubrí ni un pequeño teorema siquiera en las largas y tediosas horas de playa...

Esos egipcios, qué gente rara, ¿no?

Yo soy mi piel

Lo valioso es liso. Puede ser curvo, pero siempre liso.

Lo arrugado —salvo el jean— es envase descartable.

Por eso el mayor avance se está dando en la tecnología del cuerpo. Frankenstein anda suelto, vestido en pieles masculinas, femeninas, neutras, trans, y otras. En realidad lo expresado es erróneo. El sexo no cuenta. Es decorativo.

Yo soy mi piel.

Yo no soy sino una cosa que piensa, decía Descartes. Vivió allí por el 1650.

Yo no soy sino una cosa que mira y que es mirada.

Dependo de la mirada ajena, decía Jean Paul Sartre, francés, vivió allí por el 1950. Hace mucho de eso.

Dependo de la mirada ajena, pero no como dependencia existencial, tal cual Sartre planteaba, sino como hechura de *look* y de *show* ante el prójimo que debe testimoniar mi derecho a la existencia en la vidriera de la vida o, también, mi derecho a eclipsarme de la mirada ajena que se retrae de mis arrugas y me acusa de anti-liso.

Elogio de la lisitud.

Sólo lo lisito es lícito.

Y el vértigo.

El mayor peligro es que el alma despierte en algún momento que el movimiento del tiempo deje libre.

Que uno se mire en el espejo y se pregunte ya no por la piel sino qué hago en el mundo, para qué estoy, qué espero, qué se espera de mí.

Des-a-sosiego.

No, no somos felices...

Es que no tenemos tiempo.

Y cuando lo tenemos, lo planificamos. Salir es el verbo mágico. Irse. Como si uno pudiera escaparse de sí mismo.

De cómo mi maestro me arruinó un viaje a las Bahamas

Mi maestro un día, previo a un viaje que debía realizar a las Bahamas, me dijo:

—Si te sientes bien, ¿para qué irte hasta las Bahamas?

Lo miré en silencio. Siguió hablando:

—Si te sientes mal, estarás mal en las Bahamas. Ergo, ¿para qué ir a las Bahamas?

Si de mi maestro dependiera el turismo sucumbiría por completo, el mundo se inundaría de pensamiento, y en lugar de salir se empezaría a practicar *el arte de entrar*.

Interiores

Vivimos en una sociedad que rinde culto a la exterioridad.

Valen los cuerpos, el show, que es la exposición de los cuerpos, y el *look*, que es la mirada sobre los cuerpos.

Imitando al viejo latín que diría que con el *corpore sano*, bastaba, no se necesita más; la *mens sana*, la mente, el mundo interior, sobran.

El siglo XX quiso rendirle culto a la exterioridad, a la fiesta de los cuerpos, del sol, del aerobismo, de la buena alimentación, del cuidado de la piel, y, sobre todo, del orgasmo.

El orgasmo es cuerpo, es exterior, es cosa.

No es amor. El amor no se mide, el orgasmo sí.

Esta es toda la diferencia entre exterior e interior. El exterior se mide, se pesa, se fotografía o se tomografía o

de alguna manera se registra y se muestra. El interior es de uno solo, de nadie más, a nadie más le sirve, y no tiene medida ni peso ni radiografía.

El fracaso del orgasmo

Quiero decir de la cultura del orgasmo que se entronizó en nuestro siglo prometiendo el paraíso terrenal y la eliminación de la neurosis.

Wilhelm Reich fue su profeta.

Y después aparecimos todos sus seguidores.

La modernidad decidió que estábamos fatigados de tanto interior, y que debíamos ser naturales, exteriores, abandonar sentimientos y dedicarnos únicamente a sensaciones.

Creo que no nos fue bien.

Sospecho que *la cultura del orgasmo está llegando a su fin*, y con angustia, y con decepción.

Es que el orgasmo tampoco existe.

Si se entendió lo que dijimos líneas atrás, nada tuyo, mío, nada del hombre es, si no es tamizado por su mundo interior. El orgasmo no es un efecto provocado por una causa. En todo caso, estoy pensando, no es una mera causa material que produce otro efecto natural, como una bola de billar que por el solo hecho de golpear a otra bola semejante la moviliza.

Lo más físico nuestro es cosa mental, es elemento de nuestro mundo interior.

Si no, no habría tanto sexólogo y psicoterapeuta curando a gente que tiene problemas con... el orgasmo.

El orgasmo tiene problemas con ellos. La fisiología no explica al hombre. Cuando todo está sano, desde lo fisiológico, anatómico, material, bien podría no funcionar debidamente, si es que *la totalidad de la persona* no está sana.

Con-fianza

Esa totalidad es todo tu mundo, y todo tu mundo es interior.

Y todo tu mundo interior está construido sobre estructuras de delicados tejidos que son los valores, las

ideas, las creencias, la fe.

Amar es creer.

También el sexo se da dentro de una relación, y toda relación es creencia, fe, correlación, con-fianza.

Y he aquí que vengo a recordarte que ese término con-fianza, sin el cual nuestra vida es imposible, es algo que se comparte, *con*, y lo que se comparte es fianza, en latín *fides*, es decir fe.

Compartimos una fe, por eso tiene sentido nuestro encuentro y lo hacemos nuestro y lo convertimos en encuentro y lo interior-izamos, lo izamos hacia el interior.

La fe precede a tu aparición.

La fe estaba en mí, y te aguardaba aunque no sabía que serías tú la que me ocurriría en el encuentro.

Esa fe está nutrida en la oscura sensación de misterio, de que no somos solamente exteriores, de que el mundo este que hay dentro de mí puede conectarse con ese mundo que hay dentro de ti, completamente distinto del mío, totalmente inaccesible, pero sin embargo ambos están entroncados en raíces comunes, raíces que nos ligan, y porque estamos ligados desde lo hondo del misterio, cuando nos encontramos nos re-conocemos y nos re-ligamos, volvemos a ligarnos, y de eso nace una *re-ligio*, una religión, lo divino entre nosotros.

Cuando Dios está, está entre nosotros

Dios mío es mío, siempre y cuando yo sea de alguien y entre nosotros brote la chispa que hace del accidente un destino.

Filosofía del look

Todo, en última instancia, es apariencia. ¿Qué es la apariencia? Lo que aparece, lo que se muestra hacia afuera, hacia la mirada del otro.

Las mariposas tienen colores no por una necesidad inherente a la mariposa sino para mostrarse así ante los otros insectos y causar sobre ellos cierto efecto.

Todo lo existente tiene alguna forma, que es la forma de manifestarse, de mostrarse.

Es el ser para los otros.

Para que los otros te vean, para que los otros te escuchen, para que los otros te presten atención.

Desde este punto de vista la vida es show.

En el comienzo fue el show

Desde que nace el bebé aprenderá a distinguir entre lo que es y el show que corresponde hacer para atrapar la atención de mamá. Entonces sobre el llanto natural del dolor, de la ausencia, de la carencia, del hambre o de la molestia, crece el llanto del show, el del llamado al otro, el de quiero ser oído, quiero ser atendido.

Luego irá creciendo y aprenderá a mostrarse ante la mirada del otro, el *look*.

El de la vestimenta. El de las maneras y los modales. El de los gestos, las poses, el de las sonrisas prefabricadas y el de las crispaciones.

El mundo de la apariencia es de esclavitud.

El otro me determina.

Él decide sobre mí qué soy, desde mi ser físico hasta mi ser espiritual, dependo de sus ojos, de su juicio.

El mundo interior es el de la libertad.

Desasosiego

"La casa sosegada", así decía el poeta de su interior pacífico e iluminado por las alturas.

Se me hace que ese sosiego nos está vedado a nosotros. Ya luchaba con él, en aquellos tiempos —*o tempora, o mores*—, otro fraile, Luis de León, cuando pretendía huir del mundanal ruido, y confesaba que la cosa le costaba sangre y angustia.

Con más razón en este finisecular siglo del tiempo en el tiempo.

El des-asosiego es la característica mayor que nos cobija a todos por igual y hace desaparecer las remanidas fronteras entre Oriente y Occidente.

Des-a-sosiego.

En términos de Buber: la intemperie.

Frankl lo llama "el vacío existencial".

La casa está que arde

La casa no se sosiega nunca. Está azogada. Está incendiada. Como la zarza aquella que vio Moisés que ardía y jamás se consumía. Esta casa, este entorno de esta existencia que ya no es entorno sino interno es des-aseguro puro, lo más puro que tenemos, la ansiedad.

Mi casa nunca está sosegada.

Está que arde, como la zarza aquella.

Inquieta.

Borges elogia, con envidia, al hombre quieto, al inmóvil, que radica su ser en el pensamiento. Evoca a Spinoza, y encuentra en él un modelo de existencia, reposada, radicada en sí misma.

El hombre quieto.

¿Cómo podría ser la vida, diferente de ésta?

Pensar es un placer

Hace más de trescientos años que murió un hombre llamado Baruch Spinoza. Era judío, su familia provenía de Portugal, vivió en Holanda, pensaba.

Tenía que pensar.

Nadie piensa porque sí. Por gusto. Pensar es una necesidad. Por causas ajenas, porque te persigue la DGI, o el jefe de la oficina, o... porque nadie te persigue.

Si nadie te persigue, y si se te abre una brecha en el tiempo, te persigues tú mismo, y preguntas.

Por qué estoy, para qué estoy, qué significa ser padre, y qué son estos homúnculos que andan por ahí ensuciando paredes, chillando, arruinando la *Séptima* de Beethoven que en este momento suena tan fresca, apoteosis de la danza, de manos de Karajan... y que se llaman hijos.

Pensar es un placer.

Pero brota de un dis-placer, de alguna ausencia, de algún agujero.

Es cuando se quiebran, dice Ortega, las creencias que se necesitan las ideas.

Para Spinoza el *mundo* estaba quebrado.

Era judío en pleno humanismo, en pleno renacimiento, en pleno Rembrandt, su amigo íntimo, en pleno

“pienso por lo tanto existo”.

Sabía que el mundo no es confiable. Tarde o temprano te crucifican y te llaman Jesús. Tarde o temprano te exilian y te llaman marrano.

Las tardes a las tardes son iguales.

Homo homini lupus, sostenía el colega inglés Hobbes. El hombre es lobo para el hombre.

Isaías dijo que en el final de los tiempos lobos y corderos serán íntimos amigos.

Un hombre muy creyente, conocido de mi persona, me dijo un día:

—Yo creo en Dios, y creo en la profecía de Isaías, pero cuando arribe el final de los tiempos, y suceda la resurrección de los muertos, y yo ande por ahí, si puedo preferiré ser lobo y no cordero, por las dudas...

Por las dudas.

Descartes tenía una duda metodológica.

Spinoza ni es marrano, ni es judío, ni es holandés, ni quiere ser identificado con etiqueta alguna. Quiere ser hombre. Lo demás le produce dudas, profundas dudas, y del final de los tiempos no tiene garantías.

Por lo tanto piensa.

No tiene más alternativa.

Tendría otras alternativas, podría ir al supermercado y llenarse, la casa y la cabeza, con productos manufacturados.

Pero no, piensa. Elige pensar.

Pensar es una opción, una elección.

Borges, puliendo frases de cristal

También Borges piensa.

Tiene sus motivos, tiene sus problemas. Considera un pecado no haber sido feliz.

Como la vida no se le ajusta bien al cuerpo, procura encontrar la perfección en la frase, en el verso.

Spinoza pulía cristales.

Borges pule frases.

Son como cristales. Por eso se identifica con aquel filósofo lejano que era nadie, en el sentido estrictamente político y administrativo.

Igual que Borges que hizo dialogar a Shakespeare con

Dios, para que cada uno termine siendo todos sus personajes, y ninguno de ellos.

Borges está sentado y escribe. Elabora sus propios cristales.

Yo, para pensar, me aprovecho de Spinoza en la versión que Borges me ofrece, y parado así sobre hombros de gigantes procuro atisbar en el significado del significado.

Las traslúcidas manos del judío

“Las traslúcidas manos del judío
labran en la penumbra los cristales
y la tarde que muere es miedo y frío.
(Las tardes a las tardes son iguales.)

Las manos y el espacio de jacinto
que palidece en el confín del Ghetto
casi no existen para el hombre quieto
que está soñando un claro laberinto.

No lo turba la fama, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo,
ni el temeroso amor de las doncellas.

Libre de la metáfora y del mito
labra un arduo cristal: el infinito
mapa de Aquel que es todas Sus estrellas.”

Desde el ángulo de la naturaleza, a primera vista, no hay diferencia entre una tarde y otra. No es ésta, pues, una tarde excepcional en la vida del hombre. Todas son así.

Todas terminan muriendo y provocando miedo y frío.

Reaparecen las manos. Son parte del cuerpo. Están delante de los ojos del hombre que con ellas trabaja.

El espacio, que es lo más concreto, lo más material, en este caso, en el de las “traslúcidas manos”, pierde consistencia.

Ese espacio, en efecto, por obra de la tarde muere, palidece en el extremo del Ghetto. Palidez y Ghetto y espacio de jacinto, delicado, tenue, frágil, colaboran a

trenzar la trama de la tristeza.

Más el exilio.

Ser es ser en el exilio. Estar fuera de.

Todo hombre está en el exilio. Fuera del Huerto. Fuera de Dios. En busca de Dios. Fuera de la Madre. Estar es estar fuera.

En la Cábala —tan estudiada y sabida por Spinoza— el exilio hebreo es el exilio de Dios.

Vivimos, pues, para el re-torno.

Pensar es meditar en torno al *re-*.

El claro laberinto

Descartes predicaba la claridad. La verdad, decía, es clara y distinta.

Nítida.

Spinoza, hablando desde la existencia y no desde la mente, sabe que la verdad es clara, pero laberíntica.

Como la vida.

Y su claridad no es distinción, es meramente luz, iluminación.

Laberinto. Construyes tu laberinto cuando sales en busca de la luz, la del día Uno, el primer producto de la creación.

Dios hizo la luz.

Hay que rehacerla. ¿Cómo? Con lo que somos. Somos laberintos; en consecuencia, procuremos construir el claro laberinto, el laberinto que conduce a la luz.

Turban

"Está soñando un claro laberinto." Algo se nos dice del contenido del sueño:

"claro laberinto"

Este "claro" borra toda la oscuridad y tenebrosidad anterior. Pero se trata de una "claridad" compleja, ni temporal, ni espacial: "claro laberinto".

Normalmente la idea de "laberinto" tiene connotaciones negativas, de ser perdido, de rumbo oscurecido. Aquí, al contrario, el laberinto es claro. Al ser laberinto, no es gratuito, regalado, fácil. Implica un durísimo camino, una actividad descifradora de ir dando a luz.

A Spinoza el laberinto lo conduce —paradójicamente— a la claridad. Claridad fuera de lo común (lo común son las tardes iguales a las tardes).

El laberinto es laberinto porque están los otros.

Los otros se trenzan con tu hilado y le imprimen en él sus dedos, sus huellas, sus ecos.

Turban.

Per-turban. Hablan. Dicen que eres así y asá. Es la fama. Es lo que dicen de ti. Eres lo que dicen que eres. Aunque no coincide con lo que dices que eres. Que no coincide con lo que eres. Porque en este laberinto nunca eres, sino penumbra de palabras y decires entrecruzados.

La fama. Dependes de ella.

¿No querías ser libre?

Los hombres suelen vivir turbados (conmovidos, sacudidos, impresionados) por el mundo exterior que los rodea: manos, cristales, tiempo, espacio. Pero la turbación mayor proviene de otros hombres: lo que otros piensan, dicen, opinan de él. Esa es la fama. Y como la fama no es estable, sino que cambia constantemente, el hombre vive constantemente turbado, dependiente de los otros.

La fama, la fama

¿Qué es la fama?

El reflejo que yo produzco en el otro.

En consecuencia el otro es un espejo para mí. ¿Pero qué consistencia tiene ese otro espejo?

¿Qué es? Es sueño. "La vida es sueño", decía Calderón. Y según Shakespeare estamos hechos de la madera de los sueños. Si somos sueños, mi vida —hecha de sueños— se refleja en la tuya (y ese movimiento se llama fama), espejo de la mía.

La fama, pues, es apariencia y nada. Sin embargo, insistimos, logra sacudir a los hombres que de ella dependen (y, por lo tanto, dependen de nada).

Y todos dependen, dependemos. Los escritores y los lectores, los panaderos y los taxistas, los de Barrio Norte y los de villa miseria.

La palabra ajena nos domina, nos agita, nos irradia

felicidad, nos inocula veneno.

La fama es la dependencia del otro, de la palabra del otro.

Palabras, nada más que palabras. *Flatus vocis*, decían los latinos. Vacío de voz inflada.

Vanidad, nuevamente del latín, vacío, vano. *Vanitas*.

Vanitas vanitatum, vanidad de vanidades, todo es vanidad. Palabras, cosas que la gente dice.

Dependemos de palabras, somos palabras, hablamos de palabras.

Te amo.

Nunca te amé.

Te dije. Me dijiste.

Dime algo, dime algo.

Dame una palabra y moveré el mundo.

Spinoza quiere in-dependizarse

Distinto es el caso de Spinoza que logra independizarse tanto de la fama cuanto de las condiciones tiempo-espaciales que quisieran aprisionarlo.

Ser im-per-turbable.

Tampoco lo turba "el temeroso amor de las doncellas". En última instancia el amor, por más pasional y arrasador que sea, siempre es temeroso. Lo corroe la inseguridad, la pasajericidad, la relación entre sueños, entre espejos, acorde al verso anterior. Spinoza elude también este condicionamiento. Es in-dependiente.

Spinoza ha logrado llegar a ser libre por vía de la in-dependencia.

Ahora se ilumina el "claro laberinto" antes mencionado.

El hombre —el hombre interior— cuyas manos exteriores labran cristales exteriores, está labrando *otro* cristal, ya no muchos ("los cristales", del segundo verso), sino *uno*.

Es "arduo" porque tiene que ver con el "infinito". Los primeros cristales podrían ligarse con "frío".

Este "arduo cristal" proyecta lo "claro" ("claro laberinto").

El arduo cristal

Finalmente se dice qué es el "arduo cristal", el "claro laberinto".

Es un "infinito Mapa".

Un mapa es una sucesión de líneas y puntos que se unen entre sí para configurar la imagen de algo, de un territorio. Pero el mapa es infinito.

Por lo tanto el objeto representado por el mapa ha de ser infinito también. Se trata de Dios.

¿Qué, quién es Dios? "Es todas sus estrellas." Estrellas, se entiende, son mundos, cosmos.

Se acentúa conceptualmente el verbo "es". Dios *es* su creación.

Inclusive se diluye el concepto de creación. Lo creado está fuera del Creador, *no es* el Creador. Pero en Spinoza-Borges, Dios —al contrario— *es* todas Sus estrellas.

Esencia del pensamiento spinoziano: Dios es la naturaleza. Pero el poeta va mucho más allá de una mera descripción en verso del concepto panteísta de Spinoza.

Dios, en este poema, no es un objeto *dado* que hay que descubrir, y una vez descubierto ya está definitivamente en la conciencia del hombre. Es algo que hay que ir haciendo, labrando, construyendo, armando, uniendo puntos con puntos y líneas con líneas.

La acción de Spinoza no es simplemente pensar:

"labra... el infinito mapa"

En realidad sí, es pensar. Pero pensar es labrar, construir, armar.

Pensar es crear.

Dios creó el mundo. Yo debo re-crearlo.

Están los puntos dados. A ti te corresponde ligarlos, re-ligarlos y construir el mapa.

El mapa está, es la realidad.

Dios es la realidad, vista desde lo infinito.

Al ser el mapa infinito, la acción ha de ser, también ella, infinita, inconclusa, eterna.

Por eso puede ser Spinoza im-per-tur-ba-ble, des-ligado, in-dependiente, porque se liga con lo infinito. Pero ello no le da paz ni reposo.

Nunca dejará de labrar.

Tendrá claridad, pero claridad de laberinto.

Y en última instancia se trata de superar todos los sueños pasajeros y dependizantes para llegar al sueño del Mapa infinito, porque no olvidemos que Spinoza

“está soñando...”.

Y mientras Spinoza sueña, Borges sueña a Spinoza en un poema, y yo sueño que pienso, y que puedo re-armar el mapa a mi manera.

Si el mapa existe, yo soy parte de ese mapa, y la vida tiene sentido.

¿Qué es pensar?

Construir el mapa, es decir el sentido, es decir tu inserción dentro del mapa.

Eternidad e inmortalidad

Dijo Anatole France:

“Spinoza nos quitó la inmortalidad, pero nos legó la eternidad.”

La filosofía siempre indagó en torno a la inmortalidad del alma. La inmortalidad es tiempo, sucesión de tiempos: la vida, la muerte, la inmortalidad.

La eternidad, que tiene mayor aprobación en Oriente, es del tiempo redondo, del tiempo no tiempo, porque es vivir en Dios que es, que no se mueve ni se conmueve.

El sueño de Spinoza era la eternidad.

Para la inmortalidad hay que esperar la muerte.

La eternidad es factible aquí, y ahora. Eso no lo dice Spinoza, pero cualquiera que lo haya experimentado puede decirlo. Es el tiempo sobre-saliente, excepcional. Kairos, le dicen en el misticismo cristiano.

El milagro ejercido en mi construcción del mismo.

Chronos es el tiempo en cuanto naturaleza. Fluye. Lo que decía Heráclito: *panta rei*, todo fluye. Lo que fluye es igual a lo que fluye. La marcha es regular, sin distinciones, sin diferencias.

Por eso Chronos, en la mitología, devora a todos sus

hijos, los va consumiendo, ya que el tiempo uniforma la vida con la muerte, cosa que en la naturaleza siempre es vida, sin *thanatos*, pura exultación de *eros* perpetuo.

Dos tiempos en el tiempo

En el Antiguo Testamento el tiempo es *chronos*.

En el Nuevo Testamento el tiempo es *kairos*, ocasión especial, sustancia de fugacidad condensada en perlas definitivas de lo sublime, de lo exultante, hacia arriba o hacia abajo, hacia Dios o hacia el abismo de la culpa, iluminación, exasperación, éxtasis.

El *kairos* es el EX. Del *ex-istir*. La existencia es exilio. El exilio del exilio es la *salida* de la salida, que como negación de la negación produce lo sublime positivo.

El Nuevo Testamento, por tanto, no es continuación del anterior. Son testamentos que van por caminos separados, y por tanto —quiero observar— eso de la “tradición judeo-cristiana”, que tanto abunda lingüísticamente en nuestro tiempo, es un clisé sin sustento.

No hay tal tradición.

Lo judío no es lo cristiano. Se define lo uno por lo no-otro. Y viceversa. La marcha de los tiempos, que ahora pasaremos a explicar, la oposición Chronos-Kairos, evidencia dos tipos de *weltanschauung* en calidad de opciones para encarar lo humano y su upuesto en el cosmos.

La vida es cuento, todos los cuentos

Leamos mentalmente el Antiguo Testamento. Recuerde usted la historia de Abraham, sus hijos, sus nietos, hasta José y sus hermanos, que ocupa el libro de *Génesis*. Ese libro comienza con el relato de la creación, de tono fuertemente teológico, pero que ocupa no más que tres capítulos. El resto es novelas, dramas, odios, amores, crímenes, pasiones, nebulosas de la existencia más cotidiana y más vulgar que los seres humanos son capaces de discurrir.

Sin Dios, casi, salvo uno que otro lapsus. Cuentos de hombres y mujeres, erotismos, economías, que me dijiste, que te dije, de minucias, en fin de vida, de esta vida real y concreta.

A tal punto es esa concreción, digamos, superficial, tan superficial como la existencia de cualquier hijo de vecino, que en Alejandría, cuando surgió el cristianismo, hubo que darle un tono urgentemente alegórico, místico, es decir traspasar esas banalidades a crisoles de profundidad casi invisible.

A esa tarea se abocaron tanto judíos como cristianos, tanto Filón, cuanto Orígenes, y el resto de sus colegas.

No toleraban que el libro de Dios contuviera tanta hojarasca.

Se dijeron entonces:

—Si éste es el libro de Dios, *esto no es hojarasca*. En consecuencia no es que cuenta cosas intrascendentes, sino que somos nosotros los que tenemos los ojos instalados en una mirada intrascendente. Ergo, cambiemos de punto de vista. Aprendamos a leer de nuevo. El texto no dice lo que dice. Dice lo que no dice. Lo que dice es cáscara, adentro está el grano. Debemos profundizar.

Ahí resultó ser que Abraham representa a La Razón, mientras su esposa Sara es imagen de la Sensualidad, y resulta ser que no se nos narra cuentos de vidas humanas, sino lecciones de honda metafísica acerca de ideas y conflictos de ideas, los conflictos, como ser, de La Razón con La Pasión.

¿Qué hacer con el erotismo en la Biblia?

Fantástica es la mente humana. Cuando se propone algo lo logra. Lo mismo sucedió cuando se encontraron, judíos y cristianos, con el libro *El cantar de los cantares*. Enloquecieron. Estaban turbados, perturbados, confusos, perplejos.

¿Qué podían hacer con un libro que decía el amor, cantaba el amor, de la manera más erótica y más escandalosa que hasta entonces se había dado en la historia de la poesía universal?

¿Qué hacer con un texto que dice?:

“Tus dos pechos son como dos cervatillos, gemelos, hijos de una misma hembra...”

—¿Qué hace esto en la Biblia? —se preguntaron atónitos, avergonzados.

—Si está en la Biblia, seguramente no dice lo que dice. Dice lo que no dice —respondieron los más profundos.

—Dice que los pechos, que son nutrición y alimento, aluden a las dos tablas de la ley que ambas son de Dios, el creador, y usa la imagen de los cervatillos porque representan el amor, y la ansiedad de conocimiento, como está escrito: Como el ciervo anhela llegar al agua, en el desierto, de la misma manera te anhela mi alma, Dios mío —alegaron los más refinados.

¿Quién se acuerda de José?

He aquí la versión que da Filón Alejandrino de la historia de José.

José, el José de la Biblia. Todos lo recordamos. Una maravillosa novela, muy superior —por cierto— a la de Thomas Mann. José era el hijo bienquerido de Jacob, el menor. Más tarde nació el benjamín, Benjamín. Decir que Jacob amaba a José *porque* era el menor, como dijimos repitiendo automáticamente fórmulas tradicionales, es una necesidad. Lo amaba porque lo amaba. Porque así son los padres en la Biblia, aman y odian en plenitud de libre expresión y sin justificación, o con justificaciones tan superficiales que no hacen más que negar públicamente la razón de la sinrazón de los sentimientos.

Y fuera de la Biblia también son así.

Quizás lo amara porque era el mayor, es decir el primogénito de su bien querida esposa Raquel, por la que trabajó siete años y otros siete años hasta poder unirse con ella.

Lo más certero es que lo amó, porque así amamos todos, eligiendo, discriminando, diseminando inquinas. Pero así somos.

Así creció José, según veréis en *Génesis xxxvii*. Una rosa entre espinas, como dice el *Cantar*. No las espinas naturales que tiene la rosa, sino las otras, las que crecen naturalmente en torno a toda rosa. Natural, naturaleza. Mientras el padre tanto lo amaba, los hermanos tanto y tanto más lo contemplaban en éxtasis de resentimiento.

Era joven. Era hermoso. Y como todo adolescente plenipotenciario de la vida endulzaba su mirada princesca, salpicada de osadías, ambiciones, anhelos, con un aire de inocencia, de víctima incomprensida. En términos del siglo XX, este doncel carecía de comunicación.

Un día fue a buscar a sus hermanos. Buscaba la fraternidad perdida. Ya era tarde. (También eso es natural, llegar tarde a las grandes verdades.) Usaba una camisa de seda que el padre le había regalado para que todos vieran cuánto amaba a José. Fue a buscar a sus hermanos, pero con la camisa puesta. Un lapsus de la memoria. Ellos lo despojaron de la camisa, lo arrojaron a un pozo, y luego fue vendido a Egipto como esclavo.

Ahí comienza el proceso adleriano en la biografía de José: hay que caer bien hondo para llegar bien alto. Por lo menos José supo implementar el complejo de inferioridad (pozo, esclavo) para lograr otro de superioridad: ser príncipe en Egipto.

Le costó bastante esfuerzo, pero llegó. Se anticipó a Freud en eso de la interpretación de los sueños. Manejaba la fantasía, el verso, el don de la palabra divanesca. Los miedos y las represiones del Faraón, más un inconsciente piramidalmente construido, hicieron florecer sueños que sólo la fantasía de José podía dilucidar. Fue muy aplaudido, agasajado.

Todo eso porque José mismo era un reprimido encantador. Previamente una mujer casada se le ofreció en todos los colores, pero él rehusó. Para algunos pasó a la historia con el mote de "El casto José". Nada de complicaciones de alcoba. Un destino más alto le estaba reservado. En efecto, en casa de papá, cuando era jovencuelo, soñó que todas las estrellas se arrodillaban ante él. Tenía que aprehender la cúpula del cielo. Para ello debía sacrificar placeres menores, y siempre pasajeros.

El Faraón lo mimó porque José le develó el destino de Egipto: bueno y malo. Y la ley de la vida previsoramente: durante el bien hay que prepararse cuando advenga el mal.

Fue coronado príncipe. Iba en carroza. Alcanzó su propio sueño: todos se arrodillaban ante él. Pero no era suficiente. El casto José necesitaba que también sus hermanos, incluso su padre, fuesen sus siervos. "El Sol, la Luna y las estrellas", había soñado.

Hubo hambre en Egipto, como previó el inteligente José. Pero Egipto estaba preparado: tenía provisiones por mucho tiempo. Vinieron los hermanos, y luego su padre desde Canaán, para comprar provisiones. Finalmente se reconocieron los unos a los otros. La fraternidad perdida estaba recuperada. Primero, desde luego, se arrodillaron, y luego fueron buenos amigos.

José, sin lugar a dudas, sabía hacer las cosas, con orden, con lógica, con primero y con después.

Nunca les reprochó nada a sus hermanos. Al contrario: en un momento les dijo: "No os peleéis en el camino (no tengáis remordimientos por haberme arrojado al pozo, y vendido luego como esclavo, acusando los unos a los otros). Dios así lo quiso...".

Un alma caritativa, de firme entendimiento, alguien que sabe trascender intenciones y deseos momentáneos para vislumbrar panoramas más amplios y fecundos, los de la gran Historia, esa que maneja Dios y esa que José deseaba sub-manejar aquí, desde la Tierra.

La tradición judía lo llama "Iosef Ha-tzadik" = José el justo. Por su aire de víctima. Por su bondad. Y sobre todo porque no cometió la infamia de satisfacer los bajos instintos de esa mujer tan de Potifar.

La tradición cristiana opta por calificativos semejantes: el casto José.

La genialidad interpretativa de Filón

Filón de Alejandría (siglo I), judío, filósofo, hombre de la Torá y del mundo helénico, rescató la figura de José viéndolo en otra perspectiva: la política. José es el hombre de Estado.

Un Maquiavelo de la antigüedad. Y cuidado para los des-atentos: el maquiavelismo es una teoría acerca de cómo gobernar bien y mejor; no es una mala palabra.

José: la carrera de alguien que nació para gobernar.

La vida del hombre del Estado; sobre José.

Así se denomina el opúsculo compuesto por Filón. Entonces, como hoy, estaba muy de moda el método alegórico. Hoy es de más libre asociación. Entonces era

algo más rígido, disciplinado. Pero en esencia se trata del mismo abordaje, como decimos hoy. Inventar connotativamente las emergencias significativas de un texto que trasciende hacia mi inminencia de lector que en plena impresión busca la expresión catártica de la imperfección infinita.

Escribe Filón:

“El cosmos es Megalópolis: un gran Estado que tiene un régimen y una ley. Se trata del Logos que ordena lo que se debe hacer y lo que debe dejarse de hacer. Pero los Estados (= de las naciones) son muchos, incontables, en distintos lugares; cada uno de ellos tiene su régimen propio, cada uno tiene sus propias leyes. Resulta, pues, que las leyes y las costumbres diferentes no son sino agregados inútiles.”

La situación ideal de los Estados —valga la redundancia significativa— sería el que todos los Estados se rigieran por el estado natural, la Megalópolis, el Gran Estado que es la naturaleza, regida por una ley única y central, el Logos, La Razón, el Entendimiento.

Pero no es así. No es suficiente con esa ley, dice Filón. Los hombres se dividen en sub-estados (sub, en relación con la naturaleza común a todos), y en ellos añaden cada uno sus leyes particulares y sus costumbres específicas.

¿Eso de dónde viene, y adónde conduce?

Deriva de esa pasión de dominio de unos sobre otros.

Conduce al odio, la inquina, la guerra.

Las leyes y las costumbres, en verdad, tienen por función regular esa desigualdad y manejarla ideológicamente, conservarla, para así mejor conservar la individualidad de cada estado contra los otros.

Análisis del político

El político se define, por tanto, como el líder capaz de interpretar esa necesidad de individualidad nacional agresiva volcándola en leyes y hábitos *añadidos* a los de la naturaleza.

Invento del hombre. Agregar, añadir leyes. De ahí la voz *Iosef*, en hebreo comenta Filón: “El que *añade* legislación”. El gobernante, el político. Este tipo humano se

ocupa por tanto de crear lo superfluo, lo que sobra, lo que está de más, eso que constituye el eje de la existencia de las naciones y al mismo tiempo es el eje de existencia de odio internacional.

En principio, las apreciaciones de Filón acerca de la vida política son, evidentemente, negativas, amargas, resentidas. Un poco lo heredó de Platón, otro poco de su inveterada tradición judaica: durante toda la historia pasada a los judíos nunca les fue bien con los gobiernos, ni los propios (vid. profetas) ni los ajenos. El libro de los *Jueces* afirma que todos los gobernantes son necesariamente espinos infructuosos y tarde o temprano incendiarios.

Según ese texto son políticos los que no sirven para otra cosa.

Según la realidad...

Mi tema no es la realidad, perdón, de modo que dejen esas meditaciones a cargo del lector, y que la suerte le sea favorable.

El timonel

La megalópolis, el estado total y global de la naturaleza, es el estado normal y por lo tanto ideal, regido por el logos.

La polis, un fragmento aislado de la totalidad, es también por naturaleza algo que se sustrae al bien anteriormente descrito, y por tanto es superfluo, malo.

Pero un mal ya dado. Necesario.

El político puede incrementar ese mal, o paliarlo, mitigarlo.

Un buen gobernante es "como un timonel que calibra sus instrumentos para tener un viaje seguro, en concordancia con los cambios del viento... o como el médico que no cura a todos con un solo remedio... De la misma manera el gobernante ha de ser flexible, a mi ver, multilateral. No se comporta de la misma manera en tiempos de guerra que en tiempos de paz".

José es para Filón el prototipo del gobernante.

José = Iosef porque establece nuevas leyes.

Esas leyes responden a necesidades varias que el tiempo, las coyunturas, hacen surgir.

Naturaleza y Logos

La naturaleza tiene un solo Logos para todos los tiempos y lugares. El Estado de la polis inventa, crea, modifica leyes en consonancia con los cambios exteriores. Un buen político sabe modificar el rumbo de la nave cuando corresponde.

Debe estar constantemente atento, pues, a las eventualidades y sus variaciones, para mejor responder a los imperativos del momento y favorecer de ese modo a su gente, a su Estado.

Un hombre así no es libre. Está vendido —textualmente dice Filón— a su gente, su nación.

Esto es lo que sugiere la Biblia cuando dice que José fue vendido por sus hermanos.

El buen gobernante, lejos de ser dueño de su país, es su esclavo: debe estar en tensa expectativa constante para interpretar el deseo, la voluntad y la necesidad de *los otros*.

¿Quién lo compró a José?

Según el *Génesis* fue un eunuco, Potifar.

¿Qué significa eso en la versión alegórica de Filón?

“Un eunuco fue el que compró a José, y es cierto: porque la masa del pueblo es la que compra a su gobernante, y ella no es sino eunuca... La masa está desprovista de inteligencia (= castrada intelectualmente) ... Porque la masa suele preferir la mentira sobre la sinceridad, sometida a la apariencia exterior, y no le interesa saber auténticamente la verdad...”

También cabe consignar que Potifar era íntimo del Faraón.

Así son los faraones, necesitan rodearse de eunucos para sentirse mejor, y en familia.

Siguiendo la metodología de Filón, la alegoría, arribo yo a estas conclusiones.

¿Qué se puede esperar de un Potifar?

De la mujer de Potifar ya saben ustedes qué se puede esperar.

Dejemos de lado la perversa sensualidad de esa hem-

bra insaciable, y hablemos de su caro esposo.

Potifar simboliza o representa a la masa y sus intereses. En la *Biblia* tiene la función de "Jefe de Cocineros".

La relación es obvia, dice Filón. La cocina, el pan, la comida —ése es el interés fundamental del pueblo. Lo corrobora después Marx, y no hay motivos para ver en estas apreciaciones una valoración humillante.

Se quiere lo que no se tiene, *ante todo comida. Después vendrá el circo.*

Los gobernantes en este punto se anticiparon de lejos a Ortega:

Yo soy yo y el circo, *circum.*

Y los refinamientos posteriores del circo, la cultura en sus diversos niveles ascendentes y descendentes. Para eso se necesita a los políticos: que guíen al Estado para un mayor y mejor logro de satisfacción de los intereses, desde los gástricos hasta los sublimados espirituales.

Quien no quiera ir tan lejos que relea la misma *Biblia* donde aparece José, a partir del *Éxodo*.

Los hebreos, salidos de Egipto a la libertad una y otra vez, se revuelven masivamente contra Moisés porque recuerdan los bellos tiempos pasados cuando... comían cebollas, carne, zapallos y otras menudencias placenteras. Moisés nunca se ocupó suficientemente de la comida y bebida de su pueblo. Habrá sido un gran maestro, pero era un pésimo político.

El pueblo no lo quería a Moisés.

En cambio lo quería a su hermano, Aron, porque éste les organizaba orgías en torno a becerros de oro, y después, seguramente hacía alguna votación.

Salvando esas asociaciones, Moisés no es político, insisto, es maestro, y como político, un gran fracasado.

Por eso el paradigma del político es José, no Moisés.

José entiende a Potifar (la masa del pueblo regida por el estómago) y sabe gustar a sus ojos...

Servir al pueblo, ese es el deber del político.

Servir. Servidumbre. Siervo.

El deseo, el erótico deseo de la mujer de Potifar, pretende dominar por completo al hombre de Estado, que se someta absolutamente al deseo-interés del pueblo-masa.

La rebelión de José

José se rebela contra tal sometimiento ciego.

Huye del deseo devorador de la mujer de Potifar que lo persigue con sus encantos y le quita la camisa.

José no se inmutó, porque felizmente está acostumbrado: se había pasado la vida perdiendo camisas.

Es libre.

Entonces se le recuerda que no es sino esclavo, que no es libre, que no es soberano, que todo su ser radica en servir los deseos de los otros. Filón nos propone una fórmula de consuelo, tomada de los estoicos: En la sociedad somos más o menos esclavos unos de otros.

Pero podemos ser libres en otro marco, el universal, que trasciende estos menesteres inmediatos y mezquinos de hombres y mujeres: el *cosmos*. En calidad de *cosmo-politas* (literalmente: "ciudadanos del cosmos") nadie podrá subyugarnos.

Esa conciencia cósmica acompaña —o puede acompañar— al hombre en calidad de libre, esencialmente libre, más acá de las contingentes esclavitudes cotidianas.

José, en calidad de político, entiende su servidumbre no como sometimiento sino en calidad de elección, elige servir. Para ello hay que *saber*. Quien no conozca profundamente la realidad no podrá ser sino un pésimo gobernante. Platón soñaba, por eso, en la confluencia de filósofo y político en una misma persona. Soñaba bien, muy realmente. Y si la realidad no coincide con esa idea, es mala señal para la realidad.

Soñar, dijimos. Hay que saber soñar, y saber interpretar sueños. Ese ideal de saber y poder en plenitud de ósmosis se reúne en José. Es el soñador e intérprete de sueños. "El gobernante político —dice Filón— es, verdaderamente, intérprete de sueños... sabe ahondar en el gran sueño universal de la humanidad, de durmientes y despiertos conjuntamente... La vida humana, ese sueño..."

Sí, habemos y habéis leído bien: LA VIDA ES SUEÑO.

La vida es sueño

La vida es sueño. Realidad pasajera. Compongamos la melodía pasajera, sugirió Rilke. Será, tal vez, hermosa. Pero no dejará de ser pasajera. El ser se diluye —el ser es tiempo, sin la conjunción “y”— en no ser. “¿Do fue?”, clama Manrique. Con él Filón:

“¿Do fue todo? ¿No desapareció el infante en el niño, el niño en el joven, el joven en el varón, el varón en el hombre de edad madura, éste en el anciano, y al anciano no lo acecha acaso la muerte? Cada una de las edades es una muerte... Así todo lo material es sueño, la belleza, la salud, la fuerza... No hay certidumbre en las propiedades exteriores, todo se pierde... Otrora Egipto fue señora de muchos pueblos; hoy es sierva...”

Todo es sueño. Conocer la realidad es interpretar el sueño que ella es. Por eso podrá ser José un gran político: es intérprete de sueños, es decir de realidad. Freud comentaría de lo más profundo de la realidad y lo único verídico, sus sueños.

El poder está regido aquí por la inteligencia, la comprensión de la realidad que es el pueblo.

Por eso José no es rey en Egipto, es el segundo del rey.

“Este es el motivo: el gobernante político es segundo del rey; no es un hombre privado, pero tampoco es rey; está a mitad de camino entre ambos. No es rey, porque el pueblo es su rey, y se ve a sí mismo destinado a hacer todo a favor del pueblo, con límpida fidelidad...”

El rey es el puro poder.

El pueblo es la pura necesidad.

El gobernante, el político, ejerce el poder que le otorga su inteligencia, su capacidad de entender y atender las necesidades, superficiales y profundas, del pueblo.

En Egipto hubo siete años de abundancia.

Luego, siete años de sequía, carestía, hambre.

José, el político, supo ver, es decir pre-ver dentro del sueño de la vida (abundancia hoy, vacío mañana). Organizó el equilibrio entre el todo y la nada. El pueblo tuvo

para comer y subsistir durante los duros años. El rey ganó y ganaron sus tesoros.

Atención, que falta el final

José murió en tierra extranjera. También atendió las necesidades de su familia, de su padre, de sus hermanos. Pero murió en el exilio. Su historia consta en *Génesis*. El libro que sigue al *Génesis* se llama *Éxodo*. El *Éxodo* comenta entre sus primeros versículos:

“Y surgió en Egipto un nuevo rey que nada sabía de José...”

Los comentaristas de antaño acotan:

“Sabía, pero se hacía el que no sabía...”

A sabiendas decidió desconocer a José y todo lo que él había hecho por la corona y por el pueblo.

Esto ya no lo trae Filón, sino mi propia asociación de ideas.

Un buen político, al servicio del pueblo y del rey, honesto, fidedigno, no puede aspirar a más que a un olímpico olvido.

Lo usaron y lo tiraron.

Sucede. Sucedió, y seguramente volverá a suceder.

A los hijos y hermanos de José, para agradecerles, los esclavizaron.

Nada más que eso.

Podían haberles salvado el alma en autos de fe, pero no, no lo hicieron.

Podían haberlos inmolado al servicio de futuras razas nobles, pero no, no lo hicieron.

Eran civilizados, los egipcios, pero no tanto.

Tiempo, historia y kairos

Retomemos el origen de estas divagaciones: el tiempo.

Habíamos dicho que hubo —hay, los sigue habiendo— dos testamentos, dos concepciones del tiempo, una

la hebraica, de la que hablamos antes, y otra la cristiana.

La hebraica, si desandamos el camino emprendido por Filón, es por lo menos en su expresión más visible, *el tiempo de la historia, chronos*. Tiempo que la gente va haciendo mientras hace su vida.

Tiempo de la sucesión de actos.

Esta sucesión conduce a algún lado, a alguna finalidad, pero de esa finalidad solamente Dios está enterado, y la contemplación mística de lo divino. Es tiempo de superficie, en principio.

Historias, cuentos, algunos que otros momentos sumidos en un mar de momentos triviales, banales, y generalmente de menguado perfil ético. ¿Qué es el hombre? El Testamento hebraico responde: *todos sus momentos. Chronos*. El *panta rei* de sus horas y de sus días. El hombre es todo lo que es.

Elijamos a un hombre de los consagrados como grandes. ¿El Patriarca Abraham?

Hágase una encuesta entre gente culta y pregúntese quién era Abraham. La respuesta está enfrascada y etiquetada. "El Padre del Monoteísmo" es vida reducida a *kairos*, a una situación de excepción. Desde el *kairos*, el momento sobre-saliente, Abraham *es* la revelación de Dios, la orden de sacrificar al hijo, y otras cumbres.

Desde el *chronos*, Abraham *es* un hombre que oye la voz de Dios y decide qué hacer con ella (obedece), pero también oye otras voces y reacciona: la voz del ganado (voz marxista, económica y poco ecuménica), la voz de su esposa Sara totalmente histérica porque no tiene hijos y le carga la culpa al viejo e impotente Abraham mientras él, en un aparte escénico (lean *Génesis XVIII*), sugiere que su mujer ya no puede, pobrecita, y todo eso ocupa largos versículos, mucho más largos que los dedicados a la voz de Dios y sus altos designios.

¿Por qué? ¿No es la *Biblia*? ¿No debería ser más seria? ¿No debería tratar solamente de cosas importantes? Respuesta:

Todas las cosas son importantes, todas las voces.

Momento. *Movimentum*. Todo fluye. Todo es. Entonces nada es. Nada es definitivo. No hay sustantivos que

coagulen al tiempo y lo estampen en la eternidad. *Chronos*. Marcha. Todo se constituye y te disuelve. Si hablaste con Dios ayer, es memoria, pasado, estampa de álbum. Hay que volver a hablar hoy, y mañana. En *chronos* día a día hay que recuperar el camino, porque el disquete se borra y es menester reprogramarse, indefectiblemente.

Nadie es, estamos siendo. Hasta el final. En *chronos*, *kairos* es y deja de ser, se esfuma.

Pasajeros como somos, estamos condenados a absolutizar todo instante, todo diálogo, toda voz, toda escucha, toda evasión.

El legado de dos Testamentos

El Antiguo Testamento comienza narrando: "En el comienzo creó Dios...".

El Nuevo Testamento, en el Evangelio según San Juan, afirma: "En el comienzo fue el *logos*".

Aquí la diferencia. Es otro el testamento. En el primero primaba la acción que era el tiempo en movimiento. En el segundo aparece el tiempo fotografiado en sustantivo, Logos, Palabra, Razón, Mente; objeto, cosa, *kairos*, situación sobre-natural, excepcional.

El *kairos* se desprende del tiempo hacia la excelencia del ex-ilio.

Estrictamente es el milagro. A partir de ahí cabe esperar el milagro. El tiempo no es ya acontecimiento sino espera, antes del *kairos*, después del *kairos*. La vida, en cuanto valor, está constituida por esos momentos cumbre.

El Testamento Nuevo anuncia esos momentos culminantes. "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos."

Jesús era un profeta: veía el camino y pre-veía las grandes caídas y las altas cimas de la redención.

Jesús era hijo del Antiguo Testamento, descendiente de los profetas de aquel mensaje y continuador.

Como todos los profetas, hacía hincapié en el *kairos* de la caída y el *kairos* de la redención, pero el tiempo que transcurría entre una y otra excelencia era tiempo de vida, de acción, devenir de la Ley y su cumplimiento.

Él lo dijo: venía para dar realización a la palabra de la "ley y de los profetas". (Mateo 5, 17).

Esta fórmula es fundamental para entender el proceso de cambio que se fue operando, ya no por Jesús, sino por los discípulos, que, bien se sabe, suelen ser los mayores distorsionadores de la palabra de los maestros. Triste destino el de los maestros que atrapan a multitudes de discípulos. El éxito en este punto puede traducirse en fracaso. El de Jesús, el de Moisés, el de Mahoma, el de Nietzsche.

Volvamos a la ley y los profetas.

La ley es la acción, el transcurrir diario del tiempo, la intersubjetividad en juego, el mal y el bien entrelazados, la vida de Abraham en todos sus menesteres. La prosa de la vida.

Los profetas son seres de fuego poético. *Eran* poetas. Buscan el *kairos*, en el paisaje uniforme de la acción destacan el diseño de una escatología, de una filosofía de la historia, el revés de la trama.

La trama produce el revés.

El *kairos* se inserta en el *chronos*, y la palabra poética comenta a la reiterativa prosa.

Kairos es la proyección interior sobre *chronos*, que es la dimensión del mundo y de las cosas.

La ley (*chronos*) da lugar a los profetas (*kairos*), y luego éstos quieren que la ley colabore y se realice dentro del diagrama cósmico que sólo los poetas son capaces de vislumbrar.

Ley-profeta-ley...

La ley y los profetas

Ese es el proceso. Jesús, el judío, alumno de profetas, pretendía eso: incendiar al *chronos* con *kairos*, a la ley con poesía, al vulgar tiempo con milagros, *pero* a fin de que desde el *animus* poético la ley se revitalizara y la vida se enriqueciera.

Los profetas, y Jesús entre ellos, *descubrieron el alma*.

Fue el gran invento.

Moisés (la ley) nunca habló de alma. Los profetas la inventaron (*kairos*). Después se dijo *anima naturaliter christiana* que significa que el alma, naturalmente, nace

cristiana, pero que en mi versión alude al hecho de que los evangelios la sobredimensionaron y lanzaron al centro del futuro Occidente.

El alma nació del misticismo. Los primeros místicos fueron los profetas. Luego se mutaron por los cabalistas.

El alma nació en aquella fracción del judaísmo que se había alejado del primer testamento de Moisés, de su mensaje de la vida real y cotidiana, del tiempo de la cocina, de la calle, de la cama, del baño, de aquel sector del talmudismo que buscó refugio en *otra dimensión*, una dimensión metafísica, donde no se dependiera de cuerpo, porque el cuerpo estaba masacrado, quemado, lacerado.

Es la dimensión mística que, a su vez, hubo de emerger en tiempos en que o se moría sin Dios, o se moría creyendo que Dios no es de esta realidad sino de otra realidad.

Había que elegir. Entonces apareció el alma. Por un lado en la Cábala judía, de la que Jesús era discípulo intenso entre las sectas que pululaban cerca del Mar Muerto, lejos de todo ruido y de todo mundo, adentrados en el espíritu, sin romanos a la vista, sin cuerpos dominantes y dominados, procurando que todo fuera alma, Dios y salvación.

Entonces nació el alma.

Y la difundieron los cristianos, y por eso dijeron *anima naturaliter christiana*.

Ex-celencia

Jesús quería la ley y los profetas. La ley hecha poesía, pero la poesía hecha ley. La ley de todos los días, y la poesía de la ex-celencia de algunos días.

Para la ley están todos llamados. Para la poesía, para lo ex-celso, muchos son los llamados, pocos los elegidos.

Jesús lo sabe. Porque es maestro. Quiere que todos sean los elegidos, pero no engaña a su pueblo. Un maestro no engaña. Dice que es factible, y que requiere esfuerzo portentoso. La poesía, el éxtasis, no cae del cielo regado por la gracia divina. Hay que alcanzarlo, "toda ciencia trascendiendo". Por eso son pocos los elegidos, aunque uno quisiera que fueran todos los

elegidos, como lo dijo Moisés:

Ojalá todo el pueblo fueran profetas.

Ojalá. Fueran. Pero no lo son.

Sólo los tiempos modernos, con ausencia de maestros, tienen la capacidad de la irresponsabilidad de emitir el mensaje donde todos son profetas, genios, creadores, talentosos, brillantes.

La gente escucha y se va a dormir la siesta. Total, *ya es*.

¿Qué hizo Occidente?

Occidente absorbió el tema y lo desfiguró. Las historias narradas por los discípulos del profeta desechan los momentos accidentales de la vida y sólo se afincan en las cimas y en las simas.

Occidente se enamoró del alma y tiene graves conflictos con la ley.

Sabe cómo vivir excepcionalmente, pero —a diferencia de Monsieur Jourdain— cuando le toca hablar en prosa tartamudea.

La ley fue separada de los profetas. Vale el alma, la poesía ex-celsa. Vale la obra de Martin Heidegger; que haya sido un fidedigno nazi no cuenta; tropezones que uno da en la vida, *chronos* de la contingencia.

Estamos escondidos. Esquizo.

El problema es grave. Cómo se va de la ley a los profetas, del *chronos* al *kairos*, lo supimos alguna vez. Cómo se va —y se re-liga— el alma con el cuerpo, la poesía con la prosa, lo extra-ordinario con lo ordinario, eso ya no lo sabemos.

Por eso quise tratar este tema. No es del pasado, es del futuro.

Hay que protestar

Dice Paul Tillich en su libro *La era protestante*:

“Si la religión no tuviera palabras para nosotros en estos tiempos, tampoco ninguna de sus voces sería digna de ser oída... Si la religión simplemente hubiera seguido la tendencia general de la opinión pública, no podría pronunciar

palabras dignas de ser oídas. Si la religión sólo promoviera un poco más el entusiasmo, si sólo nos diera un poco más de confianza, un poco más de dignidad para algo que se hará de todos modos con o sin ella, no tendría entonces significación alguna en esta situación presente o en cualquier otra situación...

“La religión ha servido muchas veces para la consagración superflua de alguna situación o una acción... Así ha consagrado el orden feudal. Ha consagrado el nacionalismo... Ha consagrado la guerra y las armas de la guerra... Ha consagrado sistemas de explotación del hombre por el hombre... La primera palabra, entonces, que debe pronunciar la religión a los hombres de nuestra época ha de ser una palabra que ataque a la religión...”

La rama mística

Por su parte comenta Xavier Rupert de Ventos en su libro *Filosofía y política*:

“La esencia de la modernidad parece consistir en la ruptura de un mundo simbólico donde las esferas de la ciencia y de la moral, del arte y de la política, constituían un conjunto coherente y posibilitaban una concepción global del mundo: donde la literatura era a la vez pedagogía, la moral era política, etc. Pero hay que conocer que ya en la Grecia clásica, se inicia la desarticulación de este conjunto armonioso en un nuevo cosmos artificial: en una ciudad donde cada una de estas esferas adquiere una dirección y aceleración independientes.”

Esta fractura es la del mundo en calidad de *re-ligio*, de ahí que en el hebreo las palabras sean multisénticas, ya que indicaban la fusión de las múltiples dimensiones que se combinan en cada acto, amar-conocer, mientras que los griegos tienen que inventar el amor-al-conocimiento.

En la *religio* propiamente dicha, sigo pensando, no hay lugar para el alma, porque sería justamente lo no religado, y como tal no existe, no es verificable, no está ensamblado dentro de un conjunto que lo contenta, es individual, y por tanto es *ruaj*, viento, zumbido, cambio

de ánimo, pero no realidad, sino reacción que es justamente salida de la realidad para entrar en una interioridad momentánea, sea el profeta, cuando el *ruaj* desciende sobre él, o Saúl cuando se vuelve loco, que es una manera, tanto lo uno como lo otro, de zafarse del resto y desgajarse de la *religio*.

La rama mística es la de la fe del individuo que, defraudado por los otros, se busca en Dios, solo, a solas.

Se desgaja del resto del árbol.

Rompe la trama de la *religio*, sí, se va y no vuelve. El maestro es el que se va, se encuentra con lo trascendente pero regresa a transmitirlo. El maestro está necesitado tanto del arriba como del abajo, tanto de Dios como de los otros hombres. Cualquier extremo lo deja a solas, sediento.

De esta manera puede entenderse que nada por separado puede haber crecido en Judá, ni arte, ni ciencia, ni mito, ni arquitectura.

Oír vs. ver

El hebreo se cría en el oído. Oye Israel.

El griego en la vista, hace el Partenón para verlo. Sus dioses tienen representación visible.

El hebreo prohíbe toda imagen de Dios. Es el primer mandamiento del decálogo.

¿Por qué?

Largos años me estuve haciendo esta pregunta. No sé si mi respuesta es definitiva pero creo que inspira la meditación:

Para que no te apoyes en la vista. Para que oigas. Oír es pensar, oír es interpretar, oír es escuchar.

La imagen se vuelve cosa. La palabra, en cambio, es mensaje, y hay que re-escucharla, aunque sea interiormente.

La cosa se muere, se cierra, se dogmatiza, y dispensa de pensar. Ya está es eso, la tienes, la guardas, la conoces.

Cuando uno tiene la cosa, se va a otra cosa.

Los que tienen a Dios, por cierto que no tienen nada, pero duermen tranquilos creyendo que lo tienen, que saben dónde está, en qué consiste, cómo funciona.

Eso es cosa. Imagen.

“No te hagas imagen alguna de Dios” significa no le pongas definiciones, y cada día tendrás que abrir los oídos para escuchar el mensaje.

Dios, el espíritu, el alma, el amor, los hijos, los valores, no son cosas, son mensajes.

El mensaje es para oír, para interpretar, para pensar.

Creer es pensar.

Dormir la siesta es dormir la siesta.

Filosofía de la imagen

En Grecia la privilegiada es la vista. Y las cosas. La mirada.

Theoria es una visión.

Idea es relativa a *eidos*, imagen.

Grecia cultiva el conocimiento. El conocimiento es de cosas. La belleza fija en la estatua.

Desconoce por eso, el tiempo, la historia.

La historia nació en las religiones monoteístas, como flecha de tiempo que va hacia alguna realización de la humanidad.

Los griegos estaban acotados a su espacio, a su historia privada, y todo lo demás era sustancia de *bár-baros*, gente que habla en lenguaje inentendible, como los pavos, diciendo bar-bar-bar.

Los griegos dicen nosotros, y se refieren a ellos mismos. A nadie más.

Por eso no tienen idea de la historia, ni quieren tenerla, porque no pueden tenerla.

La historia es de nosotros y los demás, de los que estamos y de los que estarán.

Que es la idea de humanidad.

No lo digo para restarles a los griegos méritos. Sería infame y tonto a la vez por mi parte.

Explico, tan sólo, que era otro horizonte, otra visión, frente a la fe de Oriente, que era otro oído.

Dos percepciones totalmente opuestas.

Una colocada afuera, en el mundo visible. La otra adentro, en lo invisible.

Cierto es que los griegos, cuando el *áfuaera* decae, también apelaron al adentro, y ahí es que nació el alma,

el orfismo, la idea de otro mundo inteligible, previo a éste a donde el alma regresa después de la muerte.

Pero no puede alejarse de su propia sustancia: el intelecto, la comprensión, la idea, la cosa.

El griego quiere solución.

El cristiano quiere salvación.

Y no es lo mismo.

La confusa herencia de Occidente

Esa doble herencia, instalada en el corazón de Occidente, al ser contradictoria, produce todos los desgarreros, heridas, conflictos y neurosis que caracterizan a nuestra civilización.

Un poco somos neuróticos, y otro poco nos hacen ser.

La fragmentación del saber en ciencias, artes, literaturas, sectores, especialidades nace en un mundo fragmentado, el griego. Por eso es politeísta. Cada dios representa otro sector del ser.

La unidad es sociopolítica. Del griego es *polis*, ciudad. Lo político es la vida en la ciudad. La ciudad es el ente supremo y unificador. Sócrates es condenado por la ciudad, porque atenta contra los intereses de la ciudad. Y aunque puede huir a otra ciudad acepta morir, porque *en otra ciudad no tendría sentido vivir*, sería vivir en la nada, sin un nudo que lo sostenga y lo ate a todos los demás, y haga de su vida un momento de una vida mayor, la de la ciudad-sociedad. Por eso acepta morir, y no se escapa.

La ciudad unificaba. Por eso eran en lo demás politeístas, de muchos dioses, no porque creyeran en ellos, y seríamos muy necios nosotros si nos considerásemos superiores a los griegos en cuanto a la fe.

No superiores, distintos.

Ellos directamente no conocían la fe. La fe amanece con los dos testamentos.

Los griegos tenían dioses que eran cosas, símbolos, representaciones de la realidad; el amor, la codicia, el pensamiento, el arte.

Cada dios era una faceta de la realidad.

Los religaba la ciudad. En consecuencia cuando se dice "la religión de los griegos" o "la religión de los

romanos" debemos entender que era un elemento de la cultura que los re-ligaba, los mantenía ligados, pero que ninguna conexión tiene con la fe, que es exclusiva creación o consecuencia del monoteísmo.

En Grecia, donde a mi ver siempre hubo las separaciones ya que eso es justamente lo que califica al politeísmo y al paganismo, es decir a la pluralidad de fuerzas y en consecuencia también a la pluralidad de desarrollos autónomos, separados ergo, la *religio* aparece recién bajo la idea de un monoteísmo porque sería el unificador de todo o el que impide la separación de todo.

Nuestro mundo politeísta

Nuestro mundo es pagano, politeísta.

No se enoje nadie: cada cual puede practicar su fe, en su templo, pero la vida real, la de la calle, la del mundo llamado mundo, esa vida, aunque mantenga discursos monoteístas, es palidecida, fragmentada en dioses menores a los que se les rinde culto por separado, y en determinados horarios. De 9 a 12, a la Bolsa, de 22 a 24, a la familia. En la Bolsa el otro es enemigo. En la familia el otro es amigo. Y así sucesivamente. Fragmentos de la fragmentación. Con esa diferencia: no tenemos *re-ligio*, es decir elementos de cohesión. Ni la ciudad de los griegos, ni la fe colectiva de los antiguos.

Solos y sueltos. A todo pienso. a todo existo.

Quizá eso explica que en general, y en toda época, la liberación de la ciencia es lo que permite crecer, también libremente, lo más anticientífico, y así se explica que junto al jardín del racionalismo crezca fervientemente el yuyal del fetichismo y la mayor ceguera mental y demonología correspondiente. Eso sugiere un mundo perfectamente politeísta, sectorizado.

Si hay un sector para la ciencia, vuelvo a explicar, eso me libera en los otros sectores donde puedo ser perfectamente bárbaro, salvaje, emotivo y criminal.

El politeísmo, como estructura mental, así lo autoriza.

Así se logra una existencia exitosamente extraordinaria.

En perpetuo exilio, rindiendo examen.

Los tres impulsos

Según Kant tres son los impulsos que mueven al hombre:

Habsucht, deseo de posesión
Ehrsucht, deseo de gloria
Herrsucht, deseo de poder

Si esos deseos están manejados por un centro espiritual, el individuo es persona.

Si cada uno corre por su cuenta, en su horario, el individuo es un mosaico de ausencias.

Y por las ausencias es que llora.

Soy porque Dios es

Empiezo por mí, y concluyo en Dios. Es la ruta cartesiana. Del *sum* al *est* = DIOS.

Coleridge: *Sum quia Deus est*. Soy porque Dios existe.

Este es el porqué de la existencia que, a su vez, presta plataforma para el porqué del conocimiento y garantiza que mi pasión por la verdad y el sentido no sea inútil.

Mi para qué, consecuentemente, está ligado y condicionado por mi porqué. Sabiendo de dónde, sé hacia dónde conviene encaminar los pasos.

No se hace camino al andar. En esta perspectiva, el camino está hecho y no hay otra cura que pre-ocuparse por:

a) conocerlo;

b) implementar las vías de recorrido que mejor me competen.

Este complejo (brevemente expuesto) de sabiduría acerca de Dios o lo Otro como fundamento racional del Ser y sus concomitancias, es lo que se ha resquebrajado definitivamente. Los dogmas de las instituciones religiosas (instituciones como todas las instituciones; fuentes de poder y organización, de intereses y proyectos sociopolíticos) protagonizaron, codificaron y difundieron la teología sabia. Alguna vez fueron ciencia.

Queda el para qué. Y solo. Sin porqué que lo anteceda.

La creación del mundo frente al espejo darwiniano ahora se torna en lo que originariamente fue: no un dato científico, ni una explicación de cómo estrictamente fue el comienzo, sino un *esquema de sentido* para un mundo que, puesto que "sabe" que es pasión inútil, se rebela y pretende "creer" que su pasión tiene teología.

En Bergson, en Teilhard de Chardin, en Whitehead, en mí, en toda soledad des-esperada se proyecta lo Otro divino *delante* del hombre, un "hacia Quién", y ya no más detrás, causa primera, motor inmóvil, curiosidad electrónica de un mundo-reloj (Leibniz).

"¡Dios no es el mundo sino la valoración del mundo!"

La frase es taxativa, absoluta.

Lo que diferencia a los hombres es el contenido detallado que se presta a la "valoración".

El manicomio convertido en Belén

Hay tragedias, las de la vida y las compuestas por los dramaturgos o literatos en general.

De la tragedia como posibilidad de lo humano, al concepto "hombre trágico" se produce, desde luego, un salto ontológico: la tragedia deja de ser una opción del azar, y se torna esencia de la existencia. Este hombre trágico viene preanunciándose a partir de las postrimerías del romanticismo, cuando la racionalidad como dato primordial acerca de lo antropológico comienza a desmoronarse y con ello toda lógica en relación con el *ántrpos*. Todo concluye, más o menos, con los planteos de Albert Camus sobre el hombre absurdo.

Literariamente es Dostoyevski uno de los notables profetas de este nuevo y crítico enfoque del hombre.

Vladimir Nabokov en su libro *La dádiva* hace decir a uno de sus personajes:

"El manicomio convertido en Belén, eso es Dostoyevski."

Precisa y preciosa definición.

Santidad, esperanza, teleología, Dios, sentido y tantas más asociaciones de elevación induce el vocablo "Belén".

“Manicomio” alude, en cambio, al sin-sentido, la desesperación, negación de toda divinidad, afirmación de toda negación, resistencia a cualquier norma. Absurdo. Tragedia.

Sólo la capacidad literaria de un autor como Nabokov puede en una frase resumir el mundo de otro autor como Dostoyevski. No quiero merodear en torno de aquella definición porque no haría más que empañarla, destruirla.

En *Crimen y castigo* dice Marmeládov:

“Es absolutamente necesario que todo hombre tenga un lugar cualquiera a donde ir; pues llega un momento en que siente la necesidad absoluta de ir a alguna parte.”

No sabemos cuánta pólvora, inocente o premeditada, introdujo el autor en sus palabras. Ni podríamos averiguarlo. No nos queda más que nuestra propia lectura, con estos ojos, en este siglo, hoy, con esta piel.

Hoy, aquí y ahora, tener un lugar cualquiera a donde ir se torna una reflexión fatídica, digna del mejor póster para el más suntuoso o angustiado living-room.

Tener a dónde ir, ¿qué otros problemas habemos sino ése? Una meta, un propósito, un para qué, un destinatario.

Me sale al encuentro Kafka, que parece retraducir a Dostoyevski. Mientras el ruso plantea el tema en términos “espaciales”, Kafka lo hace en categorías temporales. ¿Y si tuviéramos a dónde ir, alcanzaríamos a hacerlo? Que lo diga Kafka:

Bajo el título “El pueblo más cercano” leemos:

“Mi abuelo solía decir:

—La vida es asombrosamente corta.

Ahora, en el recuerdo, se me aparece tan de un solo golpe que apenas puedo comprender cómo, por ejemplo, un joven pueda decidirse a cabalgar hasta el pueblo más próximo sin temer que —posibles accidentes aparte— ya el tiempo mismo de la vida que transcurre normal, feliz, pueda no alcanzar ni por mucho para semejante cabalgata.”

Kafka prolonga a Dostoyevski.

El uno propone saber adónde ir. El otro ya sabe que

el ir (no el adónde) está negado de entrada, descartado como propuesta y propósito.

Sin camino

El fracaso inserto en toda intención, dirá a su modo *El ser y la nada*.

Iván Karamazov, por su parte, anticipa los tonos belénicos del manicomio al negar una premisa que vino alimentando a la humanidad desde el más original judaísmo y por vía de todos los diferentes cristianismos: El *Levítico* XIX que enseña “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. (Después de todo, ¿qué es la humanidad sino un conjunto de frases que el tiempo va puliendo, depurando, engastando en la conciencia como joyas luminosas, fomentando creencias, alimentando sueños?)

Iván sabe que tampoco eso es posible.

“Debo hacerte una confesión”, dice. “Jamás he podido comprender cómo es posible amar a los que nos rodean. Encuentro que son precisamente a ellos a quienes más imposible resulta amar; más bien podría amarse a los lejanos.”

No confundir con Nietzsche. Ese otro protagonista de la síntesis manicomio-Belén que era Nietzsche predicaba el amor al lejano, como positiva teoría de un futuro apocalipsis sin Dios.

Iván se limita a constatar la física, no la metafísica. Eso que una vez más Sartre traducirá a “el otro es mi infierno”.

Pero hallamos una dimensión mucho más profunda en Karamazov-Dostoyevski que en Sartre. La analiza León Chestov en su *Filosofía de la tragedia*.

Ahí nos trae un apunte del escritor que reza:

“Declaro que el amor de la humanidad es cosa completamente inconcebible, incomprensible, y hasta imposible sin la fe en la inmortalidad del alma humana.”

Ni más ni menos.

Capítulo 3:

La puerta en el muro

El azar del encuentro

Portentoso es que alguien se encuentre con alguien.

Uno sale a comprar pan, y el otro vuelve de pagar la última cuota del auto, y fue muy mal atendido en el Banco, donde todos estaban nerviosos porque el sistema de informática se había despistado y en consecuencia andaban como locos corriendo de un lado a otro, buscando papeles, informes escritos, recuerdos, memorias, diarios íntimos y hacían llamados telefónicos a diversas fuentes para —así lo ordenaba el gerente— atender a la clientela que el Banco no podía darse el lujo de perder.

Ese que fue a pagar la última cuota del auto, y que en términos de normalidad lo hubiera realizado en un lapso de 7-11 minutos, terminó ejecutando su voluntad en 1 hora, 42 minutos, y lleno de amargura, resentimiento, odio a la tecnología, y desprecio por esos empleados nacidos para la incapacidad.

Sale del Banco repleto de hiel.

Y se encuentra con ella, repleta de pan.

A ella no le falló nada. Todo fue según lo previsto. Porque vive en frente de la panadería, y el mecanismo de pedir un kilo de pebetes, 7 medialunas de grasa y el paquete de grisines para la dieta le tomó ajustadamente los 8 minutos de todos los días, a la misma hora, con el mismo paso, idéntica sonrisa, qué tal cómo le va, ya lo ve, y el nene, ahí está, creciendo, y usted, como siempre, como siempre.

Se encuentran y casi tropiezan.

Y se reconocen. Él se estira en una blanda sonrisa. Ella pudorosa se oculta detrás de su carga de hidratos de carbono.

Hacía tanto que no se veían.

No, él no es del barrio, pero tiene que venir a este Banco a pagar la —ahí se acuerda, y se pone furioso—

maldita cuota del auto, pero resulta que se les pinchó el sistema y esa manga de inútiles lo retuvo vaya uno a saber cuánto.

Ella le contó que venía precisamente de la panadería porque vivía ahí nomás.

Él no, él es de Flores, pero debe venir a esta sucursal de Caballito porque el auto lo compró en Caballito.

Ella sonríe.

Él sonríe.

Hace calor, mucho calor, y van a tomar una gaseosa.

Recuerdan todos los detalles de la secundaria. Él no siguió estudiando, ella tampoco. Él se hizo industrial. Ella no se hizo nada, trabaja en una oficina muy importante de una empresa muy importante. De jabones y otros artículos de tocador, sí.

Él fabrica trapos de piso.

Se dan cuenta de que los dos están casualmente en artículos de limpieza, y se ríen como si fuera una broma del destino.

Él dice:

—El destino, el destino.

Ella dice:

—Sí, el destino, el destino.

Y el resto es sabido: cómo salieron al sábado siguiente, cómo se fueron gustando más y más, aunque ella las de Woody Allen no las agarra del todo, y él las musicales no las tolera del todo, y luego fueron cenando, y se fueron adentrando uno en el otro, espiritualmente, y también de la otra mente.

Un encuentro.

El resto es sin importancia.

Un encuentro. Si el sistema operativo del Banco hubiera funcionado normalmente no se encontraban.

Si ella hubiera estado engripada y no salía a comprar pan, no se encontraban.

Ahora se olvidaron.

Están, esperando a los hijos para el Día del Padre, y se olvidaron de cómo se encontraron, y les parece lo más natural del mundo estar juntos, haber procreado, y festejar una vez más el Día del Padre, con sidra, que a ella

no le gusta, y con ravioles al pesto, que él no aprecia demasiado.

Y se olvidaron de que podrían no estar juntos.

Los relojes que somos

Se vive y los acontecimientos se incorporan en el fluir de la sangre, tornándose rutina sobreentendida.

Cuando repaso sucesos que sucedieron sobre el filo de un segundo que bien podía no haber sido, tiemblo.

Entonces no puedo evitar el recuerdo de este fragmento típicamente kafkiano:

“A tiene que concertar un negocio importante con B en el lugar H.

A se traslada a H para una entrevista preliminar, pone diez minutos en ir y diez en volver...

Al día siguiente regresa a ese lugar, ahora para cerrar el acuerdo.

Sale muy temprano para prevenir eventualidades, pero ahora el camino le toma 10 horas. Cuando llega le comunican que B, impaciente por su demora, ha partido hace poco para el pueblo de A y que seguramente se cruzaron en el camino.”

La historia sigue previsiblemente.

Se cruzan en el camino, se buscan, se necesitan, y no se encuentran, no.

Podría pasar, ¿no?

La posibilidad de que los tiempos de cada uno se rocen con los del otro es maravillosa.

Tan maravillosa como la peregrina idea que pergeñó el amigo Leibniz acerca de la realidad:

Cada ser es un reloj, y da su hora propia.

No puede comunicarse con el exterior. No tiene puertas, no tiene ventanas, no dispone de vías conectivas.

Está solo y encerrado en su propia hora, que proviene de su mecanismo interno.

No deja de ser extraño que, sin embargo, las horas y los minutos, las manecillas de los unos concuerden más o menos con las de los otros.

¿Cómo puede darse tal cosa imposible?

Se da.

Y puesto que se da ha de inferirse que existe el Relojero, alguien que se ocupa de cada reloj y de la co-incidencia entre los relojes, cosa que cada uno de ellos en sí y de por sí no puede lograr.

Ergo, Dios existe.

Hilado y trama

Si te va mal como al señor aquel que fue a pagar la última cuota del auto y en el Banco lo demoraron más de una hora y media, no te pongas mal.

No sabes para qué sirven.

Todo desencuentro es hilado para la trama de un eventual encuentro.

Pero como estamos programados de la propia fatuidad y queremos que las cosas sean tal cual hemos dispuesto que sean, nos ponemos furiosos porque el mundo no responde a nuestro llamado, y de furiosos que estamos nos perdemos los encuentros que nos perdemos.

Una pena, ¿no?

La pata de la vaca

No sé si le sirve a alguien, a mí me sirve.

Quiero decir que aplico en la vida esta tesisura y sobre todo apelo a una frase talmúdica que dice:

—A favor mío se le rompió la pata a la vaca.

La frase no es muy poética que digamos. Ahora veréis de dónde proviene.

Había un joven llamado Eleazar.

Su padre era Horkanos, y se dedicaba a la agricultura y a la ganadería, y de esa forma iba gestando su fortuna.

Al hijo pretendía criarlo en la misma buena senda, la del negocio y la del dinero que crece.

El hijo, en cambio, prefería crecer él mismo y a toda costa le pedía al padre que lo autorizara ir a estudiar.

El padre se negaba.

—¿Estudiar para qué? No sirve para nada, así jamás se llega a la Bolsa —le replicó despectivamente.

El pobre Eleazar, por tanto, estaba condenado a tra-

bajar en los campos de papá.

Una vez, mientras realizaba la automática tarea de arar, con bueyes y vacas, una vaca se cayó y se rompió la pata.

Eleazar vio en ello un signo del destino.

Entonces fue que pronunció, mucho antes de Descartes:

—Pensemos para qué existir. Dios está marcando posiciones. A favor mío se le rompió la pata a la vaca.

Y dejó el arado, la vaca, los bueyes, la casa del padre, y huyó y se recluyó en la Academia, y se dedicó a estudiar, a pensar, a enriquecer-se.

Vivió años de sumo sufrimiento y pobreza y hambre.

Pero creció.

Y se hizo maestro, y fue grande para los demás, y feliz para sí mismo.

De ahí aprendí la fórmula:

—A favor mío se le rompió la pata de la vaca.

Mira para atrás...

Dicho en términos más huberianos:

En todo desencuentro puede forjarse el hilo, el anuncio, el envión, el impulso de un encuentro im-previsto.

Mira para atrás. Recorre tu vida. Lo verás.

Es inevitable que se rompa alguna pata de alguna vaca, es inevitable. El tema de la sabiduría consiste en captar la huella del mensaje y seguirle la pista.

Nadie conoce el mosaico de la existencia en el cual está insertado, ni el significado de los sucesos.

Hay éxitos que más valiera que no hubieran jamás acaecido: te alejaron de ti mismo.

Hay fracasos que, bien evaluados, te devolvieron o te introdujeron en situaciones supremamente valiosas.

Aprender a saber, el arte de la sabiduría, consiste en aprender a dejar de saber.

Esa es la humildad.

No la del que se siente menos; eso no es humildad, es complejo de inferioridad o show de vanagloria.

La humildad es solamente de los grandes, y son gran-

des los que al llegar a algún pináculo se preguntan si llegaron y si ése es auténticamente un pináculo.

Tú eres la fuente

Me dijo el maestro:

—No podemos dejar de ser occidentales, la crisis de nuestros valores o de nuestra relación con nuestros valores no puede ser subsanada desde afuera con visiones traídas de otros lares, de otras temperaturas. La afición por Oriente es sintomática de la decadencia del hombre occidental que en lugar de mirarse en su propio espejo, se busca en espejo ajeno y está dispuesto a fugarse de su crisis envolviéndose con cualquier manto que lo ayude a en-cubrirse, a taparse, a refugiarse de la intemperie.

Le dije al maestro:

—Pero hay sabiduría en Oriente y en Occidente hay saber.

El maestro sonrió detrás de sus ojos apagados mientras veía la otra luz, la del entendimiento.

—La sabiduría, en nuestro caso, es aprender a vivir con el saber, a pesar del saber. Saber es ciencia y la consecuencia tecnológica de la ciencia. Sabiduría es vida.

—Pero la ciencia sucede fuera de la vida, marginalmente. Enseña a usar aparatos, a prolongar la vida, a manipular el cuerpo, a rebajar el colesterol. ¿Quién nos enseñará a vivir? —interrogué con ansiedad.

—La sabiduría, hijo.

—¿Y qué importa la fuente de donde la extraigamos? ¿Por qué no ha de ser budista, por ejemplo? —pregunté, avanzando en mi insolencia.

—La fuente es una sola, Jaime —me respondió con ternura—. Tú eres la fuente.

—¿Yo?

—Tú...

Sentí la presencia del enigma. No era tan sencillo como sonaba. Había más. Había un abismo por recorrer.

—¿Yo? ¿Qué yo? ¿Qué es yo?

—Yo es todo lo que eres. Eres todo lo que estás. Estás todo lo que te acontece. El alba, la lluvia, el pecho, la sed, el ómnibus, la radio, el grito, el techo, la flecha, el beso.

Todo lo que hay en ti, hacia ti, en el perímetro de tu acontecer, es yo. Tu realidad. De ella ha de emerger la sabiduría, sólo de ella.

—¿Y no puedo beber, maestro, en otras fuentes?

—Puedes pero sólo te servirán si coinciden con tu propia fuente, entonces, claro está, te servirán de estímulo, te ayudarán a confrontarte contigo mismo, a rati ficarte, a rectificarte. Cuando tú decides cuál es la fuente que te es nutricia, estás siendo tú la fuente de tu fuente. Tú decides...

—¿Qué sentido tiene pues leer, estudiar, acudir a sabidurías de pueblos, culturas, genios iluminados?

—El sentido de autofecundarse, de enriquecerse, pero la flor que de ti salga, será tuya.

El mal

Era el atardecer. En los ojos ciegos del maestro se reflejaba la otra irradiación, la del árbol de la vida.

Me sentía exiliado de ese huerto. Me sentía mal.

Entonces le dije:

—¿Y cuál es el mal de Occidente, maestro, por el cual huimos en búsqueda de panacea a Oriente? La tan mentada crisis, ¿en qué consiste?

El maestro contempló durante unos elongados segundos el origen del mensaje que iluminaba su mente. Tenía los labios sensuales, como frutas a punto de estallar. Dijo:

—El mal es el pensamiento.

—¿El pensamiento? —me sorprendí.

—El pensamiento profundo... —susurró.

Yo estaba azorado. El bien se transformaba en mal. No entendía.

Toda la vida me dijeron que no hay que ser superficial, que hay que ser profundo, y ahora el maestro...

—¿El pensamiento profundo, ése es el mal? ¡No entiendo, maestro! ¿No es profunda la sabiduría? ¿No es ese el bien, superar la superficialidad de las apariencias?

—Sólo es buena la profundidad, hijo mío, cuando la superficialidad está en paz, sosegada, contenida.

—¿Y qué es la superficialidad?

—Las relaciones humanas, el yo y los otros. La mesa,

el abrazo, la calle, la cama, el pijama, el trabajo, el teléfono, la toalla. Todo eso es en primera instancia, en la instancia más superficial, la vida. *Luego* se puede acceder a la profundidad, al inconsciente privado y al colectivo, a la metafísica, al comienzo del mundo, al sentido de la existencia, a la finalidad de estos días transitorios. Eso solamente *luego*. Los antiguos lo dijeron: *primum vivere, deinde philosophare*. Primero vivir, luego filosofar. Es el mínimo de sabiduría. La vida *se hace*. Vida es el hacer del quehacer.

—Sigo sin entender, maestro, el origen del mal. ¿Cómo es que la profundidad ha de ser el mal? ¿Por qué?

—Todo empezó con Descartes y su fórmula: Pienso, por lo tanto, existo. Colocó al pienso por delante del existo, y por encima de él. Pero Descartes sabía vivir, y para él la fórmula era válida, ya que en su realidad cotidiana estaba inmerso en vida, en religión, en costumbres, y en realidad primero vivía y luego pensaba. Los que vinieron después, los herederos, la desvirtuaron. Creyeron que el pienso es primero. Y desde entonces se profundiza la herida.

—¿Qué herida, maestro?

—La que coloca la esencia del hombre en el pensamiento, divorciado del quehacer, de la realidad cotidiana, de la superficialidad de nuestras relaciones, amores, odios, pasiones, elementaridades. Esa superficialidad se llama ética. Ética significa comportamiento.

—Maestro, Descartes no es sino una parte de la tradición occidental...

—No lo culpo —dijo el maestro con la sonrisa que se le debe al alumno sumido en el facilismo de las reducciones—. La frase cartesiana terminó entendiéndose como:

Sólo vale lo profundo del hombre, no su superficialidad.

Vale lo que siente, lo que piensa; lo que hace es accidente de índole secundaria.

—¿Ese es el mal?

—Ese es el mal, y crece, crece. La gente no habla de lo que hace, sino de lo que piensa, lo que siente, de profundidades inalcanzables, y al mismo tiempo se des-hace de

lo que hace, lo considera sin importancia, por ser superficial.

—¿Y qué tenemos que hacer, maestro? —pregunté angustiado.

—Recuperar la superficialidad, el valor de la superficie, el valor de todo hacer y moverse y estar. Sería *recuperar la dimensión profunda de lo superficial*.

Hubo varios segundos de silencio, de meditación pedagógica. Reanudó diciendo:

—*Luego* seremos profundos. Hasta ahora hemos sido profundos, y con ello nos disculpamos de todo el daño que sucede en lo superficial, como si solamente los corales del fondo del mar valieran y no la basura flotando sobre la superficie de las aguas. El mar es todo el mar, en fondo y en superficie. La basura te pertenece, es tanto tú mismo como las ideas más insondables que puedan habitarte.

No me atreví a interrumpirlo. Era un torrente. Estaba apasionado. Estaba dolido. Era como el médico que contempla por un lado al enfermo y por el otro a la panacea, y no sabe cómo lograr que panacea y enfermo alcancen a comunicarse.

El arte de extraer la flecha

El maestro se levantó. Lo acompañé, sosteniendo suavemente su brazo. Caminamos por el jardín. Apreciaba el aire, el zumbido de una abeja desorientada.

Los ojos invidentes parecían hurgar en latitudes desconocidas, como si husmeara un raro perfume y procurara identificarlo.

—Podemos, desde luego, aprender de Oriente. Pero no será de Oriente sino de la sabiduría que se manifiesta en todo tiempo, en todo lugar. He aquí una metáfora que tomaremos de Oriente porque se aplica perfectamente a nuestro caso. El origen es oriental, la aplicación y la transfiguración de ese origen se torna occidental.

Reposo. Pausa didáctica.

—*Está tomada del Noble Sendero Óctuple.*

—¿Qué es?

—Los ocho caminos para alcanzar el Nirvana, el fin

del sufrimiento. En Occidente se aprecia cómo llegar a ser feliz. En Oriente se piensa cómo dejar de ser infeliz. Hay que apagar el fuego de la vela que enciende ansiedades. Eso es nirvana. El soplo que anula el fuego.

Buda enseña que el sufrimiento proviene de la *codicia*, *la ira* y *la ilusión*. La codicia es madre de todas las pasiones malsanas. Vayamos al punto. En esa fuente se enseña cómo alejarse de todas esas motivaciones que producen el mal en la realidad inmediata, en eso que llame la superficialidad.

Ahora bien, podría haber alguien que quisiera *saber* los secretos del universo, si es finito o infinito, la idea de la inmortalidad o de la eternidad, qué es el alma, qué es el cuerpo, y en qué extremo pueden conectarse, y mil preguntas más. Ellas, en mi lenguaje, serían preguntas sobre la profundidad.

A esa persona se le dice: si quieres saber todo eso, entretanto, mientras busques aquellas respuestas profundas morirás de estos males superficiales.

Es como si un hombre fuese atravesado por una flecha emponzoñada y sus amigos, compañeros y allegados llamaran a un cirujano y él dijera, "no quiero que me saquen esta flecha mientras no conozca al hombre que me hirió, si es de casta real o de casta sacerdotal o un ciudadano o un sirviente"; o dijera "no me dejaré arrancar esta flecha mientras no conozca al hombre que me ha herido; cuál es su nombre y a qué familia pertenece"; o dijera, "no me dejaré arrancar esta flecha mientras no conozca al hombre que me ha herido, si es alto o es bajo, o de estatura media"; de cierto, hermanos, tal hombre morirá antes que pueda llegar a conocer todo esto.

Me quedé meditando. Necesitaba extraer conclusiones, urgentemente.

—Maestro...

Me apaciguó. Puso su mano en mi hombro.

—Tranquilízate, no digas nada. A las parábolas hay que dejarlas ahí, y continuar meditándolas toda la vida. Si las transformas en concepto, las matas... Palpitan, como la vida.

Me hacen feliz

—Estoy muy ocupado —dice el hombre medio, y considera que habla bien de sí mismo.

Eso es considerado salud, estar ocupado.

El des-ocupado deja que se filtre el tiempo del ocio entre ocupación y ocupación y ahí se torna pre-ocupado, que es pensar.

Pensar es pre-ocuparse.

Para pensar hay que no hacer.

La gente prefiere, como ella dice, hacer cosas. Ocuparse. Llenar el tiempo. Construirse cercos. Premeditar ocupaciones para que no haya tiempo libre.

El tiempo libre es la libertad de uno en el tiempo siempre que uno sepa qué hacer en él, con él.

Un hacer que es pensar, que es no hacer el hacer, que es des-hacer, des-ocupar.

Hacer-se.

Si hay *training*, puede el pensar ser el gran motivo del placer, un placer fino, sutil, e in-dependiente. Por eso es libre. Quizá la única posibilidad de pura libertad como in-dependencia.

Constantemente dependo de ti, de otros, de lo que dicen, hacen, sugieren, comentan, anuncian, informan, evalúan.

Me hacen feliz, me hacen infeliz.

Me hacen. Soy hechura de otros.

Para la libertad

En el pensar me hago. Soy de mí. Autonomía. No dura mucho. Es la paz interior. Para ello, dice Krishnamurti, hay que vaciarse.

Dejarse en paz.

No querer. Si no quieres no te defraudas. Si no te decepcionas, no sufres.

Si no quieres no sufres. Tampoco, claro está, gozas.

Para mucha gente el ideal es no sufrir. En este tópico radican las teorías del mundo oriental, del budismo, del hinduismo, del tao.

El tao es el camino.

El camino que detiene el andar que hace caminos.

El camino de ser nada, no tener nada. Cualquier cosa que tienes te condiciona y te pone en tensión de ganar o perder.

Vaciarse, dicen los maestros del budismo.

Hasta alcanzar el *nirvana*. Significa, *nirvana*, *la vela que se apaga*.

La vela de la ansiedad, del deseo, de la aspiración que se torna desesperación y angustia.

Apagar, entonces, la angustia.

Quedarse sin nada es la única manera de quedarse en paz.

Pero nosotros somos occidentales. Oriente es nuestro juego mental. Occidente se ha tornado la gran matriz donde se puede jugar a cualquier cosa: a Oriente, a *new age*, a Francisco de Asís, al sadismo, a LSD, todo junto, con la meditación trascendental en el medio.

De ese modo nada compromete, todo vale, y si todo vale, nada vale.

Esa libertad no me convence, no la quiero. Me aleja de la vida. Además tampoco puedo practicarla.

La existencia es pasión, dependencia, condicionamientos.

Me hacen.

En ese entorno he de procurar hacer-me. No huyendo, sino permaneciendo.

Tomar el hacer que me hacen y calibrarlo, re-hacerlo.

Libertad condicionada es la nuestra, pero cuando es se llama felicidad.

La herida abierta

Somos extranjeros en el mundo. Lo humano es paradójico, no es de este mundo. Aunque está en él.

Lo humano no es. Es trance de ser, movimiento de estar, siendo.

Estar abierto, por tanto, y eso significa ser imperfecto. Perfecta es la mesa en que me apoyo, la máquina que deletrea este párrafo, la ventana que me enfrenta y la conclusa música de Rachmaninof que en este momento me acompaña.

Perfecto es lo cerrado, lo concluido.

Parménides imaginaba el ser como esfera, redondo, simétrico en todos sus puntos, perfecto.

En latín perfecto significa *hecho, concluso*.

Cuando moría, Jesús dijo:

—*Consummatum est*.

Está consumado, está concluido, está terminado. Sólo la vida, cuando se cierra, alcanza su perfección, ese borde tan sutil entre esta vida y otra vida.

De la imperfección surge la necesidad de pensar.

Que es igual a la libertad.

El abierto es una herida que quiere cerrarse. Ergo, piensa, busca, palpa, duda. Quiere salvarse, quiere curarse, quiere cicatrizar.

Ridículo pero inevitable afán.

La herida no se cierra nunca. Y eso es vivir: las rotas cadenas arrojadas detrás de tus espaldas y las enteras cadenas que acabas de forjarte con los residuos de aquellos escombros superados.

Crecer

De la herida de Adán emerge Eva. Para completarlo. Para ser una sola carne, luego, al regreso, que es re-ingreso.

Nada más que una sola carne.

Entonces la herida se reabre, y el sueño se refuerza y el pensamiento se refacciona y la imperfección crece.

Crecer es crecer en imperfección.

La puerta en el muro

Puertas, muros, ventanas, fronteras, espacios.

Para el niño no hay fronteras ni barrotes. El mundo está en uno.

Después te domesticas y te aficionas a ser en el mundo. Pero hay gente que guarda dentro, bien dentro, para que nadie se entere, para que nadie lo denuncie, jardines interiores de evasión infantil.

Un cuento de H. G. Wells que se llama "La puerta en el muro" trata de un individuo que nunca quiso ser del todo grande, eficiente, integrado. Wallace, el héroe de Wells, descubrió de niño, una vez, una puerta en el muro. Entró en ella e ingresó en un mundo maravilloso.

“En un instante me convertí en un niño feliz, maravillosamente feliz en otro mundo. Era un mundo diferente, con una luz más tibia, penetrante y suave... y jugaban aquellas dos grandes panteras. Sin temor puse las manos sobre su pelaje suave... y jugué con ellas, y era como si me diesen la bienvenida a mi hogar. Esta sensación de retorno al hogar era muy aguda.”

Me conmueve esta descripción de la bienaventuranza como retorno al hogar.

Wallace era un niño solitario, sin amigos. Cuando cruzó la puerta del muro encontró dos grandes amigos.

Míralos. Esos niños, esos jóvenes, acarician panteras en su intimidad. Les gritamos, los despertamos, porque necesitamos uniformar sus sueños.

—Tienen que aprender a destetarse de su sed privada —es la propuesta societaria.

Después nos admiramos por tanta ausencia de originalidad y gemimos por la autenticidad perdida.

Y decimos que respetamos su sed, su voluntad, su vocación.

Ellos se parapetan y se ocultan *mientras* responden a nuestras expectativas y en los exámenes repiten con fidelidad eso que deseamos que repitan, bajo el lema de que les enseñamos a pensar, *mientras tanto* van hundiendo en las cuevas del alma las puertas en los muros, pequeños refugios con juegos secretos, totalmente prohibidos, absolutamente culpables, subversivos.

Cuando Wallace, ingenuamente, transmitió a los otros sus experiencias de extramuros, logró que todos se burlaran de él. El padre lo castigó duramente. Finalmente aprendió a callar.

Se educó para llegar a ser. Luchó, creció, hizo una carrera. Era exitoso.

Un éxito para la educación. Obtuvo una beca para estudiar en Oxford.

Ya era un hombre, cuando viajando en coche, imprevisiblemente volvió a divisar el muro y la puerta. Gran dilema: detener el coche, parar la marcha, suspender la carrera hacia Oxford o sacrificar esa puerta en ese muro.

Ser o ser.

Por supuesto ganaron los altos principios de la educación, de la sociedad, del Hombre que uno debe llegar a ser.

Wallace ve abrirse otra puerta: "La puerta de mi *carrera*", dice.

Aldous Huxley habla de "las puertas de la percepción": nacemos con todas las puertas abiertas, con la sensualidad totalmente despierta para oler colores y ver sonidos.

Crecer, para los valores vigentes en nuestra sociedad, significa ir cerrando puertas, organizarse, internalizar ficheros y códigos de modo que uno sepa de antemano qué ha de ver cuando se encuentre viendo y qué ha de saborear cuando se encuentre degustando.

Vosotros, que entráis en el mundo de la cultura, abandonad toda esperanza, a menos que detengáis en algún punto la marcha de la carrera para reaprender, en la medida de lo posible, pequeña pero de portentoso valor, la sensibilidad no domesticada.

De cierta infidelidad no se habla

Wallace traicionó a su puerta, pero no la abandonó del todo. Quien lo probó lo sabe. No podía abandonarla porque ella lo seguía.

Wallace sonreía, la vida le sonreía, la carrera ascendía a lo alto, y había cenas y banquetes y reuniones y aplausos. Luego notó que se cansaba de ascender y de posar y de sonreír.

Eso ya no satisfacía. Wallace había conocido la puerta en el muro, los jardines, las panteras, los amigos.

Y, sin embargo, ser paradójico, tres oportunidades más tuvo, según contó, para ingresar por esa puerta en ese mundo del goce, y se abstuvo.

De esa infidelidad no se habla generalmente.

Nos somos infieles. El mundo requiere sacrificios.

Se lo dijo Mefisto a Fausto, y es una gran lección. El que quiera mundo que se despoje de sí mismo. Hay que vender el alma o hipotecarla.

Goethe, el papá de Fausto, comenta el aprendizaje de Wilhelm Meister y dice:

“Ay de toda educación que destruya los medios más eficaces para la educación verdadera y que nos muestre el término en lugar de hacernos felices en el camino.”

Yo quiero ser feliz en el camino

Y como no estoy solo quiero que todos sean felices en el camino.

Caminante no hay *sino* camino, *sólo* camino.

Wallace debería detener el coche en el camino, y bajarse, y entrar por esa puerta.

Se vuelve, siempre se vuelve.

El retorno al hogar es pasajero. El retorno al camino es ineludible.

Si pudieras hacerlos felices, a esos caminantes pequeños y palpitanes que esperan de ti algo excepcional, si pudieras hacerlos felices ahí, ahora, sin esperas postergadoras, para que cada cual tenga sus propias puertas y las proteja *mientras* todos juntos, claro está, construimos los muros del futuro...

A veces me siento seco, cuando recuerdo tiempos no muy lejanos en que las actividades diarias, disciplinadas, eficientes, pragmáticas, eran sacudidas por una ráfaga de sueño, de fantasía, de intimidad inconfesable, de absurdo auténtico, lo mío, eso que nadie te dice, eso que la televisión no registra, y los manuales consejeros de la vida desconocen.

Recurro a lecturas de juventud, *Las moradas* de Teresa de Jesús, donde la mística española se lamentaba de caer en períodos desprovistos de toda savia inspiradora; “sequedades” los llamaba.

Hacernos felices en el camino.

Wallace no pudo resistir. *A él todo le iba bien, pero él no iba bien.*

La puerta estrecha. No pasa más que uno. No se comparte.

Wallace la encontró, la perdió, la buscó, la traicionó, la encontró, la evadió, porque tenía que optar por la puerta por donde entran todos.

Y aunque era muy feliz con todos los felices del mundo que ascendían los peldaños de la conquista de las metas supremas de la vida por todos compartidas, vivía muy angustiado.

No sé, estoy confuso

Me pregunto si tenemos derecho a sembrar confusión, angustia, insatisfacción, es decir pensamiento.

La modernidad nos corroe. Pasamos de puerta en puerta. La puerta estrecha me es indispensable. Pero no puedo prescindir de la grande, del gran coliseo.

Es ruido, y si falta es ansiedad. A veces me falta el mundanal ruido, las tribunas, mi puesto en la pista, los gritos, los estruendos.

No sé si hay derecho a difundir dietas contra el bienestar de la saludable repetición. Ese colesterol que vegeta en los muros de los días como todos los días, quizá sea bueno. No sabemos vivir sin él. Pero vivir así, con él solamente es fotocopiarse *ad infinitum*.

No borro lo escrito anteriormente. Lo dejo. Es una muestra del patetismo que nos invade cuando nos tomamos en serio y creemos que podemos sustraernos de las instituciones que nos vigilan desde nuestra propia sangre, para repetir esta vez a Foucault.

Los muros son firmes. Occidente absorbe todas las rebeldías. Jericó nunca se entera de nada.

Wallace murió. Lo encontraron muerto detrás de una puerta, en una empalizada que conducía al vacío.

Al final de su relato H. G. Wells hace un balance de la historia. Nadie puede certificar, comenta, que la puerta en el muro haya realmente existido.

La conclusión es la siguiente:

“Nosotros vemos el mundo corriente y vulgar, vemos la empalizada y el foso. Para el juicio común, Wallace salió de un mundo de seguridades para internarse en la oscuridad, en el peligro de la muerte. Pero, ¿acaso participaba él de ese juicio?”

Buena pregunta.

Piensa, mientras existes.

La revolución copernicana

La esfera es cerrada, es perfecta, por eso no respira. Es el ser inmutable, como lo quería Parménides.

La vida, tu vida, la que conocemos de cerca, es muy im-perfecta, porque es im-previsible.

La guerra es entre la realidad que está siendo, y la que queremos que sea por lo mal educados que estamos para buscar, constantemente, la inmutabilidad, el sustantivo definido, el eje y el centro sobre el cual la rotación es eterna.

Hay que des-educarse para educarse.

Bateson le decía "la deuterio-educación". La educación que uno se da después de la educación que uno ha recibido.

A propósito de falsas revoluciones mentales, viene al caso la mención de esta página de Lacan:

"La revolución copernicana no es para nada una revolución. Si en un discurso que no es más que analógico, se supone que el centro de una esfera constituye el punto dominante, el hecho de cambiar ese punto dominante, de hacer que lo ocupe la Tierra o el Sol, no tiene en sí nada que subverta lo que el significante centro conserva de suyo... Ahora desde luego es evidente que tampoco el Sol es un centro y que se pasea por un espacio cuyo estatuto es cada vez más precario establecer. Lo que permanece en el centro es esa vieja rutina según la cual el significado conserva siempre, a fin de cuentas, el mismo sentido."

Popper, Eco, la sabiduría

Cuando Sócrates dijo conócete a ti mismo, hizo una broma.

El "mismo" es incognoscible porque no existe. No hay "mismo". Fue la suprema ironía socrática.

Por eso los atenienses, portadores de la mismidad del Estado, que es el único mismo que se quiere mismo, del poder, lo condenaron a muerte, porque —dijeron— pervertía a la juventud, la hacía pensar y le hacía ver la imperfección.

La imperfección termina siendo subversiva, volviendo a Lacan.

Declara que nada está cerrado y todo está abierto y que cualquier intento de cerrar lo abierto es maquiavélica intención de establecer un absolutismo y de inmediato la Inquisición y en consecuencia el auto de fe.

Karl Popper tiene un libro sobre *La sociedad abierta y sus enemigos*.

La sociedad abierta es la democrática, la del libre pensamiento, la de la mente abierta.

Umberto Eco escribe en su libro *Obra abierta*: Es la obra de arte que permanece abierta, que admite ser re-significada por los sujetos que la encaren desde diversas perspectivas. Son las obras valiosas, en literatura, en arte.

Eco habla de "obras", yo le sumo a los hombres abiertos, aquellos que se re-abren día a día, y se alejan de cualquier encierro dogmático.

Ésos viven. Carecen de verdades definitivas, implacables, pero viven y son los sabios de la vida.

Sabio no es el que posee la verdad. Es el que la busca. Y cada vez que la encuentra, *sabe que no es esa, que es apariencia y que debe re-abrir su vida a la luz del nuevo descubrimiento*.

La imperfección es tu gloria, hijo

Sólo vale lo que se busca; nunca lo que se encuentra.

Que lo que encuentres no eclipse lo que buscas.

Que lo que buscas siempre sea distinto de lo que encuentres, nunca lo mismo, nunca lo mismo.

Donde está lo mismo no estés. No sé qué es la verdad, pero sé detectar la mentira: es lo mismo, que quiere ser definitivo, y que es lo cerrado que cierra ojos, sensibilidad, garganta, dedos, puños.

Recuerda a José Hernández:

"Dios formó lindas las flores,
delicadas como son:
les dio toda perfección
y cuanto Él era capaz;

pero al hombre le dio más
cuando le dio el corazón."

La perfección para flores, plantas, estrellas, lunas.
Para ti, la imperfección. El corazón.

¡Qué mudable es el corazón!

¡Nunca es! ¡Siempre está siendo, muriendo, naciendo,
vibrando, queriendo!

Hermosa imperfección.

No, no seas flor. Ni abeja. Ni mucho menos la manu-
facturada miel. Sé viento polenizado y polenizador, en
colores y en aromas volanderos.

Sabor, no saber.

¿Uno mismo?

Imposible. Me engañaron, hijo; te engañaron, hijo.

¿Uno mismo? Imposible.

Nacemos y somos dos.

Inevitablemente dos. No importa que dos, siempre
dos. El uno y lo otro.

Te leo a Marylinne Robinson:

"Y luego, está lo de mi madre, que me abandonó. Una vez
más, este es el tipo de experiencia corriente. Caminan por
delante de nosotros, caminan muy de prisa y se olvidan de
nosotros, tan perdidos están en sus propios mundos, hasta
que tarde o temprano desaparecen. El único misterio es que
esperamos que las cosas sucedan de otra manera."

Poderoso misterio. Después de todo, esperar es espe-
rar un milagro.

Ese texto me recordó un cuento de S. Izhar que se
llama "¿Te pasó alguna vez que hayas sido olvidado?"

Título conmovedor. Hay cuentos que en el título lo
dicen todo.

¿Te pasó alguna vez?

Caminan por delante de nosotros, caminan muy de
prisa y se olvidan de nosotros, tan perdidos están en sus
propios mundos...

Tan perdidos estamos. Pero a veces nos encontramos.

Y es como despertar. Los ojos se abren grandes, gran-

des, recuperando infancia y asombro, y se da eso que Buber llama el yo y el tú, el ser des-nudo, des-pojado des-puerto y des-cubierto.

Des. Des-hacerse de la propia piel que es cobertura, prisión, encierro.

Y abrirse.

Y darse.

¿Qué hace la gente con sus varios rostros?

Escribe Rainer María Rilke:

“Sueño, por ejemplo, que todavía no había tenido conciencia del número de rostros que hay.”

Hay mucha gente, pero más rostros aún, pues cada uno tiene varios.

Hay gentes que llevan un rostro durante años.

Naturalmente, se aja, se ensucia, brilla, se arruga, se ensancha como los guantes que han sido llevados durante un viaje.

Estas son gentes sencillas, económicas, no lo cambian, no lo hacen ni siquiera limpiar. Les es suficiente, dicen, ¿y quién les probará lo contrario? Sin duda, puesto que tienen varios rostros, uno se puede preguntar qué hacen con los otros. Los conservan. Sus hijos los llevarán.

Sin departamento, sin tarjeta de crédito...

“Comenzamos la vida con una pérdida. Somos expulsados desde las entrañas sin un departamento, sin tarjeta de crédito, sin trabajo y sin coche. Nuestra condición de recién nacidos sólo nos permite chupar, sollozar y aferrarnos a otro cuerpo.”

Judith Viorst, *El precio de la vida*.

El paraíso de Einstein

La felicidad es un jardín. El paraíso es un jardín. No es esto que te está pasando todos los días. Es algo

que pasa *entre* lo que pasa, ya que todo es pasar y camino al pasado.

Entre todo lo que pasa hay una hora, dice Rilke, que se levanta frente a todas sus hermanas y sonríe.

Es la hora de la felicidad. Fuera del reloj, pero entre las manecillas de los minutereros y segunderos.

Entre lo que pasa, pasa el paraíso donde estamos tú y yo desnudos caminando hacia un shabat, el séptimo día, el de la serenidad.

Es raro el paraíso, es raro el encuentro despojado, sin armaduras de ataque y defensa, muy raro.

Pero cuando se da uno se siente deslumbrado.

Pero no, no es de este mundo.

Este mundo es ruido, coraza, lanza y adarga. Andamos, caballeros andantes del tener y del éxito, combatiendo, luchando, bregando, peleando, defendiendo, y siempre terminamos desangrados. A menudo por el éxito, y no por la derrota.

Mundo es ansiedad.

Mundo es batalla, y herida.

El paraíso no es de este mundo, es arrancarse del mundo, hacerse un shabat, un sosiego, un intervalo entre mundo y mundo.

Es lo que hacen los artistas.

Es lo que hacen los religiosos.

Es lo que hacen los científicos.

Leamos las consideraciones de Albert Einstein sobre este tema.

"Sé muy bien que el paraíso perdido de la juventud fue un primer intento de liberarme de las cadenas de lo 'meramente personal', de una existencia dominada por deseos, esperanzas y sentimientos primitivos."

"Ahí fuera estaba ese inmenso mundo que existe independientemente de los hombres, que se alza accesible a la inspección y al pensamiento humanos. La contemplación de este mundo actuaba como una liberación, y pronto observé que más de un hombre a quien yo había llegado a estimar y admirar había encontrado la libertad y seguridad internas a través de una devota dedicación a él.

"La aprehensión mental de este mundo extrapersonal den-

tro del marco de las posibilidades existentes flotaba, medio consciente, medio inconscientemente, como la más alta meta ante los ojos de mi mente... El camino a este paraíso no era tan cómodo ni tan seductor como el camino al paraíso religioso, pero ha demostrado ser digno de confianza y nunca me he arrepentido de haberlo escogido."

Un mundo de negocios

El mundo nos trastorna; ergo, debemos alejarnos del mundo.

¿Y qué nos trastorna? La ambición, la envidia, la guerra perpetua entre unos y otros, por palabras, por miserias, por ausencias, porque no me has dicho la frase que yo esperaba, porque me miraste mal, porque, en fin, dependo de ti.

Vivir es sentir y sentir es depender.

Vínculo significa en latín cadena. Relacionarse es encadenarse.

Esas cadenas le pesan a Einstein.

Liberarse —sueña Einstein— de las cadenas de lo meramente personal.

Me dijiste, te dije, no me interpretaste, es que yo quería, sí pero, no, sin embargo, y la mueca que se torna sonrisa, y viceversa, y las entrañas que se vuelven en una constante agonía de expectativa y de decepción.

Cadenas del otro.

El otro es mi infierno, gime Sartre.

No hay que reír, no hay que llorar, no hay que detestar, sólo hay que comprender, exclama Spinoza.

Beatus ille qui procul negotiis, sugería Horacio, y Luis de León lo tradujo en términos de "Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido...".

Lo que tiene de bueno Horacio es que escribía en latín.

Ahí dice *procul negotiis*: "feliz el hombre que lejos de las ocupaciones del mundo...".

Neg-ocio, que de ahí proviene el término, es la negación del ocio.

Ocio es el tiempo libre, la vivencia que se disfruta a sí misma en el tiempo.

Uno hace negocios para vivir.

Y de esa manera lo que logra es des-vivirse.

¡Tantos negocios que nos atosigan!

Y no todos están relacionados con el dinero. Más bien lo contrario: los sociólogos y psicólogos enseñan que el dinero no es objetivo del hombre que vive para hacer dinero, sino la dignidad que eso le procura.

En última instancia todos nuestros negocios son transacciones de dignidad.

Y el peor de todos ellos, aunque se gane, es el de la relación inter-humana.

Hay gente que dice:

—Hay que negociar la relación...

Puede ser, pero si se hace ya se está en bancarrota.

De la biblioteca al hombre

Buber decía:

Estoy en mi biblioteca, estudio, vivo en la paz de las esferas superiores, del intelecto puro, de la verdad radiante, pero llega un momento en que un impulso interior me hace cerrar los libros y salgo corriendo a la calle en busca del hombre.

Hay un paraíso que es la fuga del mundo.

Hay un paraíso que está entre el mundo, como flores entre mares de hierbas salvajes.

Supé de uno, supé del otro.

En el mundanal ruido quiero buscarte y encontrarte, que es encontrarme.

Lo demás, suprimir el amor, el deseo, la tensión, la herida, podría llegar a ser paraíso, claro, pero sería la paz de la autoinmolación.

Quiero vivir.

El precio es éste, necesitarte.

Y no hay negocio que lo remedie.

Monólogo de Serpiente

Ahí están, Eva, Adán.

No me llaman. Me llama el silencio entre dos seres. Ya no saben qué hacer, qué decir, cuando son dos, uno más uno. Entonces la escala matemática exige y reclama un tercero, y así sucesivamente. Soy el tercero, el exclui-

do por la lógica, el incluido por la vida. Conmigo comienza la acción.

Dos significa encuentro, desencuentro, amor, abandono.

Tres significa acción, movimiento, trama de hilos que van y que vienen de tres multiplicado por tres a la potencia, y de ahí al infinito.

Dos son un yo para un otro y un otro para un yo. Tres son tres otros. Alteraciones. Otriedades.

Intervengo y los dos se sienten salvados de la soledad recíproca que es la más angustiante de las soledades. Intervengo y todos nos transformamos en seres ondulantes, esquivantes, elusivos, al acecho, a la caza, a la espera del traspie ajeno.

Dos se llaman. Tres hablan.

Dos, interloquio. Tres, circunloquio.

En torno, bordeando, en tangencia, rozando, punzando, esculpiendo en la sangre ajena, a la defensa, al ataque alternativos.

Hablaremos, nos ocultaremos entre palabras, entre silencios arteros y expectantes. Hablaremos para no decir lo que quisiéramos decir. Hablaremos para evitarlos.

Tejeremos cambiantes máscaras de palabras.

Tres rostros, tres especies deformantes, tres asfixias, tres sonrisas complacientes, tres miradas reptantes, tres bocas tensas como arcos en flor.

Hablando de a tres la gente se entiende y se sobreentiende y se desentiende. Ocuparse para despreocuparse.

Tres es la cifra óptima para dejar de ser mientras somos en refulgente apariencia. Hablaremos, alternaremos constantemente imágenes, impresiones, antifaces, funciones, papeles.

Meditación de lo que esperas que yo sea

Persona. *Per-sonare*. Sonar a través de la máscara. Mi voz a través de tu máscara. Tu palabra callada a través de mi eco. Nunca yo. Siempre otro frente al otro. Alteración perpetua.

Nadie se compromete. Mi pie, trampolín para tu salto.

Y nos moldearemos a imagen y semejanza de lo que no somos, de lo que el otro quiere que seamos. Actores-espectadores-autores en el mismo momento, en el mismo retablo.

Seré lo que no soy, lo que esperas que sea. Y así serás. Y así iremos trocando los colores de los ojos y los tonos del alma y las cuerdas del arco. Arcoiris impredecible.

Se sabe el primer paso dado, la primera palabra pronunciada. El resto es aventura. No sabes a qué te conduce el tres. Todo puede comenzar con un simple y sencillo saludo y concluir quién sabe en qué exilio paradisíaco. Me necesitas. Necesitas saber de ti mismo, y necesitas que yo venga y te diga.

El dos en la unidad es pasajero, contingente, como la gota de agua. Necesita con urgencia del tercero que venga, atestigüe, determine objetivamente. A eso se aspira, a la objetividad.

Y sólo el tercero puede ser su portador. Ven, tercero, y dime si amo, si odio, si soy, qué soy, cuánto soy. Quieres saber. Por eso eres tan menesteroso del otro. El otro vendrá y te dirá. Será un espejo.

Dos se besan. Cierran los ojos y se pierden en la unicidad del dos fundido en un solo ser perdido en el infinito. Por un instante. Luego emerge la necesidad de corroborar, saber, definir, establecer, sustantivar, llamar, dar nombre.

Se separan, se alejan y aguardan al tercero que venga y les diga y los nomine. El tercero es principio del conocimiento objetivo. La verdad de uno dicha por otro.

El conocimiento

Yo soy el portador del conocimiento.

Yo os haré saber.

El principio de conocimiento es principio de disgregación. Y seréis uno más uno, más otro que es el tercero.

Conoceremos.

Se perderá la subjetividad creadora del ser y en el plano objetivo la imprevisible lanzadera del lenguaje irá

tramando la telaraña en la cual nos desposeeremos del ser de uno para aprehender la verdad que es de nadie, que despersonaliza y que trae como consecuencia la visión reflexiva de la propia desdicha.

Principio, pues, del bien y del mal.

Dos, y el tercero incluido.

La escena está predispuesta.

¡Cuánta ansiedad!

Él se llama Adán. Ella se llama Eva. Se fatigaron de tanto paraíso.

¡Me reclaman, con urgencia!

—Ya voy... ya voy...

¿Qué es el bien?

¿Dónde está el bien? ¿En qué consiste?

Es esta la pregunta antiquísima que sigue persiguiéndonos.

Es este el problema que enfrentamos cuando hemos de educar a nuestros hijos y vacilamos. Si les decimos que sean buenos, que no sean agresivos, que no ataquen a otros y que no pisoteen a los demás, ¿los educamos bien o los educamos mal?

¿Cuál es el bien? ¿De quién es?

¿Estará en la cantidad de años que se vive?

Recuerdo el comienzo de un libro de viajes de Guy de Maupassant:

“La vie, si courte, si longue...”

La vida, tan corta, tan larga...

A veces tan corta, como el viento raudo que no se deja apresar por el puño, a veces tan larga, como el infierno pegoteado a tu piel.

La vida, tan corta, tan larga...

Esa frase me sigue, me persigue, con toda su melancolía, con el peso profundo de su reflexión.

Hubo un califa que contó los días felices de su vida, y fueron diecisiete.

¿Mucho? ¿Poco?

Dice Lope:

"La vida es corta,
viviendo todo falta,
muriendo todo sobra".

El bien es como

¿Dónde está el bien?

¿En que este libro se venda, en que tú lo leas, en que alguno de tus descendientes lo tome en las manos?

No debo engañarme, no debo engañarte. No creo que el bien sea un programa que se cumple. Se me ocurre que a menudo confundimos el bien con el éxito, con la medición cuantitativa: cuántos años vive una persona, cuánto ha logrado económicamente, cuánto ha viajado, cuánto...

El bien no es cuánto.

Es cómo.

"Al que sabe por qué vive, ya no le importa el cómo"
—dice Nietzsche.

Nietzsche sugiere que las condiciones exteriores de la existencia no cuentan cuando uno sabe por qué y para qué vive.

Todos los cuántos se esfuman.

Te quedas con tu interior.

El cómo al que aludo yo es intensidad; no es medición hacia afuera, sino vibración hacia adentro.

El califa aquel hablaba de días felices. Yo hablo de momentos, de situaciones, de encendimientos, de iluminaciones. El resto es circunstancial. Yo hablo de amor, de enamoramiento, de éxtasis, de placer, de felicidad, de tu mano en mi mano, de la voz de cada hijo, del llamado, de la convocatoria, de la belleza efímera de la rosa que crece en tu pecho, ayer nacida para morir mañana.

Friedrich Hölderlin: una breve jornada

"He vivido una breve jornada, creciendo junto a los míos
Todos, unos tras otros, se fueron a dormir, abandonándome
Sin embargo, oh durmientes, veláis conmigo
y en mi alma permanece vuestra imagen.

Y así vivís, más vivos que nunca, en este divino júbilo del espíritu, que rejuvenece a quienes envejecen, que rejuvenece a todos los muertos."

Atraverse, hay que atraverse

Estamos en trance de transición.

Muro tras muro, los de la Unión Soviética, los de las ideologías, los de Berlín, los de la película que lleva música de Pink Floyd, y —sobre todo— los de las relaciones humanas, fueron cayendo.

Parados sobre esos escombros festejamos la presencia de esos escombros pero no nos atrevemos a construir.

Esta es la característica mayor de este siglo, creo, su falta de atrevimiento.

La ciencia fue atrevida.

La tecnología fue atrevida.

Pero no hubo atrevimiento en la revisión de *nuestro* mundo, el humano, que es intrahumano e interhumano. Es interior y es entre los interiores que cada uno representa hacia el exterior.

Inclusive hubo atrevimiento en lo corporal y en la caída de velos en materia de sexualidad.

Siempre entendiendo que podemos modificar el orbe de las cosas, de los cuerpos y de las leyes de los ni.

El resto quedó intacto.

Por eso estamos en trance de transición. Sonriendo de jóvenes pero debajo de la piel lisa se mueven los músculos viejos con viejos valores.

La sonrisa se crispa, entonces.

¡Cómo nos cuesta reír!

Por eso mismo queremos solamente reír y sonreír y mostrarnos felices, para que no notemos las suturas de lo sido con lo que está siendo y el pegamento que no termina de absorberse.

Cierta tristeza universal anida detrás de tanto ruido y de tanto movimiento exacerbado.

¡Que nadie se pare, porque si se para se cae!

Sobre los escombros crece el vértigo. No sabemos hacer, construir. ¿Por qué? Por falta de atrevimiento.

Por falta de atrevimiento moral, dice Changeaux al comienzo de su libro *El hombre neuronal*, están detenidas las ciencias del cerebro hace largos decenios.

Miedo. Por eso el vértigo.

Miedo a atreverse a decirse la verdad de lo que queda desnudado después de los escombros.

¿Sabes qué nos falta?

Obras. Empresas. Proyectos. Horizontes.

Para co-laborar.

Nuevos mitos para nuevas obras para realizarnos en la colaboración.

Un hogar no está hecho de sentimientos sueltos de gente suelta que vive bajo un mismo techo.

Un hogar es una trama de co-laboraciones.

Obras, vida con-junta.

El ser querido es el ser de la con-vivencia, de la con-querencia, dado en la co-laboración.

Obras.

Así dijo Dios cuando se proponía hacer al hombre:

“Hagamos un hombre.”

Pedía co-laboración.

Sin co-laboración no hay hombre.

Paul Valéry reflexionaba:

“Lejos, pues, de que sean los elementos intuitivos los que den su valor a las obras, quitad las obras y vuestros vislumbres no serán más que accidentes espirituales, perdidos en las estadísticas de la vida local del cerebro. Su verdadero valor no procede de la oscuridad de su origen, ni de la supuesta profundidad de donde queríamos ingenuamente que saliesen, ni de la sorpresa que nos causan a nosotros mismos; sino de un encuentro con nuestras necesidades y, en fin, del uso reflexivo que sepamos hacer de ellas, es decir, de la colaboración de todo el hombre.”

Pedagogía del Yo-Tú: Martin Buber

—Estamos a la intemperie —dice Martin Buber.

En principio es una sensación de angustia perder el techo que protegía.

Pero ese techo, también, impedía ver las estrellas; limitaba.

La intemperie *puede ser* libertad.

Estamos. Nosotros. Concretamente yo y tú. Lo demás —los demás— es abstracción.

Abstracción es el individuo. Abstracción es la sociedad.

Lo real-concreto es el hombre-con-el-hombre. Nosotros= nuestras relaciones.

“Yo soy mi relación” —dice Buber.

No un yo que entra en relación; sino un yo que sale de la relación, emerge de ella. La relación me define. Soy de acuerdo con la manera que manejo la relación.

Claro que tampoco soy el dueño de la relación. Somos. Estamos. Yo y el otro. Conjuntamente confeccionamos la relación y la hacemos ser, le damos tal o cual color. Luego brotamos de ella coloreados con esa tintura particular que la relación provee.

No soy antes, soy durante, soy mientras.

No un yo que hace la relación, sino que brota de su hacerse en ella.

Hacemos la relación y en ella nos hacemos.

Tipos de relación humana

En la sociedad Do Kamo el individuo tiene tantos nombres cuantas relaciones.

Eres Madre, eres Esposa, eres Hija, eres Amiga, eres Maestra, eres De Almagro, eres Loca Por el Ballet, eres La Que Veranea en Punta...

Relaciones con personas, con lugares, con objetivos, con sueños.

Eres todo eso, y todo eso te hace ser.

Pero hablemos de nuestras relaciones, entre nosotros.

¿Cómo son?

Los tipos de relación fundamental, según Buber, son:

Yo - Ello
Yo - Tú

La relación más común es la de Yo-Ello. La palabra Ello indica, claramente, lo impersonal. Si es impersonal es cosa, materia, objeto, utensilio.

Las cosas *sirven para*. Una olla sirve para cocinar. *La Gioconda* sirve para la contemplación estética. Un árbol sirve para dar sombra, o para transformarse en madera, o para sostener mi cabeza cuando la apoyo en él.

También los seres humanos *sirven para*.

Mi mejor amigo *sirve* para salir los sábados a la noche, para hacer asados conjuntamente, para llamarnos cuando estamos aburridos. Por eso es mi mejor amigo.

Yo también, desde luego, le sirvo. Por eso soy su mejor amigo.

Nos servimos. El uno al otro. El uno del otro. Cada Yo es, aquí, Ello.

Es cierto que mi mejor amigo me cuenta sus cuitas, sus problemas, y lo ayudo cuando está enfermo, y me preocupo por él. Y él por mí, idénticamente.

—¿Y los sentimientos? —dirá alguien ofendido.

—¿Y las emociones, los afectos? —agregará otro.

¿Y la amistad?

Tal cual describimos los hechos, entran todos en el marco del Yo-Ello, impersonal, cosístico, ajeno, de servicio, de uso, de provecho, de negocio.

No lo estamos denigrando. Nos limitamos a conocerlo. Si Juan me ayuda a cambiar una goma del auto es buena persona.

Si mi amigo me presta una suma de dinero en momentos de apuro, o se queda con mis chicos cuando salgo de vacaciones, es un buen amigo.

La relación, sin embargo, es Yo-Ello. De servicio. Por más des-interesada que sea o aparente ser.

En la relación de fundamento Ello puede haber bondad, ayuda, prestancia y otros valores trascendentes.

No es ese el tema.

Estamos analizando, con Buber, cómo tenemos un mundo armado y estructurado en relaciones de intercambio.

También lo considerado espiritual entra perfectamen-

te en este campo: discutir Aristóteles, o la deuda externa; hablar de Dios o Nuevo Testamento; tomar lecciones de Meditación Trascendental. Cosas. Inter-cambio de ideas.

La relación es el modo

No es el *tema* el que define a la relación. Es el *modo*, la manera, la postura que se asume en la relación-con-el-otro.

El Yo-Ello impera en el orbe de nuestras necesidades técnicas. Cuando está ahí, cumple su función natural. Y eso es "bueno".

Si entro en un negocio a comprar un piano o un kilo de azúcar todo mi interés de relacionarme con un otro-vendedor es cosístico, de intercambio, de puro Ello. Aquí la despersonalización es un requerimiento para que el objetivo sea logrado. Es bueno que el vendedor "sirva" a la causa del negocio y que yo le "sirva" adquiriendo la cosa. No nos engañemos. Estamos para servirnos. Él sonrío, yo sonrío. Él me explica. Yo pregunto. Es el juego del Yo-Ello, natural.

El diálogo es, en este caso, un intercambio de información. Es función de la cosa y del negocio, no de las personas.

Atendamos ahora cómo es la relación Yo-Tú; según Martin Buber:

"La relación con el Tú es directa. Entre el Yo y el Tú no se interpone ningún sistema de ideas, ningún esquema, y ninguna imagen previa. La memoria misma se transforma en cuanto emerge de su fraccionamiento para sumergirse en la unidad de totalidad. Entre el Yo y el Tú no se interponen ni fines, ni placer, ni anticipación...

Todo medio es un obstáculo. Sólo cuando todos los medios están abolidos, se produce el encuentro."

Yo-Tú

Yo-Tú. Releamos desde el final del fragmento citado, es un encuentro. Persona a persona.

Buber no ofrece una receta para que ese encuentro

prosperare. Comparado con las situaciones Yo-Ello, el Yo-Tú reluce por carencias de elementos mediadores.

En otro escrito comenta Buber:

“Cuando se sabe por qué se ama, es que ya no se ama.”

“Por qué” es una razón, un motivo, una ajenidad a nosotros mismos. Si hay *algo entre nosotros*, nosotros no podemos encontrarnos.

“Ni anticipación.” No se puede programar, planificar. Si eso se hiciera se caería en la trampa del Yo-Ello que siempre es premeditado, que siempre tiene otra intención que el encuentro en sí.

El Yo-Tú prescinde, justamente, de lo otro. No hay Yo-Tú *porque* participemos de idénticas ideas o *porque* nos gusten los mismos pintores o *porque* nos sentimos bien el uno con el otro.

En otro libro, *El eclipse de Dios*, Martin Buber proporciona esta versión:

“Sólo cuando, después de reconocer la inapreciable diferencia de un ser, renuncio a toda pretensión de incorporarlo en alguna forma dentro de mí, o de hacerlo parte de mi alma, sólo entonces llega a ser para mí un Tú.”

Esto nos recuerda palabras de Saint-Exupéry ya mentadas:

“La inapreciable diferencia de un ser.”

El otro en cuanto otro. Como yo, pero diferente. Reconocerlo. Con-firmarlo. El ser-sin: sin nombre, sin apellido, sin *status*, sin ideas, sin *curriculum*.

El ser a pesar de todo eso. El ser desnudo. Como Adán y Eva antes que aprendieran a cubrirse y a encubrirse. De ropas, de palabras, de frases, de miedos, de corazas.

El Tú divino

Martin Buber, fallecido en 1965, era hombre religioso. Sus ideales, ya que fundamentalmente ejerció la pedagogía, no eran meditativos, sino pragmáticos. Quería

modificar la realidad. Su teoría del Yo-Tú implica un enfoque místico, pero aquí, ahora, entre nosotros, y dentro de la responsabilidad histórica.

“Las líneas de las relaciones, si se las prolonga, se encuentran en el Tú eterno”, comenta Buber. Dios es el Tú absoluto. La relación Yo-Tú, por lo tanto, trae consigo un hábito de divinización, de presentificación de lo divino aquí, entre nosotros, sobre la Tierra, y en esta vida corriente, callejera, vulgar, sin necesidad de apelar a instituciones, iglesias o concilios.

Yo-Tú significa total entrega, total fe, total necesidad del otro, sin ningún tipo de condicionamiento.

Para Buber la fe no es cosa de teología sino de vida comprometida.

En el Yo-Tú se da el compromiso.

En el Yo-Ello se da la transacción.

“Me realizo al contacto del Tú; al volverme Yo digo Tú. Toda vida verdadera es encuentro.”

Las rotas cadenas

No hay manera —repito— de evadir o eludir el Ello.

Las técnicas necesidades de la vida que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo lo reclaman.

Lo triste es que la vida esté totalmente ocupada por el Yo-Ello, la cosificación, el valor de uso y competencia, el servir para algo, el servir para alguien.

Aquí empalmamos con nuestro tema central: la educación, el aprendizaje.

Y la fórmula agobiadora: somos lo que aprendimos a ser; aprendimos lo que se nos enseñó.

Buber, el maestro, propicia una pedagogía del diálogo entre personas, no entre palabras o sistemas de ideas. Que el tiempo de la existencia no esté engullido por la ajenidad del Ello. Que haya algunos momentos de YO-TÚ, de trascendencia.

El Yo-Tú significa las “rotas cadenas” de Ello, del precio, del mercado. Liberación. Sin las máscaras de la conveniencia.

Yo-Ello y Yo-Tú son situaciones cambiantes en la dinámica de la existencia. Nada es definitivo. Todo es

momento. Es decir *movimentum*.

Imaginemos un ejemplo dramatizado:

Programamos encontrarnos en Corrientes y Esmeralda. Al cine. Después, la pizzería. Después, el paseo por librerías. Después, a casa.

Yo-Ello

Nos encontramos. Realizamos el plan previsto. En la pizzería, de pronto, la comida, el cine, nuestros diálogos repetitivos, pasan a un segundo plano. Nos descubrimos. Se produce una relación profunda. Personal.

Yo-Tú

Nos encontramos a la mañana siguiente. Recordamos el deslumbramiento de la noche transcurrida.

Pero a la mañana, cuando nos vemos, nada quedó del fulgor nocturno. Lo de siempre. Los diálogos entre nosotros. La rutina, las máscaras, la programación.

Nuevamente

Yo-Ello

Melancolía

El siguiente párrafo me pone melancólico:

“La exaltada melancolía de nuestro destino reside en el hecho de que en el mundo en que vivimos todo Tú se torna invariablemente Ello.”

Melancolía. Pero vale la pena. Vale la melancolía. Si el Tú más querido no puede escapar a la elloización natural, también cabe la esperanza de que en otro momento vuelva a ser Tú, y que el Ello de siempre en algún instante, milagrosamente, se torne Tú.

De lo cual se infiere que nada en el hombre puede ser institucionalizado.

Y cuando lo es, se torna Ello.

Hay momentos en que la madre-bebé son Yo-Tú y otros en que son Yo-Ello.

Es deber de la institución coagular y petrificar fluides de sentimientos, situaciones, éxtasis.

Pero no hay condenas ni predeterminaciones. El matrimonio *puede* una y otra vez albergar al Yo-Tú del amor. Los hijos *pueden* amar a sus padres siempre y cuando no se les ordene hacerlo porque así lo establece el código societario.

Libertad. Ése es el reino del Yo-Tú. Libertad para ser, dejar ser, dejar de ser, infinitamente dentro del marco finito de la existencia.

"El Ello es la eterna crisálida. El Tú es la mariposa eterna."

La revolución pedagógica

Tan apresados estamos en el estrato del Ello que las palabras de Buber nos suenan poéticas, místicas, metafísicas.

Martin Buber era un revolucionario, y muy terrenal. Sólo que su programa rebelde no se hace con misiles ni con parlantes desde plazas públicas o balcones. Es pedagógico.

Ni el infierno del individuo vs. el individuo.

Ni el disolverse en masas anónimas.

Yo y Tú, una comunidad de personas.

"El encuentro del hombre consigo mismo no podrá verificarse sino como encuentro del individuo con sus compañeros, y tendrá que realizarse así. Únicamente cuando el individuo reconozca al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marcha desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador."

Capítulo 4:

Erotismo

La tensión erótica

Estás. Te vas. Dejarás de estar. Vendrás.

Im-previstamente.

Tensión. Muero porque no muero. Tan alta vida espero. Mi amado, las montañas.

“Oh dulces penas por mi mal halladas,
dulces y alegres, cuando Dios quería...”

Contradicción.

Solamente la cosa no tiene contradicciones. Está cerrada, acabada. Sin puertas ni ventanas. Y la vida hecha cosa. Y los seres, cosificados.

Fichas en un archivo. Siempre están. Siempre idénticos a sí mismos.

No hay tensión, no sorprenden.

Es que tampoco viven. Uno los ve, pero no los ve. Ve el recuerdo de lo que ya vio personificado en eso que esta ahí, adelante.

Erotismo es tensión, ansiedad, espera.

¡Eres tan imprevisible!

Estás. Te vas. Dejarás de estar. Vendrás.

¡Soy tan imprevisible!

Vendrás, y yo no estaré.

¡Es tan difícil encontrarse!

“Oh dulces penas...”

Valen la pena.

Divino

—Eres divina —dice él.

—Eres divino —dice ella.

Divino. Así, en efecto, lo encara Georges Bataille en su ya clásico *El erotismo*.

El amor es religioso; funciona religiosamente, y requiere artes de ejercicio seguramente litúrgicas:

"El erotismo es uno de los aspectos de la vida interior del hombre. Nos equivocamos respecto de él porque siempre busca afuera el objeto deseado. Pero dicho objeto responde a la interioridad del deseo. (...) La vida interior... la vida religiosa del hombre."

La religión y/o el amor brotan de la carencia, de la crisis interior, del plus ultra que falta, de un Otro que se proyecta como horizonte que ya no se puede eludir.

El misticismo de todas las religiones lo corrobora.

No en vano el *Cantar de los cantares* se ha tornado en el inspirador místico por excelencia tanto para el judaísmo cuanto para el cristianismo.

Un místico del nivel de Meister Eckhart (1260-1327) implementa, pues, el correspondiente arte de amar, dirigido a lo divino: el arte de la renuncia.

"Es preciso que se trate de un desapego en el cual uno se haya ejercitado, que ha precedido y que seguirá; sólo entonces pueden obtenerse grandes cosas de Dios... El hombre debe aprender a despojarse de sí mismo en todos los dones, y a no guardar nada como propio, a no buscar nada, ni utilidad, ni satisfacción, ni fervor ni dulzura ni recompensa..."

Entregarse todo al todo. Pero hay que ejercitarse.
Quizá toda una vida.

Ejercitarse

Amor, amar, ejercicio. Hay que ejercitarse. No se da a menos que se lo incube previamente.

Es que cuando aparece, uno dice se da. Como si fuera un don. Quizá aparezca como don, revelación, maná. Es su apariencia. Lo estuviste gestando durante meses, años, y hasta horas.

Un día aparece, y ahí está.

Es que no sabías en qué día se presentaría, y en forma de quién.

La sorpresa es el dato ese, incidental.

Nada valioso existe que no lo hayas parido de tus propias entrañas.

El proceso de cristalización

Aprender y amar son correlativos.

Aprender y prender son correlativos.

Es in-corporar. Es crear.

Stendahl hablaba de un proceso de cristalización.

Amar es tomar a alguien, escamotearlo a la realidad y construir con él un mundo del que eres pilar construido por él.

“En las minas de sal de Salzburgo, se arroja a las profundidades abandonadas de la mina una rama de árbol despojada de sus hojas por el invierno; si se saca al cabo de dos o tres meses, está cubierta de cristales brillantes. Las ramillas más diminutas, no más gruesas que la pata de un pajarillo aparecen guarnecidas de infinitos diamantes, trémulos y deslumbradores...”

Eso es tu amado. Que es tuyo no de propiedad, sino de creación. Lo hiciste en el amor, y te hace en el amor.

Así nació Dulcinea. Para ello hay que volverse Quijote.

Loco, delirante, dionisiaco.

Éx-tasis. Estar fuera. Fuera de sí, del ego. Un pedacito de nirvana en el regreso al número esencial, el primero, el *dos*, la BET de *b-reshit*, “en el comienzo”.

Mito del andrógino, de la unidad de los *dos*.

Es el comienzo.

Amor es comienzo. Y re-nacimiento del comienzo.

Re.

Aprender a sentir, a amar, a gozar

La creación amorosa requiere educación. Aprendizaje.

Solemos pensar que solamente las matemáticas o la

historia, u otras disciplinas curriculares, son dignas de la pedagogía y, al unísono, olvidamos la pedagogía esencial, la de la vida: aprender a sentir, a amar, a gozar.

Pareciera que ése, el de vivir, es un campo liberado a la pura espontaneidad, y no es así.

“Se” nos enseña todo y de todo y por todas las vías menos escolares y más imperceptibles, y, por eso mismo, mucho más penetrantes, influentes; más que nada se nos enseña a des-confiar, a des-amar.

Se nos educa a cerrarnos frente a la otredad.

El otro es el extranjero.

Luego se pontifica que la competencia es el mayor de los bienes en la sociedad liberal.

Eso en economía.

En amor, hijo mío, el que pierde gana.

Quítale un sector al éxito, y date un espacio —que no es espacio, es tiempo— para la felicidad.

Los otros no te educarán en esta asignatura.

Tendrás que hacerlo solo. Cuando llegue el momento *de esa prueba*, no tengas éxito, procura no tener nada.

Entonces habrás *aprobado*.

Perdón, *probado*.

A no buscar nada

Cabe, pues, el aprendizaje de la entrega, que es apertura del ser-con-el-otro.

Ello implica un previo aprendizaje: el de la sensibilidad, el de la apertura, el de la así llamada por William James, “mentalidad ancha”.

Eckart nos da la lección:

“El hombre —releemos— debe aprender a despojarse de sí mismo en todos los dones, y a no guardar nada como propio...”

Eckart, claro está, habla del amor a Dios. Pero siempre es el amor. Y el aprendizaje es siempre el mismo: sólo el que aprende a des-pojarse, desapegarse, es decir a desnudarse podrá encontrar al otro y encontrarse así en el amor al-del otro.

"...A no buscar nada, ni utilidad, ni satisfacción, ni fervor, ni dulzura, ni recompensa..."

Así es el amor infinito al Infinito.

Descendiendo varios escalones estaríamos en lo propiamente humano. La melodía, esencialmente, no se modifica.

No se reclama una renuncia a la propia persona, sino a lo que se adhiere, se pega (des-apego) a esa persona provisoria y pasajera, es decir todo lo accidental que hay en ti. El amor de Eckart es muy de este mundo y no postula sacrificios de ascetismo. Si es amor tiene que ser real, y para ello ha de desarrollarse en la realidad.

"Se me ha hecho esta pregunta —comenta el místico—: algunas personas querrían apartarse por completo de las otras y estar solas, ¿será que así encontrarán la paz...? Entonces he contestado: no... Aquel que es tal como debe ser, en verdad se encuentra bien en todas partes y con todas las demás personas..."

El hombre inventa la sed

No es huyendo de la realidad como mejor se aprende a amar, sino sumiéndonos en ella, ejercitándonos en su fluir natural, día a día, hora a hora.

El arte de amar consiste en un aprendizaje jamás concluso, siempre a punto de iniciarse virginalmente. Es el arte de renacer.

El concepto "arte" tiene tanto que ver con lo estético que aspira a lo sublime como con el "oficio", quehacer, artesanía.

La ciencia requiere estudio.

El arte necesita educación, formación.

La ciencia se incorpora y ahí está, catalogada, archivada, reposada.

El arte no tiene reposo ni antecedentes. Es un compromiso personal, en carne y espíritu.

El arte de amar —volvemos a Ortega— supera a la "ciencia natural" de los instintos sexuales.

Decía Beaumarchais que los animales tienen épocas

de celo y beben sólo cuando tienen sed; el hombre, en cambio, bebe cuando inventa la sed, y ama cuando imagina el vacío, la falta del Otro.

Erotismo

El sexo es apenas una de las facetas del erotismo. El erotismo es el incendio de la persona frente a.

Frente a otra persona. Frente al mundo. Frente a la eternidad.

Su producto es la eternidad. La zarza que arde y no se consume. Ansiedad.

Deseo.

Deseo. No tenencia, ni propiedad, ni compra, ni venta, ni cosa. Deseo.

Sólo lo imposible puede ser deseado. Como ser el cuerpo del amado. Porque nunca será tuyo. Aun cuando esté en tus manos, en tu cuerpo, es sólo un momento de ese cuerpo el que se te da, una parcela del ser, el resto es agua fugitiva.

Así lo describe Jacques Lacan en su Seminario *Aun*.

Presencia de tu ausencia, ausencia de tu presencia. Nos amamos porque no podemos poseernos.

Es una música, es una exhalación, es este comienzo de la primavera, es un instante, es pasajeridad, pero es plenitud.

Es esta línea de Garcilaso, esta coma de Silvina Ocampo, este detalle del Bosch, esta casona antigua del viejo Buenos Aires, el eco de un bandoneón de la infancia.

Es el estremecimiento.

Plenitud.

Plenitud

El erotismo es la vida en su plenitud.

En la plenitud erótica del conocimiento, ya no hace falta conocer.

En la plenitud gnósica del erotismo, ya no hace falta poseer.

Cuando Adán y Eva se pierden, y de ese modo pierden su paraíso —cada cual tiene el suyo, es decir el del otro—, están desnudos, desnudadamente desolados,

des-amparados y des-pojados.

Entonces apelan al erotismo.

Se buscan, se encuentran. Se olvidan del árbol del saber objetivo, y pasan a la raíz del conocer subjetivo, fecundante.

En hebreo al saber se le dice *iadá*.

Al erotismo penetrante, fecundante, extasiante, se le dice *iadá*.

Es que erotismo hay uno solo pero toma diversas manifestaciones.

El uno enajena, a través del conocimiento. Te vuelves cosa. Es el mal del árbol. Es astucia y manipulación.

El otro es amor. Te vuelves persona. Y se te da con el otro esa vaga sensación de que Dios existe y tu vida tiene sentido en este incendio que borra fronteras, posesiones, desplazamientos.

Es el bien.

La enfermedad

El *Cantar* compila situaciones de amor, y no teoriza acerca del arte de amar. No obstante puede deducirse de su contexto que el amor se nutre del des-encuentro, de la ausencia, de la lejanía; es pasión que busca más que realización satisfecha:

“Abrí la puerta a mi amado, pero mi amado ya se había ido;
se me fue el alma mientras antes le hablaba;
lo busqué pero no lo encontré,
lo llamé, pero no me respondió...
Si veis a mi amado, ¿qué le diréis?
Que estoy enferma de amor.”

Enfermedad que no quiere curarse. Si se cura, surgirá la otra enfermedad, por falta de enfermedad.

“Desearía rajar mi corazón con un cuchillo”

Ibn Hazm de Córdoba (994-1063) escribió *El collar de la paloma*, “sobre el amor y los amantes”.

Importa saber, o recordar, que el arte de amar es esencialmente oriental, mejor dicho, extra-occidental. El

Occidente, entre helénico y cristiano, tomó al verbo y lo hizo sustantivo, esencia, estabilidad de concepto, razón, lógica, catecismo, diccionario.

Claro que Ibn Hazm ya está "contaminado" de cultura universal. No obstante restan en él vestigios de artes de amar con reminiscencias de Tigris y Éufrates, y otros ríos que bordeaban al legendario Edén.

"Una vez que me reuní con una persona a quien amaba —cuenta Ibn Hazm—, mi imaginación, al hacer recuento de los diferentes modos de unión amorosa, no encontró ninguno que no quedase por debajo de mi propósito, que no resultase insuficiente para remediar mi pasión e incapaz de calmar la más pequeña de mis ansias."

Aquí las artes se manifiestan todas ineptas. El amor lo quiere todo, y las artes sólo pueden proporcionar "algo".

El mismo autor escribió, en consecuencia:

"Desearía rajar mi corazón con un cuchillo meterte dentro de él y luego volver a cerrar mi pecho..."

Ortega y Gasset prologa al libro de Ibn Hazm y no puede evitar sus propias reflexiones que bien conviene tener en cuenta:

"El amor es una institución, invento y disciplina humanas, no un primo de la digestión o de la hiperclorhidria."

Y porque es invento humano y no mera secreción hormonal o suprarrenal, parafraseando lo antes dicho, precisamente por eso toma esas características de divinidad implacable, de infinito inapresable, de anhelo eterno e insatisfacción dichosa.

Divino o humano, dijimos.

"El arte de amar"

Las clásicas artes de amar, de Oriente y Occidente, de remotas antigüedades, templos, filósofos, fisiólogos y pornoteólogos (como los llama Heinrich Böll)

actuales, procuran armar la coreografía y escenografía del amor.

Aquí ya podemos recurrir al padre mayor de este carril de pensamiento, el gran Ovidio. Su *Ars amandi* proporciona realísimas y alambicadas recetas para el amor.

También este realismo es bueno en cuanto equilibra el fiel de la balanza en su otro extremo tironeada por Bécquer, Hugo y melódicos boleros.

Para Ovidio el amor es guerra.

Habla del amor pero lo ve rodeado de odio, inquina, negocios, intereses, *homo homini lupus*, al decir del (no sé si pesimista u optimista) Hobbes; engaño, mentira.

Su arte podría tener como subtítulo "cómo amar dentro de la corrupción" o, directamente, "arte de amar la corrupción". Cómo mantener encendida una lámpara constantemente a punto de apagarse ante la menor brisa.

Los consejos son de este tenor:

"Cuando abrigues la absoluta confianza de que sólo piensa en ti, emprendes un viaje, para que tu ausencia la llene de inquietud..."

Pre-meditación.

La malicia es el supremo afrodisíaco. La adulación es su cumbre:

"Admira sus brazos en la danza, su voz cuando cante, y así que termine, duélete de que haya acabado tan pronto. Admitido en su tálamo, podrás venerar lo que constituye tu dicha y expresar a voces las sensaciones que te embargan, y aunque sea más fiera que la espantosa Medusa, se convertirá en dulce y tierna para su amante. Ten exquisita cautela en que tus palabras no le parezcan fingidas..."

Exquisita cautela.

Hay que ganarse a la amada, y todo medio es bueno para tan preciado fin.

Por ejemplo, los poetas echan de menos a sus versos. Pero Ovidio (y de esto cerca de dos mil años atrás; ¡increíble!), poeta él mismo, sugiere que la poesía no es

muy recomendable en las artes de la conquista. Como si escribiera hoy, exactamente hoy, dice:

“Los versos hoy disfrutan de muy poco prestigio; son alabados, eso sí, pero tienen más aceptación los magníficos regalos. Por muy rudo que sea un rico nunca deja de agradecer.”

El amor y el dinero

Como de arte y de educación se trata, correspondería hacer un test o una encuesta para verificar quién se lleva las palmas: el inspirado de Apolo, o el poderoso caballero, Don Dinero.

¿Se acuerdan de los versos aquellos del enorme español, don Francisco de Quevedo y Villegas?

“Poderoso caballero
es Don Dinero

Madre, yo al oro me humillo;
el es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado
de continuo anda amarillo,
que pues, doblón o sencillo,
hace todo cuanto quiero.

Poderoso caballero
es Don Dinero.

Son sus padres principales
y es de noble descendiente,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales;
y pues es quien hace iguales
al rico y al pordiosero.
Sospecho que...”

Contigo pan y visión

El arte amatoria popular, sin embargo, predica a gritos “contigo pan y cebolla”. Pero, acotaba un ácido hu-

morista: el mal aliento puede empañar las purísimas gafas del amor.

El arte de amar, desde luego, como todo lo humano, es dependencia condicionada por los factores valorativos vigentes en la sociedad.

En los actuales tiempos una mujer hermosa está siempre ligada a un visón, y ambos objetos, con el perdón de la expresión, están ligados a su vez a un tercer objeto que suele ser un divino —¿qué otro apelativo merece?— auto importado, y las llaves que —¡oh milagro!— le caen a la dama del cielo de un hombre salido de un hipergimnasio.

Pensar que en el *Cantar* está escrito:

“Si un hombre quisiera dar por el amor todo el oro de su casa, lo despreciarían...”

Sí, no son los *mismos tiempos*. La evolución hace lo suyo, los visones hacen lo suyo, y ciertos autos importados tienen la extraña magia de despertar sentimientos muy profundos.

No sé. Yo no soy Jorge Manrique para contemplar el pasado con nostalgia.

Puedo hacerlo. Pero me contengo.

Quiero ser lo que todos quieren ser, la mínima riqueza que nos corresponde a todos los seres finiseculares:

quiero ser joven.

Paciencia, amigos, paciencia

Entre los factores que menciona Fromm para ir ejercitando, es decir aprendiendo, el arte de amar, figura la paciencia.

Es, la paciencia, la condición capital para la asunción de cualquier arte.

El amor la requiere con urgencia.

Dice Fromm en *El arte de amar*:

“Si aspiramos a obtener resultados rápidos, nunca aprenderemos un arte. Para el hombre moderno, sin embargo, es tan difícil practicar la paciencia como la disciplina y la concen-

tración. Todo nuestro sistema industrial alienta precisamente lo contrario: la rapidez...

La máquina que puede producir la misma cantidad en la mitad del tiempo es muy superior a la más antigua y lenta. Naturalmente, hay para ello importantes razones económicas... El hombre moderno piensa que pierde algo —tiempo— cuando no actúa con rapidez; sin embargo, no sabe qué hacer con el tiempo que gana, salvo matarlo."

Paciencia, mucha paciencia se necesita para superar los egos antagónicos que somos.

Paciencia para compaginarlos. No digo para anularlos, porque sería iluso de parte de cualquier soñador. No se anulan los egos narcisistas, pero deben ser conocidos para poder ser manejados.

El mío, por mí.

El tuyo, por mí.

Manejar en el sentido de manejarse, de eludir agresiones, de estimular posiciones creativas, de acentuar los momentos de conjunción de personas y desestimar, como accidentales, los otros, los hostiles, aquellas erupciones del ego que sólo pretenden destruir al prójimo.

Porque el amor tiene eso, se ama al otro.

Y eso, vuelvo a Fromm, vuelvo a mí mismo, y a la experiencia de la sabiduría, reclama disciplina y paciencia.

Eres más

Saber amar. Aprender. Aprenderte que no es aprehenderte.

Aprender a amarte y a dejarte ser en lo que eres en ti y para ti, no para mí.

Si te amo para mí, te vuelves útil, servicial, objeto.

El amor es un juego de vida, de a dos, el más precioso de los juegos, por eso también el más frágil, porque nos hace interdependientes mientras al mismo tiempo debemos procurar ser in-dependientes.

No conozco trabajo más difícil.

¿Trabajo dije? Quise decir juego.

¿Juego dije? Quise decir trabajo.

En el éxtasis de la vida se diluyen los límites y todo es simplemente plenitud.

¿Por qué hablo yo?

Que hablen los poetas. Démosle la palabra a Pablo Neruda:

“Juegas todos los días con la luz del universo.
Sutil visitadora, llegas en la flor y en el agua.
Eres más que esta blanca cabecita que aprieto
como un racimo entre mis manos cada día.

A nadie te pareces desde que yo te amo.”

Im-presiones y ex-presiones

El amor que debería ser tremendamente personal, subjetivo, único y exclusivo de cada uno, al ocurrir en el inevitable marco social, cae en las tinturas que la cultura dominante le presta.

Aldous Huxley (*El genio y la diosa*) indica el abismo que suele mediar entre nuestros sentimientos, im-presiones, y su exteriorización, ex-presiones.

El arte de amar es del orbe de la ex-presión, y entonces termina moldeado desde fuera, por los otros. Soy lo que me hacen ser. Y mi amor deja de ser mío.

Como las vaquitas, las ex-presiones provienen de la presión de lo ajeno.

Ergo, al expresarme me en-ajeno.

Pero no hay alternativa. Odio el café pero si quiero quererte debo invitarte a tomar un café.

Y del resto ni te cuento.

Esto es café, el resto es...

Pero sí te cuento la historia del café.

De un café tomado con unos amigos en un barco italiano, añares atrás, cuando viajaba a Europa creyendo que estudiando más sabría más.

Estábamos en ese barco y fuimos a tomar un café en la barra de la confitería.

El barco, se me olvidaba el detalle, era italiano.

Éramos pobres, suficientemente pobres como para

contemplar, observar y analizar la actitud del señor que nos exprimía el café de una máquina en pequeños pocillos llenados solamente hasta la mitad.

Estábamos furiosos.

Yo no me atreví a decir nada, pero el amigo Rubén se llenó de coraje y le dijo:

—Dígame, ¿por qué no llena el pocillo?

Fue la respuesta:

—Si usted quiere, lo lleno. Lo que le doy es café, el resto sería agua sucia.

Nos callamos.

Y la metáfora me quedó dando vueltas en el cerebro hasta el día de hoy.

Por llenarnos de vida a menudo no distinguimos el sabor de la cantidad.

El resto es agua sucia.

Intensidad es amor.

El resto es...

Te quiero porque te aporreo

El amor es arte, si quieres ser realidad inter-personal, porque ha de ser expresión y deberá educarse a buscar el adecuado *ad extra* para el *ad intra*.

De esto hablaba mucho Marechal, el nuestro, y a este tema le dedicó sus mejores versos.

Es que si así no fuere, si no se produce esa armonía entre lo que yo siento y lo que tú percibes de lo que yo siento, se ejercita el arte de la traición, no del uno al otro, sino de uno frente a sí mismo.

La educación occidental admite, e incluso pregona, la dicotomía entre interior y exterior.

Aporrear suele ser el dialéctico arte de amar, una manera sutil de llegar al otro por la senda de *extrema se tangunt*, los extremos se tocan, o más bien se hacen añicos.

Sobre esta línea edificó el "divino" Marqués de Sade el portento amoroso del sufrimiento.

Del sufrimiento ajeno, claro.

El sadismo toma una vieja fórmula, amor= sufrimiento, y redistribuye los elementos de la ecuación.

En la antigüedad el amor al prójimo podría implicar

el sufrimiento por el prójimo. Más cuando el prójimo es Dios o Jesús.

Sade conserva la fórmula: amor= sufrimiento; ya no por el prójimo; ahora, para el prójimo.

La filosofía de Sade

Aunque no lo crean, el tema del sadismo está relacionado con Dios.

No me refiero al sádico este, de la vuelta de casa, que golpea a su mujer que gime de placer.

O al masoquista, que siempre no sé cómo se las arregla para conseguirse un gran amigo sádico y que le dijo a su colega complementario:

—¡Pégame, te lo ruego!

—No —le respondió el otro, con toda crueldad.

Hablo del divino Marqués.

Era un filósofo, el Marqués de Sade. Pensaba, luego destruía los cuerpos de sus amados amantes.

Por convicción, por filosofía, y hasta por teología.

Porque partía del principio de que no hay más que naturaleza, y Dios no existe.

Si Dios no existe, todo está permitido y, por lo tanto, no hay valores superiores e inferiores. ¿A qué evidencia atenerse para vivir? A una sola evidencia: la de mi cuerpo. Soy un cuerpo junto a otros cuerpos. Pura naturaleza, pura biología, pura necesidad de sobrevivir.

Cuerpos con cuerpos. No se puede ir más lejos. No hay evasiones. Mi necesidad física frente a la tuya. La araña devora a la mosca: normal, natural, plausible. Todo está permitido. Nada está prohibido. Todo merece ser sacrificado en función de las necesidades que mi cuerpo impone.

Sade fue el único que se atrevió a vislumbrar el aspecto que tendría el mundo sin Dios. Sacrificado Dios, todo es sacrificable a base de un solo principio exclusivo y absoluto: el de la supervivencia personal. No hay leyes, no hay postulados, no hay límites. La fantasía sexual-sensual-sensitiva debe desplegar todas sus alas ya que han perimido los tabúes establecidos por una humanidad-con-Dios.

Vivir es gozar y gozar se logra a costa de otros cuer-

pos. Todos los medios son válidos para este fin puesto que todo está permitido. Si el sufrimiento ajeno es placentero para mis sentidos, es plenamente aceptable.

A Sade nada se le puede reprochar en nombre de la moral, puesto que la moral no existe. Sólo restan los imperativos absolutos de lo fisiológico en la existencia. En *Les prospérités du vice* se establecen los fundamentos de esta concepción:

"J'affirme donc que le premier et le plus vif penchant de l'homme est incontestablement d'enchaîner ses semblables, de les tyranniser de tout son pouvoir. L'enfant qui mord le téton de sa nourrice, qui brise à tout instant son hochet, nous fait voir que la destruction, le mal et l'oppression sont les premiers penchants que la nature a gravés dans nos coeurs, et auxquels nous nous livrons avec plus ou moins de violence, en raison du degré de sensibilité dont nous sommes doués. Il est donc bien certain que tous les plaisirs qui peuvent flatter l'homme, toutes les délices qu'il peut goûter, tout ce qui délecte le plus souverainement ses passions, se trouve essentiellement dans le despotisme dont il peut grever les autres."

Lo transcribí de su original francés para convencer al lector de mi seriedad y de que lo que dice Sade lo dice él, y no yo.

En mi vulgar expresión suena, resumidamente, así:

Tiranzar a los demás es lo que más nos gusta. Cuando el bebé muerde el pezón de su madre, y la golpea, nos hace ver que la destrucción, el mal, la opresión es la tendencia suprema que la naturaleza imprimió en nuestros corazones, y nos dejamos arrastrar por ella con mayor o menor violencia. De modo que ésta es la mayor delicia: el despotismo y causar daños a los demás.

Y no es cierto, no, no es cierto.

Y me repito que no, no es cierto, no es cierto.

Y lo repito tanto para no caer en la tentación esa que entre gente concocida, periódicos, noticiarios le hacen brotar a uno de creer que, bueno, en fin, tal vez, quién sabe, podría ser algo cierto...

¡No, por favor, no!

La falla ideológica del divino Marqués

Sade no hace más que reafirmar un versículo bíblico del Génesis:

“Las tendencias del corazón del hombre son malas desde su juventud.”

Sólo que comete un error: habla del mal y en consecuencia se remite a una moral.

Sade podría haber llegado a ser el filósofo del ser-sin-Dios por antonomasia. Pero no logró desprenderse totalmente de Dios ni de las escalas valorativas que de Dios dependían.

En lugar de componer una filosofía sin Dios, compuso el ideario anti-Dios. Endiosa el vicio y se olvida de que en un mundo despojado de lo divino ya no hay virtudes ni vicios, puesto que todo está permitido.

Escribe Octavio Paz en *Los signos en rotación*:

“Después de Sade, que yo sepa, nadie se ha atrevido a describir una sociedad atea. Falta algo en la obra de nuestros contemporáneos: no Dios, sino los hombres sin Dios.”

Hablemos de sexo

Después de Sade la ecuación ha conservado sus términos, pero se producen nuevas equilibraciones del esquema.

Por ejemplo, en el caso de los amores cósmicos, los idealistas, esos que anuncian con banderas y megáfonos la próxima redención de la humanidad. Aquí las artes de amar insisten en la vía dolorosa: cuanta más gente se mate, se acribille, se encierre, tantas mayores posibilidades habrá para la ascensión a la cúspide del clímax erótico universal.

Para que no haya equívocos en el punto: el terrorismo declarado, y sus variaciones no tan declaradas, esas edulcoradas con algodones místicos, de una u otra manera proclaman que el amor al prójimo se realiza por y gracias al arte del odio al prójimo.

El ser se hace. ¿Cómo? Aprendiendo, practicando.

No se sabe (no es ciencia ni puede serlo —dijimos—) qué es el amor. Pero no se puede no saber hacerlo.

Del amor hablamos, que es la totalidad del ser, de la persona.

Las últimas artes psicofisiológicas enseñan qué se puede hacer con el cuerpo. Tarde o temprano son artes de corto aliento.

El famoso *Kama Sutra* era mucho más completo: enumera sesenta y cuatro artes que un serio aficionado al amor debería conocer, dominar; empieza con el canto, pasa por "la preparación de limonada", más tarde menciona "la carpintería", concluye con la cerámica.

En fin, todas las artes que se pudieran ejercer en la vida.

El siglo xx ha re-compuesto artes de sexualidad compartida. No le va bien, sin embargo.

Wilhelm Reich fue el profeta del orgasmo. La propuesta era que todos seríamos más felices si pudiéramos lograr más y mejores orgasmos.

Algo falló en tanta y tan exigente propuesta. Porque no somos más felices.

Y quiero decirlo bien claro y explícito: ni practico el puritanismo ni favorezco actitudes ascéticas. La sexualidad, emergente del erotismo, invade mis lecturas, mis ojos, mi cama.

Por eso justamente sé cuánto se equivocan los que quieren des-prender al sexo de la vida.

No va. No ha ido. No irá.

En nuestro camino de humanización hemos perdido instintos, épocas de celo, fenormonas, y nada nos es natural. Tampoco el sexo.

Es, como todo lo nuestro, cosa mental.

Y además es dependiente, no del *Kama Sutra*, ni de excitaciones pre-fabricadas; depende del otro.

El sexo arduo que les fue impuesto

Si alguien incorporase en su ser el arte de vivir, automáticamente practicaría el arte de amar y dentro de él hallaría el sexo en su natural despliegue.

"Tal vez los sexos sean más afines de lo que se piensa, y la gran renovación del mundo consistirá, quizá, en que hombre y mujer, liberados de todos los sentimientos y disgustos, se busquen no como contrarios sino como hermanos y prójimos, y se asocien como humanos para sobrellevar sencilla, grave y pacientemente el sexo arduo que les fue impuesto."

Ese es el sueño de Rainer María Rilke en sus *Cartas a un joven poeta*. Así, en efecto, actuaría un joven poeta.

"No como contrarios" es el leitmotiv de cualquier arte de amar futura. La diferencia de sexo vivida como antagonismo no podrá ser superada; debe ser asumida, explico a Rilke, como peso "grave, arduo".

De ahí que Rilke proponga con-vivir, ayudar a vivir, ayudar al otro a crecer dentro de su soledad, en lugar del antiguo y falso (y por eso tan frustrante, por imposible) programa de "suprimir la soledad" vía amor.

También eso requiere aprendizaje, y de toda una vida.

Después del éxtasis, el problema

El éxtasis, en definitiva, es des-personalizador, destructivo. El tema del amor, del arte de hacerlo, no es cómo lograr el éxtasis, sino cómo sobrevivirlo, cómo ser después del éxtasis, en la prosa de largas horas sin destellos de lirismos orgásmicos.

Estamos inmersos en una cultura universal tremendamente preocupada (y con justicia) por el tema del orgasmo, y cómo lograrlo.

Tendrá que sobrevenir una cultura que enseñe a vivir-amar antes y después del feliz orgasmo ya obtenido.

El otro es un pretexto

Odi et amo, proclamaba el latino Catulo. Y si se le pregunta cómo es que estas antípodas se cruzan en un mismo camino, responde: "No sé= *nescio*".

Extraño esto que el mayor afecto radique justamente en el "no saber".

En la tradición de Occidente es donde el amor se cristaliza dentro del terreno del no-saber, lo irracional,

el más allá. Incluso más allá del amante y del amado.

Meta-físico.

Ejemplo de esto lo tenemos en nuestro castellano Don Quijote y su amorosa suficientemente ponderada Dulcinea del Toboso.

Si queremos comprendernos y percibir los ejes de la tradición occidental en que fuimos educados tanto para el amor cuanto para la ciencia, debemos enfocarnos desde el punto de vista de Don Quijote.

Este caballero ingresa en la historia —no de la literatura; de la potencialidad humana— gracias a que *inventa* el amor, o, en otros términos, considera que el amor es un invento o no es nada.

Recuérdese el epitafio que a Dulcinea le dedicó cierto famoso académico (*Quijote*; I, Cap. LII):

“Reposa aquí Dulcinea;
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
Del gran Quijote fue llama,
Y fue gloriosa en su aldea.”

Dulcinea, la real, es de carne rolliza. Quijano, el real, es flaco, largo, pobre, endeble. No así es la otra verdad de la realidad, cuando el amor, que es llama, los transforma a él y a ella en toda la dulzura que cabe en el vocablo “Dulcinea”.

De eso se trata, de superar esa carne que la muerte consumirá para lanzarse hacia lo que perdura, lo eterno.

El uno es un pretexto para amar. El otro es pretexto para ser amado. Si el amor algo quiere, en este caso, es justamente dejar de ver al otro tal cual es (eso sería *saber*) para enfocarlo con la lente del debe-ser-ideal. Eso es amor.

Los dos Dones

Quijano se vuelve Quijote porque quiere superar la nada de todo fin natural, polvo y ceniza.

Es lo que nunca pudo captar su elegida Dulcinea. Ella era toda naturaleza y sabía del amor entre campos, valles, trigales, animales, aves. Él era todo libro, cultura, educación entre helénica y cristiana, y allí aprendió —y con él nosotros, todos nosotros— la idea del amor y el amor a la idea.

Don Quijote —y su respectiva dama= idea— es uno de los máximos representantes del amor *more* Occidente.

Su contrincante es el eternamente frustrado Don Juan.

Ambos españoles, por cierto. España, la del Siglo de Oro, en el que confluyen las dos grandes fuentes nutricias de este Occidente: la helénica y la cristiana. Y puesto que confluyen, producen tipos antinómicos, puesto que sus orígenes lo son.

Don Juan procura agotar el amor en la carne. Y por eso se frustra una y otra vez. La carne —vimos ya— es polvo y ceniza. Don Quijote, para no frustrarse, sobrevuela la carne, la especificidad física del individuo, para radicarse en la *idea* platónica.

Carne y espíritu, materia e idea, constituyen la gran dicotomía que heredamos de ambos focos culturales.

De esta escisión toma Don Juan su parte.

Mientras Don Quijote prefiere la eternidad del espíritu y con sus brazos dibujará el móvil y destino de su amor, Don Juan se atiene al cuerpo, a la mujer cosa, que se toma, se usa, se arroja.

Eso en apariencia.

Tengo para mí que Don Juan necesita testimoniarse a través de cada conquista su propia existencia.

Es un Hamlet del amor, y se pregunta ser o no ser, y en cada alcoba halla un fragmento del ser.

Un fragmento.

¡Qué desdichado, pobre!

Otro Don

Amor y fama movilizan al hidalgo caballero “de la triste figura”. Porque la fama como el amor (en resumen serán lo mismo) intentan trascender esta pasajeridad de “polvo y ceniza”.

En *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón bur-

lonamente se habla de la "fama" por boca del personaje García:

"Quien vive sin ser sentido,
quien sólo el número aumenta,
y hace lo que todos hacen,
¿en qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa;
el medio cual fuere sea.
Nómbreme a mí todas partes,
murmúreme siquiera,
pues uno por ganar nombre
abrasó el templo de Efesia..."

El que abrasó el templo fue Eróstrato, de Éfeso, en el siglo IV antes de la era común. Todo para pasar a la posteridad.

De ahí que esta "enfermedad" —o quizá virtud— de procurar dejar un nombre cuando el cuerpo ya se retirase de esta existencia, se denomine "erostratismo".

El término lo lanzó, creo, otro Don, Don Miguel de Unamuno. Este español que bien dotado estaba para comprender al quijotismo escribió del manchego hidalgo:

"La sed de sobrevivir ahogó en Don Quijote el goce de vivir, goce que caracteriza a Sancho. La cordura de Sancho provenía de atenerse a esta vida y a este mundo en cuanto personalmente los gozara... Grande fue la locura de Don Quijote, y lo fue porque era grande la raíz de que brotaba, ese inextinguible anhelo de sobrevivirnos, que es el manantial tanto de los más desatinados desvaríos como de los más heroicos actos."

En esta perspectiva el amor como quijotismo o el quijotismo como amor representa esta tendencia —que largos siglos y variadas teologías tamizaron— a la supervivencia, la inmortalidad del alma, a través de un amor que *sea* inmortal.

La pretendida inmortalidad

Ocurre que Don Quijote era fidedignamente loco. Un loco plenamente fiel a su locura, sin intermitencias. Mientras Sancho era plenamente sanchesco. El uno, bien aferrado a lo ideico; el otro, bien adherido a lo carnal.

Sin embargo iban juntos. Quizá para recordarse recíprocamente que ambos soñaban.

Nosotros, los que no estamos hechos de literatura, mezclamos proporciones de uno y de otro, cada uno según su temperamento, su situación.

Don Juan pretendía la inmortalidad en cada instante corporal.

Don Quijote soñaba a cada cuerpo como símbolo de la inmortalidad.

Así nació Dulcinea, símbolo de su amor.

¡Dios!

Entre el amor que *idealiza* y el amor que *realiza* nos movemos los herederos de aquella tradición.

Quien mejor lo quiera ver que contemple la escultura referente al *Éxtasis de Santa Teresa* de Bernini. En una reciente edición de *El erotismo*, de Georges Bataille figura en la tapa.

Éxtasis. La expresión que le da Bernini a la figura del éxtasis puede valer para el colmo de lo divino-espiritual cuanto para el clímax físico. Éx-tasis: estar fuera de sí. En-ajenación.

Muero porque no muero.

Extrema unción de la pasión.

Eso que todos gritan, sin haberlo aprendido de nadie:

¡Ah, Dios!

El sueño y la duda

El amor es un invento.

El hombre, el portador creador y sustentador del amor, es él mismo —en calidad de humano— *todo* invento, ficción.

En calidad de naturaleza Dios le ordena, bien al comienzo, “creced y multiplicaos”. No le ordena amar. El

amor es un invento posterior, que surge a raíz de la inventada soledad.

Todo eso va configurando un esquema extra-natural, que hace a lo humano propiamente dicho.

Si Don Juan fuera meramente físico-animal-natural, entre amor y amor se echaría a dormir larguísimas siestas. Pero no, no es natural, porque es hombre. Entonces inventa la in-satisfacción, el idealismo de la carne y sigue corriendo detrás de esa metáfora que la mente proyecta y que la naturaleza nunca es capaz de realizar plenamente.

Por eso es hombre, y dramático.

Si la vida es sueño, con mayor razón lo será el amor, esencia de la vida.

Don Juan y Don Quijote sueñan lo mismo, pero distintamente.

Viene al caso citar, por supuesto, a Borges y el poema "Lectores", se llama, que le dedicara al famoso hidalgo de la manchega llanura:

"De aquel hidalgo de cetrina seca
Tez y de heroico afán de conjetura
Que, en víspera perpetua de aventura,
No salió nunca de su biblioteca.

La crónica puntual que sus empeños
Narra y sus tragicómicos desplantes
Fue soñada por él, no por Cervantes,
Y no es más que una crónica de sueños.

Tal es también mi suerte. Sé que hay algo
Inmortal y esencial que he sepultado
En esa biblioteca del pasado

En que leí la historia del hidalgo.
Las lentas hojas vuelve un niño y grave
Sueña por vagas cosas que no sabe."

Sueña. No sabe. ¿Quién sabe? Sólo la sabiduría del sabor es certera, indu-bitable.

Lo demás es du-da. La escisión del pensamiento entre dos posibilidades.

Du-da.

Eso cuando somos uno y otro.

Pero cuando el número primordial es la restitución del DOS del comienzo, se disipa la duda.

Entre las azucenas olvidada.

Ideas de Marco Aurelio

Saber, en todo caso, es soñar con precisión.

Como todos los ríos van a la mar, todos —los actuales, los pasados, probablemente los futuros— queremos y querremos lo mismo. Sólo el *cómo* nos diferencia e, incluso, es capaz de cavar hondos abismos entre las personas encaminadas hacia lo mismo. Diferimos en el color y textura de nuestros sueños.

Por eso recalemos por un instante en las reflexiones de Marco Aurelio:

“Cuando vayas a conversar con alguien, empieza por preguntarte a ti mismo: ¿Cuáles serán las opiniones de este individuo acerca de los verdaderos bienes y los verdaderos males?

Porque hay que tener presente que si hay ciertas opiniones acerca del placer y del dolor, de las causas de uno y otro, del honor y del deshonor, de la vida y de la muerte, no debes maravillarte y encontrar extraño que haga esto o lo otro.”

El amor es uno, las opiniones, varias.

La flor es una, las representaciones, diferentes.

Sería sumamente grosero, lo sé, decirle a alguien: “Dime qué piensas acerca del amor, qué es lo que ese vocablo significa para ti, y te diré si puedo amarte”.

Le quitaría toda la poesía. También quitaría la presencia del otro que de inmediato se esfumaría ante tamaña y plomiza propuesta.

Llenar el hueco

Hay amor, enseña Platón, porque hay carencia, ausencia. El amor se vuelve a buscar lo que le falta.

Hay amor porque hay im-perfección. Si fuésemos perfectos, residiríamos totalmente en nosotros mismos, en

el ser que tenemos. Como no lo somos, estamos volcados hacia fuera, en busca de lo que carecemos. En el terreno de la razón, buscamos la verdad. En el campo del afecto, anhelamos el amor.

De ahí el amor como aspiración, búsqueda.

En el mito platónico de *El banquete* se imagina a masculino-femenino unidos originariamente en una misma persona.

La separación posterior hace que nazca el gran vacío y, consecuentemente, la enorme aspiración a "completarse", a recuperar lo perdido. (Incluso el texto bíblico de *Génesis I* parece insinuar, según ciertos comentaristas, una idea semejante del ser primigeniamente andrógino, en cuanto está escrito que Dios creó al hombre (*uno*) y luego dice "varón y femenino los creó" como si fueran dos en uno. *Génesis II*, en cambio, enmarca la soledad primera del primer Adán y luego el hueco en su cuerpo del cual nace Eva, para "completarlo".)

Cito a Scheler (*Amor y conocimiento*):

"Todos los pensadores, poetas y moralistas antiguos coinciden en creer que el amor es una aspiración, una tendencia de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto, de lo informe a la forma..."

Todas las relaciones de amor entre los hombres: el matrimonio, la amistad, etc., se dividen en un "amante" y un "ser amado"; y el amado es siempre el más noble, la parte más perfecta, y a la vez el *prototipo* para el ser, querer y obrar del amante... Ya Platón dice: "Si fuéramos dioses, no amaríamos", pues en el ser perfectísimo no puede haber ninguna "aspiración" ni "necesidad".

Trinidad

Dios —en la mira griega, racional— es perfecto. En consecuencia, no cabe hablar del amor puesto que implicaría una carencia, una falta, cosa que el concepto de lo divino no tolera por definición.

Ama el que *necesita* amar. El ser necesitado. Y este ser tiende a llenar el hueco de la necesidad. Aspira. Ascien-
de. Porque se sabe imperfecto busca perfeccionarse.

Esto se ve también en Aristóteles. En este filósofo griego Dios es imagen de la razón, *nus*, como le decían. Es inmóvil, perfecto, mueve al mundo sin moverse, primer motor, "como lo amado mueve al amante".

Comenta Scheler:

"En esta idea, la esencia del amor antiguo está elevada a lo absoluto e ilimitado, con singular sublimidad, con una belleza y frialdad netamente antiguas. El universo es así... una cadena en que lo inferior aspira a lo superior y es atraído por éste, el cual no se vuelve, sino que aspira a su vez a su superior, y así hasta llegar a la divinidad que ya no ama, sino que representa el *término*, eternamente inmóvil, de todos aquellos variados movimientos de amor que presta unicidad."

En el mundo griego la divinidad es la perfección.

En consecuencia, todo lo que no es divino es imperfecto. En consecuencia, también, lo humano se distingue por ser, en todo el reino de la existencia, la única entidad que sabe de su imperfección y por tanto pretende subsanarla, trascenderla aspirando hacia lo divino, lo perfecto.

Esta aspiración que vuelca al hombre fuera de sí para poder llegar a sí, ese sí mismo cuanto más cercano a lo divino-perfecto es el amor. El amor va de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto.

Lo perfecto-divino se explicita en el orbe helénico en una trinidad: Lo bueno, lo bello, lo verdadero.

Tres que son uno.

Eros

Leamos en el *Fedro* de Platón:

"Ya por nada del mundo querría el amante separarse del ser amado; nadie para él más precioso que él; por él olvida madre, hermanos y compañeros, y si hasta por no ocuparse de él perdiera su fortuna, nada le importaría. Entonces es cuando desprecia los usos y conveniencias que antes tanto le preocupaban; entonces es cuando, dispuesto a toda clase de esclavitudes, nada le importa dormir donde sea, con tal

de estar cerca de quien ama; entonces de tal modo reverencia al ser amado, que únicamente en él encuentra el remedio y medicina a sus mayores tormentos. Este sentimiento... es a lo que los hombres han denominado Eros."

El que da alas

Cita Platón un fragmento de cierto poema que dice:

"Los mortales le llaman Eros alado.
Los inmortales, Pteros, porque da alas."

Lo que hemos leído, sin embargo, describe el amor-pasión, aquel que esclaviza al ser y lo somete hasta hacerle perder toda conciencia de limitación y armonía.

No es esto a lo que aspira el candidato a la perfección. Al contrario, su ansia es de liberación, no de esclavitud. El amor de los sentidos debe ser superado por el amor de la idea, el cuerpo por el alma, lo pasajero por lo inmortal.

Este cuerpo y esta belleza —enseña Platón— es apenas una sombra, un remedo, un eco, un recuerdo de la verdad que *no* está entre nosotros sino en la idea, por encima de este mundo, ligada a lo divino.

A ella hay que arribar.

El verdadero amante es dueño de sí mismo y no esclavo.

Por eso anhela desprenderse de este cuerpo que es prisión.

Soma= cuerpo es igual a *sema*= prisión.

(Don Juan, en última instancia, es un platónico, aunque de la carne: nada le satisface; siempre quiere volar más allá, ir más lejos. Cae en "prisiones" y tiende a liberarse inmediatamente de ellas, al ver que no son más que prisiones.)

El amor es un método

En esta versión platónica, el verdadero amor *pasa* a través de los cuerpos que son meras apariencias mortales para arribar a la inmortalidad de la idea.

Liberar las alas, *pteros*, contra el encadenante *eros*.

En esta perspectiva la muerte resulta ser benigna. Quita al alma de su prisión y la lanza hacia la inmortalidad, la perfección.

Sócrates se alegra de morir. Por fin podrán desplegar-se sus alas.

En la *Apología de Sócrates* estas son las últimas palabras que el pensador dirige a sus acusadores, los que provocaron su juicio y muerte consecuente:

“Pero es hora ya de marcharnos; yo para morir, ustedes para seguir viviendo. Quienes (ustedes o yo) avanzan hacia una realidad mejor, no es manifiesto a nadie salvo al dios.”

Sócrates creía que *su* camino, este traslado de esta existencia de sombra a la otra realidad, la de la verdad-bien-belleza, era el auténtico, y así lo predicó toda su vida.

Resumiendo, como dice Scheler, para los griegos el amor no es una finalidad sino un *método*, literalmente un camino para llegar a la triple idea de la cual todo proviene.

Si es afecto, pasión, esclaviza y se torna, por tanto, negativo.

Ha de ser, al contrario, un movimiento de liberación personal, de fría racionalidad y contenida armonía en que el alma domina al cuerpo, sobrenada la fugacidad de cada momento y sólo busca en el devenir el recuerdo o nostalgia de lo Verdadero.

Yo no quiero ser perfecto

Comenté, algo extensamente, la teoría platónica porque se absorbió en nuestra cultura y buscamos en el amor la eternidad, la divinidad, la perfección y la panacea de todos los males.

En forma absoluta y definitiva.

Y cuando no la hallamos, lloramos.

Deberíamos renunciar a la perfección, de entrada.

Deberíamos re-aprender y re-visar los mitos que nos vienen nutriendo desde antaño.

Todo ha cambiado, las mujeres usan pantalones, y los varones primorosos aritos y delicadas faldas. Si ellos no

dan a luz es porque por ahora no pueden.

No obstante, en materia de amor el mito platónico tiene vigencia, diría, total.

Entonces es que nos desgarramos, porque en cada encuentro no percibimos el pasar del ser, y el aprendizaje del re-nacimiento.

Pretendemos que el otro sea a imagen y semejanza de uno mismo, y de los sueños de uno.

Y no sale.

Sale mal, y luego aparece el resentimiento, y después las heridas, y más tarde la furia, y a continuación el leve, suave y persistente envenenamiento de los unos contra los otros.

¡Qué mal educados estamos!

Puedes re-educarte. Es duro, lo sé. Yo lo intento. Hay días en que alcanzo a subirme a un rayo de sol y tremar de eternidad.

Hay días...

No se deja apresar ese rayo de sol en la mano, como el agua, como el viento, como tus besos, como el éxtasis.

Es tan glorioso, porque es pasajero.

Es mi imperfección, la tuya.

Yo abandonaré el anhelo de perfección.

Yo saldré a la calle a predicar a todo el mundo la imperfección del hombre, de la que deriva su libertad, y de la que emerge la eventual novedad de cada día, de cada abrazo, de cada gesto.

No quiero ser perfecto. Es la inmutabilidad. Es la quietud.

La dejo para otra vida, si la hay.

En ésta cuento absolutamente con la im-previsibilidad de todo ser, de los más queridos, de los más cercanos, de los más profundamente amados.

Fallan.

Así son. No vienen con garantía. Y menos con manual de instrucciones.

Como tú, como yo.

Por ese lado anda el sabor y su correspondiente sabiduría.

Habla Lou Salomé, toda una mujer

Lou Andreas Salomé, que tanto supo del amor entre Rilke, Nietzsche, Paul Ree, Freud, escribe en su *Mirada retrospectiva* acerca de la fuerza de Eros:

“Consiste en que el otro siga siendo una suerte de mediación humana... de aquello que nos colma a nosotros mismos como la más profunda exigencia... Estar allí donde para ambos está lo divino, y compartir —para profundizarla— la mutua soledad, tan profundamente, que en el otro se comprende uno a sí mismo como entregado a todo el engendrar humano. El amigo viene a ser quien te protege de perder jamás la soledad ante lo que sea —el protector, incluso, *del uno frente al otro.*”

Esta concepción de Lou A. Salomé anuncia una subversiva —frente a lo clásico— manera de hacer-concebir-engendrar el amor.

El otro nunca dejará de ser el otro. Debe serlo. Somos otros y lo seremos, los unos para los otros.

¿Qué podemos hacer? Conocer la sustancia de este inter-ser y ayudarnos a ser otros, protegernos —dice Lou— yo y tú de cualquier intento de invasión, avasallamiento, absorción del uno por el otro.

Amar es, en este enfoque, com-partir una tercera dimensión. Lou la denomina “lo divino”.

Es que el amor tiene que elegir entre “lo divino”, o reducirse a ser lo que bajo su hermoso nombre se viene haciendo, mecanismos defensa-ataque en esta irrefrenable, ciega, darwiniana lucha por la vida.

El arte del jineterismo

Dice el maestro en sus escritos:

—Cabalga. Es el designio. Hasta que muera el caballo. El jinete posa sus ojos desprendidos de caminos y avatares, en la anhelada posta.

Cabalga.

Hasta el nuevo caballo. Fresco y rozagante te aguarda. Vive para ti, para aguardarte.

Cuando caiga, cuando se sienta desfallecer y tamba-

lear y cuando tus ojos midan la distancia hasta la próxima posta, volverá a ti sus ojos y notarás en ellos reflejos de dicha.

Fue para alguien. Reflejos de culminación.

Continúa. Cabalga. De caballo en caballo, de posta en posta, de reflejos en reflejos.

Posadas. Reuniones de ojos. Rellanos en el camino. Olores, zumos, aires, horas. Manos borrachas crispándose en el vacío.

El jinete es pasajero y vive acorralado de urgencia. Cabalga. Hasta que muera el caballo.

Hasta que muera el jinete.

¿A quién volcará los ojos en momentos supremos ni quién tomará nota de sus reflejos?

Es para nadie. Para la pureza del cabalgar que no morirá, que no puede morir porque cesaría de latir el pulso de la pradera amasada de sombras de cascos y armoniosos latigazos ungidos en sangre y saliva. Es el que morirá aunque no puede morir. Cabalga. Ojos.

No eres más que ese par de ojos, dos faros hacia adelante abriendo caminos. Desiertos, poblados.

Materia prima para ojos y cascos. Tu único testimonio: la tierra que absorbe el sonido de tu paso y los ojos que te ven pasar.

Hay más jinetes, sí. Pero parecen ser irreales. Son como mojones móviles y nebulosos.

Es posible saludarlos, estrecharlos, abrazarlos. Siempre con ese aire de despedida y urgencia.

El caballo aguarda su culminación y su reemplazo.

Tú eres irremplazable. No podrás morir. ¡Tantos soles y ponientes cosechados en caminos!

En los ojos se disuelve la arenilla que el viento recogió al moverse los mojones. No podrías. Porque, ¿a quién volverías los ojos para destellar reflejos o limitaciones de reflejos, como esos vidrios tan ricos en facetas diamantinas y que relucen tan bonitos, de noche, cuando hay niebla, en vidrieras volcadas sobre calles ampulosas por las que nadie pasa?

Capítulo 5:

¿Y ha de morir contigo el mundo mago?

Sonríe, los otros te aman

¿Por qué está tan enterrada la muerte, que no se la ve?
Se la dice, pero está negada, no existe.

El mundo baila. Hay que sonreír, dice la gente, para que Dios te ame.

Para que los otros te amen, en realidad. Los otros son tu dios, y a ellos te arrodillas.

Sonríe, es el éxito.

Alegría, es el bienestar.

Baila hasta bien entrada la mañana, que la noche tiene resabios de otras oscuridades que más vale conjurar.

Que nadie mencione a la pálida, a la triste, a la que detiene el baile.

Fue el gran error del siglo, esa ansiedad de los labios abiertos y los dientes visibles y los ojos relampagueantes a toda hora, en todo momento.

Prohibida, dicen, la depresión.

Entonces la depresión se levanta y anda por las calles y día a día se hace más cuesta arriba mantener la sonrisa fulgente y los dientes cándidos, que en latín significaba blancos.

Antes fue la represión sexual.

Después liberaron al sexo, declararon la ley de la orgía perpetua y el que no tiene la debida cantidad de orgasmos que no se presente en sociedad, y reprimieron a la muerte.

Nadie muere. Que no se haga ruido con la muerte. Que no se la escuche. Vivir como si fuéramos inmortales y en banquete sempiterno.

Por eso somos tan tristes.

Tanta forzada alegría, tanta exigida sonrisa, finalmente te dejan exhausto, solo.

Y triste.

Parte de la vida

Hay que recuperarla, es la base de toda sabiduría y de todo sabor.

Hablo de la muerte. Hay que re-tomarla, re-incorporarla a la vida. Sin ella no hay vida, sino mera existencia.

La vida es la que concluye.

Y porque concluye se llama vida, es decir la tuya, la mía, el proyecto que uno ha de encarar para hacer algo y hacerse alguien en un plazo que tiene caducidad.

Hay que re-habilitarla.

Hablo de la muerte.

Como letanía la repito, para espantar fantasmas y miedos espurios.

Puesto que has de morir, has de vivir.

Y fíjate cómo.

La muerte es parte de la vida. En consecuencia, la vida parte —tiene ahí su punto de partida— de la muerte.

Memento mori.

Memento mori. Vieja leyenda en latín: "Recuerda el morir...".

Si uno lo recordara, aprendería a vivir. Porque la muerte forma parte del proyecto vital-existencial. Y si no forma parte, tal proyecto está falseado en sus raíces.

Recuerda.

Estamos muy proclives a olvidarlo.

Los antiguos y los del medioevo gustaban de esa memoria.

Donde hubo cultura, donde nació una civilización, ahí estuvo, en el medio, en pleno centro, la meditación de la muerte.

Inclusive dicen los antropólogos que el comienzo estricto de lo humano se da en el momento incógnito ese en que los que mueren representan algo, un problema, un quehacer, para los que siguen viviendo.

Es decir, una relación.

Procuraban, nos guste o no, edificar un arte de vivir, un arte de amar, un arte de morir.

¿Por qué lloro?

Cuando Jacob se encontró por primera vez con Raquel, la pastora, quedó prendado y prendido de ella. Estaba locamente enamorado.

La abrazó, en silencio, y lloró sobre sus hombros.

Así está escrito.

—¿Por qué lloró? —preguntan los comentaristas.

—Si eras tan feliz en ese encuentro, ¿a qué viene el llanto? —insisten en interrogar.

Luego responden:

—¡Lloró porque previó la temprana, la prematura muerte de Raquel!

El encuentro no es, si no contiene cierto rocío de despedida.

Necesito abrazarte fuerte muy fuerte, porque hay un tiempo de abrazo y otro de...

¿Cómo se hace para vivir a pleno?

No es que me quiera poner melancólico. Al contrario, lo proclamo con alegría y para difundir alegría, un buen arte de vivir, de placer, de gozo y de goce, porque algún día no estaremos, y, en consecuencia, los días que estamos deben ser vividos a pleno.

Claro que he ahí el problema:

—¿Cómo se hace para vivir a pleno?

—¿En qué consiste?

En correr, no. En buscar lugares paradisíacos, no. En hallar nuevos manjares, no.

No tiene receta. Lo único que sé es que no depende de afuera, depende de adentro.

De tu paladar. A tal efecto conviene cultivarlo. Sin vértigo, lentamente, finamente, día a día, hora a hora, sorbo a sorbo.

Vanitas

Lo que hoy, en plástica, se denomina "*naturaleza muerta*" mucho tiene que ver con aquellos cuadros de la escuela holandesa —escuela de la vida— subtitulados *vanitas*, es decir vanidad, vacío, nada. Se ven mesas

cubiertas de ex manjares, ex comidas, ex fiestas, volcados, derramados, despedazados, olvidados. ¿Dónde fueron? —pregunta Manrique.

La vida es un banquete que en cualquier momento será ex banquete.

Por eso hay que retirarse de la mesa —esta vez el consejo es de Lucrecio— contentos y agradecidos.

Para ello hay que prepararse.

Porque el accidente de la muerte no puede ser previsto, desde luego. Pero sí, de algún modo, el gesto de despedida.

Así podría entenderse a Sócrates que con la cicuta en la mano no temblaba puesto que, enseñaba, toda su filosofía era un aprendizaje de la muerte.

Aprender a morir.

O a vivir, que es lo mismo.

Quiero significar que el primer aprendizaje conduce al segundo.

El hombre contemporáneo no cuenta con la muerte y, en consecuencia, nunca se despedirá de nada. De lo que se infiere que nada hace por tener algo de qué despedirse...

Reloj que cuentas las horas

Es legítimo. Somos los que estamos, y en esto estamos. Ni siquiera en olvidar la muerte, rechazarla, actitud asumida por muchos antepasados de la Edad Oscura que con la calavera ante los ojos, y en pleno ejercicio de recordar la muerte, se dedicaban furiosamente a vivir alocadamente el momento, el *movimentum* del *tempus*, el tiempo que, como rezaba en los relojes de antes, *fugit*, huye, raudo, desesperado, inexorable.

Los relojes de hoy no traen esas leyendas. En cambio apareció un nuevo modelo, con juguetos incorporados, para cuando uno se aburre, para matar el tiempo mientras éste nos va matando, suavemente.

No, no hay tiempo para pensar en el tiempo. Hay que huir de lo que huye. Nada es estable. La neurosis de hoy no garantiza una continuidad en la de mañana. El estado de febril estremecimiento que es la vida del *homo technologicus* hace imposible recordar la muerte.

No la podemos pre-meditar. Es ajena. Como la vida. Como cualquier esquematización que rebase las fronteras de lo inmediato.

Sin la muerte la vida no puede ser tomada en serio. Quedan, pues, fragmentos de vida, bagatelas, nimiedades pasajeras que constituyen todo nuestro continente y contenido.

No te pierdas ningún día

—¿Por qué actuamos así? ¿Por qué este hombre moderno difiere tanto del hombre antiguo?

Se me ocurre que para morir-se hay que hacerlo dentro de un contexto de sentido en el que cada vida es un fragmento de mosaico sumamente indispensable para la presencia y realización del diseño total, diacrónico o sincrónico.

El Talmud recomendaba:

—Retorna a la buena senda un día antes de tu muerte.

—¿Pero si no sé cuál será el día de mi muerte? —interrogó un escéptico.

—Todo día podría serlo.

Entonces cada día es nuevo bajo el sol.

No te pierdas ninguno.

Cuando corresponde llorar, gritar

A David, siendo rey de Israel, le nace un hijo que, poco tiempo después, cae enfermo.

La enfermedad es cruenta, el niño está agonizando.

El Rey está desesperado.

Se encierra, no quiere ver a nadie, no come, no bebe, no se baña, no cambia su ropa. Todo lo que hace es rezar por la salud del niño.

Días después el niño muere.

El Rey ordena:

—¡Preparen mi baño, mi comida, mi ropa fresca!

La gente está consternada. Se miran los unos a los otros. ¿Estará loco el Rey? ¿Qué manera es esa de comportarse?

El Rey nota que hay incomprensión y asombro entre las personas que los rodean.

Como si despertara de un sueño, hace un gesto con la mano, los reúne y les dice:

—Mientras el niño vivía, tenía sentido estar triste, luchar, rezar, intentar algo por salvar su salud y su supervivencia. Ahora que está muerto, nada se puede hacer por él. Yo voy hacia él. Él no volverá a mí.

Yo voy hacia él...

Era yo muy pequeño cuando estudié esta historia.

Recuerdo que me quedé mudo.

Recuerdo que, caminando por la calle, en plena tarde de sol, en plena maravilla de primavera, la frase vuelve a resonar dulce, meditativa, sabia:

—Yo voy hacia él. Él no volverá a mí.

Tristeza del cronopio

De la pluma de Julio Cortázar, inolvidable, brota esta joyita:

"A la salida del Luna Park un cronopio advierte que su reloj atrasa...

Tristeza del cronopio frente a una multitud de famas que remonta Corrientes, a las once y veinte, y el objeto verde y húmedo,

marcha a las once y cuarto.

Meditación del cronopio: 'Es tarde, pero menos tarde para mí que para los famas, para los famas es cinco minutos más tarde,

llegarán a su casa más tarde,

se acostarán más tarde.

Yo tengo un reloj con menos vida, con menos casa y menos acostarme

yo soy un cronopio desdichado y húmedo.'

Mientras toma café en la Richmond de Florida

moja el cronopio una tostada con sus lágrimas naturales."

Homenaje a Julio Cortázar. Murió. Queda el mensaje. La inmortalidad de Julio Cortázar está aquí, entre nosotros.

Tomo el libro, lo acaricio.

No está, pienso. Abro el libro. Habla. Dialogamos.
Cosas de hombres, cosas de inmortalidad.

Vivir en poesía

Sí fatalmente sí, es la poesía, la mejor de las opciones posibles para superar el absurdo y recordar el morir en cada mirada, hermosa mirada, como las de los gatos, la descrita por Francis Picabia (en traducción de Aldo Pellegrini), así:

“los gatos que miran a los pájaros
tienen ojos que piensan
los pájaros que miran a los gatos
tienen ojos que dudan
los míos se cierran
para meditar sobre los milagros.”

Los bienes

Hace unos setenta años atrás trataba este tema en sus reflexiones el filósofo Max Scheler.

El citado filósofo alemán considerá que estamos creciendo en “inconsciencia metafísica”.

Todo comienza y concluye en el entorno material que nos constituye. Sin un más allá, un sentido que nos conduzca.

Los ideales mayores que nos guían son el trabajo y la adquisición de bienes.

Pero forman parte de nuestra inconsciencia. No trabajamos y adquirimos para satisfacer necesidades, sino que se ha tornado instinto ciego del hombre moderno. Es evidente: más de uno ya ha acumulado bienes para varias generaciones, pero sigue haciéndolo a costa, incluso, de su salud y longevidad potencial. Trabajar así, sin saber por qué, para qué, es instinto ciego. Domina al hombre, y éste se vuelve su títere.

Trabajar, adquirir, calcular.

Porque, insiste Scheler, todo es negocio, intercambio, interés, valor de adquisición.

Entonces poco es lo que pensamos, mucho lo que calculamos.

“Estos impulsos nuevos, que se han vuelto instintivos, de un trabajo y una adquisición sin límites son los que, ante todo, dan el fundamento para una nueva actitud general interior ante la muerte; y sólo a partir de ésta, como una consecuencia secundaria, también de la idea de la muerte que tiene la ciencia de este tipo humano.”

Vivimos como si fuéramos inmortales

Sabe este tipo humano que la muerte existe. Pero es un saber superficial, que no incide en la vida. La ilusión, la forma de vivir, consiste en des-crear, descontar la muerte.

“Un juicio nunca puede superar a una ilusión. El bastón que hundo en el agua permanece quebrado aun cuando yo juzgo que está derecho.

... La no existencia de la muerte es aquí, realmente, una clase de negativa ilusión.”

La ilusión. Vivimos como si fuéramos inmortales. *Como si.*

Entre el saber acerca de la muerte y el vivirla hay un inabordable abismo.

Vivimos como si.

Ni siquiera es olvidado el morir. No figura, simplemente, en el temario de nuestras pre-ocupaciones.

Otros son los que mueren.

Y cuando yo muera seré un otro entre otros, para otros.

“No sabe —acota patéticamente Scheler— que también para sí muere.”

Amor, sentido y miseria

Todo esto nos remonta a aquellos versos de Rainer María Rilke:

“Oh, Señor, da a cada uno su propia muerte,
el morir que proviene de la vida
en la que él tuvo amor, sentido y miseria.”

La propia muerte. El morir-se, que tan profundamente lo expresa el idioma castellano. Morir desde sí, para sí, en sí.

Esa sería la muerte natural. La producida dentro de la naturaleza del ser, como uno de sus frutos, el final, el supremo.

Pero hablar de muerte natural *versus* la accidental, comenta Scheler, es absurdo.

El hombre moderno considera la muerte como accidente, catástrofe exterior, y como viene de fuera no cabe incorporarlo al ámbito de la conciencia.

Aquí apelaríamos a la terminología de Heidegger, la impersonalización de la persona, el neutro de nadie, "MAN", en alemán, "SE", en español, pero ya no el "se" pronominal, de la tercera persona, sino el de "se muere gente", como "se compra muebles usados", anonimato. El don de nadie.

No moriré

"No moriré, sino viviré y narraré las acciones del Señor." (*Salmos*, cxviii, 17.)

El rey David había vivido muy intensamente.

No debía haber nacido, cuentan. El que le regaló 70 años fue Adán.

A Adán le correspondía vivir 1.000 años.

Cedió 70 años a David, y por eso vivió tan sólo 930.

Un hombre con vida regalada procura exprimirla hasta en su cáscara.

De él, dijeron, saldrá el Mesías.

Lean la genealogía de Jesús y verán que se remonta primero a David, y luego a Adán, por supuesto.

David fue el que desde pequeño se destacó matando al gigante Goliat.

David tocaba el arpa delante del maníaco-depresivo rey Saúl.

Su mejor amigo fue el hijo del Rey.

El Rey, mientras David tocaba, le arrojaba lanzas. Lo odiaba.

¿Y qué más les cuento?

Tan sólo esto: que cuando alcanzó el trono regio, David se enamoró de una mujer llamada Betsabé. Locamente se enamoró. Betsabé estaba casada.

David ordenó que Uria, el esposo de la adorada, fuera puesto en las primeras líneas de combate en la guerra con los países vecinos. Así se hizo. Así murió Uria, y quedó libre Betsabé para casarse con David.

El niño que nació de ellos, al poco tiempo —ya lo narramos— murió.

Después, mucho después, un hijo de David, se llamaba Absalón, quiso asesinar al padre.

Poco antes de morir pidió David que le trajeran a la alcoba a la Sulamita. Tenía mucho frío, está escrito.

No se calentó demasiado, está escrito.

No está escrito, pero se supone que en sus ratos de ocio David se dedicaba a Dios y le escribía poemas.

¿Por qué no?

Dios no está en la calma de los remansos. Dios está en los corazones atormentados.

“Sólo el que tiene corazón roto es persona entera”, enseñó Najman.

Salmos, cantos de medianoche a Dios.

Quién podría escribir mejor que David:

“No moriré, sino viviré...”

Tanta vida no debía apagarse nunca, nunca.

Morir y vivir

En calidad de acontecimiento natural la muerte es innegable. Lo que el poeta quiere negar e impugnar es la especificidad de sentido que la muerte pueda adquirir en el acontecer propiamente humano-personal-vital.

Por eso habla en primera persona. No es una teoría que se expone. No es una mera frase.

Es un gemido, un grito que pretende abarcar el universo y transmutar sus esencias. El saber, que es siempre saber de conceptos universales impersonales, afirma la muerte. La persona en cambio busca su propia verdad, aquella inherente a su sangre y a su angustia. Esta “propia verdad” se manifiesta —como diría

Juan de la Cruz— “toda ciencia trascendiendo”, más allá del saber y aun en franca e inapelable contradicción con el saber.

Entre “todos los hombres son mortales” y el “no moriré” salmístico media la distancia que va de la verdad inerte a la verdad viva y personal.

Sé que moriré, pero no es esa mi verdad. Sé por otra parte —y ahí sí que el yo entero del salmista se estrangula en grito supremo— que mi existencia es vida en la medida y tan sólo en la medida en que niega a la muerte.

Trascendencia

Negación que más que al sí mismo afirma a la fuente del sí-mismo: el Señor.

Comienza, en efecto, con “no moriré” y concluye mencionando al “Señor”.

“Viviré” es el horizonte intermedio y mediatizante. Este horizonte se extiende entre dos trascendencias polarmente opuestas: trascendencia de la muerte en calidad de momento más-allá de la vida y que, en consecuencia, no interviene en ella; trascendencia de lo Trascendente (“Señor”) que también está más allá de la vida, pero positivamente, como aspiración, meta y culminación.

El ser puede dar la espalda al “no” de la muerte a condición de que dé la frente al “sí” de lo Trascendente. Sólo así puede el ser superar la naturaleza y constituirse en la historia-personal-incomparable y por lo tanto irreductible a meras categorías de leyes universales.

La naturaleza no posee *naturaliter*, sentido. La humanidad es sencillamente el ser-con-sentido. El sentido germina entre una negación y una consecuente afirmación. El sentido es la vida. Vida es lo que un “yo” hace con su existencia. Y lo primero que hace es rebelarse contra su propio fin, puesto que no lo reconoce como propio, sino al contrario, como ex-propiado.

Contra el “*fin-muerte*” se yergue el “*fin-vida*”, es decir la existencia con finalidad, esto es, con sentido. La fina-

lidad está dada en el final de la frase salmística: la *Trascendencia*.

La libertad es el anhelo

Esta es la característica formal del ser: conjunción y disyunción. La negatividad es condición positiva de la existencia en cuanto humanidad. La negatividad se presenta como reto y escollo. Caminar es enfrentar retos y superar escollos. "No moriré", dice el hombre que siente la cercanía perpetua de la muerte.

El "no" es indispensable para pasar al "si no". De la disyunción a la conjunción. "Si no viviré".

Vivir es autodefinirse constantemente. Hasta el fin, es decir hasta que se dé el fin. La muerte es el *datum*. Dialécticamente la vida es un no-darse-al-*datum*.

Definir significa literalmente colocar fines-confines, limitar. Puesto que el *datum* es rechazado, la existencia es necesidad y menesterosidad de fines en función de una autodefinición.

Este es el ámbito propio de la libertad.

La libertad, en esta perspectiva, es el abandono de lo cierto-dado por lo incierto del anhelo. El versículo salmístico está expresado en tiempo futuro.

Eternidad

La vida es tiempo, sí, pero tiempo desnaturalizado, des-temporalizado; tiempo que no es trampolín a la muerte, sino ascenso a la Trascendencia. Ese ascenso lo denominamos eternidad.

"Y esta es nuestra vida: una hora solitaria; entre todas las horas se eleva desde la víspera, una hora que sonrío de modo diferente a sus hermanas y se calla ante lo eterno."

Así lo expresa Rilke.

Una hora que ha dejado de ser una hora. Esto es el sentido; anhelo de eternidad. Más que la eternidad nos es propio y consustancial el referirnos a ella, el anhelarla y el anhelnos en ella.

Cómo detenía David al Ángel de la Muerte

El Ángel de la Muerte fue enviado a apresar el alma de David pero no pudo lograrlo puesto que David cantaba de continuo al Señor y en esos momentos la Muerte era impotente.

En un brevísimo instante David dejó de cantar y en ese justo instante la Muerte se apoderó de él. El mito explica con imágenes aquello que David había expresado en su versículo. Vivir es narrar las acciones del Señor. Darse a la trascendencia es negarse al *datum*-muerte. De esta manera la vida es redención del tiempo mortal.

El encuentro radical del ser y el tiempo (a diferencia del arrastrarse paralelo de ambos términos que desemboca en la muerte) es la culminación en la eternidad.

Conocerse es narrarse

Sólo "a posteriori" puede el hombre conocer la clave de su identidad.

No se conocen los pasos sino las huellas de los pasos. El conocimiento, en consecuencia, se manifiesta como referencia al pasado personal.

El conocimiento es narración.

Saberse es narrarse. Ser —en el plano de la conciencia— es historizar.

En la memoria el ser se torna esencia, esto es objeto aprehensible estáticamente. En este ámbito conceptual comprendemos el sentido profundo de las palabras que hallamos en el cuarto versículo del *Cantar de los cantares*: "Recordaremos tus amores".

La dicha del amor fulgura en la conciencia, conciencia que es ineluctablemente recuerdo. Amar para recordar.

Ser para conocer. Referir-se para referir-narrar. Narrar es objetivizar la subjetividad fluyente en el tiempo.

Narrar es desgajar un acontecimiento del devenir temporal y contemplarlo *sub specie aeternitatis*. Bien veía Spinoza que el conocimiento se enraiza en la eternidad.

Ser es trascendencia hacia el futuro. Conocer es trascendencia hacia el pasado.

Mortal y eterno

Vivir es narrar y narrar es eternizar. Pero la función de eternidad no está en el objeto mismo, sino en la conciencia que lo enfoca, que lo narra.

La función de eternidad radica en la persona en cuanto tal cuya vida es rebeldía contra la muerte, sea ésta el fin de la existencia, sea ésta el fin de cada partícula temporal. Rebeldía y misión de redención.

Cada partícula temporal puede ser redimida a través del conocimiento-narración.

Pero la redención primordial, aquella que debe afirmar la personalidad-toda en la vida-toda, se enfrenta con la muerte-toda.

Entonces el poeta grita: "No moriré".

Vivir, vivir

"Pasa una mariposa por delante de mí
y, por primera vez en el universo, me doy cuenta
de que las mariposas no tienen color ni movimiento
así como las flores no tienen ni perfume ni color.
El color es quien tiene color en las alas de la mariposa,
en el movimiento de la mariposa, el movimiento es quien
se mueve.
El perfume es quien tiene perfume en el perfume de la flor.

La mariposa es sólo mariposa,
y la flor sólo flor."

(Fernando Pessoa. Traducción de Ángel Crespo, Ed. Espasa Calpe.)

Frente al Absoluto

Todos los hombres son mortales pero yo no moriré.

Quien es capaz de decir "yo" en realidad está narrando "las acciones del Señor", esto es su referencia a lo absoluto.

Dios acontece en mi vida. Sus acciones, esas que yo narro, en realidad son las mías iluminadas por Él.

No hay acciones de Dios. Hay percepciones del mundo en las que se vislumbra la presencia de Dios.

Dios hizo el mundo.

Ahora lo hago yo.

Cuando lo ilumino, abro las cáscaras —*kelipot*, en cábala— y aparece la luz del primer día.

Entonces, con el salmista, digo:

“Qué grandiosas son tus acciones, Dios.”

La creación se renueva a través de lo que haces, de tu in-novación.

¿Qué hay de nuevo?

Dios.

¿Qué hay de esperanza?

La eternidad.

Reímos juntos, lloramos a solas

Desde temprano los padres y la sociedad y las escuelas educan a los niños, los civilizan y les hacen hablar únicamente de cosas bonitas, de ositos, de manitos dulces que se unen a dulces manitos, menos a las de los her-manitos, y que todo sea globos de jolgorio y perpetuas fiestitas de cumpleaños.

Hay que reír, reír mucho, y el que quiera llorar que se retire, que nadie lo vea.

Reímos juntos, y lloramos a solas.

Y sin embargo, comenta Galileo, sin embargo, hay muerte.

Y mientras haya muerte habrá mito, dice Barthes.

Y todos los mitos tienen una sola finalidad: preguntar y responder acerca de la muerte, y de la muerte de la muerte, es decir de la in-mortalidad.

El hombre actual, para no tener que pensar en la muerte, y menos en la inmortalidad, *hace ruido, mucho ruido*, como los medievales hacían para espantar a los fantasmas y a los diablos.

La cultura, un bastión defensivo

El quehacer cultural, en todas sus facetas y dimensiones, es la herramienta para mitigar, ahogar, desvanecer ese miedo que por constituirse ante lo desconocido se llama, más bien, angustia.

Pensamos para no tener que pensar. En la muerte, desde luego. Elusiones y evasiones para que la mente no caiga en el pozo del sin sentido.

Ya que hemos de morir, pensemos cómo debemos vivir para no tener en cuenta que hemos de morir.

Ese podría ser el lema, vulgarizado, de los motores más profundos que encienden la actividad prometeica de la creatividad humana.

Cuando el hombre queda desnudo, en el relato bíblico del *Génesis*, busca la manera de cubrirse.

La peculiar respuesta que cada grupo humano, sociedad, época, proporcionan al tema ese, cómo eludir la angustia-muerte, se torna eje particular de la vida.

En fin: que todos los hombres son iguales, porque responden a la misma pregunta; y todos son diferentes, en cuanto plantean distintas evasiones-respuestas a ese interrogante capital.

Todo grito ostentoso a favor de la vida oculta el clamor acallado a raíz de la muerte.

Catulo, el poeta, le dice a su Lesbia: "*Vivamus... atque amemus*"; vivamos y amemos. Nada más natural. ¿Qué programa excelso está proponiendo?

Luego se explica: es un programa contra la muerte: "*Nobis... nox est perpetua una dormienda*"; todos dormiremos la misma y eterna noche.

Hay que crear algún mito para sobre-vivir. La totalidad de esos mitos merece ser incluida en el común denominador "humanidad".

Las manías sabias

Ciencia o religión, misticismo o positivismo, contra esto o contra aquello, todo es menester de estar ocupado para dejar de estar pre-ocupado.

“Los hombres muy pensadores y ensimismados corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sabias, en ilusiones sublimes; que la masera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas, según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza.”

Mesurada reflexión de Jaime Balmes en *El criterio*. Balmes, claro está, piensa en el modelo español, el gran Don Quijote. Hoy sabemos que el realismo de Sancho es tan ilusión como el idealismo del enorme caballero armado.

Quijote se define:

“Caballero andante soy, y no de aquellos cuyos nombres jamás la Fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que... han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad...”

De eso se trata, de la inmortalidad.

Sancho, por su parte, sabe que la Fama y la Inmortalidad, que son lo mismo, no se comparten; en consecuencia cada uno se ve reducido a la soledad de su encierro monástico, de su angustia y de su correspondiente solución:

“¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores?”

Nada tienen que ver. Los destinos están separados aunque la gente vaya junta. Sancho hace este gran descubrimiento, el de la imposibilidad comunicativa a nivel de raíces de inmortalidad. La historia narrará —dice— las hazañas del amo, pero olvidará lo hecho por el escudero a favor de esa gloria:

“sin nombrar a la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera de este mundo.”

La fama, la fama

No tuvimos que ir demasiado lejos para hallar una de las respuestas que el hombre cultivó durante largo tiempo, y que probablemente continúe teniendo vigencia: la Fama.

Vivir para la fama.

La fama es la trascendencia *post-mortem*.

Fama es del verbo latino que significa "hablar". *Fama es lo que se dice de la persona.*

Memoria y discurso. La historia. Vivir en el recuerdo. En la fama coinciden categorías humanas muy dispares.

Si no fuera por los poetas que narran las grandes epopeyas, nada quedaría de los héroes que las realizaron —sostenía Píndaro.

En verdad es una prolongación de la vida, si se entiende por vida lo que otros dicen que yo soy.

Tú eres lo que los otros dicen que eres

Fundamentalmente se vive siendo lo que otros deciden que uno es. Es un drama, pero así es.

Dependemos de la palabra, de esa bocanada de aire que sale de la boca de alguien y que te dice qué lindo, qué arrugado, qué depre, qué grande, pero la vez pasada estuviste mejor.

Siempre que alguien se acerca a comentarme algo de mí, tiemblo.

Me irrita que el otro decida mi ser.

Aunque me halague.

Porque en cualquier halago puede colarse un fleco de una frase de una alusión, de alguna ambigüedad, y ya no duermo, y me quita el apetito, no el de comer, pero otros apetitos, porque me persigue, me obsesiona, me...

Me atormenta esta dependencia.

Y más me atormenta necesitarla.

Voy y vengo del mundanal ruido y no consigo estar conmigo.

¿Quién soy? El que dicen que soy, la mirada ajena.

Necesito a Dios para que unifique todas las miradas

y todos los decires y me arranque de tanta esquizofrenia existencial.

El ser propio y el decir de los otros

Aunque no siempre *ser* y *fama* coincidan en sus detalles menores, de todos modos es el ser el que suele acomodarse a la fama. Arthur Miller tiene una novela, *Foco*, con un personaje que el barrio considera judío, define como judío y establece como judío.

El hombre, desesperado, finalmente adhiere a la propuesta de esa fama. Debe ser lo que otros dicen que es.

Algo semejante sucede en la trágica película de Losey, *El otro señor Klein*, con la diferencia de que esa identidad conduce al campo de concentración.

La fama es independiente de la realidad. A veces la usa, otras la determina y la constituye.

Borges decía que era agnóstico. Ésa era la fama que Borges confeccionaba sobre Borges. Luego todos repitieron y siguen repitiendo que era agnóstico. La obra de Borges, no obstante, está llena de Dios, y solamente de Dios y de nada más que Dios.

Aunque claro, *era* agnóstico...

Y también *era* conservador

Bromas de la fama, y de la gente que necesita repetir para dispensarse de pensar.

Volver al origen

Sócrates-Platón (¿quién puede distinguir qué idea pertenece a quién?) inventaron una inmortalidad mucho mejor armada. Una arquitectura de la inmortalidad, con tres pisos: inmortalidad-vida-inmortalidad.

Este enfoque trastorna lo tenido por bueno y por malo. La vida es lo que sobra. La muerte, en cambio, es lo que falta para volver a estar en el escaño placentero que era la pre-vida, un mundo totalmente inteligible, de verdades cristalinas y eternas. Morir es volver al hogar primero. Estrictamente no hay inmortalidad, sino una eternidad interrumpida por un paréntesis pasajero llamado *vida*.

La ironía socrática

Sócrates aparenta una maravillosa calma ante la muerte que se avecina. Dice que se trata de un bien. Por eso no quiere huir de la cárcel de los atenienses.

Dice que prefiere huir de la cárcel del alma, el cuerpo, esta llamada vida. Pareciera confiar absolutamente en esa arquitectura que antes diseñamos. En su argumentación (*Apología de Sócrates*) expresa, entre otros finos y ensamblados conceptos:

“Si uno llegara al Hades, desembarazado de estos que se dicen jueces y hallase a los verdaderos jueces...”

Sócrates busca, pues, una especie de reivindicación. Si la verdad no está acá, entre nosotros, *debe* estar en otro lado.

No es optimismo.

Sócrates era un gran ironista, y tomarlo al pie de la letra es uno de los mayores pecados de la filosofía. En un parrafito, lanza su comentario al pie de página:

“Si es que las cosas que se cuentan (del más allá) son ciertas.”

Deberían ser ciertas.

Muero porque no muero —gime el místico.

“Comer y beber que mañana moriremos” —opinan ciertos impíos de la época bíblica, y Sancho y Catulo.

Maneras de tantear la inmortalidad.

La más antigua obra de arte

De Dios, estrictamente, aún no hemos hablado, aunque de ÉL siempre se está hablando no bien se deja el escueto reino del verbo “ser” para lanzar la fantasía febril a los reinos del valor y del deber-ser.

Por otra parte Rilke escribe en su *Diario florentino*:

“Dios es la más antigua obra de arte. Está muy mal conservada y muchas de sus partes han sido, en consecuencia, algo

restauradas. Pero, naturalmente, forma parte de la civilización poder hablar de ÉL y haber visto lo que resta de ÉL."

Lo principal es tener de qué hablar. Para eso existe la cultura.

Lo largo y lo breve

La cultura nos embota tanto, cierra todos los resquicios que pueden permitir vislumbrar la constante presencia de la muerte, que la angustia por la inmortalidad queda hondamente reprimida, y el arte de vivir, ese que, justamente, se establecía como *ars longa* por causa y consecuencia y necesidad de *vita brevis*.

El arte es largo, su dimensión es incomensurable, la tarea que propone es in-finita, y para ello la vida es breve, siempre breve, siempre demasiado breve.

Aunque hay días que son como el arte, largos, largos, interminables.

Que yo sepa la gente no se queja de la brevedad de los días, sino de la cortedad de la suma total de la vida.

Como si tuvieran algo que hacer.

Para mí los días pueden llegar a ser trágicos. Demasiadas horas. Los prefería algo apocopados.

Además, como el califa aquel, enciendo la computadora y en el archivo que dice FELICIDAD indago para sumar todos los días que responden a ese concepto.

Días no encuentro. Horas sí.

Entonces, ¿para qué los días?

Horas, horas de inmortalidad, de eternidad, de zarza que arde y no se consume.

Parece que no se consume, pero se consume.

Entonces, de inmediato, tomo conciencia de la muerte, aquí, en vida.

¡Y quiero vivir!

Aquí y ahora

Ese arte queda relegado al desván de la infraconciencia. En lugar del arte, que es organización, modulación, equilibrio, se entroniza el caos, el des-vivirse por vivir en la primordial meta de matar-el-tiempo.

Séneca revisa todos los desvíos humanos hacia lo contingente y maligno y plantea:

“¿Cuál es, pues, la causa de esto? El vivir como si hubiéramos de vivir para siempre, sin que vuestra fragilidad despierte.”

Vivimos como si fuéramos ya in-mortales, es decir, mejor, anti-mortales. Porque la inmortalidad que los escudriñadores de la sabiduría indagan, es la posterior a la vida. Pero el hombre —la cultura— y la astucia de sus razones fundamentales —taponar la Gran Verdad Des-agradable— prefieren optar por la inmortalidad aquí y ahora; la muerte, total, es algo que les pasa a los otros.

Porque aquel mismo apotegma talmúdico que hace de la vida un pasillo, y de su finalidad —la post-vida— un palacio, aconseja: “Prepárate en el pasillo para que puedas entrar en el Palacio”.

Si hubiera inmortalidad, habría “algo que hacer”, un arte que practicar mientras se vive.

Por fin hablamos de la comunicación

Si la cultura, con todos sus medios ensordecedores, no enterrara tanto a la muerte, sería más elemental decir:

—*Vivo porque no vivo.*

La presencia de la muerte, en cuanto viva posibilidad, podría funcionar como magnífico catalizador de la inter-comunicación, hoy tan deplorada en sus gigantescos fracasos y frustraciones.

Hombres ya inmortales, ¿por qué han de buscarse, comunicarse, necesitarse?

Sócrates el optimista decía que se educaba para la muerte.

Todo, en efecto, es cosa de educación.

Pero podríamos educarnos no para la muerte, sino para la vida, manteniendo clarito e inolvidable el único a saber que todos los cartesianismos juguetones jamás podrán abatir:

Moriré, ergo, debería hacer algo con esta vida.

Russell, ese rebelde

Es interesante entrar a considerar ahora cómo planteó Bertrand Russell, en su juventud, el tema de las relaciones entre hombre, inmortalidad, Dios.

Interesante, digo, por extremadamente paradójico.

Mientras que en la conciencia de Kant y de todos los filósofos que en el mundo han sido, los tres temas estaban emplazados en una misma trama lógica fundamental, el joven Russell hace de la inmortalidad y de Dios polos excluyentes. Lo uno o lo otro. La ganancia de uno es la pérdida del otro.

Si Dios existe, arguye, ello implicaría un máximo determinismo:

“Nosotros y todos los seres vivos funcionamos, entonces, movidos simplemente por fuerzas químicas y no somos nada más maravilloso que un árbol que nadie pretende tenga libre albedrío... Además, desde el punto de vista religioso, resulta muy arrogante por nuestra parte presumir que tenemos libre albedrío, ya que, desde luego, supone una interrupción de las leyes de Dios... Y si no tenemos libre albedrío, no podemos tener inmortalidad... Así, yo he de ser ateo, o no creer en la inmortalidad.”

Esto lo escribía Russell en algo así como un diario íntimo-filosófico, y lo transcribe en su libro *La evolución de mi pensamiento filosófico*.

Persona e inmortalidad

La inmortalidad, si retomamos el enfoque citado, es cosa de la persona.

La persona es voluntad libre, o no es persona. Si Dios existe, la libertad sería una blasfemia, puesto que sugeriría la interferencia de voluntades finitas dentro de la Gran Voluntad que marca la exacta regulación de toda existencia.

Russell opta por creer en Dios. Opta, por tanto, renun-

ciendo a su posible inmortalidad.

El eximio pensador inglés se pasó toda una vida creando y destruyendo sus propias ideas por otras nuevas. Fue un ejemplo de libertad.

Sobre todo de esa libertad frente a la más dura de las prisiones: la de uno mismo. Y aunque superase esos pensamientos de juventud sin embargo, más allá de los cambios y sutilezas matemáticas en diferencias de hipótesis, Russell se mantuvo fiel a varias intuiciones trascendentales.

Esa renuncia a la inmortalidad significaba la renuncia al yo, a este ser personal-subjetivo cuyas verdades no pueden ser sino mezquinas, consecuencia de una mirada que se mueve pendularmente entre el ombligo propio y el ajeno.

De manera que, como nos cuenta, siempre aspiró a la verdad lejana, des-conectada de este mundanal ruido que las nueces rodantes y furiosas de nuestros pequeños intereses hacen estallar.

La salvación por las matemáticas

Cuanto más inhumana la verdad —fuera de lo humano—, tantas mayores posibilidades de verdad tendría.

El matemático Ramsey decía:

“Encuentro a la humanidad... interesante y, en conjunto, admirable.”

Russell le replica:

“Hallo escasa satisfacción en contemplar a la raza humana y sus locuras. Soy más feliz pensando acerca de la nebulosa de Andrómeda que pensando en Gengis Kan”.

De ahí su afición por las matemáticas. Las comparaba con la poesía, en cuanto belleza, aroma de perfección. Es increíble, pero confesadamente ateo, Russell huye, también él, en busca de refugio-consuelo al reino de la Razón pura, el platónico, de las cifras pitagóricas que configuraban melodías absolutas:

“Alejadas de las humanas pasiones, alejadas incluso de los lastimosos hechos de la naturaleza, las generaciones han creado gradualmente un cosmos ordenado, donde el pensamiento puro puede habitar como en su mansión natural, y en la que al menos uno de nuestros más nobles impulsos puede escapar del triste exilio que es el mundo real.”

La respuesta de Aristóteles a Russell

El lenguaje —quizá no lo sepa Russell, conscientemente— es cristiano, hebraico, platónico: el mundo como exilio, caída. Y la necesidad de salvarse, huir, refugiarse, que unos convierten en salmos, otros en catedrales, otros en ecuaciones.

La inmortalidad de Russell evade las prisiones de este exilio, de este cuerpo pasajero (aunque práctica y políticamente supo el filósofo jugarse por los “lastimosos hechos” que la historia contemporánea fue gestando a su paso) para radicarse en el orbe de lo Inteligible (que él reconoce como “creación” del hombre, invento para nuestras necesidades de sobre-vivir), y en esa coyuntura mental parece adherirse a la inmortalidad lógica que nos regaló Aristóteles en su famoso *De anima*:

Cada intelecto privado no es más que una chispa del Intelecto cósmico o divino y al morir la chispa retorna a su origen y se re-integra en el foco universal de la Inteligencia —dicho todo esto en escueto resumen.

Y siguiendo la versión de Alejandro de Afrodisia.

No la supe cuando me presenté a examen en filosofía medieval, y me bocharon.

Me la aprendí a fondo, desde entonces, y me vengo de la humanidad, citándola cada vez que puedo.

Se la vuelvo a explicar para que no diga que lo dejo a oscuras:

Usted piensa. Es un decir. Usted estudia, usted conoce. Cuando su entendimiento se ilumina en la captación de verdades universales, está atrapando fragmentos de la luz del Intelecto Universal, que es Dios. En consecuencia, a medida que usted crece y atesora esos pedacitos de Universalidad Cósmica, usted se va haciendo un

capital de Intelecto divino. Cuando usted muera, con el perdón de la expresión, aquella parte de su alma que capitalizó divinidad aquí, en la Tierra, regresará a su origen divino y ahí se re-integrará.

Esto implica que la inmortalidad la estamos fabricando aquí, día a día.

Me lo aprendí, ¿vieron?

Crear en nada

La diferencia, insisto, entre Russell y aquella idea, sobre todo de los discípulos peripatéticos, antes esbozada es capitalísima porque Aristóteles y toda la escolástica e incluso Descartes y más de un fiel idealista en nuestros tiempos creen en la diosa Razón como entidad objetiva de la cual somos dichosos servidores. Russell no cree en nada, pero acepta que de todos nuestros inventos el mayor es el racional, puesto que permite alejarnos de este valle de lágrimas y salvarnos de la penuria de lo personal. En este punto es fiel a Sócrates. Se escapa de casa y de los problemas hogareños, totalmente insolubles, y se refugia en un mundo de problemas totalmente solubles, porque al ser inventada la pregunta es obviamente inventada la respuesta.

Los problemas de la ciencia y los más apasionantes en este sentido, los de las matemáticas, sirven para huir de casa, y sobre todo de uno mismo, de ese ombligo que nos relaciona con la madre, con el inconsciente propio, más el colectivo, más los mitos y la astrología. ¡No, muy complicado!

Más sencillo y claro es el cálculo infinitesimal y los *Principia Mathematica* que compusiera Russell con otro colega que se divertía locamente, Whitehead.

Russell, hombre de nuestro tiempo, experimenta lo descrito por Wilhelm Dilthey: la soberanía del pensamiento científico y la perplejidad del espíritu acerca de sí mismo y de su significación en el universo.

En el libro *Teoría de las ideas del mundo* manifiesta Dilthey:

“El sombrío orgullo y el pesimismo de un Byron, Leopardi o Nietzsche tiene como supuesto el dominio del espíritu científico sobre la Tierra. Pero se advierte en ellos al mismo tiempo el vacío de la conciencia, pues todas las normas han sido suprimidas, todo lo firme se ha vuelto vacilante, una libertad ilimitada de opinión, el juego con posibilidades indefinidas dejan al espíritu gozar su soberanía y le dan a la vez el dolor de su vacuidad.

Este dolor del vacío, esta conciencia de la anarquía en todas las convicciones más hondas, esta inseguridad acerca de los valores y fines de la vida, provocan los diversos intentos en la poesía y en la literatura para responder a las preguntas por el valor y el fin de nuestra existencia.”

Cuadro de nuestro tiempo

El texto que transcribimos, amén de ser el mejor cuadro definitorio —claro y rotundo— que conozco de nuestro tiempo, tiene otra virtud, importantísima a mi ver, apenas surgida: la filosofía *ya* no es capaz de expresar al hombre.

El mundo de los conceptos ha llegado a su culminación. A la novela y a la poesía le competen decir eso que las proposiciones lógicas no pueden concatenar puesto que de irracionalidad, precisamente, se trata.

Albert Camus lo ha “dicho” en su novela *El extranjero*.

Wittgenstein, en efecto, establecía lo que por ahora sigue siendo regla férrea: en cierto límite nada se puede más decir, sino tan sólo mostrar.

El extranjero es —como la rosa de Gertrude Stein— un extranjero, un extranjero. Algo-Alguien sin raíces, sin fundamentos. Nada pues lo ata, a nada se debe. Sin embargo, este precioso personaje, que practica el absurdo en lo cotidiano —uniforme— sin valores, mantiene un último diálogo antes de consumir su decretada muerte.

El sacerdote enviado para asistirle, por cierto, le habla de la otra vida, de la inmortalidad. El extranjero la des-conoce, como todo que es parte de lo des-conocido.

"Me interrumpió y quiso saber cómo veía yo esa otra vida. Entonces le grité:
—Una vida en la que pudiera recordar ésta."

Es la culminación de la humana debilidad. ¿Qué somos sino recuerdos de nosotros mismos? ¿No lo cantó Quevedo, estrictamente?

"En el hoy y mañana y ayer, junto
Pañales y mortaja, y he quedado
Presentes sucesiones de difunto."

El recuerdo es lo muerto en su materia y lo vivo en el acto, la inmortalidad de lo sucedido.

Al extranjero no le molesta morir. Le molesta no poder recordar esta vida.

Definitivamente ha caído en la siempre tendida trampa de la inmortalidad. Antes le decían la Fama.

La mínima Fama que es el hablarse a sí mismo de sí mismo contándose lo que uno fue para, de ese modo, poder ser realmente uno.

Claro, que este cuento que cada uno es para sí mismo admite estilos diversos y claves musicales de muy variados diapasones.

El hombre es la medida de las cosas

El hombre de Protágoras, que es medida de todas las cosas, es medida también de su propia inmortalidad. Después de todo aunque somos todos iguales no somos todos idénticos. Marx nos estratifica en clases sociales.

Franz Werfel plasma la muerte y la inmortalidad de un pequeño burgués (*La muerte del pequeño burgués*) haciéndonos notar en términos nada metafísicos por qué cuesta tanto dejar esta vida sin la garantía de otra orilla con algún tipo de recepción.

La inmortalidad es tema de burgueses exclusivamente, de los que tienen algo que perder, de los que han pasado la vida acumulando cosas, ideas, datos, cofres, y se preguntan —con Machado— si todo este "mago mundo" con tanto esfuerzo sembrado y cosechado transcurre hacia el humo, la nada.

Escribe Franz Werfel —por boca de uno de sus personajes, un científico que contempla la muerte ajena—:

“Mira los verdaderos proletarios cuando mueren. Es algo simplemente solemne. No tienen ni miedo ni exigencias. Asunto concluido. Se rinden contentos y tranquilos. Todos los proletarios mueren de un modo parecido. Solamente los burgueses se mueren de un modo especial. Hasta los más insignificantes. Cada burgués tiene su manera especial de no querer morirse. Eso proviene de que temen perder alguna otra cosa con la vida. Una cuenta en el Banco, una libreta sucia de la Caja de Ahorros, un nombre respetado o un sofá cojo.”

Por eso es tan importante el testamento.

Por eso, también, el tema de “herencias” es tan importante y puntilloso en las legislaciones de todos los pueblos civilizados. Dime qué objetos te rodean y te diré quién eres.

El hombre será muy sujeto en los análisis epistemológicos. En la vida real es la suma de sus objetos.

Por eso tanto se pre-ocupa por el destino que tendrá, ulteriormente, su persona objetivada en esos objetos.

Fiala, el héroe moribundo en la novelita de Werfel, es descrito desde el comienzo como enamorado de los objetos que rodean su vida. Hubo muchas cosas que pudo haber vendido, y aunque necesitaba el dinero no lo hizo porque:

“Nadie renuncia a su condición de hombre.”

Esa era —es— su condición de hombre.

Esa, en la vida real.

En la lógica es muy distinta. Allí hay universales, particulares; hay conjuntos e integrantes de conjuntos; axiomas y consecuencias.

En la lógica la muerte se pierde en la ley universal de las inferencias. Y desde jovencitos nos vienen educando para que no nos tomemos a pecho la siempre acechante muerte puesto que es sumamente natural.

Aunque nunca falta un rebelde. El personaje de

Werfel —no menos absurdo que el de Camus— decidió canjear su muerte por un seguro de vida: fue lo único realmente bueno que hizo durante su existencia, estirar su agonía hasta que se cumpliera el plazo estipulado con la compañía de seguros; todo un éxito; como Sócrates —no importa el motivo— murió feliz de su muerte.

La senda que nunca...

"Caminante son tus huellas
el camino y nada más;
caminante no hay camino
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar."

Antonio Machado.

La muerte de Iván Illich

Pero hay otros personajes en la literatura que rechazan la lógica, las compañías de seguros y las garantías teologales. Uno, ya famoso, fue Iván Illich, inmortalizado por Tolstoi. No es que negara o rechazara la muerte; simplemente no la concebía. Dejémosle monologar:

"Iván Illich se sentía morir y eso lo ponía en un estado de desesperación. Sabía que se estaba muriendo pero aún luchaba contra esa idea. En sus épocas de estudiante había aprendido el silogismo: 'Cayo es un hombre; los hombres son mortales; por lo tanto Cayo es mortal'. Pero durante toda la vida le había parecido justo en tanto se refería a Cayo y de ningún modo lo había pensado aplicado a él mismo. Cayo era un hombre, el hombre universal y entonces sí era razonable el silogismo, pero él ni era Cayo ni era el hombre en general, sino que había sido siempre distinto a todos...

... Y como era distinto no podía morir. Sería absurdo."

No sería; es absurdo —corrige Camus.

Pero lo absurdo no es la presencia de la muerte, sino la postura del hombre.

Este Iván Illich vive ahora, al final, el drama de ser hombre, des-honesto consigo mismo, mentido con los demás, incapaz de gritar su verdadero afán, su necesidad de tener a alguien junto a él, de vociferar los mínimos elementos que podrían procurarle felicidad:

“Él hubiera querido que alguien de los suyos se acercara como quien se aproxima a un niño enfermo, lo acariciara, lo besara, musitando palabras de consuelo y permaneciera a su lado hasta que se durmiera. Sabía bien, sin embargo, que su posición, su edad y su dignidad le impedían desear esto...”

El gran teatro del mundo. Fingir hasta el final. La muerte del rostro, la eterna vigencia de la máscara para consumo público. “Su posición, su edad, su dignidad...”

Desde luego: absurdo. No porque no haya inmortalidad. Absurdo porque no hay hombre, y en lugar del hombre hay “*edad, posición, dignidad*”.

Vivir como otros esperan que uno viva.

Morir como otros esperan que uno muera.

El show, dicen los expertos, nunca debe detenerse.

Razonemos

“El iluminismo en el sentido más amplio del pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de convertirlos en amos. Pero la tierra eternamente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura.”

Así comienza la *Dialéctica del iluminismo* de Horkheimer y Adorno.

Recordemos que el iluminismo entroniza a la única e indiscutible diosa *Razón*.

Se quería disipar las tinieblas medievales y los consecutivos miedos.

El miedo, tapado, disfrazado, explicado, reducido y —en fin— reprimido, se ha tornado en opaca angustia que asoma en todas las comisuras de los labios que sonríen porque algún ídolo —en las ciencias humanas— los aman y “entienden”.

Hay que *re-educarse* para *des-cubrir* los agujeros de la existencia y mostrarlos. La conciencia de la pasajeridad de la vida no puede prescindir de la correlativa conciencia de la pasajeridad de todos sus mitos, puesto que todo lo que el hombre hace *es* mitológico, aunque en variedad de lenguajes.

César Vallejo

Nos faltaba un poeta, si seguimos al pie de la letra la observación de Dilthey acerca de literatura y poesía que han de encarar eso que la filosofía ya no puede “decir”.

Y será un poeta que —¡oh ironía!— nos definirá la filosofía.

César Vallejo:

“En el momento en que el tenista lanza magistralmente su bala, le posee una inocencia totalmente animal; en el momento en que el filósofo sorprende una nueva verdad, es una bestia completa.”

Este hombre que es sapiencialmente bestial, debe ser superado.

El mismo Vallejo, en otro poema, sugiere un nuevo programa para una inédita inmortalidad:

“Confianza en muchos, pero no ya en uno;
en el cauce, jamás en la corriente...”

Si la vida fuera posible, la inmortalidad sería factible.

El niño se asombra

T. S. Eliot:

“Hay varias actitudes hacia la Navidad,
de algunas de las cuales podemos prescindir;
la social, la torpe, la abiertamente comercial,
la juerguista (las tabernas abiertas hasta la medianoche),
y la infantil —que no es la del niño
para quien la vela es una estrella y el ángel dorado
extendiendo las alas
en lo alto del árbol
no es sólo un adorno, sino un ángel.
El niño se asombra del Árbol de Navidad
dejadle seguir en el espíritu de asombro
ante la Fiesta como un acontecimiento no aceptado como
pretexto;
de modo que el arrebatado refulgente, la sorpresa
del primer árbol de Navidad recordado...
no se olviden en la experiencia posterior,
en al aburrido acostumbrarse, la fatiga, el tedio...”

(Trad. J. M. Valverde)

El mago mundo

Y también dijo Antonio Machado, y yo lo grabé en
piedra:

“¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hábitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero?”

Capítulo 6:

El placer y el goce

¿Nosotros, hedonistas?

Hedonismo es vivir para el placer, tener como único objetivo en la vida el placer.

Dicen que vivimos en tiempos hedonistas.

Hedonismo es un ismo muy antiguo. Los epicúreos, por ejemplo, sostenían que hay que vivir para el placer.

Entonces pensaban y medían qué es placer, qué es displacer, y qué es dolor.

De ahí inferían toda una tecnología de vida controlada, justamente, para que el sufrimiento no infeste ese ideal, el del placer.

Era una vida de abstinencia. Porque el placer es lo extra-ordinario, lo excepcional, y finalmente, aprendemos, depende de la modelación interna del paladar del alma que saborea.

No depende de la fruta, sino del paladar.

Hay frutas deliciosas que tomadas por sensibilidades incultas ni son deliciosas ni son nada, pasan inadvertidas.

Yo, les cuento, no disfruto del caviar.

Tampoco de la paella.

Y lamento no haberme educado en estos sabores.

El placer no está ahí, se educa. El sujeto del placer debe re-finarse para ser un buen sibarita de la existencia.

Entonces me pregunto.

¿Realmente vivimos en un tiempo de hedonismo?

Creo que no. Que es una de las tantas falsedades convencionales de esta sociedad sonriente y chancletería.

Se confunde hedonismo con "cosismo", con materialismo.

Se confunde el disfrute con las cosas que podrían procurar disfrute.

Se cree que el placer se compra. No, no se compra. Se puede comprar el auto ese, con la chica del aviso, y el visón lateral, y sacarse muchas fotos, y enviarlas a todos

los amigos del interior y del exterior, y no estar disfrutando.

Los dos requerimientos fundantes

El placer es importación, nunca exportación. Es para mí, no para los demás.

Cuando me miran no disfruto, francamente.

El hedonismo del cual se habla actualmente es adquisición de cosas, viajes a lugares, compra de elementos, vértigo y vorágine de estar llenando la heladera de manjares.

Eso no es placer. Es todo lo contrario.

Es que para el placer se necesitan mínimamente dos requerimientos:

A) Tiempo.

B) Dis-tensión.

Tú y yo bien sabemos que tenemos de todo menos eso.

Ergo, no tenemos nada.

¿Nosotros, hedonistas?

¿Estuviste en Tahití?

Dicen que lo único que le interesa al hombre actual es el placer.

Porque se lo ve comprando, consumiendo, viajando.

Se lo ve corriendo detrás de placeres y sabores y compitiendo por quien alcanza un yate más grande y más ancho y más completo para viajar por mares más alejados y recalar en islas más desoladas con palmeras más cocoteras.

Esa descripción es correcta.

El afán de tener, de alcanzar, de conquistar, de lograr es enorme, y la ansiedad no menor.

Pero eso no es hedonismo. Es mera desesperación consumista.

Un hedonista es un fruidor, alguien que disfruta de la vida.

¿Qué es disfrutar?

¿No es bañarse en las promovidas aguas de Marbella?

¿No es visitar el Taj Mahal y alojarse en uno de los Sheraton o jugar en algún club tipo Méditerranée?

¿No es comer ostras y andar descalzo mientras un grupo de músicos bananeros muestran todo su primitivismo en las danzas o melodías que uno les compra para sentirse algo así como Rousseau, quiero decir el ginebrino autor de las *Confesiones*, o como el otro Rousseau, el aduanero?

¿No es Tahití el lugar del placer? ¿No?

No, hijo mío, no.

Podría ser.

El placer depende de ti, no de la isla. Tú pones el placer, sale de tu interior. Jamás ingresa del exterior. Ni el cuerpo más soñado de la mujer más anhelada produciría en ti efecto alguno si tú no estas ahí, quiero decir si en ese momento no lo recibes, no lo ingresasentumente, en tu fantasía.

Leonardo lo dijo: la pintura es cosa mental.

Humildemente repito: todo es cosa mental.

Ergo, también el placer.

La mujer es cosa mental

Y vuelvo a la mujer para que no se me acuse de metafísico. Sí, hablo de sexo, ya que no puedo decir placer y no mencionarlo.

La fama crecería...

Es cosa mental, repito. Toda la realidad es cosa mental, y en consecuencia el placer.

Tú decides. Desde tu interior.

Si el interior es playa de placer éste encontrará *ocasión* de derramarse en la playa azulina, o en otra playa no tan promocionada, o en esta ventana de este mi cuarto mientras esto escribo frente a muros de cemento que me entornan y que dejan pasar algunas franjas de cielo casualmente azul, con la ocasión de Jussi Bjorling cantando detrás, Grieg, por cierto.

Pero hay días, cosa extraña, en que el mismo Jussi Bjorling no canta bien, debo confesarlo.

Cuando yo escucho mal, él canta mal, y el cielo azul francamente podría borrarse y las curvas de las montañas y de las féminas se vuelven líneas borrosas, iguali-

tarias, como quería el profeta Isaías en el capítulo 40 de sus propias cosas mentales.

Los placeres de Einstein

Estoy a favor del hedonismo y me preocupa, justamente, su ausencia.

El mundo se declara hedonista.

Pero no lo es.

Se necesita tiempo. Y cabeza, como decía mi abuelo, que no sabía citar a nadie y estaba condenado a pensar por sí mismo.

A propósito de pensar. ¿Usted qué se imagina que era Einstein, digamos?

Usted se lo imagina triste, encerrado entre libros, en otra cosa, sin las delicias de la vida que son los boliches, el rock, el mambo, el bife de chorizo, el Maxim's, y las chicas que bailan en el local de al lado.

Así se lo imagina, ¿cierto?

Yo también me lo imaginaba así, confieso.

Hoy me lo imagino distinto. Me lo imagino disfrutando como un loco, justamente en ese encierro, entre esas fórmulas matemáticas. Me imagino un erotismo exaltado y un hedonismo a ultranza.

Alguna vez, hace años, yo mismo disfruté como un loco resolviendo polinomios, o descifrando antiguos textos latinos.

Da vergüenza decirlo, ¡pero qué placer!

La carne, por supuesto, y todo lo demás

Sí, lo que pasa por dentro es superior a lo que depende de afuera, de condiciones meteorológicas o del signo astrológico de la amiga que te tocó en suerte.

Einstein era un erótico de la idea, y libidinoso de los números y de las fantasías interestelares.

¿O es que pensaba usted que el placer está solamente en la carne, en la que se come, y en la otra, que también se come?

El error del siglo, su mayor decadencia, es pensar que el placer está afuera, en cosas, o en seres-humanos-cosas.

Un siglo que sabe tanto, sabe tan poco en temas tan elementales, como son la sensibilidad, el erotismo, el hedonismo, que son, en definitiva, y perdón por el verso, todo lo mismo.

¿Einstein? ¿Solo? ¿Fuera del mundo? ¿Metido entre libros?

Sí, claro que sí, ¡pero cómo disfrutaba!

Ese era un hedonista del pensamiento. Ustedes no se imaginan el placer de Einstein cuando descubrió que podía escribir esa cosa de masa más energía, etcétera, en una línea chiquitita.

O Descartes cuando alcanzó a expresar:

"Cogito, ergo sum."

Hedonismo de la fórmula intensa, breve, comprimida.

Éxtasis del placer, de la felicidad.

No tiene lugar ni hora ni zonas erógenas ni códigos.

Placer y felicidad

—¿Y de dónde sacaste tú que placer es igual a felicidad, que los pones a uno al lado de otro como sinónimo? —ataca mi otro yo, enviado por mamá, para castrarme filosóficamente.

—Es igual —le respondo con toda parsimonia—. ¿Conoces una felicidad displacentera?

Se queda meditando, dubitando; se hace el cartesiano.

—Pero la felicidad —contraataca— tiene que ver con el alma, con el mundo interior!

—Lo mismo el placer —replico con sonrisa sádica de victoria aplastante.

El placer es del alma, del mundo interior. Nunca de la ostra, nunca del cuerpo, nunca del queso. El exterior es mero pretexto, ocasión, motivo, incitación, y sobre todo condicionamiento cultural.

—¿Condicionamiento cultural? —se asombra, haciéndose el interesante.

—En efecto. La cultura nos educa enseñándonos, desde el nacimiento, qué *debe* producir placer, dónde está la belleza, y dónde el disfrute, así es que nos deleitamos

con el Greco, con las Cataratas, con el Perito Moreno, y con la mujer que es flaca, metro ochenta, huesuda, 65 kilos, y que se le cruzan las piernas al andar.

Lo dejo pensando.

Sigo hablando:

—Pero no es deleite todo lo mencionado. Es automatismo. Reflejo condicionado que de tanto repetido impide, justamente, el deleite.

—¿Por qué impide? Tal vez lo facilita. Porque si la cultura elige para ti lo más deleitoso te está ahorrando esfuerzos, y puedes ir a deleitarte inmediatamente de lo deleitoso —replica el otro yo, y mamá de lejos aplaude—. Justamente —ahora el tono se le sube, se siente triunfador— ésa es la función de la cultura, poner a nuestra disposición los datos de la realidad organizados en tablas de valores para que podamos acceder a ellos y gozar. Imagínate si tuvieras que ponerte a inventar las matemáticas, la física, el arte...

—Lo que dices es cierto —le dejo ganar un *game*—, pero sólo en cuanto a la organización de los datos y su tabulación. Nosotros no estamos hablando del conocer, sino del fruir, del disfrutar, del placer.

El placer consiste justamente en lo que *no se me da* sino en lo que *yo tomo*. Si se da y no lo tomo, si llueve y uso paraguas, si hay sol y estoy escondido en casa, entonces no ocurre, ni trans-curre. No existe.

Es lo que se da y es lo que yo hago con lo que se da.

Es la vida.

Es la abeja, la flor, el polen y el último producto totalmente de la abeja, la miel.

Tocamos la virginidad

En otros términos, justamente —valga la redundancia—, precisamente en ello radica el placer, en mi invento, en ser cosa mental y virginal.

—¿Qué tiene que ver la virginidad en todo esto? —se hace el inocente, con algo de bromista.

—No, no la virginidad de la otra, sino la de uno mismo. Ni de la mujer ni de los objetos ni la de los paisajes ni la del arroz con leche.

Es la virginidad mía, mi calidad interior de persona

gozante, que aunque goce de algo, del mismo algo, por enésima vez, *gozar es estar en situación de primera vez, de primer contacto. Renacer en ese contacto. En ese contacto la ocasión de mi placer, si era conocida, renace, y yo en esa ocasión, con esa ocasión.*

El placer es mío.

Deriva del yo más interior y más fruidor.

Serenidad, ¿la conoce?

Para el hedonismo hay que disponer de tiempo interior, y todo ello implica serenidad.

No, detrás del placer no se corre.

Si se corre, se corre detrás del correr, y placer no es. Es el polo opuesto, es ansiedad, es angustia.

El placer es de la serenidad. Una uva, una montaña, una cintura, la mejilla de mi hijo, una página literaria, un poema, una brisa.

Hay que estar disponible para que el placer se dé, se dé en mí, desde mí, desde mi disponibilidad que es apertura y paz.

Hay que estar des-pojado, des-apegado.

Libre.

Sólo el hombre libre disfruta.

El hedonismo es del hombre libre, del que no corre. Del que camina. Del que se detiene y se concentra en la estrella, en tus ojos, en un Modigliani.

Pero no porque sea Modigliani, una obligación cultural, sino porque yo, ahora, en este momento, *lo disfruto y por cuenta absolutamente mía, fuera de todo catálogo.*

Fumar es un placer, o un hábito.

He ahí la frontera. La rutina, aunque crea ser de placer, es la que impide el placer.

Fumar es un placer, a veces, generalmente es un hábito.

Como ir al cine. Como besarte en los labios.

Como decir que Picasso es grandioso y que Gardel canta cada día mejor o que la humedad es lo que mata.

Placer. Felicidad. Erotismo. Fruición.

Búscalo donde lo encuentres. No sé discernir entre estas sutilezas.

Fíjate en la imagen que Bernini hizo de Teresa de Jesús, la mística española. Es imagen de arrobamiento absolutamente erótico, de culminación placentera. La unión con lo divino. Descrita por poemas de su cuño, o del cuño de Juan de la Cruz.

La religión, siempre inteligente, supo negar y combatir los placeres rutinarios de la cama o de la mesa, la grosería del ingerir sin saborear.

Placer entre fronteras

Foucault lo descubrió. Yo lo experimento:

Las fronteras son para el placer.

La religión, toda religión, siempre propuso el placer, la dicha, la felicidad como objetivo del hombre.

Sólo que hay que saber cómo lograr ese objetivo.

No, corriendo no.

No, en las Bahamas no.

Quiero decir en un lugar, en una situación, en un mapa turístico. No.

¿El lugar? Todo lugar

Dios es llamado, por la Cábala, *El Lugar*.

Está en todo lugar, es todo lugar.

Está donde estás, donde te detienes para preguntarte dónde estoy. Ahí está.

Donde estás, donde estás en plenitud, está todo.

¿Por qué lo mencioné a Dios?

Porque el placer, cuando ocurre, es divino.

Carpe diem, y sin ruido

Este siglo ha perdido la brújula del hedonismo, porque sólo conoce el ruido.

Hay que ir a los conventos, a reaprender el placer de vivir, el vivir en placer y por placer.

Lo demás es lo útil, lo exitoso. Y no está mal, pero es medio.

Disfruta —decían los latinos—, virgen de las rosas.

Cuando disfrutas eres virgen. Y cualquier cosa que sea, si tu disfrute la ilumina, se torna rosa, rosa carnal,

rosa mística, rosa universal, esa rosa que, *dixit* Gertrude Stein, es inefable, porque una rosa es una rosa, es una rosa, es una rosa.

Esa expresión latina, *carpe diem*, significa: disfruta del día. Es la filosofía del hedonismo.

Sólo que no es fácil disfrutar del día, vivir el momento que se vive, ser la felicidad que se está siendo.

Sé que distorsiono las modalidades de la gramática clásica pero la realidad no es manejada por un yo todopoderoso, el famoso sujeto que antecede a todo predicado, modificador, circunstancia, etcétera.

El yo es el resumen cristalizado de la realidad que está siendo en él; por lo tanto, la felicidad se está siendo, mientras se está haciendo en mí y lo que se deshace en circunstancias que lo van configurando, es decir dándole figura.

El presente, el fugitivo presente, es mi única realidad, ya que tanto el pasado como el futuro son el no ser; el no ser del sido es el pasado, del ser que fue y ya no es; el no ser del aún no sido es el futuro, el ser de lo aún no acontecido.

El placer es presente.

¿Puede ser recuerdo de otro placer sido?

No. Lo placentero es el ahora que está memorando, y no el contenido de la memoria, es lo que ahora vives, *hic et nunc*, aquí y ahora.

Re-educarnos para el presente

No, insisto, no es fácil vivir la intensidad del ahora.

Más educados estamos para confeccionar el pasado, que está ahí a nuestra disposición, para ser elaborado, coloreado a gusto del yo que se elige el pasado que quiere tener en el tono que prefiere, los contrastes de un Rembrandt, los irritativos de un Van Gogh, el puntillismo casi indiferente de un impresionismo alejado, donde todo da igual, o el expresionismo surrealista de un Max Ernst o de un niño alocado a lo Miró, o la transparencia matemática de un Petorutti.

Uno elige.

Por eso vivimos hacia el pasado, para ser pasado, para ser relato. El yo es el yo del relato. El que cuenta cómo le fue, y se arma su historia, su padre, su madre, sus

condicionamientos, sus heroísmos, sus fracasos, y llora o glorifica en consonancia —dice Adler, me refiero a Alfred Adler, el discípulo disidente de Freud— con su disonancia preferida en el fondo del inconsciente manejador y manipulador.

El goce, tan diferente del placer

Roland Barthes distingue entre el placer y el goce.

Dice Barthes, hablando desde el ángulo de la literatura:

Texto de placer: “el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella, y está ligado a una práctica *confortable* de la lectura”.

Texto de goce: “el que pone en estado de pérdida, desacomoda... hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la consistencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje”.

Lo conocido y lo imprevisto

La vida humana es *re*, el “re” del recuerdo y del reencuentro. Y el que añoramos, el del re-nacimiento...

Barthes distingue entre placer y goce.

El placer —ya que trata de literatura— estaría en leer a Shakespeare, re-leerlo, u otros textos que se insertan dentro de la tradición en la que uno se ha educado: autores conocidos, o autores que escriben como los autores conocidos.

El placer, entonces, es de origen cultural, es la repetición de algo que ya conoces, y que por tanto te da gusto volver a saborearlo porque ya conoces su sabor.

¿Eso qué hace?

Ratifica al yo. Sería el placer del yo en su autorratificación, se siente más yo, dominando el mundo que domina.

Es el placer de los niños de escuchar por enésima vez la misma historia. La dominan.

El ego se siente bien, dominando su mundo.

Placer del ego que no agrega nada, solamente fortifica.

El otro, dice Barthes, es el goce.

El goce es lo im-previsto, aquello para lo que no estás preparado, eso que no figura en tu catálogo cultural —en el caso de la literatura como en cualquier otro ítem, todo es aprendizaje, repetición, rutina.

El goce es sorpresa.

Nuevo, enriquecedor, inédito, irreplicable.

Lo mejor es des-articularse

Esa sorpresa, claro está, te desarticula.

Y de eso hablábamos al comienzo, exactamente, cuando decía yo que hay que tener coraje, que el placer —eso que Barthes llama el goce— más profundo, el del momento actual, el del hoy, es desequilibrante y requiere por eso un dejarse desequilibrar, una decisión de arrojo existencial.

Hay que decidirse a vivir lo que se está viviendo.

En el caso de la literatura, hay que decidir entrar en un código desconocido, en una disonancia totalmente imprevista.

Eso es gozar del día.

En el goce el yo sabihondo y culturoso, dominador y autocontrolado, se quiebra, y se deja quebrar por esta tarde inesperada.

Se despoja de sus vestiduras, de sus armaduras, y se deja fecundar, en el sentido activo de tomar una decisión y decirse: —Esta tarde es *extra-ordinaria* y en consecuencia estoy dispuesto a ser *extraordinario* dejándome invadir por esta tarde *extraordinaria*.

De eso se trata: de lo extra-ordinario.

Lo que no está en el orden establecido. Lo único. Lo incomparable.

Lo que no fue ni será. Porque si llega a ser, a repetirse, significa que el recuerdo ha avasallado a la experiencia y la ha enclaustrado en sus parámetros y todo lo nuevo que suceda será como aquella experiencia, y así se pierde el goce, aunque tal vez se ratifique la seguridad del placer.

Reflexiones placenteras:

El placer es decible, el goce no lo es.

El lugar más erótico de un cuerpo ¿no es acaso *allí donde la vestimenta se abre*? Es la intermitencia la que es erótica: la de la piel que centellea entre dos piezas, el pantalón y el pulóver.

¿Será el placer un goce reducido?

¿Será el goce un placer intenso?

¿Será el placer nada más que un goce debilitado, aceptado y desviado a través de un escalonamiento de conciliaciones?

¿Será el goce un placer brutal, in-mediato (sin mediaciones)?

La tentación de la seguridad

El placer es seguridad. Por eso hay gente que quiere el beso siempre exactamente en el mismo lugar. Es un beso con garantía de seguro.

Otros logran la im-provisación. Arriesgan, apuestan con el placer al pleno del goce.

A veces ganan.

Y cuando ganan creen que existen, que la vida es hermosa, y que Dios camina entre los árboles del Jardín, y que el Jardín es, efectivamente, posible.

Angelus Silesius decía:

"El ojo por el que veo a Dios
es el mismo ojo por el que Dios me ve."

Medite.

Fuerzas paralelas

Dice Barthes:

"Creo que el placer y el goce son fuerzas paralelas que no pueden encontrarse y que entre ellas hay algo más que un

combate, una incomunicación, entonces tengo que pensar que la historia, nuestra historia, no es pacífica y que el texto de goce surge en ella siempre bajo la forma de un escándalo (de una falta de equilibrio) que es siempre la traza de un corte..."

(El placer del texto)

Así somos, contradictorios.

Queremos la persistencia del placer, que es la cultura, que es la rutina, que es la repetición y la seguridad. El orden.

Y queremos el goce, lo extra-ordinario, la aventura que decía Apollinaire.

Les recuerdo el poema de Apollinaire:

*"Soyez indulgents quand vous nous comparez
À ceux qui furent la perfection de l'ordre
Nous qui quêt tons partout l'aventure
Nous ne sommes pas vos ennemis
Où le mystère en fleur s'offre à celui qui veut le cueillir
Nous voulons vous donner de vastes et d'étranges domaines."*

La aventura y el orden. Lo solito y lo insólito. Uno sobre el otro. Forma y fondo.

Placer y goce. Rutina benéfica, genialidad trastornante.

Elogio de la contradicción

Es la sístole y la diástole.

Sabiduría es saberse contradictorio y no buscarse en la coherencia.

No eres coherente, debes saberlo.

Quiero decir: no puedes ser coherente aunque decidas serlo.

Porque el alma tira hacia distintas orientaciones.

Eso bien lo había representado Platón en su *República* en la imagen del carro, de los múltiples caballos que arrastran en múltiples direcciones y del carrero que debe contenerlos, armonizarlos.

Rutina, ruptura

Volviendo a Barthes. El placer es el camino que se vuelve a recorrer, la tarde esa que ya sabes que es la belleza; y quieres volver a tenerla, exactamente, la réplica, la fotografía, el clon.

El goce es el yo que se encuentra gozando, que no es sino a través de ese ser que está siendo, que pierde todo lo sido y todo lo pensado y todo lo programado y rompe el disco rígido de su vida computarizada por un no sé qué que se alcanza por ventura, del decir del poeta.

Es no sé qué porque no es decible, no es expresable.

Y no es expresable porque no es repetible.

Salvo que lo repitas, quiero decir, salvo que tomes ese momento, lo etiquetes, le pongas nombre, apellido, especie, género y lo devuelvas al disco rígido recompuesto, y de esa manera lo destruyas.

Por eso, comenta Barthes, la crítica literaria se relaciona con el pasado, con el futuro.

“Es siempre histórica o prospectiva: el presente constativo, (sic), la *presentación* del goce le está prohibida, su materia predilecta es la cultura que es todo en nosotros salvo nuestro presente.”

Presentar es vivir el presente, gozarlo.

Lo decible y lo indecible

Función de la cultura, en efecto, lo dice la palabra, es cultivar.

¿Qué es cultivar? Marcar un proceso de siembra, crecimiento, cosecha, repetición de la siembra.

Cultivar es planificar el ahora del mañana para que sea como el de ayer.

La cultura procura seguridad, cimientos, firmeza.

Como tal es indispensable. Es el orden. Son los límites.

El goce es la desnudez y el desnudamiento, la irrupción de la libertad, que no destruye a la cultura, no, no la transgrede, sino que, simplemente, crece puro y solo,

al costado, sin patrones, sin repeticiones y sin dogmas de así tiene que ser.

Vivimos entre el así tiene que ser, sin el cual no podríamos actuar ni comunicarnos, y el así es, que es lo incomunicable si es aprehendido en su veracidad del carpe diem, del día gozado, único, y por eso mismo indecible.

Sólo se dice lo que se repite.

Lo más valioso es lo más auténtico y ello es indecible.

De ahí derivan nuestros problemas de comunicación:

Te digo lo indecible y pretendo que me entiendas; imposible.

Y si te digo lo decible, simplemente te aburres y no me escuchas.

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero."

¿Cómo se hace para vivir hoy?

El tema, el gran problema del hedonismo, es el presente.

¿Cómo se hace para vivir hoy?

¿Cómo se hace para gozar el hoy del hoy?

Uno dice disfrutar, dice gozar, dice deleite, dice embeleso, y de inmediato se le asocian ideas de lugares, situaciones, personas, cosas, o cosificaciones predeterminadas para el gozo o el goce.

El día es el momento inesperado, el placer que nunca fue catalogado, que no era previsible ni programable, y que aparece ahí, de pronto, y se da, y te despierta, o te convoca, y te invade, y debes tomarlo, abrazarlo, y sumirte en él, en su llamamiento.

Debes decidirte.

El presente, el hoy, es una decisión tomada. No es lo que pasa hoy, durante las 24 horas del día. Eso no es día, es cronómetro, es reloj, hojita de almanaque, naturaleza repetida.

Carpe diem.

Los poetas son expertos en el tema. Porque el hedonismo es poesía, es captar la presencia del milagro y disfrutarlo en plenitud, en entrega.

Para ello hay que tener el coraje, insisto, la decisión de aprehenderlo.

Breve decisión de breve instante para decirse esto es la vida, este es el momento, esta es la ocasión, esto es el todo.

Un poeta argentino, Ricardo Gutiérrez, en 1878 cantaba así:

“¡Oh tarde, tarde bella,
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primera estrella!
Tú me templas el alma solitaria;
siento en tu seno una armonía, siento
como un ángel que llora.”

¿Por qué es poeta el poeta?

El poeta se siente sobrecogido por la maravilla de la tarde. Seguramente una tarde como tantas tardes por las que todos transcurrimos sin verlas, sin saberlas, sin sentir las. Él, en cambio, la percibe.

¿Pero qué significa la percibe?

¿Por que él y no yo, y no tú?

Porque él está dispuesto a percibirla. Porque él se ha hecho violín para que cualquier brisa al rozarlo lo haga cantar.

¿De dónde brota el canto? ¿Del violín, de la brisa?

El poeta que capta la belleza de la tarde al brotar de la primera estrella entiende que es la tarde la que obra su efecto milagroso en él, siente como un ángel que llora.

El poeta, en realidad, construye la realidad. Eso significa en griego poeta, hacedor, constructor.

Él decide que esta tarde es maravillosa, y en efecto lo es porque él decide captar la maravilla de la tarde, y ella es maravillosa, y ella opera en él, efectivamente, su efecto, pero por interacción de ambos, del percibido y del perceptor.

Él hace del ahora un hoy, y del momento un placer, el placer de vivir, de sentirse sintiendo.

Nada hay en la tarde para obrar milagros.

Todo hay en ti para generar la tarde y el correspondiente milagro.

Borges, en cambio, puso en boca del filósofo Spinoza la frase

"las tardes a las tardes son iguales".

Así lo determina Spinoza.

Porque Spinoza no quiere captar la diferencia de cada tarde, sino la igualdad de todas ellas, que van rodando por el tiempo, girando, estirando la línea de la monotonía de la existencia cuya única inteligencia es Dios, y desde el punto de vista de Dios, el Dios de Spinoza, las tardes a las tardes son iguales.

Y ahí encuentra él *su goce y la inefabilidad del mismo que radica en la eternidad.*

A ti no te sirve, en principio.

La desigualdad de las tardes

Spinoza por ser como Dios renuncia a las tardes diferentes. Es el Dios de la eternidad.

Gutiérrez adhiere al Dios de la momentaneidad, el del fulgor y el del placer del misterio del ahora que está siendo, y que resume toda la eternidad en esta pasajericidad.

Tus tardes, ¿cómo son tus tardes?

¿Son?

El pecado, ¿en qué consiste?

Un vero hedonista no necesita del vino añejo y jerárquico para disfrutar.

Disfruta del agua, de la admiración del agua en su piel, o en sus labios, y es ello más intenso que el vino.

El hedonista crea la fruición, inventa el placer, es poeta. No de los que escriben, sino de los que viven.

Sabor es saber vivir.

Según los cabalistas el pecado cometido por Adán consiste en que transgredió el mandamiento de Dios y comió del árbol del saber el bien y el mal. Ocurre que en el Jardín había otro árbol, el de la vida.

Dios —lean y releen la Biblia, por favor— jamás prohibió que comiera de ese árbol.

Dicen los cabalistas —que de vida y de placer sabían

mucho— que el pecado consistió en que *comió únicamente del árbol del saber y dejó de comer del árbol de la vida.*

La sabiduría, enseña Baal Shem Tov, consiste en integrar saber y vida.

Pecado fue alejarse de la vida y recluirse en el saber, que sin vida, es soberbia, poder y finalmente nada.

Saber y vivir.

Es decir: saber vivir.

Eso que no se enseña; eso que se aprende.

Erotismo que abre cauces

Placer es erotismo. De esos estuvimos hablando, de erotismo. No del codificado en zonas erógenas.

Las zonas erógenas, como las Cataratas del Iguazú, como el Perito Moreno, como todo lo establecido y configurado por normatividad previa, terminan perdiendo su erotismo, porque se tornan fetiches, y todos los fetiches carecen de vida.

La vida fluye por los cauces que el agua va abriendo. Los preestablecidos terminan siendo cauces secos.

Sólo los cauces del agua, y el agua del cauce, sólo ellos son fuentes vivientes de erotismo, de placer que desconoce fronteras o puestos de policía, el placer de la tarde, del texto, de la sonrisa del bebé, del recuerdo que no esperabas, del vecino que te saluda y te ve, y te sientes visto, y te sientes vivo, y te sientes sintiendo.

El erotismo es conciencia erótica de la existencia en sus aguas abriendo cauces.

Creando.

¡Crear está tan cerca de creer!

Cupido vuela

Sé captarte en tus formas repetibles. En lo que no eres.

Te me evades en tus extra-vagancias, en tus vuelos hacia lo extra-ordinario, que no soy capaz de percibir, ya que te percibo a través de los cristales de mi cultura.

A veces, no obstante, te siento como se apresa un aroma que me recuerda algo.

¿Qué me recuerda?

Algo que hubo en mí, algún vuelo que remonté, posibles alas.

Entonces eres, somos, estamos, en goce.

Le diría amor, si te parece.

Cómo disfrutar de la poesía, y de paso de la vida

Aprendemos de Dylan Thomas:

“Yo sólo leo poesía por placer. Leo sólo los poemas que me gustan. Esto significa, naturalmente, que tengo que leer una cantidad de poemas que no me gustan antes de encontrar los que me gustan, pero cuando los encuentro entonces lo único que puedo decir es: Los encontré.”

Y leerlos por placer.

Lea los poemas que le gusten. No le preocupe el que sean “importantes” o perdurables. Después de todo, ¿qué importa lo que la poesía es? Si quiere una definición de poesía, diga: Poesía es lo que me hace reír o llorar o bostezar, lo que hace vibrar las uñas de mis pies.

Lo que importa respecto a la poesía es el placer que proporciona.

La alegría y la función de la poesía es, y ha sido, la alabanza del hombre, que es también la alabanza de Dios.

Capítulo 7:

Hay Dios en este lugar

¿Para qué?

Mamá se pregunta *para qué* fue su vida.

—*Para que* tú nacieras —dice ella.

Yo me pregunto:

—Para qué es mi vida.

Miro a mis hijos. ¿Para ellos?

Miro la ventana: ¿Para este día?

Oigo los pájaros: para ellos, para percibirlos.

Ser es ser percibido.

¿Quién me percibe? •

Mamá.

Mamá está para percibirme.

Caminos, senderos, desvíos

Caminamos por caminos que consideramos los principales, y junto a ellos, al costado crecen caminitos, hierbas salvajes, accidentes, y en las rotondas se nos cruzan otros caminos, y otra gente, y otros autos, y seguimos con la idea de que el camino es éste, el principal, y cuando revisamos la vida, miramos para atrás, contemplamos el *puzzle* que se nos fue armando, nos admiramos, nada de lo principal ha quedado como principal, y todo lo accesorio se ha vuelto de alguna manera principal.

¡Qué extraño!

Qué extraña aventura es esa en la que hay que esperar siempre al día de mañana, y mejor al de varios años más tarde para contemplar el día de hoy y llegar a atisbar el significado de este día, de esta hora, en el contexto de los mosaicos que confeccionamos sin saberlo.

Nunca sabes.

Nunca sabes qué haces, por qué lo haces, para qué lo haces.

A pesar de todos tus saberes, porque si se te preguntara al respecto obviamente contestarías.

Pero en definitiva no sabes.

Tampoco sabes para quién lo haces.

Nunca para ti mismo, aunque creas que es para ti mismo.

Tu existencia es paso por donde se cruzan otras existencias. Te toca jugar tu carta, y juegas a ganar, por supuesto. Pero, fíjate qué irónico, ganas para otros. Lo que hagas en algún momento se computará a favor de otros o de otra causa, que no eres tú.

Ahí radica el valor de tu vida.

En tu aporte a la causa de la trama de las vidas ajenas que no conoces.

Trama que será, que se hará, pero que momentáneamente es misterio, y el misterio se llama Dios.

Estamos rodeados, bordeados, hundidos de Dios.

O de nada.

Y nosotros nos iremos...

Miro a mamá. Un día inicié la despedida. Un día la miré y me dije:

—Se irá, se irá...

Luego me volví a preguntar:

—Cuando mamá no esté, ¿quién me percibirá?

Recordé la más triste estrofa que conozco:

“La nochebuena se viene
La nochebuena se va
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.”

Mi memoria la atribuye a algún libro de Roxlo, no sé. Pero me sigue, me suena, y hallo en esas palabras, las más sencillas del universo, el verso del uni-verso que es uno para una mirada superior pero que es di-verso para mi mirada diseminada entre fragmentos de ser.

—Se irá, se irá...

Entonces decidí disfrutarla. Ahora. Con intensidad. Y me deslumbra con su misterio. No sé quién es.

—Y nosotros nos iremos... También yo, mamá. Por ahora he decidido estar para percibirte.

Es decir, para percibirme desde tus ojos.

—Y no volveremos más...

No sé quién es mamá

La miro porque no sé quién es. La miro porque quisiera que antes de irse me contara a mí quién soy, suponiendo que ella supiera.

No, no sabemos.

Las despedidas definitivas son tristes por eso. Se fue alguien que nos conocía, y se llevó algún misterio para nosotros des-conocido. Un testigo, un testimonio.

La miro, la busco. No es la que es, es mamá. No soy el que soy, soy su niño.

Me dice que me abrigue. Me dice que me siente bien a la mesa. Me dice que no uso la ropa apropiada cuando salgo a dar una conferencia. Me limpia la mancha de tuco en la mejilla. Me alisa el pelo.

Se irá y quedará dis-minuido.

Hablo ahora porque cuando se vaya, lo sé, no diré nada.

Gracias

Es una mañana luminosa. Mamá está junto a la ventana y con gran esfuerzo lee, descifra, pregunta.

Mamá sufrió mucho, visto desde la trama de la biografía que uno cuenta.

Visto desde la trama de la biografía que no es de uno, que es del destino, del mensaje del cual uno es mensajero inconsciente que no conoce el contenido del mensaje, tal vez haya sido feliz, muy feliz.

La miro y me pregunto:

—¿Yo qué soy? ¿Qué destino es el mío? ¿Para qué existo? Para una carta inesperada, quizá, como la que recibí ayer, de un señor desconocido, agradecido. Un testimonio. Uno. Real, concreto, palpable. Uno para que yo sea uno.

Gracias.

Eso dice mamá y me lo reprocha constantemente cuando le cuento historias.

—Hay que decir gracias, gracias a Dios.

Mamá tiene claridad al respecto.

Yo estoy sumido en libros, en tinieblas.

¿Destino?

Soy todo lo que no soy, lo que no pretendo ser, lo que me encuentro siendo, una carta que sale sin saber a dónde, una carta que se recibe, inesperadamente, sin saber de dónde.

Misivas, destinos, destinatarios.

Voy al correo, viajo en avión, hago documentos, siempre te presentan una boleta y en ella hay un rubro que debes llenar y dice:

DESTINO

Me hace sonreír.

Garabateo cualquier cosa.

Jaia

¿Destino?

Jaia era mi alumna. Le llevo diez años, aunque ella dice once.

Yo le tenía miedo. Esos ojos con chispa de picardía me asustaban.

Era amigo de casi todos mis alumnos, de ella no.

De su hermana Doris, sí.

De ella no.

El telar del tiempo fue tramando destinos.

Jaia se fue a estudiar a Córdoba, luego a Israel, después el novio, más tarde el abandono del novio y el regreso al pueblo.

Me gustaba.

Cuando volvió no tenía trabajo. El padre vino a verme, a pedirme alguna ocupación para su hija.

Empecé a enviarle a la casa alumnos rezagados para que los adelantara en sus estudios. Era maestra, Jaia.

Era un buen pretexto para verla, preguntarle por los alumnos aquellos, qué tal iban, si progresaban.

Ella se admiraba por lo mucho que yo me preocupaba

por los alumnos. Estaba totalmente convencida de mi altruismo docente.

Pero no sabía qué decirle. Ni la podía invitar a tomar café; no había dónde.

Abandoné, al mejor estilo de Dante, toda esperanza.

Un día, era el comienzo del verano, nos encontramos en la calle.

Me dijo que se estaba preparando para una carrera terciaria en Buenos Aires, y quería hacer el primer año como estudiante libre.

Me preguntó si podía ayudarla.

Le dije que sí.

Vino a tomar clases.

Ella debía estudiar un cuento de Agnón que se llama "Relación de relaciones".

Simbólico.

Relación de relaciones. La trama. Los hilos sueltos que van formando la trama.

Además se llama Jaia, que es el femenino de Jai-me.

¿Destino?

—Mamá, ¿qué es el destino?

Recuerdo lugares

Recuerdo lugares donde la naturaleza excita el alma y la vuelca hacia el misterio, hacia lo ignoto.

Las Cataratas del Iguazú.

El océano.

Los Andes.

El Bosque de los Arrayanes, en Bariloche.

Por cierto no inauguro nada. El tema es vasto y visto en la historia de la literatura, desde las más antiguas y en todas las culturas.

Siempre la naturaleza ha sido, de algún modo, el templo de Dios.

En sus momentos más bellos y en sus momentos más terroríficos.

Más aún, en las culturas antiguas lo divino se ligaba específicamente con momentos o elementos de la naturaleza.

Zeus está conectado con el rayo. Astarté es diosa de

la fecundidad. Los egipcios divinizaban al Nilo.

Había árboles sagrados, montañas sagradas.

Incluso Moisés, padre del monoteísmo bíblico, sube a la montaña para recibir el mensaje de Dios.

Semejante es el sermón de Jesús, que proviene de la montaña.

Se relaciona con ello también la expresión del cielo como morada de Dios. Alzamos la vista en busca de lo alto.

Pensamos que lo alto está... en lo alto.

En un mundo de metáforas y poesía de factura religiosa que venimos heredando y que luego aplicamos en nuestra propia experiencia.

Si Dios es lo alto, ahí también debería estar el paraíso, mientras el infierno, como su término lo dice, en su origen latino, es lo inferior, lo de abajo, la caída.

En el pensamiento cabalista lo llaman a Dios con el seudónimo *Hamakom*, es decir, *el lugar*.

“Él es el lugar de todo lugar, y sin embargo no está en ningún lugar.”

Nada es in-significante

El joven Moisés sale a conducir sus ovejas por el desierto y de lejos percibe una zarza que arde y no se consume.

Una zarza es un arbusto miserable, *reseco*, sin flores ni frutos, hecho de puras espinas, y sólo sirve para eso, para arder, para quemarse.

En el desierto el puro calor del Sol lo incinera.

Y he aquí que Moisés se acerca a observar ese extraño fenómeno: “El arbusto arde pero no se consume, no se termina de quemar”.

Años atrás enseñaba yo en clase este texto y les dije a los chicos:

—Vean ustedes la diferencia entre Moisés y yo.

Yo pasaría por ese mismo desierto, vería ese mismo arbusto y no le prestaría atención, no lo registraría, no me diría acerquémonos a verlo, que parece ser algo extraño, sino que pasaría de largo y diría, a lo sumo, para mis interiores:

—Bah, un arbusto más, en un desierto más, en un día más de un sol más que arde...

En la vida de Moisés nada es algo más, repetido, sino que sabe percibir la maravilla en todo momento.

No es mejor que yo ni más sabio que yo; pero si es más sensible que yo, porque ha cultivado su sensibilidad para encontrar a Dios allí donde yo no veo más que rutinas in-significantes.

Para el auténtico hombre religioso *nada es in-significante*; todo puede significar, y finalmente significa si uno se detiene a admirar.

Porque todo es admirable, *miraculum*, milagro, si se lo percibe en su palpitante novedad.

En consecuencia milagro es lo que nos rodea, pero que nosotros lo perdemos de vista y le pasamos una mirada rutinaria.

Moisés hace de una miserable zarza un admirable objeto que significa a Dios.

Él, Moisés, se acerca a ver.

Él, Moisés, se apresta a oír.

Quien se apreste a oír captará el mensaje.

Quítate los zapatos

Yo busco a Dios en las montañas, en las tormentas, en los sucesos grandiosos y culminantes, porque no estoy adiestrado, porque mi sensibilidad no ha sido suficientemente depurada, por mí mismo, por supuesto, para captar la presencia de lo extra-ordinario en lo ordinario.

Moisés se acerca a ver. Él decide, con sus ojos, con su piel, que eso que es nada más que una zarza que arde es mucho más que lo que es.

Es un signo, es una señal, es un llamado.

Se acerca y oye una voz que le dice:

—Quítate los zapatos de tus pies porque la tierra sobre la que estás parado es tierra de santidad.

¿Tierra de santidad?

¿Qué hubieras dicho tú si oyeras una voz con ese mensaje?

Te hubieras reído. Desierto, calor, sudor, arena, vacío, y te dicen que ahí hay santidad.

¿Ahí? ¿Dónde? ¿Qué signos externos denota esa santidad? ¿En qué consiste?

He aquí una gran pregunta.

Y en la pregunta está la respuesta.

La lección del maestro

Fue una tarde en la ciudad de Safed, después de la oración de la tarde, y me encontraba yo delante del maestro de Cábala, que me dijo:

—Jaime, ¿dónde está la santidad?

Yo lo miré, atónito. No podía despegar un labio del otro. ¡Qué pregunta!

—Donde está Dios —respondí, pero era la lengua la que hablaba sola, y mentía, por cierto; quería salir del paso.

El maestro, un hombre ciego que leía la Biblia de memoria, en el espacio, me dijo:

—Jaime, ¿dónde está la santidad?

Mi respuesta era vacua, era nada, no la tomó en cuenta. La consideró un silencio, y volvió a plantear su pregunta.

—En el corazón —respondí, y volví a mentirle.

Volvió a ignorarme y a interrogarme:

—Jaime, ¿dónde está la santidad?

Finalmente bajé la cabeza y dije:

—No sé maestro, no sé —y quería llorar por no saber, y por haber vivido tantos años sin haberme planteado yo esa pregunta.

—Está donde se la encuentra —me dijo el ciego maestro de Cábala—. “Buscad a Dios donde se encuentra, anheladlo cuando está cercano.” (*Salmos.*)

—¿Y cuándo está cercano? —pregunté como un niño ansioso de que le den la golosina en la boca.

—Cuando se lo anhela, en profundidad, es porque está cercano. Tú lo haces cercano.

—¿Yo?

El maestro se levantó y se fue.

Me quedé solo con esas letras flotando, locas, imbéciles, en el ambiente:

—¿Yo?

Un día más, o el día uno

Yo, en efecto; tú, en efecto.

Como se hizo presente en el momento en que Moisés se acercó a la zarza.

Ahí se hizo mensaje.

Si Moisés seguía de largo era una zarza más, un lugar más, un fuego más, de un día más.

De ti depende que el día no sea un día más ni el momento otro momento más ni el encuentro en un encuentro más.

Tú haces que lo ordinario se torne extraordinario y lo mirado se vuelva ad-mirado, es decir *miraculum*, milagro.

¿Qué tenía esa tierra para ser santa?

¿De qué materia estaba hecha?

Tierra y arena y arbusto, lugares. Si te admiras, Dios se hace presente y el lugar se torna santo.

Eso me enseñó el maestro: está donde lo encuentras, la santidad aparece donde la haces brotar.

Depende de ti, de tu sensibilidad, de tus ojos, de tus oídos.

El mensaje, decía mi maestro, está siempre. Los que suelen estar ausentes son los oídos, o tapados, o encubiertos.

Dios no está en el Perito Moreno

En principio es relativamente fácil saber de antemano dónde está la santidad, dónde lo extraordinario y dónde lo divino. Te tomas un avión, viajas hasta el Iguazú, y ahí te extasías y dices:

—¡Qué maravilla!

Y así frente al glaciar Perito Moreno, o en alguna costa privilegiada, o elevando la vista hacia el Aconcagua, u observando en detalle un pez de colores.

—¡Qué maravilla!

No, ahí no está Dios. Ahí está la rutina, la belleza pre-establecida, aquello que te obligas a ver porque así te enseñaron, con todos los reflejos condicionados que tienes para admirar *La Gioconda*, el cuadro, o la ópera de Ponchieli, una magnificencia de la naturaleza, o una

proeza de la naturaleza, como ser la orquídea o el caviar para el paladar gustativo.

Y no es que no haya ahí belleza ni divinidad ni esplendor. Digo tan sólo que tenemos capacidades de aprendizaje rutinario pegadas sobre los sentidos, que ya no vemos lo que vemos ni sentimos lo que sentimos, que todo viene catalogado de antemano, con las preguntas hechas, con las admiraciones previamente confeccionadas, con las frases que hay que pronunciar en cada caso, de tal manera que la admiración, que consiste en dejarse sorprender por determinada presencia, siempre está enullida por la repetición que la cultura imprime en nosotros.

¡Hay Dios en este lugar!

Al desierto, a deshacerse de rutinas, a despojarse de apoyos, a desligarse de constituciones prefabricadas acerca del ser, del conocer, del qué es qué y cómo es cómo, lejos de sustantivos y sustantivaciones.

Al verbo, al fluir de la realidad heráclita.

Nada es, todo está siendo. Si es, no es, está siendo, está en proceso de ser. No hay más que el proceso de la procesalidad, del camino perpetuo hacia el fin perpetuamente movedido.

Plural, verbos.

Cielos, dichas, rostros, aguas.

Dios en hebreo se dice *Elohim*, que es forma gramática plural. Porque es toda la potencialidad del ser en todas sus manifestaciones. Está donde lo encuentres.

Jacob tuvo un sueño.

Estaba en el camino, en el desierto, lejos de casa, des-pojado, des-valido.

Piedras.

Fatigado se acostó a descansar. Puso una piedra bajo su cabeza. Ahí se durmió y en el sueño vio una escalera que subía al cielo, y por ella ascendían y descendían los ángeles, en el ángulo superior estaba Dios.

Se despertó sobresaltado.

Dijo:

—¡Hay Dios en este lugar!

Estaba extrañado. Creía que Dios estaba radicado en

los templos, en las altas cumbres, y no entre vanas y burdas piedras.

Tomó la piedra y la ungió con aceite y dijo:

—Esta es la puerta del cielo.

Y claro que lo era. Como que era santa esa piedra.

En ese momento. Sólo en ese momento. Sólo para él, para Jacob. Sólo para ese des-cubrimiento, que es des-velo y re-velación. Caída de velos.

Luego le puso nombre, el suyo, el de su memoria, como quien toma una foto y atrás le escribe los datos y las referencias a que corresponde la imagen.

Cuando la vuelva a tomar en sus manos, será sólo una foto inerte, pasada, acabada. Sin vida.

El que haga un santuario del momento, de la piedra, del lugar, transforma en sustantivo falso la verdad de la vivencia.

No guardes fotos. Tan sólo guarda la memoria del estremecimiento.

Y la espera.

Al desierto

Al desierto.

Dice Toynbee que hay que salir para poder volver, hay que irse al desierto para luego regresar a los hombres con un mensaje in-condicionado.

Abrirse para la fecundación.

Es el camino de los profetas.

Se van, para volver. Pero primero deben irse, alejarse de la civilización, y del mundanal ruido, de tanto catálogo impreso, para quitarse las pieles y recuperar la virginidad de ojos y oídos.

Desierto no es un lugar.

Desierto es una posición, una actitud. Vacíarse. Hay que vaciarse para que la plenitud del milagro de la existencia pueda ingresar, tener lugar.

Lo dije ya: hacerle un lugar...

Cuando ese lugar se hace el yo se descubre en plena presencia de la santidad. Presencia del otro. No es teología, es vida, es plenitud.

Es tú.

Te abres y aparece el tú, abierto como una flor. Enton-

ces te des-nudas, porque todo lo que tienes lo tienes únicamente para sostenerte mientras nada tienes.

Pero cuando todo lo tienes, cuando el tú se da en tu darte, cuando el amor es el ser, y la plenitud es el universo, y la dicha es el sin nombre y el sin definición y la caída de los sustantivos, ya nada hay que tener, hay que limitarse a ser ese estar.

Santidad. Y ganas de agradecer.

No lo sabrás hasta que lo encuentres

Lo encuentras sólo si lo buscas.

Pero no precisamente donde lo buscas.

Jamás encontrarás lo que buscas. Pero debes buscar, debes caminar.

El encuentro es imprevisible, y nunca programable, pero sólo ocurre si lo siembras a través del trabajo del que busca, del que espera, del que ansía, del que siembra y fatiga las emociones y las ideas.

Es el otro, lo otro.

No sabes qué. Crees saber qué buscas, pero no lo sabrás hasta que lo encuentres.

Aventura. Maravillosa aventura en pos de sí mismo, que es ir en pos de lo gran desconocido.

Por programa se anhela, se ansía; por ventura se alcanza.

Un no sé qué. Un no sé quién. Un no sé cuándo. Un no sé cómo.

Pero sé que será.

En tu mirada

Si tienes prejuicios acerca de dónde está la santidad, si la relegas a cierto sector del espacio, o del tiempo, o de la vida, y si lo demás se te vuelve ajeno, obviamente no la encontrarás nunca.

Crear que lo divino está en el cielo o en algún templo o en alguna autoridad docta es un inveterado error que sigue infestando cerebros y corazones jóvenes, y me duele.

En el encuentro te encuentro encontrándome. Es divino.

En tu mirada me miro y a través de ella me veo en el devenir del ver cósmico.

Re-velación

Dios es el tiempo, Dios es el espacio.

Chronos es el tiempo.

Kairos, en lenguaje del cristianismo, es la ocasión especial.

Pero la ocasión especial, eso que se llama en clásico lenguaje de las religiones la *revelación*, es el momento en que *cae el velo*, por eso es re-velación, igual que descubrimiento, cae el en-cubrimiento.

En griego le decían *a-letheia*, supresión de lo encubierto, de lo olvidado y perdido.

Exactamente lo opuesto que hicieron Adán y Eva: para alejarse de Dios se en-cubrieron, se taparon, dejaron de ver, de sentir.

Tú tienes que des-cubrirte, quitarte los caparazones de ideas, creencias, imágenes y sobre todo prejuicios.

Duro caparazón de pre-juicios.

Juicios previos, algún día aprendidos en plena luz, hoy arrumbados en ficheros de la mente, inmóviles, inertes, y aparecen cada vez que se los llama, y declama, declama, declaman.

No declames.

Hay que clamar. Y re-clamar.

Para eso naciste. Tú eres el re-clamado.

El árbol de la vida

En Cábala Dios es la nada. *Ain*, nada, en hebreo.

Fíjate que con esas mismas letras puedes formar la palabra

ani

que significa yo.

El yo dado vuelta. El yo vaciado produce la presencia de Dios, o viceversa, cuando me encuentro con Dios, me encuentro.

Suele llamarse felicidad.

—¿Dónde está? —le pregunté al maestro.

—No está. Se hace. Se la ara, se la siembra, se la riega,

se la espera, hasta que topes con la más insignificante de las zarzas y te apartes de tu rutina, por más brillante que sea, y te acerques a la miserable zarza, olfateando que por ahí podría haber algo admirable, entonces se te hace el milagro, el *miraculum*: lo mirado se vuelve admirado.

Ahí crece el Árbol de la Vida.

Estaba en el paraíso. Había allí otro árbol, el del saber.

Le hacía la competencia y le ganó.

El de la vida se quedó solo, con todo el sabor, y sin el saber.

La idea era saber-la-vida, vivir-sabiendo. No resultó.

La fractura entre los árboles la produjo el YO.

La recuperación del Árbol debe procurarla el YO, haciéndose yo.

Por eso, hijo mío, ¿para qué vas a viajar hasta la India, a contemplar el Taj Mahal?

Si no puedes despertar tu admiración frente al espejo, simplemente considerando tu vida como milagro, si no puedes lograr gérmenes de admiración en el hombre que camina por la calle, en el árbol que bordea la acera de tu casa, en la mañana que te devuelve la vida, en la noche en que relumbran un par de ojos de amor, ¿cómo irás con el alma tan reseca erbusca de admiración a remotos países? ¿Para qué?

Todo está donde tú estás.

Si tú no estás, nada está, salvo el mapa de las maravillas establecidas como tales, la cámara fotográfica, la filmadora, la empresa de turismo, y el calendario que dice en qué día del año debemos ser felices.

También deberías ir al desierto.

Armarte el desierto, hacértelo, vaciarte de tanta hojarasca de nombres, prejuicios, bellezas de catálogo, maravillas de museo.

Comenzar.

En el comienzo fue la luz.

La buena acción de desertar

Desertar, he ahí una palabra que podría ser una buena palabra.

Desertar de tanto concepto hecho, de tanto mundo prefabricado inclusive de ideas religiosas, de credos preestablecidos, de frases santas, de lugares santos, de tiempos santos, de tanta cáscara tan pegoteada a la piel que se confunde con la piel.

No, cuando viajes a París, no vayas al Louvre

No admires lo que mires, porque no estarás admirando, estarás mirando y repitiendo frases de catálogo.

Debes liberarte de dos catálogos.

Dios está donde tú estás, pero en tu propia liberación de cualquier fetichismo.

A eso se refería el decálogo cuando decía

“No te harás ídolos, imágenes, estatuas...”

No se refiere a otros dioses. Se refiere a hacer de Dios una constelación de frases, estatuas, lugares, enlatados para el consumo de los días de fiestas.

No, ahí no está Dios.

Tampoco está en el Himalaya ni en la mirada inocente de un niño ni en el fuego del infierno.

No está, porque está donde se lo haga estar.

O no estará.

Metafísicamente estará siempre, eternamente, independientemente de cualquier pestañeo de nuestra tonta existencia.

Que se vuelve sabia cuando se sabe tonta, y entonces deserta, sale al desierto, abandonando todas las santidades de cartón y de lata, en busca de la santidad del encuentro.

La que se encuentra.

Felici-dad

Facilidad no es felicidad.

La gracia, aunque es gratuita, no llueve inesperadamente. Es consecuencia. Hay trabajo previo, hay esfuerzo, hay inversión, digamos, de uno mismo para poder luego obtener algo. Ese algo se obtiene imprevistamente, no puede ser planificado.

Quiero decir que no hay aquí una relación de causa efecto, pero si hay una relación, imaginemos entre causas remotas y efectos lejanos, cuya linealidad de correlación no somos capaces —no lo seremos nunca— de establecer.

En otros términos: no sabemos qué causas se conectan con qué efectos; si sabemos que si no hay causas, si no hay trabajo previo, si no hay ejercicio de vida, de persona, de sensibilidad, de sentimiento, de lectura, de meditación, de reflexión, de diálogo, de silencio, de lucha, de sufrimiento, de superación, de angustia, de sueño, de anhelo, si no hay eso que denomino trabajo, no habrá consecuencias de gracia, de belleza, de inspiración.

Facilidad no es felicidad.

Y aunque digan que felicidad empieza con *fe*, debes cuidar que tus oídos y tu cerebro no se contaminen con frases fáciles, y fácilmente repetibles, precocidas, y te duermas en ellas creyendo que al tener la frase ya dispones de la fe y en consecuencia de ahí emerge, automáticamente, la felicidad.

No, querido amigo.

Felicidad no empieza, concluye.

Es algo que se logra después de haber trabajado mucho, sobre sí mismo, por supuesto.

Por eso prefiero lo que me dijo una vez el Dalai Lama, cuando visitó Buenos Aires:

—Felicidad, dicen en español, empieza con *fe*. Yo prefiero comentar: termina con *dad*. Importa cómo termina. Termina con *dad*. *Hay que dar, entregar, hacer, modelar, moldear.*

Primero *dad*.

Ad astra

El que quiera estrellas tendrá que trepar; saltando no se consigue estrellas.

Trepar, trabajar, trabajar, es decir trabajar-se. Tú eres el sujeto de tu objeto, y el objeto de tu sujeto. Tu vida es tu obra y antes tu materia prima.

Dios hizo el mundo para que lo continúes haciendo, empezando por ti mismo.

Tenía yo 25 años cuando escuché, en un seminario en

Portillo, estas palabras de un sabio maestro, de jóvenes ojos y antigua mirada que nos hizo ver:

—Dios creó el mundo en seis días, y en el séptimo dejó de trabajar. No se sabe, por tanto, y eso discuten los eruditos, si la creación tomó seis o siete días, si el séptimo es parte de la creación o no debe ser computado. Ello depende de la posición ideológica que tomemos. Si separamos los seis días del trabajo del séptimo de reposo, tenemos un mundo dividido en sectores, un sector para el mercado, otro sector para el templo, para el rezo. Pero si consideramos que el mundo es uno porque de Dios Uno sólo puede salir un mundo uno, y el uno es el comienzo y es el fin de todo, entonces el séptimo día es hermano de los días anteriores y los siete son una totalidad absoluta.

La guerra y la paz

Ni hay lugares santos ni hay días festivos.

Hay días que son una fiesta.

Vale tanto el primer día como el séptimo.

Todos valen por igual. El séptimo no es más santo que los otros, sino que al ser de no trabajo, reclama otro trabajo.

El reposo no es dormir la siesta. El reposo es del afuera para que emerja el adentro.

En realidad todos los días deberían ser séptimos días, jornadas dedicadas al adentro, al alma, al prójimo, al mundo como universo, como creación, dejando el mundanal ruido del mundo como negocio, trueque, envidia, pasión y embates.

Reposo es dejar de ser ese comerciante que somos todos durante seis días.

Seis días trabajamos en el afuera, en la guerra contra el otro, guerra de prestigio, de dinero, de fuerza, de poder, de quién pisa a quién, en la casa, en el hogar, en la calle, en la oficina, en la plaza pública, en la política, en todo lugar.

Pero el que no prepara el séptimo día no llega al séptimo día, no lo obtiene.

En el almanaque claro que los días se suceden y las semanas y las cuentas que quieras hacer y los ordena-

mientos que se te ocurra practicar con los días.

Pero en la vida, en lo humano, un día sin sentido no es un día, es un vacío, un agujero.

Esos agujeros se acumulan en el alma.

Un día te despiertas y te sientes mal, te sientes vacío, desesperado. ¿Por qué será?, te preguntas. Y no sabes que es el capital que vienes acumulando más todos sus intereses: agujeros sucesivos de sucesivos días, meses, años de vacío interior, de nada, de sin sentido.

El séptimo día no es un regalo, es una exigencia, una promesa, una montaña que tienes que escalar.

Pero, repito, si no la estuviste medianamente escalando durante los seis días anteriores no puedes pasar repentinamente del asco a la fiesta, del fragor de la batalla a la pureza del ser religioso, del odio a la fe.

No hay tal automatismo.

Los días corren automáticos unos detrás de otros, pero no así la vida.

Los siete brazos del candelabro

¿Se fijaron alguna vez en el candelabro de siete brazos, el más clásico?

Tiene la imagen de siete brazos.

Son los siete días.

Y es elemental esa imagen. Tres de un lado y tres del otro, y en el medio el séptimo día, el fiel de la balanza. Cada día está a tres, a dos, a un día del séptimo que lo espera. El séptimo es la fiesta, y en cada día debes separarte, un poquito, para la fiesta. Cada día ha de tener algo de fiesta del séptimo.

Los seis, tres y tres, miran hacia el medio, hacia el séptimo. El medio es el que irradia su luz sobre los dos lados.

Dos lados. Pensemos en los dos lados.

El lado del padre y el lado de la madre. El masculino y el femenino. El séptimo los erotiza, en busca de la unión.

El lado de la inteligencia y el lado del sentimiento. Deben integrarse.

El séptimo es la integración, la búsqueda de la armonía, del árbol de la vida y el árbol del saber, de lo

masculino y lo femenino, de Dios y las tentaciones, de la materia y el espíritu.

Armonía. No unificación ni anulación de contrarios.

Al contrario: la armonía es una tensión entre contrarios, entre complementarios, y cada uno le da sentido al otro.

En des-acuerdo configuran El Mal.

En con-cordancia configuran El Bien.

Una hora de sí mismo

Todos los días han de tener un rocío de santidad, una hora de sí mismo, algún momento de fuga, de desierto, de salida del fragor de la batalla del odio que la supervivencia darwiniana impone, una iluminación, un reflejo del séptimo día, de Dios.

De un lado están *las tres esferas del rigor* y de la exigencia y de la ley y del castigo, del árbol de la vida.

Del otro lado el árbol hace crecer *las ramas de la indulgencia*, de la piedad, del amor.

Amor y ley

El amor no puede vivir sin la ley.

La ley sin el amor es despiadada.

El amor espera que se cumpla la ley de la disciplina, del trabajo, del esfuerzo, y entonces florece.

La ley espera que el amor irrigue las arterias de las relaciones humanas para que ella no tenga que entrar en acción.

La finalidad es el amor, es el séptimo día.

Aprende a descansar; es todo un trabajo

Hay una ley, que es totalmente tuya, y es tu esfuerzo, tu crecimiento, tu trabajo normalmente volcado hacia afuera, hacia el poder, y que debe volverse trabajo para el séptimo día.

Si el séptimo día es la luz que llevamos como un faro pendiente sobre nuestras cabezas, los seis días de fatiga se llenan de sentido y van hacia una finalidad.

Hacia la luz.

Del descanso, que no es dormir la siesta, insisto. Descanso del afuera para que brote el adentro.

Descanso de todas las ficciones de nombres, cosas, títulos, etiquetas, y aparición de la desnudez, del ser, de confirmar la creación y la parte que me toca en ella, por haber nacido, pero luego, sobre todo, por la luz lograda, la luz conquistada, la del séptimo día a la que arribo escalando montañas y suprimiendo montañas que pesan sobre mis hombros y me tienen aplastado.

¿Cómo andas del séptimo día?

Así deberíamos preguntarnos los unos a los otros, sin que obste para que sigamos preguntando cómo andas del hígado, de la dieta, del colesterol y sobre todo de las finanzas.

Siete: es el número de la perfección.

La perfección es la santidad. Santidad es el milagro de des-cubrirte.

Es placer. Es felicidad. Es plenitud. Es esa rara sensación de que Dios existe, aquí, entre nosotros.

¿Cómo andas del séptimo día?

El vuelo del espíritu

Nosotros estamos fuera, como estamos fuera del Palacio.

Pero podemos atisbar, captar claridades, luces, rayos de grandeza, ráfagas de eternidad.

Para eso estamos, para ese fuego que te saca al desierto y te hace oír el mensaje de la zarza que arde, y que te hace participar de la eternidad, es decir de la divinidad.

Aquí es donde yo debería callar, y dejarle la palabra a los místicos

Atiendan a Teresa de Ávila:

“El vuelo de espíritu es uno, que sube de lo más íntimo del alma...

Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de esta miseria de esta carne y cárcel de este cuerpo y así puede más emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y

preciosa, a lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusión.

Después eran los temores, por ser tan ruin quien lo recibe... aunque en lo interior del alma queda una certidumbre y seguridad... mas no para dejar de poner diligencias para no ser engañada."

Aun después del éxtasis quedan las diligencias que hay que poner para no ser engañada, es decir el trabajo, la preocupación, la fatiga.

El precio de la luz.

Ideas de Teresa

Seis días trabajarás. El séptimo te harás a ti mismo.

Es el día del mayor quehacer, hacerse a sí mismo.

Es la fe, que ambula entre oleadas de incertidumbres, de diligencias, como dice Teresa, de fluctuaciones.

"Ímpetus —sigue hablando la mística— llamo yo a un deseo que das el alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aún lo más contino (sic), sino una memoria que viene de presto de que está ausente de Dios..."

¡Belleza de la expresión!

¡El alma está ausente de Dios!

Porque Dios está siempre presente, pero si el alma está ausente... no está.

Todo lo exterior es interior

¿En qué consiste lo humano del hombre?

¿En qué interior?

Todo lo existente es hacia afuera, vive, lo está en absoluta dependencia del exterior, de la estimulación que le venga del mundo, del medio ambiente en que se encuentra.

También nosotros somos exteriores.

Como exteriores vivimos, morimos, sentimos, nos empapamos con la lluvia, nos quemamos con el sol, nos caemos por causa de la tormenta, nos alegramos, a veces, con algo bello que ven nuestros ojos, o la tersura de

una piel que rozan nuestros dedos, o...

Todo eso nos ocurre. La vida nos ocurre. Es decir, nos sale al encuentro e influye en nosotros y determina nuestros pasos en más de una ocasión.

También encontrarte a ti, amor, amada, es algo de ese azaroso mundo exterior, del cual dependo, dependes.

Sin embargo, nuestro encuentro fue encuentro no porque nos hayamos encontrado —valga la fatigosa redundancia— sino porque hicimos, cada uno por su lado, y ambos conjuntamente, de ese encuentro, inesperado, imprevisto, un encuentro.

Quiero decir que para nosotros todo lo exterior es interior, se torna interior, o nada es.

Si paso al lado de una encina y nada sucede dentro de mí, no hubo encina.

Si un niño alza la mano y busca la mía, y estoy ensimismado y no lo percibo, no hay niño, no hay yo frente al niño, no hay nada.

Todo en mí, ser humano, todo es interior.

Eso es lo humano del ser humano, su interioridad, llámala como quieras, corazón, mente, psiquismo.

Yo le digo mundo interior.

Es el único mundo que habitamos, no hay otro.

Donde estés, siempre serás tú

Donde estés, estás siempre dentro de ti.

No es necesario que lo sepas; tampoco sabe el pez que está en el agua.

El amor no existe; tú lo inventas.

El hijo no existe; existe "eso" nacido del vientre de una mujer. Llamarla madre, llamarte padre, llamarlo hijo, es crear tres mundos dentro de un mundo.

No están afuera, están adentro, sumamente adentro, por eso placen tanto, por eso duelen tanto, por eso desesperan tanto, por eso son tan valiosos.

Con-humano

Cuesta decir en palabras —que son siempre términos de lógica y de comprensión— esa vivencia especial de dos seres que se con-viven desde sus interioridades,

desde sus libertades o desnudeces, como prefiero decir siempre recordando el mito de Adán y Eva, en sus momentos de plenitud, que fueron momentos de desnudez.

Mitmensch lo denomina Karl Barth, en alemán. El humano-con, o el con-humano.

Lacan lo llama el *para-ser*.

Un alma como la mía

Un bolero de mi infancia decía:

Y a veces me pregunto
qué pasaría
si yo encontrara un alma
como la mía.

Me encantaba. Venía desde la radio y en plena pubertad prometida yo soñaba.

Después crecí, y conocí muchas almas.

Ninguna es como la mía.

Desistí.

Desiste de lo imposible.

Introducción a la sabiduría.

Mamá

Capítulo 8:

Invitación pública a cumplir días

1

Día uno

Primero fue la luz. Era el día uno.

El día único. Cada día debería serlo. Único. Primero. Absoluto.

Hacedor de luz.

Luego, en el cuarto día de la creación, aparecieron los astros, Sol, Luna, estrellas y con ellos advino la luz de los días, y los ritmos de las noches, la naturaleza de los meses, los ciclos de los años, *la repetición*.

La repetición, la rutina nace en el cuarto día.

Es la otra dimensión del ser, fotocopiarse día a día.

Esta luz, la del cuarto día, la de la naturaleza, dijeron los sabios, es regalada, es *de todos*. Naces y te viene adjunta. Abres los ojos y allí está, esperándote.

Es naturaleza. Naturaleza es lo que nace, y por tanto lo que muere. Funciona. Es in-diferente. Da vueltas, como las estaciones.

También yo, también tú.

La olvidada es la luz del primer día. Ésa ¿en qué consiste?

Si la del cuarto es la regalada, la natural, la del primer día es totalmente diferente. Ésa no se regala, ni se acrecienta con adminículos tecnológicos ni lámparas diacrónicas.

Es la otra luz.

Ésa, enseñaron los sabios, ésa es la tuya, exclusivamente tuya.

El presente inasible

La cultura es el pasado, lo sido. Este presente es la vida. Es inasible, es in-cognoscible. Sólo se puede vivirlo. La vida es en presente, el resto es lo vivido. Quevedo lo plantea cuando dice:

*“¡Ah, de la vida! Nadie me responde.
¡Aquí de los antaños que he vivido!
la fortuna mis tiempos ha mordido
las horas mi locura las esconde.”*

El ser es pasado o futuro. Lo sido ya, lo no sido aún. Me busco y me encuentro en las fotos, en los recuerdos, en la cultura, depósitos bancarios que hice de situaciones vitales luego transformadas en esqueletos de memoria codificada y congelada.

No soy esas fotos. Soy, sí, mis sueños, mis proyecciones. Pero cuando el futuro se haga presente, de inmediato se hará pasado.

El presente es inasible.

Me lo enseñó en la Facultad el gran Francisco Romero. Aquí tengo a mano el libro que me obsequió.

Lo recuerdo a Romero. Yo vivía en el interior y le mandaba cartas consultándole temas de filosofía. Y respondía a las cartas, y aleccionaba.

El maestro.

El maestro es así, de persona a persona. Te hace ser persona.

No te enseña, porque enseñar es imposible. Sólo es posible aprender.

Él te incita a aprender. Y tú aprendes. Y sabes que aprendes porque sientes, mujer, hombre, que algo se gesta en tu interior, una partícula nueva de vida.

Aprender es prender

Éste es mi presente. El de ese recuerdo en este momento. Lo vivo, lo siento palpar en mis entrañas. El presente es emoción.

La pasión es del presente; el conocimiento, del pasado. Siempre llegamos tarde, enseña Romero.

Después de tanto enseñar yo mismo, en mi profesión docente, aprendí que llegamos tarde, que por anticipado nada sabemos, y que cuando sabemos es porque los acontecimientos ya sucedieron.

¡Cuánto cuesta aprender!

Es des-cascararse.

Para eso es bueno tener maestro. No para que te transmita ideas, sino para que te inspire. Es todo lo que puede hacer. Inspirar, encender en ti aquello que espera su tiempo de germinación.

Por eso hay tanto fracaso escolar.

Entre lo que se enseña y los que están del otro lado no se produce la chispa de la inspiración.

Por eso hay tanta incomunicación entre nosotros. Creemos que basta con que yo te diga para que tú lo captés.

Lo captas, es cierto. Pero te resbala, va por la superficie de tu ser, ingresa en tus oídos, es procesado en la mente, pero nada más. No te enciende. No te prende.

Como se prende la luz, ¿viste?

No podemos conocer sino el pasado

Escribe Romero:

“No conocemos, no podemos conocer sino el pasado; todo saber es historia. Tarda la luz que nos trae la visión de la casa, tarda el proceso cognoscitivo que nos la representa. Lo que vemos, lo que tocamos no es ya; era. No podemos aprehender en el mismo instante en que se producen la salida del Sol ni la caída de la piedra, el último suspiro de la madre ni la primera sonrisa del hijo.”

Romero habla del presente incognoscible. No bien conoces, ya ha transcurrido el objeto conocido, ya fue, ya se esfumó.

Estamos prendidos

Te miro. Reflexiono sobre lo que estoy viendo, tu rostro. Cuando reflexiono ya dejé de verte. Estoy reflexionando sobre la visión transcurrida.

Siempre llegamos tarde, con el conocimiento.

No es la vida.

Está el conocimiento, antes, anticipándose, cuando se refiere al futuro: *no es la vida*.

Está después, cosificando el pasado: *no es la vida*.

La vida es el presente incognoscible, inasible, ésta vibración donde yo dejo de ser el yo del saber dominador.

Saber, en efecto, es dominar.

Conocer es poseer, manejar, manipular.

El conocimiento, y hablamos del científico por cierto, es conocimiento cuando puede prever cómo se comportará el objeto conocido. Es previsor, profético. Sabe el curso de los astros, porque puede predecir su movimiento y su posición dentro de 100, 1.000 años, etcétera.

Por eso cosifica, cierra al objeto conocido en leyes, y ahí lo tiene redondo, sin improvisaciones.

El presente es movimiento, improvisación, vida.

Sensación, emoción, estímulo, ansiedad, eso que no se congela ni se organiza.

Duración, le decía Bergson.

Prender.

En el presente estamos prendidos.

El amor lo sabe. Encendido. No aprendo; estoy prendido.

La luz viva del astro muerto

Romero me ha deparado uno de los textos más bellos y más melancólicos de mi humilde carrera lectora.

Romero llega a estas disquisiciones contemplando el cielo.

¿Y qué ve? Ve estrellas, claro está.

Se pregunta si estas estrellas existen. Podríamos verlas y que no existieran.

Porque lo que vemos es la luz que la estrella emite, y esa luz ha de transcurrir por largo tiempo durante cósmicos espacios. Yo podría verla y que la estrella que emitió esta luz ya no esté más.

"Acaso el astro que contemplamos ha desaparecido hace tiempo y la imagen que de él nos llega es como la última carta del soldado que leen los familiares evocando el rostro y los gestos habituales del ausente, cuando ya está muerto."

Este temblor

Quedé sacudido la primera vez que lo leí. Lo recuerdo. Lo releo y vuelvo a temblar.

Este temblor es de ahora, es presente.

Pero ahora que digo "este temblor es de ahora", ya es pasado.

Vida fugitiva...

Adentro, afuera

La cultura es lo que se cultiva, aquello que nos cultiva. Salimos del vientre materno y entramos en el vientre de la sociedad y su lenguaje, sus valores, en fin: su cultura.

Ahí volvemos a gestarnos, a reciclarnos.

Educación viene de afuera, como la luz de estrellas, soles, lunas.

Uno está sentado y le enseñan, lo nutren, lo alimentan.

Educare es alimentar. Alumno es el nutrido.

De *al*, la misma raíz que produce la fórmula *alma mater*, que no significa "el alma de mamá", como traducía un amigo culto que tengo, sino "madre nutricia".

Los padres que quieran también pueden ser "almos".

El final de la educación, el ideal supremo, lo pronunció Sócrates, y luego su discípulo Platón:

Que lo de afuera sólo venga a solventar a lo de adentro, y que te vuelvas gestor y parturiento y dador a luz de la verdad que brota desde tus entrañas.

A eso le decían *educere*, sacar afuera, conducir hacia afuera lo que hay en el interior.

Pero la cultura, la de todos, la de los libros y de las cátedras, la que toma examen en la Universidad, quiere que repitas, que memorices y repitas.

El dilema es ése, ser para los otros o ser para sí mismos.

Culturalmente para los otros es atiborrarse de datos y citarlos con precisión cuando se te pregunte.

Lo otro, para sí mismo, es olvidar todos esos datos, y pensar.

También hay una tercera opción: mirarte, intentar pensarte y desistir urgentemente.

Invitación pública a cumplir días

¿Te acuerdas de los exámenes? En todos los ciclos. Te preguntaban cosas que debías extraer de tu memoria. Eran y siguen siendo tests de memoria.

Públicamente dicen:

—Hay que enseñar a pensar. Hay que proveer una educación creadora. Que el alumno sea el forjador de su propio aprendizaje.

Suena a arpas celestiales.

Por ahora la realidad sigue siendo la de la Edad Media.

Uno puede jugar en clase, hablar con el profesor, preguntarle por sus hijos, y tomar café con él en el bar de la esquina.

En el momento del examen, cae sobre ti el rigor de vetustas leyes que reclaman que seas culto, que digas lo que otros dijeron.

Si uno analizara *Hamlet*, en la facultad, con el portentoso estilo de Umberto Eco y de pronto tuviera un lapsus y no supiera pronunciar "Shakespeare" ni "Otelo" ni "bardo" ni "Ofelia", no le iría bien, para nada.

Le agradecerían su profundo pensamiento y le pedirían que vuelva a charlar el próximo cuatrimestre.

Me pasó, me pasó...

La cultura dice pensamiento pero traduce memoria, repetición.

La memoria es un maravilloso instrumento de supervivencia, para no caer dos veces en el mismo pozo ni reiterar un diálogo con ciertas personas.

Su función es dis-pensar de pensar.

Se torna problemática cuando invade los sectores que no le corresponden, donde en lugar de super-vivencia

debería darse la vivencia, y la vivencia es siempre nueva, irrepetible, única, y por tanto requiere toda la apertura del pensamiento y el cierre de la memoria.

La memoria, reina mayor, sin embargo, marcha triunfante y lo invade todo.

De este modo la experiencia auténtica se pierde en el mar de la rutina.

Así es que deja de haber el día uno. Entramos en el engranaje de día primero, día segundo, día tercero.

Suma, cuenta meses, festeja cumpleaños.

Quiero la sabiduría para cumplir días.

El cumpleaños es previsible, ordenable, memorable, y conocido de antemano.

El día no. Hay que vivirlo para cumplirlo.

Además no hay invitados ni canapés.

Por eso no se estila cumplir días.

La rutina

Melancolía de los días que tienden a volverse postales de año nuevo, datos de archivo, rituales estampados definitivamente en arcones del buen currículum de cada cual.

Melancolía del encuentro, del desvelo y de la de-velación que es re-vela-ción, y que te impregna con algún olor de lo divino.

Es la fe, es la exultación. Luego es el balance, el resumen, el corolario.

La rutina.

La historia de la fe se expresa en un poema de León Felipe:

Había un hombre que tenía una doctrina. Una gran doctrina que llevaba en el pecho (junto al pecho, no dentro del pecho), una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco.

Éste es el comienzo.

El hombre ese se llama Moisés, se llama Jesús, se llama Mahoma, se llama Zoroastro, se llama Platón, se llama Marx.

El comienzo es el individuo que expresa una idea.
No la inventa, la expresa.

El poder de la genialidad consiste en la expresión.
Claro que la expresión es todo, involucra no sólo la forma sino la totalidad de idea-forma, contenido-conteniente, significado-significante, unidad sustancial.

Captan el aire de su tiempo, la angustia en los poros de la realidad, la esperanza en las manecillas de los niños, y emiten su doctrina.

Al principio es suya, para ellos.

Luego en un acto de amor la regalan.

Entonces la doctrina crece, cunde, fecunda, se dispersa

Y luego, cuenta León Felipe:

"Tuvo que meterla en un arca de cedro,
en un arca como la del Viejo testamento.

Y el arca creció, y tuvo que llevarla a una casa muy grande.
Entonces nació el templo."

Nosotros y las palabras

Lo veo subir a Moisés a la cumbre de la montaña. Ahí se encuentra cara a cara —dice el texto— con Dios. Con la verdad. Con el sentido. Pero la cumbre es transitoria. No hay más que lo transitorio.

Es la dicha.

Pero luego debe descender.

El pueblo aguarda abajo, lejos de la montaña, mucho más lejos aún de su cúspide, lejos de la verdad.

La verdad es de uno, de cada uno, de la vivencia personal.

Hay que descender, hay que entregar el mensaje.

Jesús se para en la montaña y emite su mensaje de bienaventuranza.

El encuentro, bien lo sabes, el encuentro es inefable, no se dice, no se habla, no requiere de la mediación de las palabras.

Las palabras son de todos, el encuentro, solamente tuyo. Las palabras ahí caen.

Eso pasó —cuenta el Dante— con Paolo y Francesca. Leían juntos aventuras de amor, palabras acerca de pa-

labras, historias, novelas. Entretanto se enamoraban. Cuando el amor estalló, se les cayó el libro y dejaron de leer. No requerían más de palabras.

Las palabras están cuando nosotros no estamos.

Raros momentos

Cualquiera los tiene, los puede tener.

No todos toman conciencia.

Hay algo así como una pésima educación según la cual lo grande es de algunos individuos seleccionados, y los demás estamos para semilla.

Aquellos individuos seleccionados por la historia son los grandes que supieron tomar lo grande que sucede en todo ser y darle el realce, la expresión, el marco.

Todos nos enamoramos, pero sólo algunos son capaces de escribir excelsos poemas de amor, decía Octavio Paz.

Hay en ti posibilidad de grandeza. Es la apertura del alma al otro, a lo otro, al misterio.

Es eso que sientes a menudo, que te transporta, y no te atreves a confesarte que es la grandeza que en ti germina.

Sí, es tuya.

Eres grande, posibilidad de ser grande, de raros momentos.

Raros momentos en que te encuentro y nada te digo porque te encuentro.

Así concluye Wittgenstein su *Tractatus*:

“Cuando nada cabe decir, hay que callar.”

Raros momentos. En la cumbre. Sin penosa gravedad. Ascenso. Flotar y meramente ser feliz.

Luego las palabras. Narración. Te cuento, me cuentas.

No somos iluminados, no, ni tú ni yo, pero hay momentos de iluminación, y entonces estamos iluminados.

Y después viene el después, y se hace palabra, porque necesitamos atesorarlo en el arcón de los recuerdos, se fija en imágenes, y —melancolía del transcurrir que no quiere pasar— las imágenes lentamente se petrifican

tanto que obturan el acceso a la vivencia del pasado. Lápidas. Aquí fue, aquí hubo.

Melancolía, dice Buber, de la autenticidad del presente que se cosifica y se vuelve memoria petrificada.

La traición de los discípulos

Es la traición.

Moisés viene y narra al pueblo. Narra lo que puede decir y lo que los otros pueden oír. Es el comienzo de la religión.

Religarse. A través de un cuento en común, de un conglomerado de palabras en común.

No obstante el maestro aspira a que todos puedan algún día recorrer su propio rumbo de ascenso a la cumbre.

Es la idea del maestro.

El maestro, el grande, y si no es grande no es maestro, el maestro quiere formar maestros, no discípulos.

Fracasa.

Del fracaso surgen los templos, los dogmas, las banderas, los circos.

Papini lo escribió en la *Historia de Cristo*: "La traición de los discípulos es un proceso inevitable".

¿Qué quiere el maestro? ¿Qué quiere Sócrates?

¿Quiere acaso que todo el mundo repita sus palabras y se arrodille delante de él?

Eso lo quiere Calígula. Ese es el ideal supremo del político maquiavélico.

El maestro pretende que cada uno arribe a su propia cumbre.

El mensaje, el drama

Dice Papini:

"La suerte no sabiendo de qué otro modo hacer pagar a los grandes su grandeza, los castiga con discípulos.

Todo discípulo, precisamente por serlo, no lo comprende todo, sino solamente a medias, es decir según la capacidad de su espíritu; por eso, aun sin querer, traiciona la enseñanza del maestro, la deforma, la hace vulgar, la empequeñece,

la corrompe...

... Un discípulo suele ser un parásito, un pasivo, un intermediario que roba al vendedor y estafa al comprador...

En vez de antorcha que difunde luz y fuego, es lucecilla que humea y no alumbraba ni aun a él mismo.

Con todo, nadie ha podido prescindir de tales discípulos y secuaces. Porque los grandes, demasiado extraños a la multitud, tan distantes y solitarios, han menester sentir alguien cerca de sí; no se sostienen sin la ilusión de que hay alguien que oye sus palabras, que recibe su idea y la transmite a los demás."

Drama del maestro que ha de tener discípulos.

Drama del iluminado que ha de transformar su luz de encuentro con lo infinito, en finitas expresiones al alcance de todos los diccionarios.

Drama del mensaje que en el camino se distorsiona. Y sin embargo no hay alternativa.

Recibir el mensaje. Y luego durante años proceder a descascararlo de las escamas de los mediadores, para reprimarlo.

Entonces, también tú, alcanzas tu luz.

Para conciliar el sueño

Continúa hablando Papini:

"Si miramos de cerca, en los evangelios, a aquellos discípulos de que tenemos alguna noticia, no podemos menos de sentir apretado el corazón...

Estos doce afortunados no siempre se mostraron dignos de la suprema felicidad que sólo a ellos les tocó.

Los vemos duros de cabeza y de corazón, incapaces de entender las más límpidas parábolas del maestro, torpes para entender, aun después de su muerte, quién era Jesús y de qué suerte era el reino que anunciaba."

La sociedad nunca toleró a los maestros. Hablaban. La sociedad necesita a los discípulos: ellos escriben.

¿Para qué sirve un libro?

Para guardarlo, para tenerlo.

De este modo la sociedad reposa. Todo lo que quiere

la sociedad, toda sociedad, además de destruir un poco y construir otro poco, es reposar y conciliar el sueño.

El éxito es siempre de los discípulos.

Se construye el Templo. Con libros y templos, con cosas, con buenas rutinas, uno puede alcanzar la cima propia, la del vacío supremamente envasado de garantías.

Así se concilia el sueño.

Dios, el viviente, quita el sueño.

Maestros vs. políticos

Repetir es lo contrario de pensar.

El maestro, el iluminado, Sócrates, Averroes, Teilhard de Chardin, pretenden que los otros tomen las palabras que se les brindan, las abran como nueces, arrojen las cáscaras y alcancen su propio encendido interior y su auténtico y personal ascenso.

Eso sugería Sócrates:

En cada hombre anida la verdad. ¿Cómo extraerla, como traerla afuera?

Con ejercicios de parto.

Sócrates se decía el partero de la verdad.

Tomó a un esclavo, Menón, y a través de diálogos, de palabras, le fue haciendo decir la verdad de las geometrías que anidaban dentro de ese individuo sumamente inculto.

No soy maestro iluminado, pero sí tengo experiencia docente, y puedo decirte que también tú, como yo, como todos, hemos pasado por momentos de iluminación a través de encuentros con maestros que te han hecho brotar, desde tu más profundo interior, tu luz propia.

Eso quiere el maestro.

Y también quiere que no temas esa luz y no la encierres y no construyas con ella pirámides pesadas y muertas.

Esa luz debe servir para aguardar la próxima luz.

Como el iluminado que espera a Dios.

Como Dios que espera al iluminado.

Nos encontramos porque nos esperamos, y porque nos dejamos ser en el estar, crecer en el ascender.

Todo este trabajo, querido amigo, requiere de tiempo, de maestros, de dedicación a la serenidad y, por tanto, de una cuota de existencia marxista.

El pueblo no dispone de esas condiciones. Ergo, se queda con las cáscaras y arroja el contenido.

No tiene tiempo. No tiene libertad

La libertad es lo contrario de la necesidad.

El pueblo está acorralado de necesidades, las de la supervivencia, las más elementales.

Así lo prefieren sus gobernantes. Para que ellos sean gobernantes, ellos, los otros, han de ser pueblo, consumidores de frases, discursos, y alejados de todo pensamiento activo y crítico.

Fue y será así. Es la ley, tan ley como la de la gravedad.

Siempre que quiso ser cambiada, logró modificar ropajes, roles, y quién es qué, pero la realidad esencial esa de gobernantes —que no piensan por falta de tiempo— y gobernados —que no piensan por falta de víveres— sigue en pie.

La utopía

Lo otro se llama utopía.

La utopía es extremista. A veces la encabeza Jesús. Otras, los que hablan en nombre de Jesús y hacen lo que a ellos mejor les parece.

Renegamos de las utopías y de sus extremos, de los autos de fe y de las cámaras de gas.

Pensar, hace falta pensar.

Para que al gobernante le sea, simplemente, más difícil consumir sus designios maquiavélicos, por esencia.

Para detener, o demorar, o paliar, o disminuir la sangre injustamente derramada, de una u otra manera, o con espada o con falta de leche para los niños del mundo.

Pensar.

Como este pensamiento de Isaiah Berlin:

“Lo mejor que puede uno hacer es tratar de promover algún tipo de equilibrio, necesariamente inestable entre las diferentes aspiraciones de los distintos grupos de seres humanos por lo menos para prevenir que intenten exterminarse los unos a los otros...

Pero este programa no es excitante.

Un sermón que recomienda maquinaria diseñada para impedir que la gente se haga demasiado daño, para darle a cada grupo humano el suficiente espacio para realizar sus propios fines idiosincrásicos, únicos, particulares, sin demasiada interferencia con los fines de otros, no es un grito de batalla apasionado para inspirar a los hombres el sacrificio y el martirio y los actos heroicos...”

Justamente eso quiero, eso anhelo, eso clamo:

—No más martirio, no más gritos de batalla y banderas de glorias salvacionistas, no más ideales universales y absolutistas, para todos.

Pensar.

Vivir para con-vivir. ¿Hermanos? No. Vivientes, sobre-vivientes.

Algunos serán hermanos, otros serán amantes, otros serán solos y místicos.

Pensar, y existir.

El pájaro hermoso

Los maestros sueñan con que el pueblo ascienda.

Dijo el maestro:

—Ahí en ese árbol hay un pájaro hermoso, ¿lo ven?

—Lo vemos —dijeron los hombres.

—¿Les gustaría tenerlo?

—¡Nos gustaría, claro que nos gustaría!

—Vengan, júntense y configuren una montaña, una escalera y yo subiré y les traeré el pájaro.

Y así hicieron. Y así hizo.

Enseñó el maestro:

—Si no fuera por ustedes yo jamás hubiera podido subir. Por ustedes, gracias a ustedes, y por ser ustedes los que esperan la devolución, subí. Y les traje este regalo, este pájaro de hermosos colores. Es el mensaje.

Así se encarama el maestro sobre el pueblo, pero con

él sube el pueblo, y él desciende hacia el pueblo, y de ese modo comunica el mensaje.

No quiere que se queden abajo. Sueña con educarlos para que ellos, cada uno, puedan hacer su propio recorrido a la altura.

Ése es el auténtico maestro.

Brutus

¿Pero qué pasa luego? Siempre aparecen discípulos, seguidores. Empiezan su carrera de buena fe. En el camino se olvidan del comienzo, del origen. Se miran en el espejo y dicen:

—¡Soy tan grande como el maestro!

Y ahí se pierden.

El pueblo —y sus dirigentes coyunturales— hacen descender el mensaje del maestro, e ingieren su sustancia más superficial, el envoltorio.

Era el desvío.

Es la traición.

El maestro habla, los discípulos escriben, construyen casas, edifican templos, organizan fiestas, establecen rituales, y ellos se colocan por encima del pueblo y desde esos sillares le pontifican.

Ya no son maestros.

Son políticos de la fe, y tienen la afición de todos los políticos: el poder.

En ocasiones varias experimenté cuán cerca está la traición del amor.

Hay que estar muy cerca de César para clavarle el puñal.

—*Et tu, Brutus?*

¿También tú, Brutus? —preguntó César mientras caía y agonizaba. No podía creerlo. Era el amigo, el discípulo, el íntimo, el amoroso.

Es la vida y sus claroscuros.

Sabiduría del mensaje que se entrega pero que nada debe esperar.

O todo.

Los llamados y los elegidos

Dice Maimónides que el iluminado asciende a Dios y ahí encuentra la verdad, despojada de imágenes, de palabras.

Cuando desciende necesita vestirla de imágenes, de palabras. Para que los otros lo comprendan. Del lenguaje del silencio, que es el místico, el de la luz primera, ha de pasar al lenguaje del lenguaje.

Es la primera traición, por así decir, la que le ocurre a toda expresión profunda que debe recalar en vestiduras superficiales, las del lenguaje de todos.

La experiencia única de uno se entrega en el lenguaje de todos.

Ya se produce un desvío, una distorsión.

Los otros, los todos, captan la superficie, la envoltura, las cáscaras que debían funcionar como metáforas.

"Dios os conduce sobre alas de águilas", dice el poeta religioso.

El hombre escucha y ve águilas y ve alas y no ve más.

Es el drama del maestro.

De ahí la expresión:

"Muchos son los llamados, pocos los elegidos."

Los elegidos son los que se autoeligen a través de la captación del mensaje traspasando cáscaras, rompiendo envoltorios, buscando la intuición profunda que late bajo apariencias de vulgares metáforas...

Las diferencias entre las religiones

Por eso las religiones son distintas. El encuentro es personal, es de uno, y de nadie más.

Las religiones son de un tiempo, de un pueblo, de una cultura, de un correlato de lengua, imágenes, metáforas, que se constituyen en investidura de la fe.

Si Dios es uno, la fe es una.

Si las religiones son múltiples, se debe a que cada cual es una construcción realizada en otra cultura, con otros elementos, de esa misma fe.

Lo enseñaba Jacob Burckardt en sus consideraciones sobre la historia universal:

“Una religión poderosa desplégase en todas las cosas de la vida y tiñe con sus colores todos los movimientos del espíritu y todos los elementos de la cultura.

Con el tiempo, sin embargo, reaccionan todas estas cosas, a su vez, sobre la religión; más aún, el verdadero núcleo de ésta puede ser sofocado por el círculo de representaciones e imágenes que ella había hecho entrar antes en su esfera.

... Jamás ha habido una religión por completo independiente de la cultura de los pueblos y de las épocas respectivas. Justamente, cuando con ayuda de documentos sagrados, tomados en sentido literal, impera de un modo más soberano y todo parece regirse por ella, cuando ella se enlaza con la vida entera, esta vida influye también indefectiblemente sobre ella, se enlaza también con ella. Hasta que llega un momento en que estos íntimos enlaces con la cultura ya no representan para ella una ventaja, sino puros peligros.”

Mi experiencia, tu experiencia

Dice Bradley en su libro *Appearance and Reality*:

“Mis sensaciones externas no son menos privadas para mí mismo que mis pensamientos o mis sentimientos. En ambos casos Mi Experiencia queda dentro de mi propio círculo, un círculo cerrado al exterior; y, con todos sus elementos por igual, cada esfera es opaca a las demás que la rodean... en resumen, considerado como una existencia que aparece en un alma, el mundo entero para cada cual es peculiar y privado de esa alma.”

La mano de Dios y la de Adán

Dios le tiende la mano a Adán, en la Capilla Sixtina.

Dios no llega.

Adán no llega.

Igual que nosotros, que tú y yo.

En la tensión está el amor, y sabe que no llega.

Entonces desea.

Se me cruzan los pájaros

Las experiencias, aprendimos en el texto de Bradley y el cotidiano sentir lo ratifica, son privadas. Tanto la del sentimiento que me arranca tu ausencia, cuanto la presencia de ese pájaro, allí sobre la antena, visto desde mi ventana.

—Qué suerte —pienso— que estamos tan plenos de antenas. Si así no fuera, ¿dónde radicarían los pájaros sus intervalos meditativos?

Debo olvidarme de los pájaros. Hablábamos de nosotros.

Veamos.

Yo mismo es no-tú-mismo. Y viceversa.

Cuando el amor es el nexo que cubre el espacio entre tu mano que no llega y la mía que no llega, estamos vinculados.

¿Pero cuando no hay amor? ¿Qué podría haber? ¿Qué nos re-ligaría?

¿Dónde están las antenas, se me ocurre, que sostengan por igual, en un mismo plano, la plataforma de una existencia en común?

Pienso, por lo tanto existo. Sólo que no sé para qué existo. Sigo pensando y no obtengo resultados.

Del por qué, todo. Del para qué, nada.

Contemplo los pájaros. Qué suerte que hay televisión, y hay antenas, y los pájaros pueden hacer el show de la fila coreográfica.

Parece Hollywood.

Los miro. Qué suerte que tengo esta ventana. Los admiro. La proporción de inteligencia y cuerpo es en ellos suprema.

Sin salida

Últimamente me dedico a estas mediciones: cuerpos vs. inteligencias. Se supone que debería ser algo proporcional. Ved a los elefantes. Mirad a mi vecino.

El pájaro es el envase más pequeño para la inteligencia más grande.

Después de la ameba, claro está.

Cierro la ventana. Estas divagaciones no son saluda-

bles. Mejor dejar de mirar afuera, me pierdo. Miro adentro.

Me pierdo.

Esta es la casa de Dios

Cada uno es plural.

El singular es de Dios. Por eso Dios existe. El único singular.

El singular es único, por tanto in-dependiente.

Nosotros que no somos dioses somos plurales por fuera y por dentro, dependientes en todas las dimensiones.

Por eso cabe reeducarse:

No hay camino, hay caminos.

No hay mapa, hay yoes ensayando dibujos.

No hay felicidad, hay tú, que a veces estás, y otras te eclipsas, o yo.

Momentos, instantes, destellos, y ¡qué hermosos que son!

Más que eso, hijo mío, no pidas, ni esperes.

Tampoco se acumulan, debes saberlo. Todo se escurre entre los dedos, y ahí quedan huellas, en las yemas, y a veces con ellas te tocas la cara, las tiernas arrugas bajo los ojos e intentas esbozar algún sonido que suene semejante a yo.

Felicidades del hombre que no aspira a la felicidad sino a las felicidades, y que en pleno camino de caminos dice éste es el árbol, ésta es la marca, éste es el tesoro, y lejos de querer aferrarse o afincarse en esa situación sigue moviendo los pies y el alma hasta la próxima revelación.

Así le pasó a Jacob cuando se fue de la casa de sus padres.

Triste y solitario en su desnudez existencial, fatigado de tanto trajín caminero, al llegar la noche echóse a dormir en el suelo apoyando la cabeza en una piedra y soñó.

En su sueño vio una escalera por donde subían y bajaban los ángeles.

En la cúspide de la escalera estaba Dios que le hablaba.
Al despertar dijo:
—Esta es la casa DE DIOS y éste es el portón del cielo.
Pero no se quedó ahí. Se levantó, besó la piedra,
contempló el polvo del suelo donde su cuerpo había
dormido y soñado, y siguió caminando.
Cualquier lugar es la casa de Dios.
Cualquier lugar es el portón del cielo.
Y cualquier día, y para cualquier persona.
Tan sólo eso: hay que saber soñar.
Y luego saber des-prenderse.

El peligro

El peligro es la memoria. El peligro es que quieras reeditar esa experiencia de ese lugar con esa persona a través de ese sueño.

El peligro es querer tener.

De-tener el tiempo y sacarle fotos.

Y luego adorarlas.

El peligro es tomar la piedra y decir que es santa.

No es santa. Sucedió la santidad en ti, en ella, en ese día, en ese momento.

Y luego quedaron cuerpos, piedras, hierbas.

Quedaron a la espera.

El peligro es la memoria, y el confort.

¿Sientes lo que yo siento?

Luego vienen las palabras y dicen:

—¿Sientes lo que yo siento?

—¿Siento lo que tú sientes?

Las palabras pueden decirlo así porque son ajenas, no son mías, ni son tuyas.

Lo cierto es que no puedes ir más allá de ti mismo. Al darte te recibes. Al encontrarte con el ser amado, te encuentras. Te miras en sus ojos, te hueles en su piel, te vives en sus latidos furiosos.

Tú dentro de ti, aun cuando estás fuera de ti.

Entonces —cabe interrogar, y con angustia—, ¿cómo es posible el amor?

Leibniz decía que cada uno de nosotros es un reloj que funciona en sí y por ti, y que cuando dos relojes dan la misma hora, es porque el Relojero, es decir Dios, los ha compaginado para que den la misma hora, pero la hora de cada uno ignora, por así decir, la hora del otro. Es su hora.

La coincidencia de relojes y horas es cosa divina, según Leibniz.

Según nuestra experiencia la coincidencia es, en efecto, co-incidencia, una incidencia que es incidente que es accidente, una total imprevisión, el milagro de uno con otro, fuera de toda regla, cálculo, negocio, apreciación.

Luego, *luego*, racionalizamos, pensamos, explicamos:

—La quiero por esas mejillas pálidas que tiene, esa manera de hablar, esa tibieza que emanan sus manos, su modo de mover los piecitos cuando va corriendo detrás de un colectivo, el pelo que cae sobre el hombro izquierdo, con ese gusto a, a no sé qué.

Siempre empieza el amor sabiendo, cuando se analiza, y termina sin saber, como decía el místico, que es el sabor de

*un no sé qué
que se alcanza por ventura.*

Por ventura, es decir por puro azar, y azar se llama todo eso que no sabemos explicar.

En última instancia estamos, con Leibniz, en algún horizonte de fe.

Te amo es decir: creo aunque no te entiendo. El no sé qué y la ventura se imponen.

¿Y qué me hace creer?

Esa sensación de que estamos dando la misma hora.

Ahora viene la foto

Después aparece el recuerdo. La foto. La imagen. La petrificación de la vida, la escultura.

—¿Recuerdas?

—¿Recuerdas?

Él le dice, ella le dice. Entre los dos irán armando el recuerdo. El recuerdo emite miel y aromas de mirra con

cedros del Líbano y leche fresca, tibia, goteando de la ubre del tiempo.

El recuerdo. En latín significa despertar. Recuerde el alma dormida.

Recuerdo el día, la hora, el trino, la brisa, el sabor del café, el humo del cigarrillo.

Re-cuerdo. Re-construcción. Re-vivir. Re-ciclar. Renovar.

No volvemos a amar. Volvemos la vista atrás para abrigarnos en cenizas extinguidas. Pero es el único calor, la única visión que nos liga, la vista atrás, la nuca.

Re-cuerdo que re-emplaza a la vida.

Si pudiéramos olvidar, si pudiéramos desnudarnos y deshacernos de esas refacciones, si pudieras ser lo que estamos siendo y con los ojos puestos en sus órbitas reales, quizá volveríamos a amarnos.

No se vuelve, claro, lo sé, no se vuelve.

Dije mal. No volveríamos a amarnos. Nos amaríamos. Tampoco cabe decir de nuevo. Nunca por segunda o tercera vez. Sólo se ama la primera vez. Y la próxima primera vez.

El "re" es del alma romántica que quiere re-petir lo sido.

Sólo se ama la primera vez.

Y otra primera vez.

Besos de entrecasa

Como las felicidades. Primeras veces, en plural.

Te amo, y quita esa máquina fotográfica, no quieras conservar nada, no pretendas vivir para el recuerdo, que es dejar de vivir.

Ni cuentes los besos, como decía el poeta Catulo. El antiguo romano tenía miedo a la envidia y por eso decía que hay que mezclar todos los besos y desconocer su cifra.

Hoy, en tiempos de tecnología, ya no somos tan agoreros.

A los besos los contabilizamos.

—Me debes uno... —sugiere siempre mi cónyuge.

Yo, en estos casos, le cito a Catulo, el antiguo romano,

cosa que la enfurece más aún y me contesta no les digo qué.

Virgo.

Collige virgo rosas.

Recoge, virgen, las rosas.

Son nuevas, eres nueva, porque una rosa, bien lo sabes, es una rosa, es una rosa, es una rosa...

No quiero atesorar perlas

Pienso, por lo tanto existo.

Amo, por lo tanto vivo.

Creo, por lo tanto espero.

Espero, por lo tanto vendrás. Ventura es, en latín, lo que está viniendo, lo que vendrá. "Oh, dichosa ventura / salí sin ser notada / estando ya mi casa sosegada."

Amar es creer. Es tan inútil, tan irracional, tan sin interés financiero o de cualquier otra trascendencia, que es dejarse creer.

—¡Eres tú!

Y crees en ese ser. Por nada, para nada. Crees que es, que está y que está para que estés, para que seas, ahí, entre los dos.

Ahí crece el amor.

Pasado el tiempo se contempla, se mide, se justifica, se explica, pero pasado el tiempo ya es pasado el amor, y toda construcción ulterior es fantasía de querer apresar la perla y reinsertarla en su concha, cerrándola, para que allí permanezca eternamente.

No quiero atesorar perlas. El recuerdo me falsifica. El recuerdo es la foto que se cota ahí adelante, entre nosotros, y me impide verte.

Quiero amar-te, no quiero amar tu imagen construida en la factoría de mis laboratorios interiores, pintada, adecuada, edulcorada, encuadrada, museificada.

No quiero los cuadros de los museos ni la memoria de las estrellas.

Mientras arde la vela, la de la vida, busquemos la vida del ardor que arde y de la llama que no se consume.

La zarza que arde y no se consume

Eso vio Moisés, en el desierto. Iba con sus ovejas y de pronto vio, de lejos, una zarza que ardía y no se consumía, y se dijo:

—Vayamos a ver ese extraño espectáculo.

Se acercó.

Era un arbusto espinoso, pura llama, puro ardor, y no se extinguía.

Se maravilló.

—¿Cómo es que no se consume?

Supo que era el fuego infinito, el Creador. Oyó una voz que le dijo:

—Quítate las sandalias de tus pies, porque estás sobre tierra de santidad.

Supo que era la santidad, era esa llama, ese milagro, esa vida que no se extingue, esa voz que ordena la desnudez de los pies, que nada los aleje del suelo, porque el suelo donde uno está, si uno está, si la llama, está, si ve lo que está viendo, y si percibe la maravilla milagrosa de todo ver y de todo estar, ese suelo, ese estar es de santidad.

Piel con piel, suelo con piel, Dios en la piel.

Eso quiero. Si quiero querer eso debo querer.

¿De qué sirve pensar?

La razón devastadora de todo lo que no sea individual crea la modernidad y finalmente la voltea como anémico castillo de naipes porque no hay razón que sostenga a la razón, y por tanto nada es ni puede ser razón, si ha de ser individual.

La razón era de unos, de algunos, de algunos que constituían el todo de los que arribaban a la razón en un acto de esfuerzo de crecimiento, pero que finalmente alcanzaban la preciada meta, la posible meta, la racional meta, de la razón diosa madre con su hijo que es la verdad.

El individuo solo y suelto ha de llegar finalmente a su comienzo, solo y suelto.

Durante siglos, entre Descartes y nosotros, en este final del siglo XX, merodea, escapa, construye, diseña,

pero en el fondo del valle, por debajo de estos sistemas, sopla la esencia del cartesianismo, que ora se llama Hobbes, ora se disfraza de Spinoza, pasa por Hume, busca salvarse en Kant, pero se desvía en Marx y finalmente se desangra en Nietzsche; y en las frialdades de Russell, Wittgenstein, y la Nada de Sartre, y los *Holzwege* de Heidegger.

El poder del individuo, pienso, lo conduce a su propia culminación y a su propia desolación.

¿De qué le sirve pensar?

Feyerabend

Paul Feyerabend sostiene que debemos abrirnos a todas las vocaciones y todas las posibilidades que hay en el hombre.

Critica este filósofo contemporáneo que nos hayan vuelto unidimensionales, y no importa cuál fuere esa dimensión. Ora es religiosa, ora materialista, ora socialista, ora racionalista.

Unidimensionalidad es la dimensión que castra al hombre del resto de sus potencias.

Dice, por eso, Feyerabend, en *Por qué no Platón*:

“No os fiéis de los científicos, no os fiéis de los intelectuales, tanto si se trata de marxistas como de católicos de derechas; todos ellos persiguen sus propios intereses, todos ellos intentan alcanzar un poder espiritual y material sobre los hombres, lo cual hace que se comporten como si lo supieran todo, cuando en realidad saben muy poco y esto poco se basa en una especie de religión, una religión de la búsqueda de la verdad o de la eficiencia que es muy discutible.

¿En quién pienso cuando hago estas observaciones?

... Pienso en los hopi de América, en los negros que están consiguiendo, poco a poco, redescubrir y revitalizar su propia cultura... Y pienso que no hay ningún argumento racional que pueda impedirselo.”

Me hace pensar.

Pensar el derecho del otro a ser otro es la más ardua tarea.

La fe de la racionalidad

"Mi racionalismo no es independiente, sino que se basa en una fe irracional en la actitud de razonabilidad.

No creo que se pueda ir más allá.

Se podría decir que mi fe irracional en los derechos iguales y recíprocos de convencer a otros y ser convencido por ellos es una fe en la razón humana; o simplemente que creo en el hombre."

Estas reflexiones de Karl Popper están incluidas en un libro de A. Neususs, *Utopia*.

Popper tiene fe en que podemos convencernos los unos a los otros.

Desde la racionalidad. Para que todos sean más racionales.

Pero nosotros lo que queremos es la felicidad, no la verdad.

¿No es verdad?

¿Por qué Sócrates se puso a pensar?

De tanto pensar definitivamente sé que no estamos para pensar. Que cuando lo pasamos mal aprendemos que estamos para pasarlo bien, que es lo único que en última instancia queremos, que Sócrates no hubiera pensado nunca si la esposa lo hubiera dejado en paz y lo hubiera mimado un poco acariciándole la pelada entre mate y mate.

A veces pienso.

A veces existo.

A veces te extraño.

Individuo: la ciencia de lo imposible

Aristóteles sostenía que no era posible una ciencia del individuo.

Aparece ahora la ciencia del individuo, es decir, la ciencia de lo imposible, o lo imposible como ciencia.

El examen, la disciplina, el manejo de los individuos a partir del siglo XVIII va constituyendo un poder de saber y un saber de poder que indirectamente hace del

individuo un objeto de estudio, clasificación, análisis.
Atendamos al análisis de Michel Foucault:

“El nacimiento de las ciencias del hombre hay verosímelmente que buscarlo en esos archivos de poca gloria donde se elaboró el juego moderno de las coerciones sobre cuerpos, gestos, comportamiento.”

Después hace este comentario:

“Ser mirado, observado, referido detalladamente, seguido a diario por una escritura ininterrumpida, era un privilegio, la crónica de un hombre, el relato de su vida, su historiografía relatada al hilo de su existencia formaban parte de los rituales de su poderío.

Ahora bien, los procedimientos disciplinarios invierten esa relación, rebajan el umbral de la individualidad descriptible y hacen de esta descripción un medio de control y un método de dominación. No ya monumento para una memoria futura, si no documento para una utilización eventual.”

Momentos de reflexión

De Michel Foucault:

“La antigüedad había sido una civilización del espectáculo. A este problema respondía la arquitectura de los templos, de los teatros y de los circos. Con el espectáculo predominaban la vida pública, la intensidad de las fiestas, la proximidad sensual...”

Comentario:

Tener mundo, quiere uno, y no solamente estar en el mundo espectáculo que está enfrente, objeto, y frente al cual me planto siendo de él, siendo él mío.

Si el mundo espectáculo se acaba obviamente resta tan sólo el sujeto, sin mundo, sujeto hacia adentro, sujeto desde afuera por el poder-saber, y formando parte de ese mismo engranaje, que dice Foucault.

El engranaje ordena examinar, revisar, clasificar, organizar.

A eso me dedico, aplicándolo sobre mí, ya que soy

parte de ese engranaje y en consecuencia yo lo realizo mientras en mí se realiza.

Un fragmento de Fernando Savater:

“La voluntad moral es el descubrimiento de la Ley, es decir, de la libertad...”

La ley es la barrera que nos separa de las cosas ‘compelidas’ de las que se determinan a sí mismas.

La ley no separa el Bien y el Mal, ni tampoco lo prohibido de lo permitido, sino lo compelido o necesario de lo libre o autodeterminado. La Ley es el descubrimiento de la libertad.”

Dice Aristóteles en su Ética a Nicómaco, Libro II

“Obtenemos las virtudes ejercitándolas en primer término como ocurre también en el caso de las artes... Las cosas que debemos aprender antes de hacerlas, las aprendemos haciéndolas; los hombres se vuelven constructores construyendo y ejecutantes de la lira tocando la lira; también nos volvemos justos ejecutando actos justos, moderados, ejecutando actos moderados.

... los legisladores crean buenos ciudadanos formando hábitos en ellos... ejecutando ciertos actos en nuestras transacciones con otros hombres nos volvemos justos o injustos. Así pues es muy importante que formemos hábitos de una u otra clase en nuestros jóvenes.”

Comentario:

La razón es posterior y se ejerce de esos hábitos e inclusive podría ejercerse, contra esos hábitos, pero siempre gracias a ellos.

Somos nuestros hábitos, la acumulación de nuestras acciones, como lo enuncia William James en sus *Principles of Psychology*.

Todo ingresa en nosotros y nos moldea.

Dice James que Dios podría perdonar lo que hacemos, pero el organismo vital es el que no perdona, registra, imprime y estimula acciones futuras sobre la base de esas improntas anteriores.

Constructivismo

"Soy un constructivista convencido, y lo mismo que creo que construimos o constituimos el mundo, también creo que el yo es una construcción, un resultado de la acción y la simbolización... concibo el yo como texto acerca de cómo se sitúa cada uno de nosotros con respecto a los demás y al mundo."

Ideas de Jerome Bruner.

La vida por uno convocada

Robert Aron, a propósito del constructivismo como actitud creadora, que no tiene mundo sino que lo va haciendo, y es consciente de este quehacer que le toca encarar, y hacerse de él responsable, opina:

"El hombre es mucho más el artesano de su destino de lo que cree.

Mucho más de lo que él imagina, los acontecimientos se le ofrecen en la medida en que está dispuesto a asirlos, en la medida misma en que inconscientemente su comportamiento los provoca.

No se trata simplemente de atrapar al pasar las oportunidades que pueden ofrecerse. Pero más bien de hacerlas nacer: el destino de muchos hombres implica repetidas veces el retorno de acontecimientos aparentemente fortuitos pero que se ordenan alrededor de ellos como respondiendo a un llamado.

... Irradiación irracional o ilógica que hace de cada uno el centro de un campo magnético en el que se agrupan los acontecimientos, en el que se reúnen las creaturas, en el que nacen y mueren nuestras oportunidades."

Unos escriben, otros leen

Hans Reichenbach escribe un libro que se llama *La filosofía científica* y comienza citando un párrafo de la obra de Hegel y luego lo analiza y llega a la conclusión de que Hegel no dijo nada, nada con sentido, nada digno de ser analizado.

Es que Reichenbach lee mal a Hegel, lo lee desde su propio discurso.

Hegel escribe, dice, filosofía. Pero es poesía, es teología, es mística.

Es un revoltijo de meta-física, de ir más allá, de no poder decir, por eso, nada claro, y en consecuencia, así hay que entenderlo, desde el sonido de las esferas celestiales.

Hegel se equivocó cuando creía que hacía filosofía. Hacía palabras.

Reichenbach se equivocó cuando leyó a Hegel con códigos de Reichenbach.

Yo seguramente me equivoco cuando hago todas estas disquisiciones.

De usted prefiero no hablar...

Principio de indeterminación

Eso le queda actualmente al pensamiento, el análisis, la revisión crítica.

Pienso, por lo tanto pienso.

La gran revolución la pronunció el sabio Werner Heisenberg con su "principio de indeterminación".

En mi pobre entendimiento ello significa que el investigador, cuando fija su mirada en algo, está modificando *desde ya* el objeto que contempla.

En consecuencia todo objeto está mezclado de sujeto.

En alemán suena así:

"Por primera vez en el curso de la historia el hombre no encuentra ante sí más que a sí mismo en el universo, que no percibe a ningún asociado ni adversario.

(...)En épocas anteriores, era la naturaleza lo que se ofrecía a su mirada. Habitada por toda suerte de seres vivientes, la naturaleza constituía un reino que vivía según sus leyes propias y al que el hombre debía encontrar un modo de acomodarse. En nuestros tiempos, en cambio, vivimos en un mundo que el hombre ha transformado enteramente. Por todas partes, tanto al manejar los artefactos de uso cotidiano, como al comer un manjar elaborado por procedimientos mecánicos, como al pasear por un paisaje modificado por la

industria humana, chocamos con estructuras producidas por el hombre, y en cierto modo nos vemos siempre situados ante nosotros mismos.

(...)Las vulgares divisiones del universo en sujeto y objeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos. De modo que en la ciencia el objeto de la investigación no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza sometida a la interrogación de los hombres, con lo cual, también en este dominio, el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo."

Werner Heisenberg es el factótum de todas estas ideas que tanta incidencia han tenido en la reflexión contemporánea.

Todo se está volviendo subjetivo. Inclusive la ciencia más objetiva.

Ya era tiempo.

El mundo cada vez se está volviendo más mío.

Lástima que no lo podamos compartir.

Pigmalión

Pigmalión se moría de deseo por Afrodita.

Ella se apiadó y le dio vida a un sustituto femenino que Pigmalión se fabricó, la encantadora Galatea.

Siempre que tocas algo, te estás tocando.

Siempre que hueles algo, te estás oliendo.

Como Pigmalión, el objeto de tu deseo es tu deseo.

El espíritu de la probeta

Pero he aquí que en los vericuetos de la ciencia, mientras todos zapatean hasta las 9 de la mañana, jóvenes, rozagantes, de cualquier edad, adolescentes de cualquier fecha de nacimiento, mientras sigue el baile y el ruido ordena que nadie hable, que nadie piense, que nadie diga, que se contorsionen los esqueletos —son hamletianos los promotores de este ideal—, en ese ínterin, decía, en los vericuetos de la ciencia va creciendo el alma, el espíritu desde las probetas.

La gente está contenta.

¡Se ha descubierto que el alma existe!

Y van a bailar con más ánimo, con mayor furia, hacia un éxtasis trascendente.

Todo es espíritu, aunque no se note

Uno de los que me inspiran en estas divagaciones acerca de la otra cara de las cosas, de otra dimensión que no es la visible, pero que hace emerger a la visible y la sostiene, es Wilhelm Ostwald, y sus *Vorlesungen über Naturphilosophie*, de comienzos de siglo.

Lecciones sobre la filosofía de la naturaleza.

La cita en alemán es de orden pedagógico, para despertar al lector.

Por lo que sigue:

Ostwald practica la inversión del pensamiento clásico.

Éste se planteaba, desde todos los tiempos, cómo puede haber alma, espíritu, todo eso intangible, en un mundo que es solamente materia.

En otros términos: cómo desde lo material ha de brotar lo in-material.

Había en ese planteo un vicio de fondo, y lo sigue habiendo inclusive hoy.

El vicio causalista que presupone que la materia es lo primero y el espíritu lo ulterior.

Y no les daba.

Del algo visible, ¿cómo se genera el algo invisible?

La dicotomía, en general, del principio espiritual y del principio material ha conducido a todos estos males epistemológicos y filosóficos y teológicos e inclusive morales. Un breve ejemplo: se habla de sexo, y es obvio para todo el mundo que el sexo no existe.

El sexo no existe

Al menos no para el ser humano, y del resto me importa poco, francamente.

Alguien empezó un día a hablar de sexo, de sexualidad, y ahí seguimos detrás de él utilizando su idioma, enmarañándonos en sus planteos, y seduciéndonos en esa casuística.

Y no, no existe.

Usted se enoja, lo sé, pero le repito: no existe.

Y no es cosa de que vaya al baño a revisarse. Usted está muy bien dotada, pero no le estoy hablando de su dotación.

Eso que se llama sexo, sexualidad, es una relación, una relación humana, entre personas y no entre cuerpos.

La mitología del cuerpo solito, sin alma, puro mecanismo fisiológico, nos condujo a barbaries de postulados imposibles, que aun hoy se siguen debatiendo con furor.

Quien haya tenido experiencias de relación erótica sabe que el sexo no es una máquina que si está en buenas condiciones funciona, y si no, debe recurrir al experto en máquinas sexuales.

Aun si fuera una máquina, ocurre que depende de otra máquina.

Que no es como la mía, para decirlo en grueso.

Pero no es solamente eso. El otro no es una máquina ni tiene manual ni pasa por service. Es otro. Con toda su sensualidad, que eso sí existe. Con todo su erotismo, que eso sí existe. Y que depende de mí, que también existo.

En consecuencia, se da cuenta usted, lo que hay en su cuerpo es anatomía, fisiología, química, y hasta física, y psicología, y sociología.

Su cuerpo es todo eso.

Es decir, no es cuerpo. No, el cuerpo no existe. Por eso no existe el sexo.

¿Qué ve en el espejo?

Usted se mira en el espejo y dice que estoy loco.

Fíjese bien. Usted no ve un cuerpo.

Lo que está viendo en el benigno espejo es un ser humano, una biografía, una historia, y a esa imagen que ve la llama, por convención, cuerpo. Es cuerpo, pero no solamente cuerpo. Es símbolo. Es identidad. Es personalidad. Es cualquier cosa menos un mecanismo que se pueda regular.

No, no es regulable, por eso no es cuerpo.

¿Ve qué fácil la demostración?

Con un cuerpo, es decir una cosa, ¿usted hace lo que quiere?

Con mi esposa no.

El sexo y Wilhelm Ostwald

¿Cómo se relaciona el sexo con las teorías de Wilhelm Ostwald?

He ahí un gran interrogante.

Es que el tema ese del sexo me exaspera, francamente, y siempre que lo toco me desvío de los otros temas.

Volvamos, recapacitemos. Decíamos que el cuerpo, creyendo que era cuerpo, destituyó a todos los demás valores.

Por otra parte considero que las únicas verdades eran las que provenían de las ciencias duras, a saber la física, la biología, la química, la oceanografía.

Lo demás no ingresaba en el campo de la ciencia, quiero decir lo relativo al hombre, psicología, filosofía, antropología, sociología.

Y la religión, por cierto, hacía rato que no debía atreverse, siquiera, a rozar el mundo de la ciencia.

Y que nadie dijera alma.

Y que nadie pronunciara la palabra espíritu.

La ironía consiste en que desde la más dura física reaparece el sujeto en la teoría de Heisenberg, según vimos, y el espíritu en la visión de Ostwald:

“Si, según muestra la experiencia, el espíritu se halla ligado con la ‘materia’ que constituye el cerebro de los hombres no se ve por qué no habría de ligarse también el espíritu con cualquier otra materia.

El carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno y el fósforo que componen el cerebro, no se distinguen en efecto de dichos elementos según aparecen por toda la superficie terrestre; gracias al intercambio de la materia, van siendo reemplazados por otros componentes de la misma naturaleza, cuya procedencia no afecta en lo más mínimo a su comportamiento una vez que forman parte del cerebro.

De modo que si el espíritu es una propiedad de la materia, deben poseerla en toda circunstancia los átomos que constituyen el supuesto de la concepción mecanicística, con lo que resulta que la piedra, la mesa, el cigarro están animados, lo mismo que el árbol, el animal y el hombre.”

El huerto de la nuez

La función de lo visible es servir de cáscara para el misterio.

Los cabalistas decían que la realidad es una nuez. Ábrela, penetra en ella, busca.

¿Vieron cómo se parece la nuez, en su interior, al cerebro humano?

Hendiduras, vericuetos, huecos.

El infinito vestido de finito. La eternidad manifiesta en el tiempo.

"Al huerto de la nuez descendí", dice el *Cantar*.

Los místicos se enamoraron de ese poema porque es de amor, y ellos estaban enamorados del amor.

El huerto de la nuez es metáfora erótica. Él desciende en ella. Ella desciende en él. Desciende, se enciende.

Nuez se dice en hebreo *egoz*.

Las letras suman 17.

Siete, los días de la semana. *Diez*, los decires de Dios al crear el mundo.

Cada día, una creación. Cada día tuyo. Cada día uno, único.

Descender, ascender, encender.

"Yo duermo, pero mi corazón está despierto."

Voltaire era feliz

En la obra de Roland Barthes hay un capítulo que se llama "El último escritor feliz". Se refiere a Voltaire.

¿Por qué fue el último escritor feliz, Voltaire?

Tenía contra qué luchar. Ese contra qué era clarísimo, y él tenía clarísimo ante sí la tarea a emprender.

El dogma, toda suerte de irracionalismo, las religiones tradicionales, las inquisiciones, la crueldad, la ilusión metafísica, el invento de la historia.

En fin, todos los enemigos de la razón.

"Era ya una gran dicha, una gran paz, combatir un enemigo tan uniformemente condenable..."

Era en efecto una dicha excepcional tener que combatir en un mundo en el que la fuerza y la necedad se hallaban continuamente del mismo lado: situación privilegiada para

un hombre de talento.

Su pensamiento ya es conocido: Dios creó el mundo como un geómetra, no como un padre. Es decir que no se preocupa por velar por su creación, y que una vez ordenada, el mundo ya no mantiene más relaciones con Dios. Una inteligencia originaria estableció de una vez por todas un cierto tipo de causalidad: nunca hay efectos sin causas, ni objetos sin fines. La relación de los unos y de los otros es inmutable."

La oposición de Voltaire a toda comprensión del Tiempo es muy viva. Para Voltaire no hay historia en el sentido moderno del vocablo, nada más que cronologías.

Firmaba sus cartas escribiendo "*Écrasons l'infâme*", destruir al infame, es decir a todo dogmatismo.

Comprender es perdonar

Al Logos le iba bien mientras luchaba y, al propio tiempo, se sentía víctima del fanatismo, del fetichismo, del irracionalismo siempre vencedor en última instancia, tal cual lo expresa Voltaire.

Da gusto, produce sentido de vida pelear por una causa remotamente ganable pero inmediatamente perdible. Los filósofos pueden ser filósofos en la medida en que se saben aplastados o ignorados, lo que es peor, por el poder.

En la miseria de la razón radica su grandeza, su gigantismo idealista, su humanismo sacrificado, samaritano, prometeico.

Esos fueron los grandes tiempos del humanismo, los momentos estelares de la modernidad. El cogito cartesiano. El tétrico realismo de Hobbes.

La sonrisa irónica de Montaigne. La iconoclastia de Hume. El panteísmo geométrico y antieclesiástico de Spinoza. Hasta Voltaire, hasta Rousseau, hasta Baudelaire, hasta Nietzsche, hasta el ser que es tiempo, que es nada, y luego los comentaristas de los comentaristas.

La guerra se está acabando, y el espíritu heroico ha perdido su objetivo, su objeto todos aprueban al Logos, la religión se retira a un costado y no discute más; el

marxismo, cuando existía, dialogaba amorosamente con los reyes del capitalismo, y no quedó más que la estructura del estructuralismo, las palabras y las cosas, la muerte del hombre, el fin de la historia, la hermenéutica, última *koiné*, como dice Vattimo, de nuestro siglo.

Posmo

Ya no estamos contra nada, contra nadie.

Comprendemos, y comprender es perdonar.

La tolerancia tan soñada, tan anhelada por el intolerante Voltaire se halla instalada, aplaudida, convocada en toda ocasión, por derechas, izquierdas, fascistas, feministas, yoguis, e inclusive nazis.

Nadie niega nada. En materia de ideas, todo está permitido.

Porque Dios ha muerto.

Dios sigue existiendo, es cierto, pero no gobierna.

Lo tenemos para el fin de semana, y para que nos ayude a hacer mejores negocios.

Y toda idea puede ser un buen negocio. Hasta los hippies.

Ding y Be-ding

Ding es la cosa. *Be-ding* es la condición, el sustento. Sin ese apoyo no hay cosa, es decir, deja de haber realidad.

Realidad significa pues, orden de cosas, de ideas, de valores, sostenidos por una condición que le sirve de fundamento.

¿A qué viene eso?

A que eso es lo que nos falta, el fundamento.

El razonamiento del héroe de Dostoievski se está haciendo carne anónima, impuesta por mera rutina.

"Si Dios no existe, todo está permitido", dice aquel personaje.

La muerte de Dios es la muerte de la Ley, de cualquier autoridad suprema para imponer criterios, fronteras, jerarquías.

Es el reino absoluto de Logos.

Pero uno dice Logos y cree que está hablando de aquel viejo y prestigioso Logos que nos vino de la Hélade y se

fue colando por los cerebros más lúcidos de la historia humana.

Ni historia ni humana.

Logos es posmoderno. Es lógica. Y la lógica, desprovista de garantía divina, no dice en sí nada ni apoya nada ni protege nada.

La lógica es un juego. Lo sabemos por Nietzsche, Vahinger, William James, y Heidegger que devela al ser a través del *Dasein*, del *Ding* y del *Be-ding* en *Holzwege*, donde la expresión es *aletheia* que, al propio tiempo que descubre re-tapiza la realidad.

La lógica es epistemología de palabras, de semántica, de sintaxis, de referencia, de tipos, de análisis de lo que la gente dice y si dice bien y cuál es el bien del decir.

Otro bien no hay.

Si se pretende acceder al bien habrá que decirlo y en consecuencia se caerá en las muelles mallas de la lógica.

Al respecto menciono con gratitud la claridad de Rudolf Carnap:

“En lógica no hay moral; cada quien puede construir su forma de lenguaje como la entienda. A condición, sin embargo, si se quiere discutir, de indicar claramente las reglas sintácticas, en vez de dar explicaciones filosóficas.”

Es un juego de combinaciones.

La razón intra-sistemática

Añado como comentario estas expresiones de Jean Brun:

“Ya no nos ponemos en el plano de la comunicación y de la transmisión de un mensaje, sino en el de un juego de combinaciones y de cambios en el que ningún modelo tendría la pretensión de ser favorecido por encima de otro...”

De acuerdo con esta manera de ver, no hay más sentido que el sintáctico y contextual inmanente a un sistema que nada da.”

Inmanente significa interno. No puede salir afuera. No puede dar nada.

Hacia adentro es el sistema que se mide a sí mismo,
se autoriza, se critica, se legitima.

Hacia afuera el sistema está cerrado.

Porque el sistema grande, el Todo Total y Englobador,
ha desaparecido.

No ha dejado de ser.

Simplemente no se lo ve, no se cuenta con él.

Individuos sueltos.

Sistemas sueltos.

¿Qué hacer?

Amar, configurar el sistema propio, de a dos, de a
varios.

Y no vendérselo a nadie.

Capítulo 9:

La autoridad

La muerte de Venecia

Dice Maurice Schumann:

“El siglo XIX es el de la Muerte ‘en’ Venecia; el ocaso del XX puede ser la muerte ‘de’ Venecia.”

La palabra “ocaso” connota muerte, decadencia; también tiene su innegable hábito de fascinante belleza.

Ocaso es occidente.

De *occidere*. Morir. Donde muere el Sol. Para renacer al día siguiente, en el otro horizonte.

Si occidente se occida, el Sol ya no muere, sino que meramente se des-vanece.

Des-hace su vanidad de ser porque se ha perdido el eje, y lo mismo da que gire en torno a la Tierra o la Tierra en torno a él, porque el eje es aquel que sostiene todos los giros posibles.

Ocaso de un mundo

El nuestro es un ocaso de antigua data.

Un ocaso previsto por Spengler. Una angustia descubierta por Freud. ¿O es que ambos —Spengler y Freud, por supuesto que como paradigmas de su tiempo— promovieron el ocaso y la angustia?

Verum y factum, aleccionó Vico, equivalen. Las verdades del hombre son las que el hombre encuentra después de haberlas colocado, inventado, “fabricado”.

Pero coincide, encaja con la realidad. Si no encajara, no sería verdad.

Des-cubrir e in-ventar, en este sentido, si bien corresponden a dos epistemologías enemigas entre sí, la una idealista, la otra pragmática, equivalen.

Es Venecia la que se está hundiendo.

La muerte no sucede en Venecia. Es la muerte de Venecia.

Venecia, la física, y Venecia, símbolo de la belleza, de la poesía, de todo ese *mundo* estructurado en torno a los valores esenciales del hombre:

el bien, la belleza, la verdad.

Dos trinidades constituyen a Occidente, y se entremixturán, aunque no logran fundirse: la de Grecia y la nacida en Judá.

Ahora co-inciden en el ocaso.

Se hunde Venecia, se hunde toda jerarquía, el piso cede, porque no hay autoridad válida.

Ése es el tema. Y hay que atreverse a plantearlo.

Edipo, disfrazado en conflictos afectivos, tiene un eje central sobre el cual edifica el resto de sus "problemas": *la negación del padre, es decir de la autoridad.*

Reflexión de Edipo

En los Diez Mandamientos se incluye el respeto a los padres en tanto y en cuanto ellos son los transmisores de la autoridad. "Para que se alarguen tus días sobre la tierra", dice el *Éxodo XX*.

Con una buena tradición contenedora, un sistema de valores englobador, la vida, desde luego, se torna más efectiva, más prolongada, más *segura*.

Los padres son la tradición.

La tradición es la transmisión de autoridad, de normas, de valores y de garantías.

Todo ello configura *un mundo, un sistema de medios y fines*.

Nosotros tenemos medios.

La tecnología y su maravilloso crecimiento trabaja con toda libertad: su reino es el de los medios.

Fines no hay, sólo medios.

Cuando Freud redescubre al Edipo, plantea el conflicto del hombre moderno, metaforizando el erotismo de la libido universal en el análisis de la soledad del individuo, cuyos padres deben ser eliminados del interior.

Guerra al Super Yo.

Hasta que caiga.

Freud consideraba que algo debía quedar, que no

debía caer del todo. Pero la guerra es así, una vez iniciada es imposible ordenarle abstenciones.

En lugar del brutal "Dios ha muerto", de Nietzsche, es más elegante e inclusive placentero, entre fatídicas culpas y brillantes soluciones, averiguar cómo cada uno va "matando" a su padre, en venganza de todo el matar con que ese padre lo viene matando a uno.

¿Quién ha muerto?

Cualquiera que sea el sujeto de la proposición "ha muerto", en uno y otro caso, nosotros cargamos con la responsabilidad, esto es con la angustia.

En todos los mitos que narran el asesinato de alguien —comenta Joseph Campbell— siempre se está matando al padre.

El *Edipo Rey* de Sófocles sabe mucho más que Freud.

Porque el vienés, padre de la angustia nuestra de todos los días, se limita a mirar en el alma de Edipo y sus relaciones con padre y madre, como si se trenzaran en el vacío, en la eternidad del Ser de la Relación, en la metafísica de la libido.

Sófocles hace ver cómo y cuándo y por qué surge un Edipo, y su coro lo comenta:

"¡Ojalá me asistiera siempre la suerte de guardar la más piadosa veneración a las predicciones y resoluciones cuyas sublimes leyes residen en las celestes regiones donde han sido engendradas! El Olimpo sólo es el padre: no las engendró la raza mortal de los hombres, ni tampoco el olvido las adormece jamás. En ellas vive un dios poderoso que nunca envejece. Pero el orgullo engendra tiranos. El orgullo, cuando hinchado vanamente de su mucha altanería, ni conveniente ni útil para nada, se eleva a la más alta cumbre para despeñarse en fatal precipicio... Los oráculos se desprecian ya; en los sacrificios no se manifiesta Apolo. La religión va hacia su ruina."

La religión va hacia su ruina

La crisis no es de hoy. Del ateísmo nos habla la propia Biblia en uno de sus salmos:

“Dijo el insensato en su corazón, no hay Dios.”

Anselmo de Canterbury construyó sobre ese versículo un edificio de razonamientos que demuestran la existencia de Dios.

In-sipiens, en latín. In-sensato, en castellano.

En el original hebreo dice: *NABAL*. Literalmente: el corrupto, el destruido por dentro como fruto desechable, pasado.

Lo dicho por Sófocles, o por la Biblia, y por tantas otras fuentes en diversos tiempos, señala la crisis, la posibilidad de la crisis.

Crisis es rotura, ruptura. Y a continuación cambio, movimiento de *Aufhebung*, en lenguaje de Hegel, para superar la herida en nuevas síntesis.

La religión va hacia su ruina, es decir, los jóvenes no respetan a los viejos, y se burlan de sus tradiciones.

De esas tradiciones se burlan, no de todas las tradiciones ni de la posibilidad elemental de la tradición como sustento de la existencia sucesiva de las generaciones.

En efecto, se sucedieron crisis, tradiciones, rupturas, reparaciones, y se sucedieron creencias, religiones, sistemas.

Nunca hubo una falla del fondo, de la autoridad última, del debe de haber alguna base, algún *arjé*, en griego, principio, autoridad, fundamento.

La ruina del fundamento

Hoy la religión, institucionalmente, renace y goza de buena salud.

Es reina, pero no gobierna.

Está arruinado el fundamento. Es la ruina de todas las ruinas.

La tradición no tiene sentido, *en general*.

Porque la tradición religa, y nosotros estamos sueltos, y no sabemos construir sino un mundo di-suelto.

Por eso, en verdad, lo que mejor hacemos es analizar, de-construir, desarmar el reloj y contemplar sus piezas.

Somos analistas y comentaristas —en y fuera del diván— de lo hecho, con una sutileza jamás ejercida pre-

viamente en la historia de la cultura.

Lo que no sabemos es qué hacer.

Y no por ignorantes. Simplemente por un motivo básico: la falta de base impide saber qué hacer.

Para hacer se requiere de autoridades que legitimen, exijan, esperen mi quehacer.

Sin ellas quedo relegado al pensar.

Este es tiempo de análisis. Y no más.

Hay un padre anterior a tu padre

También esto es parte y esencia de la tragedia de Edipo. Hay un padre que es anterior al papá del hijo, y que sustenta toda posibilidad de paternidad como ser mayor en que se erija un ser menor: Olimpo, lo denomina Sófocles.

La cumbre de la autoridad. La garantía de toda garantía.

Como en el decálogo de Moisés, que ya mencionamos:
Primero: Yo soy Dios.

Luego: Respeta a tu padre y a tu madre.

Uno es antecedente del otro. Uno es condición del otro.

A Dios se llega a través y dentro de la tradición encarnada en los padres.

A los padres hay que respetarlos porque encarnan esa tradición y de algún modo re-presentan a Dios.

Por eso figura el tema en los diez mandamientos.

Los individuos como tales, padre, madre, pueden ser festejados, agasajados y enviados al mundo a pasear por hijos excelentes.

No es ese el mandamiento.

No se refiere a festejarles el cumpleaños y llevarlos a cenar.

El tema es otro: tienes padres, ellos traen consigo un mundo, recíbelo, y continúa la cadena de la humanidad, y así alargarás tu vida, en términos de seguridad y de fines cumplidos.

Primero Dios.

Dios es el de tus padres.

"Dios nuestro y Dios de nuestros padres", dice el libro de rezos.

Ellos te lo entregaron. De ellos lo recibes.
Dios, es decir el ordenamiento que el término DIOS implica.

Eso debes respetar, internalizar, afianzar, enriquecer.

Puedes, claro está, rebelarte contra tu padre. Es natural. Siempre y cuando sea un problema inter-humano entre tu persona y la de tu padre.

No obstante el sustento que cimenta a tu padre se continúa en la afirmación de tu vida y de la posibilidad de valores.

Eso no admite rebelión.

O la admite tan sólo en nuestro siglo. Y así quedamos, sueltos entre padres e hijos, entre unos y otros, entre tú y yo, con un enorme caudal de amor, y una enorme frustración por lo mucho que cuesta realizarlo.

Rebelión contra la autoridad

Pero, comenta el Coro, "la religión va hacia su ruina" y al pobre papá-rey no le queda más alternativa que morir, y Edipo ha de despeñarse en su propio y "natural" abismo.

Erich Fromm capta este sutil momento de la destrucción de la autoridad como primordial motivación de Edipo.

Volvemos a citarlo:

"El mito de Edipo debe ser entendido no como un símbolo del vínculo incestuoso entre madre e hijo, sino como la rebelión del hijo contra la autoridad del padre en la familia patriarcal;... el matrimonio de Edipo y Yocasta es sólo un elemento secundario, sólo uno de los símbolos de la victoria del hijo que se apodera del lugar del padre y de todos sus privilegios."

Insisto, no obstante, en mi punto: para que tal rebelión pueda tener lugar es menester que los marcos de autoridad del entorno físico-temporal estén resquebrajados.

El porvenir de una ilusión

Si el padre del Olimpo pierde vigencia, la pierde también, por supuesto, el padre de Edipo (en el tiempo de Freud).

El ocaso del Olimpo es la angustia de la generación de Freud, con toda la belleza y exacerbada dulzura del vals vienés.

Olimpo. Padre. Autoridad. Coerción. Civilización. En efecto, es el propio Freud quien sintetiza estos términos:

“Parece, más bien, que toda la civilización ha de basarse sobre la coerción y renuncia a los instintos.”

Freud inserta esas reflexiones en su texto *El porvenir de una ilusión*. En él se refiere a la falta de porvenir de la religión, ilusión de los hombres.

Pero sabe el psicoanalista que una ilusión que es base y fundamento del sistema de valores civilizado, si se diluye, debe ser urgentemente reemplazada por otra ilusión:

“Para desterrar la religión de nuestra civilización europea sería preciso sustituirla por otro sistema de doctrinas, y este sistema adoptaría desde un principio todos los caracteres psicológicos de la religión, la misma santidad, rigidez e intolerancia, e impondría al pensamiento, para su defensa, idénticas prohibiciones. Algo de esto es necesario para hacer posible la educación.”

El vacío existencial

Lo que se hace constantemente con el hombre es educarlo. Para lo que fuere.

En cualquier dirección, pero siempre hacia una dirección. Para educar se requiere una serie de premisas y postulados férreos, es decir autoridades autoritarias, que sólo un esquema mental religioso puede proveer.

De ahí la consecuencia práctica:

“No extrañará usted que me declare partidario de la conservación del sistema religioso como base de la educación y de

la vida colectiva. Se trata de una cuestión práctica y no del valor de realidad del sistema."

Educar con esquema religioso, pero sin fe en los contenidos del esquema, es lo que se nos propone.

El resultado ha sido el vacío.

Victor Frankl lo denomina "el vacío existencial."

Hace falta iluminación

Comenta acerca de la situación de nuestro siglo el polaco Wladimir Weidlé:

"Dios se ha ocultado; el mundo se ha desvanecido...

El hecho de haber quemado las *Almas muertas* compensa el hecho de haberlas escrito, y aun en ese acto Gogol sigue siendo un artista puro...

No se salvará el arte, y no se curará el artista de su soledad, repitiendo en grande el sacrificio gogoliano, ni por un renunciamiento a todos los sacrificios, so pretexto de querer divertir como sea posible a una humanidad hastiada. Sólo será posible salvarla mediante una iluminación nueva del mundo..."

Todos queremos esa iluminación.

Levantamos las manos, cantamos a coro, prendemos velitas en los estadios, y rezamos.

El ritual no produce efectos.

Y otra cosa que rituales masificados no sabemos encarar.

Pero no se produce con ideas. He ahí el tema.

Dos sistemas propuestos

Con la religión en su formato antiguo ya no comulgamos sino en piel, en superficie.

Eso no es religioso.

Religioso es tener un mundo en común, re-ligado y vivirlo como tal.

Sabemos pensarlo, discutirlo, no vivirlo.

Andy Warhol sugiere que lo mejor que le puede pasar al amor es que jamás se consuma, así se mantiene la

excitación en estado puro, y no se arriesga el fracaso.

Y en esa contradicción, aparentemente, vivimos.

En restos de autoridad olímpica que se cuelan con incipientes raíces, endebles, deformes, angustiadas de una libertad tiranizada frente a cualquier autoridad.

Edipo no termina de matar a su padre ni termina de engeguerse en la Nada del ser-sin-autoridad.

El espíritu de la época logró que Freud nos mostrara nuestra imagen de ocaso y angustia en el espejo de Edipo.

Empero, nuestro ensamblaje cultural proviene raigalmente del mundo bíblico que nos ha legado dos —operativamente hablando— mitos aún no asimilados:

—El de Abraham que (se propone) sacrifica(r) a su hijo.

—El del Hijo (Cristo) sacrificado, siendo él mismo imagen del Padre.

El primero es el mito de la autoridad buscada en su principio, al decir de Heidegger.

El segundo es la autoridad del final-finalidad.

De dónde. Hacia dónde.

En verdad se trata de *dos* sistemas de autoridad cardinalmente distintos.

Escuelas de humanidad

Abraham *obedece*.

Jesús *cree*.

Abraham *educa*.

Jesús *inspira*.

Son "escuelas de humanidad" que radican en horizontes lejanos entre sí.

Lo más fácil y sencillo es decir, con ánimo ecuménico, que se complementan.

No soy amigo de los facilismos que, para conciliar sueños de siestas amodorradas, sugieren que todos tienen razón, y que hagamos la gran ronda de amigos y hermanos humanos, total, todos somos buenos y decimos lo mismo.

Así es como se decrece.

Al siglo xx lo seduce el estupor de la gran fraternidad universal de las religiones, las ideologías, los opulentos, Biafra, jeans y juventudes amables, aunque algo ruidosas.

Quiero pensar.

Descartes me enseñó: "La verdad es clara y distinta".
Clara en sí misma. Distinta de otras verdades.

Lo distinto hace pensar, hace crecer, hace ser.

Pensar es dis-tinguir, así como vivir es dis-frutar.

Pocos elegidos

Las crisis son finalmente productos de antípodas co-existentes, disimuladas, camufladas bajo mantos indulgentes y, por cierto, mentirosas.

Lo dijo Jesús: La inspiración es para "pocos elegidos".
(Mateo, XXII, 14).

La educación, en cambio, busca a los muchos y requiere de la obediencia, de la autoridad que va formando y criando tradición.

La educación es regla, regulación, ley orgánica.

La inspiración es libertad, azar, accidente, indeterminación; es decir, fe.

Decían la verdad. Es la puerta estrecha. Los más delgados son los que entran, los elegidos. Los más delgados no lo son de nacimiento, lo son de entrenamiento, de automodelación.

Los elegidos se eligen previamente a sí mismos. Luego son vocados, llamados.

Como todos, desde luego. Todos son llamados, pero pocos se auto-eligen.

Por eso la puerta es tan estrecha.

Madre, fe

En hebreo madre se dice *EM*, raíz de *EMuna*, que significa fe, misma raíz que produce la palabra *AMen*, es decir Yo creo, yo ratifico, yo con-fío.

El padre, en cambio, se llama Alef y Bet, las primeras dos letras, AB, es decir la educación ordenada y disciplinada de primero la A, después la B, el orden de la Ley.

El amor de la fe, y la ley del orden.

La educación, al ser para todos por igual, es —fatalmente, y las excepciones no hacen más que ratificar la regla— impersonal. La inspiración es persona a persona, inflamación inter-personal; sea Dios-Hombre, sea hombre (maestro), hombre (discípulo).

La educación es de los *multi vocati* (muchos son los llamados).

La inspiración, de los *pauci electi* (pocos son los elegidos).

Los evangelios, por cierto, registran el choque entre estas dos esferas de autoridad tan dispares. Ni siquiera contradictorias o contrarias; porque, en verdad, la oposición sólo puede tener lugar sobre un mínimo de plataforma lógica compartida; en cambio, aquí se trata de planos diferentes que no se contradicen, simplemente no se comprenden.

Son dos discursos y sus correlativos metalenguajes.

Van paralelos, y al estilo de la geometría antigua no se cruzan, no se tocan, y en consecuencia vano sería procurar un análisis de confrontación o contradicción.

No dicen lo contrario.

Apelan a mensajes distintos, en horizontes diferentes.

La autoridad del ser personal

El hecho lo registran tanto *Mateo XXI*, como *Lucas XX*, en términos casi idénticos.

Se cuestiona ahí —por boca de “sacerdotes y ancianos del pueblo”— el sentido de los actos extra-ordinarios de Jesús.

“¿Con qué autoridad haces esto?”, interrogan.

La respuesta de Jesús es entre dialéctica y evasiva, o socrática-inductiva, planteándoles el problema acerca del bautismo de Juan: ¿era celestial o humano?

Los hombres deciden responder:

“No sabemos.”

A su vez admite Jesús:

“Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.”

Es que lo milagroso no entra dentro de los cánones jerárquicos de la autoridad. Es extra-ordinario, y su autoridad también lo es.

En definitiva no quiere espantar Jesús a sus interlocu-

tores diciéndoles:

“Con Mi autoridad.”

Esto es: sin necesidad de autoridad. Yo soy la autoridad. Emanada de mi interior, y no del exterior.

Yo, la persona.

Autoridad es un término que alude a algo ajeno que me ofrece sustento o garantía.

La Autoridad es para todos.

Mi autoridad es personal, y va de persona a persona. Tienes que creerme.

Acaba de inaugurarse, de esta manera, un reino hasta ese momento desconocido:

el de la fe

Autoridad de afuera, autoridad de adentro

En verdad el diálogo anterior era imposible.

Los sacerdotes y ancianos del pueblo, descendientes de Abraham y educados en La Ley, entienden que fuera de La Ley nada puede haber como valor. *Persona*, en su concepción, es el que se subsume a la autoridad; *no es* autoridad.

Jesús, en cambio, inaugura una nueva esfera, la de la fe, la del Ser= Autoridad, inspirado, religioso, sin antecedentes —digamos— de jurisprudencia ni tradición.

Es entre yo y tú. Entre nosotros. Entre cada yo y cada tú. La transferencia de la fe.

Inspiración. Empatía. Con-fianza. Improvisación. Del alma al alma.

De persona a persona.

Espontáneo. Su autoridad, que se zafa de todo régimen sistemático, es; *se cree o no se cree; pero no se demuestra.*

Esta es la revolución cristiana.

Los dos Testamentos ni se superponen ni se anulan recíprocamente ni se absorben el uno en el otro. Son *dos* perspectivas sobre lo humano, in-comparables.

Claro que el cristianismo al hacerse Iglesia se cristaliza en autoridad y sistema; se trata de una concesión

político-histórica, un medio de supervivencia institucional.

La persona de Jesús se transvasa en la persona de la Iglesia. Y no es lo mismo, desde luego.

La autoridad personal se des-personaliza y se constituye en una *nueva tradición*.

Un nuevo testamento.

Se inaugura de esta manera la contradicción entre Fe e Institución.

Jesús venía de los profetas, de la fe, de los individuos, de las personas; entre sí.

Ellos, y él, se rebelaron contra la autoridad petrificada, y marchita, del Templo.

Luego, con la fe de ellos, se hizo otro Templo.

Es una constante de lo humano. Necesita petrificar lo sublime que halla a su paso, cosificarlo, para que no se le pierda.

Así es como se pierde...

La anti-autoridad: el místico

La tradición produjo su antídoto, la fe.

La fe produjo su antídoto, la tradición, la nueva tradición.

De todos modos la idea cristiana, la novedad de Jesús, y la finalidad de esa novedad como pedagogía, es fe= autoridad= persona= revelación individual.

Kierkegaard y Theilard de Chardin, a título de ejemplo, coincidirán en esta meta final de lo cristiano.

Los místicos están a favor de la fe, de la persona. Eso era Isaías, eso era Jesús. La autoridad de Jesús está, si se puede hablar así, en otro místico, en Isaías, es decir en un poeta.

Sabido es que en la República, lo enseñó Platón, no hay lugar para los poetas, y deben ser expulsados.

La República prefiere la organización de la Institución, y no hippies de la creencia en términos personales.

En lenguaje de Juan de la Cruz, místico del Renacimiento:

"Vive en este mundo como si no hubiera más en él que Dios y tu alma, para que no pueda tu corazón ser detenido por cosa humana... Los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazón vacío y solitario."

Vaciarse

Vaciarse del mundo y llenarse de Dios.

Ser uno. Afirmarse en lo Absoluto. A mitad de camino, sin embargo, está la vida de todos los hombres todos los días. Éstos se ven bifurcados entre categoría anarquistas= religiosas= místicas= personalistas, y lo ordinario de la existencia que postula, en efecto, orden, es decir organigrama de altos y bajos, superiores e inferiores, fundamentos y consecuencias, maestros y alumnos.

En algún punto las dos paralelas —con otras de origen grecorromano, filosofía y polis— se cruzan, se mezclan y se desvirtúan en una *mélange* gestadora de sucesivas crisis, hasta la nuestra.

Ciencia y filosofía

La autoridad autoriza, convalida, legitima. Para ello requiere de otra autoridad que la garantice.

El sistema de autoridades, pues, no puede eludir la estructura piramidal o, al menos, estratificada que matemáticamente permita deducir una autoridad de otra.

La ciencia pregunta por las causas.

La filosofía, por los fundamentos, las autoridades, la razón de ser de la razón que trata al ser y cree hacerlo desde el punto de vista de la verdad.

La ciencia da por sentado que lo sabido vale.

La filosofía que la sostiene presume que el valor del saber se apoya en el valor de la verdad, y que ésta, a su vez, es el valor de todos los valores.

Heidegger lo expresa diciendo que toda filosofía es fatalmente inactual.

"Todo preguntar esencial de la filosofía sigue siendo necesariamente inactual; o se adelanta mucho al hoy correspon-

diente, o lo hace retornar a lo que ha sido antes y *al principio*... Cuando una filosofía llega a estar de moda, o no es filosofía real alguna, o está erróneamente interpretada, es decir, se habrá empleado con abuso, según necesidades cotidianas e intenciones extrañas a ella misma."

Adónde vamos, de dónde venimos

La autoridad puede hallarse en el "adónde vamos" o en el "de dónde venimos"; el principio o el final, la suprema finalidad.

No obstante, requiere ser extremista, instaurarse *in extremis* del pensamiento y del ser pensante.

En la existencia de la autoridad radica la razón de ser del conocer.

El conocer es el que pone al ser, como el poeta pone al héroe, según Píndaro. Decía el lírico griego que los héroes le deben a la poesía épica su existencia y su trascendencia.

Sin esa palabra que los fija, serían in-trascendentes.

La autoridad de la palabra es su monumento más durable.

Y si bien mantenemos nuestra divagación en el circunscrito —y circunspecto— campo del "hombre interior", de ideas y creencias, no cabe duda de que el concepto "autoridad" es uno solo, y se aplica en idénticos términos, en cuanto su posibilidad, estructura, esencias y consecuencias, a lo ideológico y político.

No menos cierto es que pensamos, como amamos, a la enseñanza de Platón, en referencia a lo que *no* tenemos, a lo que nos falta, o "hace falta" como se dice más callejeramente.

Ideas de Mannheim

"Nuestra tarea inmediata habrá de consistir en experimentar y ensayar nuevas formas de autoridad en nuestras comunidades y grupos unidos por experiencias comunes. Hemos de encontrar nuevas formas de autoridad que no se basen ni en la obediencia ciega, ni en ese tipo de experiencia colectiva de formación lenta que era el ideal de los anarquistas y del liberalismo racional. Deben de existir formas de

autoridad entre esos dos extremos.

... Las ganancias de Hitler se debieron a la demora causada por la lentitud de los países democráticos en llegar a una decisión... Lo que una democracia militante tiene que proponerse es formar actitudes mixtas y la capacidad de responder diferentemente según sea la tarea o el problema de que se trate."

Los planteos y soluciones pertenecen a Karl Mannheim, y son de 1943. (*Diagnóstico de nuestro tiempo.*)

Es una expresión de deseos. El conocimiento logra describir la realidad. El deseo aspira a una realidad, pero debe tener un mínimo de bases lógicas para ser entendible.

No sé cómo sonaban las palabras de Mannheim hace cincuenta años atrás. Hoy, en cuanto planteo, son ciertas; en cuanto deseo, ingenuas.

Las grandes esperanzas de ayer son las ingenuidades de hoy.

Libertad y autoridad

El laberinto que se teje entre la "libertad" y la "autoridad" es infinito e imposible. "Formar actitudes mixtas", como sueña Mannheim, unas para responder rápidamente a cualquier Hitler, otras para *no* responder vehementemente en otros casos (¿cuáles?, ¿quién decide?, ¿quién responde?, ¿a qué debemos responder?, ¿cómo?), tiene aire de ciencia-ficción.

La crisis es justamente consecuencia del doble juego, del un poco sí pero no tanto. Y Mannheim fantasea seguir con ese doble juego, pero sofisticarlo, refinarlo.

El científico —sociólogo— finalmente confiesa (al igual que Freud):

"El conflicto entre los intereses inmediatos y las responsabilidades distintas se transforma en asunto de deliberación cotidiana. Sólo una generación educada por la religión o, al menos, en el plano religioso para la distinción entre la ventaja inmediata y las cuestiones permanentes de la vida, podrá ser capaz de aceptar el sacrificio que todo orden democrático debidamente planificado exigirá de continuo

de todo individuo y grupo particular en interés de la totalidad.”

Sí, pero ya es tarde.

El éxito de la culpa

No para la religión.

Nuestro tiempo *es* particularmente religioso en sus aficiones, tentaciones, tendencias, pero no es su realidad.

La gente tiene ansias de religiosidad, de misticismo, de Dios, bajo diferentes máscaras, dentro del universal juego de pan y circo.

Los jefes de Estado hablan constantemente de Dios, y a Él se remiten.

Hay una suerte de discurso fetichista para que Dios ayude.

En realidad la re-incorporación de Dios a la vida política tiene un sentido evasivo:

—Lo que yo, en calidad de presidente, senador, diputado, no pueda remediar, queda remitido a Dios.

El misterio ayuda a la evasión de responsabilidades.

Frente a Dios uno puede ser culpable, frente a la gente hay que ser responsable, prosaicamente responsable.

Es más fácil ser culpable. Uno dice:

—*Dis-culpe.*

Y luego se lava las manos.

Fue un gran político el que inició el lavado de manos. Otros siguieron con el lavado de cerebros, y mantienen esa tradición.

La culpa tiene buena prensa y excelente publicidad en este siglo. Suena religiosa.

—Dios mediante —dicen políticos, vedettes, comentaristas de deportes.

Trae buena suerte, piensan.

Está bien visto, y bien oído.

Éxtasis de sueltos

Un manto de mentido misticismo se abate sobre el universo.

Que cada uno se realice.

El místico es individuo, frente a Dios, solo.

Libre. Exaltado. Y su habla es balbuceo. Total, él se entiende, y Dios lo entiende.

Los otros, también enfrascados en ese sí mismo único y exclusivo, también balbucean, y se expresan libremente.

La comunicación, gracias a la religiosidad del individuo exacerbado, se torna obviamente imposible.

De esta religiosidad estamos llenos.

Carecemos de religión como estructura condicionante de una trama humana de ser los unos con los otros, en toda conducta.

Cunde el alma emocionada.

Los cantantes cierran los ojos, se exprimen enteros, para emitir su mensaje evangélico.

La gente cierra los ojos y levita para alcanzar a captar ese mensaje ultramundano.

Individuos sueltos, éxtasis sueltos en sociedades de masas, sueltas.

No hay religión, auténticamente hablando

El término *religio* en su natural ser latino nos habla de "ligarse, unirse". "Iglesia" es de origen también latino y traducción del hebreo *keneset* que significaba "reunión, agrupamiento".

Ocurre hoy que las tendencias religiosas, valga la paradoja, son anti-religiosas, es decir de des-integración. Repitamos la fórmula de Juan de la Cruz: "Los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazón vacío y solitario".

El místico español aludía a la necesidad de *vaciar* al corazón de mundanales bienes, para que haya espacio para Dios.

Hoy la imagen "corazón vacío" tiene *otro valor*, pero idénticamente invita a la presencia divina.

¿Quién autoriza —estimado Mannheim— esa "distinción entre la ventaja inmediata y las cuestiones permanentes de la vida"?

Imaginemos una respuesta:

—La autoridad máxima, Dios.

Tampoco es valedera esa respuesta.

Dios *era* la autoridad que autorizaba a todas las autoridades, la cúspide de la pirámide o la base, como se quiera; pero la cúspide o la base son de una pirámide, de una estratificación de jerarquías.

Dios se traducía en sistema-de-mundo y engranaje-de-valores.

Si *eso* no está más, Dios merece otra traducción, la puramente individualista y dis-gregada, di-suelta.

La base que falta

Ahora es el sistema todo el que está puesto en duda.

Algunos porque niegan a Dios; otros porque lo afirman; otros porque gustan de "otros" dioses y, en consecuencia, de otros sistemas.

Justamente: *ya no sabemos cuáles son "las cuestiones permanentes de la vida", y por eso se hace tan difícil vivir al día, porque, sin embargo, sí sabemos cuáles son esas cuestiones permanentes de la vida, pero no creemos, no tenemos en qué autoridad apoyar esa fe.*

Hable, diga lo suyo, no se inhiba

De ahí el balbuceo místico.

De ahí también la "in-comunicación" de los que se comunican moviendo labios y pronunciando palabras monologales. Sea cual fuere el misticismo que se practicare (con o sin Dios clásico), se reduce siempre a eso que Friedrich decía de lo místico desde el ángulo opuesto:

"Cuando el alma habla, ya no habla el alma."

El nuestro es tiempo de almas que hablan su no habla trascendiendo cualquier oído, reglas gramaticales, conexiones semánticas.

Se puede decir misticismo, o poesía, o teología absoluta del yo soy, y que los demás se evaporen.

Nosotros somos felizmente herméticos

Tómese como ejemplo los diversos ensayistas en materia de metalenguaje. Son poetas o místicos o teólogos. Es imposible comprenderlos. Hay que intuirles, empatizarlos. Roland Barthes, por ejemplo. O el maestro de la hermenéutica e interpretación, Lacan.

“Todo es neurosis o se convierte en ella cuando la ambivalencia establece la distancia del individuo respecto de su ser y el mundo, en el primer conflicto con que lo gratifica su aparición a la existencia.”

Es así.

Tómelo o déjelo. Lo entiende o no lo entiende.

Esto no se estudia ni se aprende. Viene de golpe y requiere ser captado en su *gestalt*.

Y como no hay autoridad para el decir ni para el entender, el lector correspondiente a ese texto sacude la cabeza afirmativamente, con gesto de complacencia sobradora.

Funciones y órganos se van modelando recíprocamente.

El hermetismo es la claridad vigente en la actualidad en todos los modos de expresión.

Hay metalenguajes, sublenguajes, paralenguajes. Es lo que más se desarrolla.

El lenguaje propiamente dicho, aquel del cual se habla, contra el cual se habla, desde el cual se desvía el habla, ése no existe, porque sería el normativo, atado a algún “Diccionario de autoridades” (título *realmente* filosófico del producto académico).

El otro se dice y yo me entiendo

El hermetismo comunicativo es por una parte confusión, babelismo, y por otra una manera de no estar atado a significantes y a significados previamente codificados.

En fin, un modo de ser libre, de decir gustosamente lo que siento sin que el otro entienda nada. Tampoco es necesario que atienda.

El decir se ha tornado decir-se. Los verbos terminan

siendo reflexivos; de los transitivos quedan pocos.

Pero el otro a su vez es libre en consecuencia, entiende lo que quiere. Porque su trabajo no es ser el otro de otro sino el mismo del sí mismo, *y en consecuencia mientras el otro se dice yo me entiendo.*

Es que en realidad el otro no existe.

Está ahí, pero no existe. No es parte de mi existencia. Ninguna trama nos liga ni re-liga.

Ergo, hablo, digo, expreso. Me auto-realizo. Expresar es ex-presar-se.

¿Para quién? Para nadie. Para mí mismo.

Libertad.

Y así vamos comunicándonos en la nebulosa de la libertad ocultista. Junto con la libertad florece el horoscopismo. Los astros se dedican a ti, y nada más que a ti. ¡Gloria!

Mirar ventanas cerradas

Para decirles algo claro, y no caer en las alcobas de mortecina luz de mis propios hermetismos, les leo una página de Baudelaire que tal vez ilumine este panorama:

“El que de afuera mira por una ventana abierta, nunca ve tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, más misterioso, más fecundo, más tenebroso, más deslumbrador que una ventana iluminada por una vela.

Lo que se puede ver al sol, siempre es menos interesante que lo que pasa detrás de un vidrio. En aquel agujero negro o luminoso vive la vida, suena la vida, padece la vida.”

Murió Descartes, se sabe.

Murió su anhelo de que la verdad sea “clara y distinta”.

Ni clara ni distinta.

Mis amigos dicen:

—Ésa es tu verdad, ahora te diré la mía.

Yo les replico:

....

Mentira, bajo la cabeza y no les replico nada. A mis soledades voy.

Esquizofrenia axiológica

Apelemos ahora al pensamiento de Max Scheler, un gigantesco pensador de nuestro siglo por esa su clarividente honestidad que le hizo pasar, durante su vida, por los más diversos y antagónicos sistemas de pensamiento; esa fluctuación entre autoridades resulta quizá la más paradigmática y sintomática de esta era.

Scheler nos enseñó a componer —en una misma vida, por un solo individuo— varias melodías pasajeras en materia de filosofía. Recalemos, pues, en su texto *Sociología del saber*:

“Lo que hace que se entremezcle una religión dominante no es nunca la ciencia, sino el que se seque y muera su fe misma, su *ethos* vivo, es decir, el que una fe ‘muerta’, y un *ethos* ‘muerto’ ocupe el lugar de la fe y del *ethos* ‘vivo’... “

El problema es la co-existencia de lo vivo y lo muerto, lo tradicional y lo revolucionario, el “hogar dulce hogar”, como idea-ideal aún vigente, y la realidad cotidiana que sugiere que el honor no es precisamente la dulzura, y sin embargo, la fiesta de cumpleaños y el amor recíproco, y sin embargo...

Autoridad es fe, confianza; ésta queda minada por la vivencia del anti-valor.

Los valores escritos y declamados no exactamente son los valores vividos.

Lamarlo hipocresía sería banal. Más bien, quizá, deba ser tildado como esquizofrenia valorativa. Porque el hombre abraza a ambos bandos por igual, con idéntico afecto.

La gente, de buena que es, hace un becerro de oro

Esto me recuerda un cruel análisis de los talmudistas acerca de un episodio bíblico revulsivo.

Cuando Moisés sube al Sinaí, a traer las tablas de la ley, ellos, el pueblo, abajo, entre aburridos, desalentados, y sin televisión a mano, se dijeron:

—¿Y qué hacemos?

—Hagamos un becerro de oro que represente a Dios. El hombre es jugueteón. Era un juego. Entonces convocaron a la segunda autoridad, al sacerdote Arón, hermano de Moisés.

Y le dijeron:

—Queremos que nos hagas un becerro de oro para adorarlo, como si fuera Dios.

Por cierto era una herejía, una infamia.

¿Qué hizo el pobre Arón?

Decirles:

—Ignorantes, herejes, imbéciles, ¿cómo se atreven?

No hubiera dado demasiado resultado.

Arón tonto no era. En consecuencia, tuvo una gran idea salvadora:

—Bien —expresó—, me parece genial lo que proponen. Sólo que tendrán que desprenderse de sus joyas y de ese modo haremos el becerro.

Confiaba en que su egoísmo y el amor a la valiosa materia los haría desistir del proyecto.

No, no desistieron. Cada uno entregó sus joyas y nació el becerro de oro.

Esta es la historia.

¿Qué dijeron los talmudistas?

—Era buena gente, aquella. Cuando les pidieron que aportaran para el becerro de oro, aportaron. Luego, cuando se les reclame que aporten para construir la casa de Dios, aportarán...

La crítica es feroz. Buena gente. Aportan para comprar alimentos para los niños de África. Aportan para comprar armas para destruir a los padres de los niños de África. Buena gente, sí.

Les da lo mismo una causa que otra, y no hallan contradicción entre las causas. Contra el aborto y a favor del abandono de la infancia. ¿Por qué no? El que se dedica a la ecología de peccecitos dorados, después de todo, ya no tiene tiempo para dedicarse al cólera en poblaciones indefensas. Inclusive puede estar a favor de ambas causas valiosas y al mismo tiempo votar, también a favor, de la guerra en Malvinas. ¿Por qué no?

Hombres sueltos, valores sueltos, aportes sueltos.

Buena gente, eso sí.

La hamburguesa, la ópera, el yoga

La neurosis es la autoridad que cada uno tiene derecho a tener.

Emerge de ser buenos, de dar aquí, de dar allá, y de no distinguir críticamente entre valores.

Viva la hamburguesa, viva la ópera, viva Kafka, viva la droga, viva el hambre, viva la beneficencia, viva el yoga, vivan las acciones que suben en el mercado.

Mucha gente conocida por mí hace yoga, hace meditación, hace cosas, hace de todo para estar más frescos y macrobióticos en el mundo de los negocios cuya mayor finalidad es aplastar a los demás.

Hay que tener mucha salud para ejercer la sana competencia, dicen.

Pero eso sí, a favor de la vida.

Estamos siempre a favor de la vida.

El problema es educar

El problema es cómo educar con fe, sí, pero muerta; *ethos*, sí, pero muerto.

¿Quién se atreve a educar a su hijo en la senda de la tolerancia, justicia, verdad, amor al prójimo —REALMENTE?

¿Quién se atreve a lo contrario, educar para la agresividad, la competencia, cada otro es tu infierno?

Cualquiera que sea la opción que se elija siempre se podrá demostrar que estamos errados, que mentimos, que optamos —a veces— por lo contrario de lo proclamado como bueno (en uno u otro vértice), y por otra parte, que el hombre no es tan lobo como parece, ni tan oveja como quiere parecer.

¿Dónde está la autoridad que nos diga qué significa ser hombre, es decir qué debe hacer un hombre para llegar a ser hombre?

Una de indios

Cuéntase que los comisionados de Virginia ofrecieron a los indios de Williamsburg, en 1744, un colegio donde

obtendrían la mejor educación, y gratuita. Los indios cortésmente rehúsan tan notable propuesta porque, alegan, ya tuvieron un tipo de experiencia semejante, y cuando los indios educados volvieron a sus hogares resultó que estaban muy "mal educados" y no servían para gran cosa. "Sin embargo —concluyen— no nos sentimos menos obligados por vuestro generoso ofrecimiento, aunque declinamos aceptarlo, y para demostraros nuestra gratitud, si los caballeros de Virginia nos envían una docena de sus hijos, nosotros cuidaremos de su educación, los instruiremos en todo cuanto sabemos y haremos de ellos hombres."

De todos modos nótese que la diferencia entre la gente de Franklin y los indios de Williamsburg consiste en que parten de disímiles premisas acerca de qué significa ser hombre y, por tanto, de qué es una buena educación.

Tenían premisas diferentes, autoridades distintas. Podían en consecuencia: a) dialogar, intercambiar ideas, puesto que cada bando tenía las suyas formadas, armadas en un contexto de categorías firmes; el diálogo sólo es posible si cada interlocutor sabe qué dice y qué pretende decir, en consecuencia puede expresarse con claridad; b) discrepar radicalmente aunque, también, coincidir radicalmente en que cada uno era fiel a su autoridad, sus premisas.

"Educaré a mi hijo en plena libertad"

El hombre contemporáneo —el consciente, el reflexivo— dice: Educaré a mi hijo fuera de todo dogma, autoridad, en máxima libertad de criterios.

Ese auto-engaño, que tanto cunde en la sociedad contemporánea, es el que trae nefastas consecuencias que resumiremos en varios puntos minimalmente centrales:

a) Fuera de todo dogma significa al azar del dogma que se te ocurra; no bien afirmas *un* principio, se torna dogmático;

b) La flojedad de una educación aparentemente sin principios permite que el alma joven sea avasallada por el primer principio fuerte que encuentre en su camino,

en cualquier horizonte del quehacer, privado, social, ideológico, político. El corazón vacío, si no busca a Dios, va en pos de ídolos que, por naturaleza de definición, son terriblemente celosos. La más libertaria de las épocas históricas —la nuestra— es también la más fanática y criminal;

c) Permítaseme aquí citar a Ortega:

“Se renuncia con laudables pretextos de cordura a descubrir el secreto de las últimas cosas, de las cosas ‘fundamentales’ y se mantiene la mirada fija exclusivamente en ‘este mundo’. Porque ‘este mundo’ es lo que queda del Universo cuando le hemos extirpado todo lo fundamental; por tanto, un mundo sin fundamento, sin asiento, sin cimiento, islote que flota a la deriva sobre un misterioso elemento.”

Cimientos

Cimientos, fundamentos, autoridad, fe en. Siempre hay algo trascendente sobre lo cual germina cualquier inmanencia. Aristóteles inventó para el movimiento un “motor inmóvil”.

Un primer motor del cual se derivará luego todo el movimiento.

La autoridad requiere también de una primera autoridad.

O, y esta es la gran opción que soñaron los iluministas, que la sociedad se críe críticamente de tal manera que cada cual sea persona, sí mismo, autónomo, y RACIONAL, de manera que la autoridad de cada uno ratificará a la autoridad del otro.

Sólo en una vera igualdad puede darse una autoridad racional y racionalista a la vez.

De eso estamos lejos.

La razón creció hacia afuera. Felizmente ya vamos a la Luna y volvemos.

Pero no somos más felices, a decir verdad.

A decir verdad, la verdad de la ciencia crece, y la de la tecnología la supera.

Pero a decir verdad, cuando el uno le dice al otro la verdad, el otro se enoja mucho, y nos sentimos muy mal con la verdad entre nosotros.

Con las cosas nos va genial, como dicen los chicos.
Entre nosotros no sabemos qué hacer.

La utopía del positivismo

Autoridad, sentido, valores, finalidad —son todos vocablos de variada especie semántica, pero tienen un “fondo” de entronque común, una “astucia de la razón”, al modo hegeliano, para liberar al movimiento a base de un —oculto o visible, sabido o inconsciente— motor inmóvil.

La utopía del positivismo consistió en imaginar al movimiento sin motor inmóvil, a la humanidad plenamente desenvuelta en lo racional sin necesidad alguna de recurrir a autoridades siempre trascendentes. Asistimos hoy al entierro de ese ingenuo positivismo, el de la pura e inmaculada y buena razón.

Hay una magnífica obra de J. M. Bochenski, *¿Qué es autoridad?*, quizá única en su género, que procura analizar el fenómeno de la autoridad en sus coordenadas lógicas.

“Hay dos tipos de formaciones ideales correlativas que pueden constituir el ámbito de una autoridad. Y hay también dos clases de autoridades: una que tiene como campo las proposiciones y la obra que versa sobre las órdenes. La primera vamos a llamarla ‘autoridad del saber’, o *autoridad epistemológica*... La segunda, la que tiene como campo las órdenes, puede denominarse ‘autoridad del superior’ o *autoridad deontológica*...”

Ser y deber-ser

Algunos nos dicen que *es* verdad —epistemológica.
Otros nos dicen que *debe ser* verdad —deontológica.
Lo epistemológico se refiere al ser del *conocimiento*.
Lo deontológico es el ser del deber ser.

En ambos casos se cree en la autoridad.

La fe será y fue el lazo magnético que une al motor inmóvil de la autoridad y al movimiento que de ella se desprende. En la ciencia y en la filosofía y en la religión y en lo político y en el hogar.

Sólo que en la ciencia se trataría de una autoridad demostrable, justificable, y la fe podría volverse razón.

Creo en el médico, pero sé por qué creo; hay datos racionales que justifican esa fe y la tornan saber.

La otra es fe por fe, sometimiento, hipótesis de trabajo que no puede ponerse en duda ya que está más allá de lo verificable o refutable.

Digamos, pues, que la humanidad va evolucionando de lo deontológico a lo epistemológico.

También lo sostenía Comte.

Esta imagen es parcialmente cierta.

Tiene validez hasta que el positivismo estalla y produce sus mayores frutos culminantes en nuestro siglo.

Ahí se inicia *el proceso inverso*: la epistemología comienza a "evolucionar" hacia la deontología.

Evolución de la involución

¿Por qué esta evolución de la involución? En términos más fácticos: ¿qué necesidad tiene el científico de laboratorio todos los días de practicar yoga o meditación trascendental o deísmo subliminal en sus horas de ocio?

La respuesta está en la pregunta. No "por qué", sino, en forma de aseveración: *porque lo necesita*.

Necesita sostenerse, es decir ser-sostenido para no ser "un islote a la deriva".

Más aún: lo epistemológico depende, esencialmente, de lo deontológico. La autoridad del saber —traducimos— está condicionada por la vigencia de la autoridad de una escala de valores dentro de la cual "vale la pena saber". Lo racional se mueve —como todo lo que se mueve humanamente hablando— a partir de algún "motor inmóvil", una secreta autoridad que dictamina que es mejor pasarse la vida sabiendo que cazando mariposas.

El racionalismo, el ateísmo, el anarquismo, y todo ismo liberalista que anuncia la liberación del hombre de todo yugo autoritario, funcionan como esquema *dentro de un marco de autoridad*, y suelen ser más fanáticos e inquisitoriales que los peores savonarolas.

¿Qué le digo a mi hijo?

Pero todas estas abstracciones, repito, no son más que comentarios al pie de la página que consta de una sola frase:

—¿Qué le digo a mi hijo?

El Antiguo Testamento fue escrito totalmente sobre la necesidad de dar respuesta a esa pregunta, piedra fundamental del concepto "humanidad". Los textos bíblicos no se cansan de aconsejar: "Y dirás a tu hijo" (*Éxodo* XIII, 8); "Y repetirás a tus hijos" (*Deuteronomio* VI, 7).

El mayor peligro radica en los "hombres de buena voluntad", predicadores, maestros, filósofos que despararraman optimismo y confianza, desde Erich Fromm hasta Alvin Toffler (*La tercera ola*) en una especial receta que mixtura lo más científico con alta dosis de ternura humanista, parroquial.

Así, por ejemplo, habla Erich Fromm:

"No necesitamos ideales nuevos ni metas espirituales nuevas. Los grandes maestros de la humanidad han postulado las normas para una vida sana.

... La revolución de nuestros corazones no exige una sabiduría nueva, sino una seriedad y una dedicación nuevas. La tarea de imprimir en las gentes los ideales y las normas que guían a nuestra civilización es, ante todo, tarea que incumbe a la educación."

Claro que, sigue Fromm, ahí está la llaga: el sistema de enseñanza no anda bien y está plagado de defectos. Entonces Fromm sigue predicando los medios a implementar para lograr sus platónicas ideas.

Me arriesgo y me opongo a Fromm

Ocurre que Fromm es un científico (psicología) y habla de temas no científicos, o al menos no de su especialidad científica, con la autoridad del científico.

Para decirlo en términos de Bochenski: se torna autoridad deontológica bajo el disfraz epistemológico.

Habla Bochenski:

“Ningún científico como tal es portador de la autoridad en el ámbito de las proposiciones prácticas.”

Y más adelante:

“Ningún científico como tal es portador de la autoridad en el ámbito de las proposiciones axiológicas.”

Y luego:

“Ningún científico como tal es portador de la autoridad en el ámbito de las cuestiones filosóficas, ideológicas y religiosas.”

La educación está fuera del ámbito científico en cuanto a la fundamentación de su ser y sus fines.

Hay una ciencia de la pedagogía, de la didáctica, del cómo educar qué, pero no una ciencia de la educación.

Por eso Gilbert Highet habla de *El arte de educar*.

Arte es ciencia, con vida, sentimiento, pasión, personalidad, compromiso de inmersión.

¿Qué principios guían hoy al educador?

En la pintura no decido yo QUÉ ES LA PINTURA. Yo pinto a partir de un saber que es postulado inicial y que guía mis pasos. Yo decido en cambio CUÁL HA DE SER MI PINTURA.

Mi pintura es posible porque existe LA pintura.

La educación es un postulado básico, un derivado de una autoridad filosófica, o ideológica, o religiosa, o de las tres juntas, que establece qué es la educación, adónde va, adónde debe ir, adónde queremos que vaya.

Eso se le debe entregar al maestro antes de que entre en la clase.

Después ejercerá el arte, el sí mismo.

La *mélange* contemporánea de autoridades-sin-autoridad produce los efectos conocidos en las aulas de las escuelas y en las aulas de la calle y los diversos medios de comunicación masiva, los mayores y más fecundos maestros.

La no-autoridad que vibra en la atmósfera da lugar a germinaciones autoritarias pasajeras, a mistificaciones

polícromas, al cambalache del histórico tango.

“¿Qué se puede esperar?” —preguntaba concienzudamente Kant.

Las cartas sobre la mesa

Están los “evangelistas” que prometen un futuro mejor en nombre de la ciencia y de datos comprimidos en computadoras.

En tiempos de la antigüedad se los denominaría “falsos profetas”. Se los reconoce por su sonrisa coagulada en un optimismo de frases hechas rociadas con una que otra duda, y citas de autoridades de la física, la química, la arqueología, y otras.

Los científicos deberían ser los primeros en formar una ofensiva de ataque contra toda pretensión de autoridad científica en temas de los valores de la vida humana, para decirlo brevemente.

Los esfuerzos titánicos y tantálicos de Konrad Lorenz por demostrar que la agresividad es “buena cosa”, causan pena, humillación.

Hay que clarificar el lenguaje y saber con precisión qué es deontológico y qué epistemológico.

Ya que el edificio de la autoridad relativa al deber-ser está derruido, los grupos humanos —ideologías— deben asumir su situación de *dogmas*, anunciarlos como tales, y decidirse a proclamar que están dispuestos a luchar por ellos, sin-autoridad epistemológica, sin demostracionesseudocientíficas.

Bochenski:

“Un destacado filósofo americano decía que es la nuestra una época de análisis; yo diría que no es menos cierto que vivimos en la época de la autoridad.

Muchos hombres lo sienten así, y quieren liberarse de la autoridad; son anti-autoritarios, como gustan de definirse. Mas cuando se contempla precisamente a los enemigos más radicales de la autoridad, se descubre casi siempre que son justo ellos los que obedecen a una autoridad distinta sin duda de aquella que pretendan combatir, pero autoridad al fin y al cabo.

Querámoslo o no, vivimos en la época de la autoridad.”

Está en el aire

Como si pudiésemos elegir.

No elegimos. Ni sabemos en qué medio de autoridad respiramos. Está en el aire. Se lo respira, automáticamente.

“Profundamente inmersa en las funciones sociales, como parte inalienable del orden interno de la familia, el vecindario, la parroquia y la corporación, y ritualizada a cada momento, la autoridad está tan íntimamente ligada con la creación de tradición y moralidad que se hace notar escasamente algo más que el aire que el hombre respira.”

Llevada la imagen hasta el final diríamos que:

- a) el aire no siempre es el mismo;
- b) cuanto más componentes tenga, más tóxico será;
- c) el aire es un *datum*, está ahí, irrevocable; no pueden anularse sus componentes; a lo sumo conocerlos, deslindarlos, y conocer sus efectos;
- d) si no podemos incidir en el aire, algo podríamos hacer para incidir en la respiración.

Capítulo 10:

Uno nace y ensaya un camino

La obra es el ensayo

“Los de antes ensayaban escribir, pensar.
Los de hoy ensayamos vivir, cazando mariposas sueltas.
Tengo la sensación de que nos contentamos con poco.”

Ensayamos vivir, dice Milan Kundera.

Antes la vida era teatro.

Teatro, es decir: libreto, actores, dirección y espectadores.

Claro que lo nuestro, lo humano, era teatro porque tenía la suerte, entonces, de contar con El Espectador. El ojo de Dios entonces tenía vigencia.

Dios sigue existiendo, pero no contamos con Su Ojo.

En consecuencia también se desmorona el libreto. La libertad exige que seas todo lo que puedas ser.

Hoy no hay obras, hay ensayos.

Y nos contentamos con poco, es cierto. La eternidad se ha retirado, el Ojo está eclipsado, y uno se siente tan efímero, que nos contentamos con poco, porque la producción creativa, dentro de la cósmica sensación de lo efímero, no puede ser sino efímera, *poca, apocada, ensayo de ensayos*.

Se acabó el mundo

Antes de que el comunismo estatal y unificado de Europa oriental produjera su gran deshielo, hubo un descalabro mayor, sin ruido, sin televisión y por tanto sin conciencia

—¡*Se acabó el mundo!*

Ya nada más puede acabarse.

El mundo no es el mundo.

El mundo es una idea, muy completita, armada, es-

estructurada, con antes y después, con arriba y abajo, con vale la pena y no lo vale tanto.

El mundo es la suma de prejuicios en la que caemos cuando arribamos sartreanamente al mundo.

No sé exactamente cuándo fue ni cómo fue. Supongo que las gotas se van sumando en algún vaso invisible hasta que un día uno amanece como el bicho ese de *La metamorfosis*, y ve al vaso rebasado de puro roto.

El mundo, cuando existía, era una especie de recipiente matriz en el que tenían cabida y emergencia todos los mundos posibles: izquierda, derecha, revisionismo, anarquía, nihilismo, progreso, positivismo, ateísmo, credos, estandartes, cúspides.

Todos querían algo, y aunque quisieran algo distinto, todos querían lo mismo desde el parámetro de la mismidad de un *mundo* compartido por la elemental visión de un pasado que conduce a un futuro y nosotros en el medio poniendo los ladrillos de alguna catedral del infinito porvenir.

Fue entonces cuando Freud dijo que la ilusión no tenía porvenir, porque el porvenir sería demasiado real, y Freud creía tenerlo apresado en un puño.

Freud creía en la racionalidad, en el inconsciente que es superado por el consciente, y el hombre que se coloca por encima de sus represiones y no necesita volver a mamá a pedirle que le acaricie la cabeza y lo consuele.

Era la ilusión de Freud y de ese mundo que tiraba abajo mundos para fundar otros en su lugar.

Eso decían los cabalistas de Dios:

—¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo?

—Creaba y destruía mundos y volvía a crear...

Rama y serrucho

La ilusión de Freud consistía en que se acabarían las ilusiones de los otros, las religiosas, y nacería un mundo sustentado por su ilusión, la de la razón pura.

Era socrático.

Era iluminista. Era judío y creía en el futuro, en el hombre que es capaz de ir más allá del hombre. Lo ayudaba su cultura alemana y el mito del *Über-Mensch*, del "Super-hombre" nietzscheano.

Se acabaron las ilusiones.

Y como la idea *mundo* era mundo de ilusiones o ilusiones del mundo, se acabó el mundo.

Eso no fue demasiado previsto. Se suponía que uno serrucha la rama sobre la cual se aposenta y luego cae en una rama más sólida.

Y uno se equivoca. Es humano. No era previsible que el serrucho se adhiriera a la mano y ya no se retirara más.

El azar y la necesidad

A medio siglo de distancia de Freud escribe Jacques Monod en su libro. *El azar y la necesidad*:

“La racionalidad, el conocimiento sólo aprehende la necesidad. Lo que se repite. O lo aprehende o lo configura de esta manera.”

Otra cosa no puede hacer el intelecto, enseñaba Henri Bergson. No puede captar sino lo inerte, lo inmóvil.

O, dicho en términos invertidos: lo que el intelecto aprehende queda automáticamente inmovilizado, cosificado.

La vida lo rebasa. *Y la vida son valores. No lo que necesito, sino lo que quiero necesitar.*

En los tiempos de Freud de esto no se sabía mucho, o no se quería saber, para mejor fundar la ilusión de una vida compuesta de leyes, de racionalidad, y sin accidentes emotivos.

Lo único que nos hace vivir, sin embargo, son los accidentes emotivos.

Aquí entra a tallar Monod:

“En un sistema objetivo, toda confusión entre conocimiento y valores está *prohibida*. Mas, esta prohibición, este primer mandamiento que funda el conocimiento objetivo no es en sí mismo y no sabría ser objetivo: es una regla moral, una disciplina. El conocimiento verdadero ignora los valores,

pero hace falta para fundamentarlo un juicio, o más bien un axioma de valor.

Es evidente que el plantear el postulado de objetividad como condición del conocimiento verdadero constituye una elección ética y no un juicio de conocimiento ya que según el mismo postulado no podía haber conocimiento 'verdadero' con anterioridad a esta elección arbitraria. El postulado de objetividad, para establecer la norma del conocimiento, define un valor que es el mismo conocimiento objetivo.

Aceptar el postulado de objetividad es pues renunciar a la proposición de base de una ética: '*la ética del conocimiento*'."

Sólo de ilusiones se vive

Es decir:

Quien proclame la superioridad de la razón y su absoluto reino, por encima de cualquier otro dominio, está declarando su fe en un postulado que no es de índole cognoscitiva, sino creencia, valor, que dice: conocer es bueno, es lo mejor que podemos hacer. Es ético conocer. Aunque lo ético no sea cognoscible por la vía de ese conocer.

La razón depende de la ética. ¡Notable!

Eso Freud no lo sabía aunque, inconscientemente, lo practicaba.

Ahora bien, eso, por ser valor, es del orbe —insisto— de la ética.

De lo que se infiere que la religión es una de las tantas ilusiones posibles.

Otra es la ciencia.

En fin, lo que venía diciendo:

¡Se acabó el mundo!

El mundo, como construcción estructurada, se acabó.

Ahora es la era del ensayo, de la libertad, de la creatividad y de la melodía pasajera.

Ergo existo.

¡Y me encantan las ilusiones!

Comentarismo

Por ejemplo, puedo escribir esta tarde las líneas más graves diciendo que Freud en *El porvenir de una ilusión*

encaró la gran polémica imaginaria entre un tipo ilusorio o ilusionado (es decir religioso) y otro sublimado, superado, asumido, es decir científico a rabiar. Freud es el segundo. Pero la pelea la gana, y de lejos, en el escrito de Freud, el primero.

Es imposible vivir sin ilusiones.

Y ahora es imposible vivir sin Freud y llegué tarde, porque hay bibliotecas enormes compuestas sobre la obra del maestro Lacan, soberano emperador de todo comentarismo posible.

A eso iba:

El nuestro es el siglo de los comentaristas.

Comentaristas de maestros.

Comentaristas de autoridades.

Debe de ser la humildad la que nos acorralla y la que nos empuja a rendirle pleitesía a Heidegger, culto, idolatría, el último gran comentable.

Luego desenterramos a Nietzsche.

Por suerte que alguien pensó antes, y a nosotros nos toca el nimio papel de comentarlos.

Lo hacemos de tal modo que el otro, oyente o lector, nada entienda, y lo forzamos, de esa manera, a comentar lo que está percibiendo, no sea que entienda todo claro y distinto, al modo cartesiano, y se largue a dormir la siesta.

No, que se esfuerce y haga sus comentarios sobre los comentarios. Tampoco él será entendido, y así garantizamos la perpetuidad del comentario inmortal.

Y eso era lo que buscábamos, la inmortalidad.

Con-textuales y forcluidos

Sí, ya fueron escritos los textos.

Somos con-textuales.

Yo y mi circunstancia, decía el español. Nosotros avanzamos en la simplificación mágica: pura circunstancia. Mejor: *circum*. Que significa circular, es decir, alrededor.

Otros creen que *circum* es circo. No, es lo que está alrededor de *stantia*.

La forclusión, si es que me captan.

El éxito de Lacan es aterrador, orgiástico.

Entre el falo y la "completud" hay mil años de esperanza.

Posmodernidad

En el comienzo fueron los ensayos. Gente que ensayaba el pensamiento. Fragmentos presocráticos o de filósofos akhenatónicos.

En el comienzo fue el pensar, salpicando textos de Homero o de Dios bíblico.

Luego fue la era —llegada hasta nuestros talones— de las obras completas, los estudios con comienzo, medio y desenlace. Los tratados. La obra cerrada.

Después advino Umberto Eco para señalar que estábamos en pleno apogeo de la obra abierta, el puro ensayo, el ensayo del ensayo, la fragmentariedad como objetivo, el residuo como consistencia, el dolor de parto sin voluntad alguna de parir. Algunos le dicen posmodernidad.

El hombre-post

Pero yo os digo que se trata simplemente de *post*, el *post* del *a posteriori* en estado de pureza.

Después de todo la poesía se sabe excluida de la Res Pública.

El calavera ya no chilla, con el perdón de la expresión.

Y perdón porque los posmodernos somos pautadamente cautos en materia expresiva y cuando comentamos lo hacemos con la autoridad de miles de notas al pie de página, y eso porque todos estamos en contra de la cultura clásica y libresca y pedante.

Por ejemplo, yo mismo me he contenido bastante pero ahora me libero y les cito a Lewis Mumford, y a su libro *Las transformaciones del hombre*, donde se habla del ser *post-histórico*.

Podríamos vernos también como *post-diluvianos*, lo que daría lugar a una fórmula básica:

después del diluvio, yo.

El yo al final, como enseñaba la maestra de primer grado.

Después del diluvio, yo

Un yo que ensaya.

Me viene a la mente Faulkner, el de *Absalón, Absalón*.

“Lo que sucede es que nacemos junto con muchísimas más gentes, al mismo tiempo, entremezclados...”

Ensayamos, porque hay otros que ensayan.

También podría traer a colación a Ingmar Bergman y su *Después del ensayo*, insinuando que el *hombre-post* ya no pretende la posteridad, ya ha desistido de petulantes distinciones entre bambalinas y realidades y, finalmente, está renunciando a la ventura —siempre frustrada— de estrenarse, puesto que la imagen esa del mundo-teatro también ella no va más, y gana el cero.

El teatro es teatro.

¿Y el mundo?

Una ilusión de Calderón.

¿Cómo empezó todo?

El animal se para sobre sus dos patas traseras y ahí permanece.

Ahora las delanteras las tiene libres. Son manos.

Está extraño, se siente extraño, es extraño.

Antes era parte del entorno, como los árboles, los bichitos de luz, las arañas y los tiernos o tenebrosos tigres.

Ahora está parado. Eso le permite mirar y tomar distancia. Está frente al mundo.

Es de él pero no es de él. Se siente extraño, extranjero. Aunque el contexto está ligado a su piel, a sus fosas nasales, sin embargo ya no es lo mismo.

Ahora es otro. Todo es otro.

Se encuentra con otros animales parados sobre las dos patas traseras, como él, con las delanteras libres, como manos.

Con unos se une, los de su grupo. La unión consiste en ser enemigos de los mismos enemigos. Se necesita tener un enemigo en común para que la unión se imponga.

¿Y qué se hace con las manos?

Cosas. Herramientas para sobrevivir. Para defenderse de los enemigos. Para atacar a los enemigos. Para defenderse del frío y de las alimañas. Para hacer trampas, lanzas, techos de paja.

Para hacer fuego.

Para la supervivencia.

Con el tiempo algunos grupos tienen viviendas, fuego, comida, y una buena artesanía de flechas, lanzas, garrotes, y viven bastante tranquilos.

Entonces les sobra el tiempo.

Entonces se ponen inquietos, porque no saben qué hacer ya que todo está hecho y no hay ningún enemigo a la vista o en probable acecho.

Entonces piensan. Ahí, como chispa, brota el pensamiento.

Libre del mundo enemigo el ser ese puede contemplar al mundo tranquilamente. Y a la hembra esa que está al lado de él. Y a las crías que por ahí se arrastran empujando maderitas, piedras, comiendo amapolas, mariposas, pastos frescos.

Se contemplan.

Piensan, sienten, se ven.

Descubren que las manos también sirven para tocarse, abrazarse, sentirse.

La sensualidad los hace sonreír gozosamente.

No saben decir amor, pero aprenden a apreciar ese calorcito que se derrite entre las costillas.

Están deslumbrados. Las crías los miran y reproducen sus gestos.

Continuarán luchando por la supervivencia. Habrá palacios, habrá chozas, habrá ausencias.

Habrá sueños, habrá esperanzas, habrá mejillas húmedas y mares en apogeo.

¿Qué es la felicidad?

De tiempo en tiempo aflora algún enemigo, otro grupo, otro como uno, otro que quiere dominarlo a uno, usarlo, o eliminarlo.

O el huracán. O el hambre. O el miedo al hambre.

También habrá televisión, PERO también habrá mo-

mentos extremadamente felices de yo y tú, sin más.

¿Qué es la felicidad? Nada. Nada que sirva para algo. Algo que no sirve para nada, salvo para considerarse indispensable en este extraño mundo donde uno es tan, pero tan extraño.

Y alguno que se va.

Y alguien que lo despide.

Qué extraño, ¿no?

Es el hombre.

Es la vida.

Tristeza

La belleza, en grados superlativos, la perfección, lo sublime me lanzan siempre hacia el misterio, y hay ahí una suerte de éxtasis, y dentro de ese éxtasis que tiene aromas de algún karma inasible, dentro de él, late un dejo de tristeza.

La grandeza sólo es concebible si te sientes pequeño, grano de arena. Es la mayor conciencia de gozo y tristeza a la vez. El milagro y la melodía pasajera.

En el *Zohar*, el libro del misterio llamado por los hebreos *Cábala*, textualmente el libro del esplendor, se explica el movimiento del alma como el movimiento de la llama de una vela. Esa alma tiene varios colores.

Así lo dice el *Zohar*, y deben creerme.

La tristeza es un momento de la alegría, su interioridad, la zona oscura del crecimiento claro.

Ansias del alma

Según Platón el alma, antes de nacer, estuvo en otro mundo, una esfera puramente intelectual, y luego al nacer, se introdujo en el cuerpo, y así es que aparecimos en este planeta.

Soma es cuerpo. Platón decía que *soma* era *sema*, que en griego es cárcel. El cuerpo es la cárcel del alma.

Y cuando estamos tristes se debe a que el alma añora el regreso a su primera patria.

¿Y por qué, te preguntarás? ¿Por qué lo pasa tan mal acá que siente nostalgia de regreso al punto de origen?

Te respondo, en nombre de Platón:

Ese punto de origen, ya comentamos, era de puro intelecto. El cuerpo donde se fue a meter el alma es un exilio, porque está lleno de deseos, pasiones, que le gusta, que no le gusta, que esto y no aquello, siempre por motivaciones secundarias, y eso no es vida para el alma.

Tantos sacudones la entorpecen en su marcha hacia lo alto que es el lugar donde nació.

Entonces quiere irse. Tanta esperanza y des-esperanza la tienen fatigada. En el orbe del intelecto no hay emociones ni sentimientos ni la angustia porque no me llamaste por teléfono anoche.

Ahí todo es permanencia e identidad. Eternidad.

El alma tiene ansias de eternidad.

Discrepo con Platón, si me permiten

Pero yo no, no quiero ese tipo de alma.

No quiero la eternidad del número, y de la raíz cuadrada y de 3,1416.

Yo te quiero, y sufro porque el alma se desgarran en contradicciones, pero este sufrimiento es vida, y esta vida es fe en que Platón tal vez no tiene razón, y quizás en lugar de saber de dónde venimos más valiera saber adónde vamos, y yo creo que vamos hacia la composición del alma.

En fin, digo yo, no vino el alma hecha desde otro mundo. Vino en plenitud de rusticidad y nada, y soy yo el que la está modelando, soy yo el que la está haciendo.

Y yo la donaré al universo, para enriquecerlo.

Un desvencijado oso de peluche

La tristeza, la genuina, cuando es, es tierna, es un desvencijado oso de peluche, es una pátina que se deposita sobre las cosas que permanecen mientras la vida transcurre sobre ellas.

Simples cosas, pero llenas de alma, de tu alma, de tu inextricable, insondable, inconmensurable, incandescente alma.

La tristeza se abre como flor.

Es un aroma. No necesita del llanto.

Si supiste alguna vez de la tristeza, sabrás de qué balbuceo.

El afuera te pone

Cada uno tiene sus puntos sensibles.

Me gustan ciertos giros del castellano, son toda una filosofía.

Dice mi madre, desde la reposera, mirándome niño:
A mí me pone triste...

Te pone.

También hay aconteceres que te ponen alegre.

Tenía yo unos 17 años y paseaba por la plazoleta que hay, que había, detrás del Cabildo de Buenos Aires. En ese predio unos puestos ofrecían libros usados. Me deleité ojeándolos. Encontré uno, pequeño, de tapas ocre, todo subrayado adentro. Algo me impulsó a leer.

Ahí decía: "el triste comienzo de la primavera".

¿Imaginaste alguna vez que se podía decir el triste comienzo de la primavera?

Quise llorar.

Que nadie se entere

El triste comienzo de la primavera.

No sé qué tiene de triste esa frase, qué repercusión obra en mi ánimo. Triste debe de ser la evocación interna de todas las primaveras que por ser hermosas tuvieron su erupción de tristeza, de la felicidad que con otro ojo alcanza a divisarse a sí misma como pasajera y mientras se encuentra, se acaricia y se esboza el gesto de los dedos que diseñan una remota desaparición.

Eso, apariciones y desapariciones.

No te pongas triste, no. No le temas a la tristeza, porque es buena, es sabia, es la única sabia. Tampoco te fuerces para estar alegre. Si te viene, si te irriga, déjala ser.

No, no es enemiga de la alegría. Es su gemela, es el mismo sol, pero enfocado desde el eclipse.

Saudade, le dicen en portugués. Nostalgia. Memoria. Memoria del recuerdo del futuro que aún no fue y del pasado que no deja de ser.

No la rechaces. Tampoco la escondas. Tampoco la denuncies.

Que no se enteren.

Preguntarán, indagarán, hincarán escalpelos diligentes. Que no se enteren.

Hay cosas para uno mismo, y hay que resguardarlas, como la santidad, que nadie la profane.

No, que nadie se entere.

La gente sabe compartir desenfrenos de botellas burbujeantes en ruidos periféricos, y gritos de desesperación y desgracias.

Tristezas, no.

Llévala a un rincón, como la niña a su muñeca de desvaídos trapos, y cobijala, que no se resfríe.

Que nadie se entere.

Todo lo que queremos es contradictorio

Queremos la seguridad. Queremos la libertad. El querer suele llenarse de objetivos contradictorios.

Queremos la tibieza en pleno invierno y una ráfaga helada cuando el estío encandila.

No tenemos conflictos, somos conflictos.

La contradicción entre el querer, el poder, el lograr, el hacer, el llegar.

Vamos hacia donde queremos, pero rara vez queremos ese horizonte en el que desembocamos en nuestro devenir.

Luego, si ese horizonte es de plenitud, nos encanta engañarnos y decirnos:

Toda mi vida luché por llegar a Alfa.

Y lo creemos.

Son dulces engaños.

Maneras que disponemos para eludir el misterio ese de no saber cuánto hay de mí en mí, cuánto en la ola que me arrastra, cuánto en el viento que mueve la ola, cuánto en el aire que...

El determinismo y la adorable imperfección

Laplace elaboró la tesis según la cual todo este misterioso y milagroso y mago mundo perdería sus salomé-

nicos (*vid.* Bernardo Ezequiel Koremblit) velos de lo ignoto si la ciencia avanzara hacia sus supremas culminaciones.

La maravilla, sugería Laplace, emerge de nuestra ignorancia.

Pierre Simon De Laplace (1749-1827) imaginó que si se diera una inteligencia suprema

“que en un momento determinado conociera todas las fuerzas que animan a la naturaleza, así como la situación respectiva de los seres que la componen, si además fuera lo suficientemente amplia como para someter a análisis tales datos, podría abarcar en una sola fórmula los movimientos de los cuerpos más grandes del universo y los del átomo más ligero; nada le resultaría incierto y tanto el futuro como el pasado estarían presentes ante sus ojos”.

Nada es maravilloso para quien conoce de dónde deriva cada acontecimiento y cómo podría ser previsto.

No pienses en la rueda ni en los aparatos ni en el movimiento de los astros.

Piensa en tu vida.

Piensa en el amor que es tuyo, es decir de tu yo, algo donde se juega tu voluntad, tu anhelo, tu tú mismo absoluto; piensa en eso, y si siguieras a Laplace concluirías aceptando que eso tan tu-yo, no es tu-yo, porque tu yo no es tuyo, es de la gran maquinaria universal que te hizo nacer un día, y otro día te hizo ir al baile del barrio, y ahí mismo te movilizó al baño, y en el camino al baño te tropezaste con la Marcela, y ahí quedaste prendado y ella encandilada, y ...

El resto de la historia lo conoces.

Según Laplace, nada de fortuito hubo ahí. Todo estaba pre-determinado por causas y efectos.

No elegiste nada ni te encontraste con nadie.

Rueditas de un mecanismo inabarcable, nos movemos, somos, estamos, amamos. Pero no elegimos, no.

Sin embargo no te pongas triste. Tal inteligencia no existe. Si existe es Dios, y Laplace a Dios no lo quiere, porque no es científico.

Ya citamos a Monod.

Dice Monod que la necesidad es cosa de ciencia, y la evolución es cosa de azar.

Si no hubiera azar, considera el científico francés, no habría imperfección.

Las mutaciones se insertan en azares de imperfecciones cuando en la gran maquinaria de Laplace algo falla.

Adoro la imperfección.

Lo más hermoso de la existencia se lo debemos a ella.

El Relojero y tú

De modo que vive tu vida, elige tus elecciones, créete libre, y aprovecha hasta que esa diabólica inteligencia aparezca y nos transforme a todos en tuercas que no saben que son tuercas.

Diría Pascal, si pudiera leer estas líneas:

"No obstante, el hombre sería la única tuerca que sabe que es tuerca."

No es consuelo.

Ya vimos *Tiempos modernos* de Chaplin, y sentimos una profunda aversión por un universo manipulado como una máquina.

En todo caso, preguntaría Leibniz, ¿quién da cuerda a la máquina?

Leibniz tenía la peregrina idea de que todos, y todo lo que existe, somos así como relojes.

¿Cómo hacemos para comunicarnos?

A través del Relojero. Él nos pone en hora, y nos combina a los unos con los otros.

Tampoco me satisface demasiado, te digo la verdad.

Prefiero no saber.

Prefiero el misterio. Te prefiero a ti.

¿Quién te entiende?

No se da lo que se quiere, pero si no se quiere nada se da

Hasta que Laplace tenga razón y se corroboren todas las causas y todos los efectos posibles de esta inescruta-

ble partida de ajedrez que es mi vida, sigo atando cabos y desatando conexiones.

No, la trama no es mía.

Yo soy un acontecimiento dentro de la trama.

La vida se me va tramando entre lo que quiero y lo que me sale, me sale de adentro o me sale de afuera, del otro, de lo otro.

Eso sí sé, y es mi pequeñísima sabiduría:

Debes querer algo para que te salga lo otro.

Lo otro, eso que te sale, y que termina siendo tú, que te incorpora, y que tú lo haces yo y luego lo envuelves en pañales de vocaciones lejanas que estuviste incubando, pero que en realidad es azar; y circunstancia con gotitas de voluntad, matices de obstinación, esfuerzo, deseo, sueño, búsqueda, y finalmente el encuentro, ese otro, ese encuentro que jamás coincide con el diseño previamente establecido en el yo quiero, ese encuentro puede darse siempre y cuando quieras que *algo* se dé, siempre y cuando que *algo des*.

Paul Valéry en Eupalinos reflexiona:

“He nacido varios y he muerto uno solo.”

Esa es la tristeza. Soy tantos y me reduzco a tan poco.

Pero nadie te obliga a reducirte. A decir verdad, sí, te obligan, exigen que seas alguien-algo, un ser definido, demarcado, establecido en ciertos límites, para que mejor puedan relacionarte contigo, y para que no causes zozobras a los otros entes sociales, cosificados en ser lo que son y no más.

Te obligan, pero puedes ser las múltiples posibilidades de tu ser, de tus vocaciones, que son tus llamados interiores, sin necesidad de que los otros te aplaudan.

No les cuentes. No les comentes. Responde lo que esperan de ti, y el resto guárdalo para tu propia esencia compartida con, como decía el romance, “quien conmigo va”.

No tolero esa queja perpetua de:

—¿Y qué quiere que haga? La sociedad de consumo nos obliga...

Esa fuga...

No acepto esa fuga que de Bach no tiene nada y de culpa todo. La sociedad de consumo, en efecto, te consume, pero no te consume.

Consumición es lo que le debes a la sociedad.

Consumación es lo que te debes a ti mismo, y al otro mismo, que es parte de ti mismo.

No te evadas cargando culpas sobre la sociedad, la televisión, la publicidad y el status que te exigen todos.

Sonríe, la sociedad te ama.

Y el resto vívelo donde no hay controles sociales. Y es mucho el campo, y es amplio.

Píndaro decía:

“alma mía, no aspire a la vida inmortal,
agota el campo de lo posible”.

Hay que irse por las ramas

Volviendo a Valéry, gran maestro del hombre interior, del ser libre, del oído creativo:

“Para que las oportunidades no se nos escapen, es preciso que el oído esté atento y los ojos estén bien abiertos.”

En gran medida, la orientación depende de la conciencia —lo más amplia posible— de las oportunidades y perspectivas, así como de la intensidad de la vida en el momento dado.

La vida del hombre joven la ha comparado un poeta con un árbol de ramaje tan vario como abundante, que apunta hacia todas partes. A medida que transcurre el tiempo, las ramas van cayendo naturalmente y sólo quedan las que crecen más alto. Parece fundamental hacer crecer este árbol de la vida para hacerla lo más rica y variada posible. Parece fundamental que las ramas que han de subsistir se escojan lo mejor posible.

Árbol y bosque

La imagen del hombre y del árbol abunda en la reflexión literaria.

Gide decía que el hombre, cuando es asfixiado por la presión social, no puede sino crecer hacia lo alto, es decir hacia Dios.

En su lenguaje:

“Los novelistas nos engañan cuando explican el individuo sin tener en cuenta las compresiones de su alrededor. El bosque moldea al árbol. Se le deja tan poco sitio a cada cual ¡Cuántos brotes atrofiados! Cada cual lanza su ramaje por donde puede. La rama mística se debe, la mayoría de las veces, al apiñamiento. No se puede escapar más que hacia arriba.”

A veces Dios es la culminación de la ansiedad del amor entre nosotros.

A veces, según Gide, Dios es la ausencia del hombre, la presencia de la masa y la asfixia; entonces no cabe más alternativa que ser la rama que va al cielo, recta, en fuga de la tierra.

Balzac sostenía que el hombre es como el árbol, para modificarlo habría que plantar a todo el bosque al mismo tiempo. Uno solo, como las golondrinas, no hace verano.

En esta tesis no hay fuga posible. La sociedad te hace, te moldea y no te deja respiro.

No pretendo lograr conciliación de tesis.

Medito, tan sólo. Pienso —si es que pienso, realmente— que estamos determinados en todos los ángulos, y que sin embargo cuando logramos hallar un resquicio de luz auténtica, propia, excavada desde las cuevas más nuestras, es que somos felices.

Y es una maravilla que en ocasiones logremos serlo.

Yo soy un cóctel

Todo lo sólido se disuelve, se desvanece. Una frase de Marx. Lejana en el tiempo, cercana en la realidad. Ese

podría ser el lema del siglo, y la culminación del humanismo.

Primero se disolvió Dios, luego se disolvieron todos los elementos constituyentes del mundo de Dios, se quedó el *cogito* cartesiano solo y pensando y pensándose, y al pensarse termina encontrando que ese yo tan omnímodo, regio y divino que encabeza la operación suprema del pienso, en realidad no es, está disuelto en momentos, situaciones, circunstancias, y la unidad del ser es ella misma pluralidad de emergencias.

Aun en su ánimo jocoso y exultante no puede ser eludido este párrafo de Oliverio Girondo que en 1932 tenía la osadía de mirarse en su realidad palpitante y descubrir esa disolución:

"Yo no tengo una personalidad; yo soy un cóctel, un conglomerado, una manifestación de personalidades... hay personalidades en todas partes, en el vestíbulo, en el corredor, en la cocina hasta en el wc... imposible saber cuál es la verdadera.

En vez de contemporizar, ya que tienen que vivir juntas, pues no señor, cada una pretende imponer su voluntad sin tomar en cuenta las opiniones y los gustos de las demás...

Mi vida resulta así una preñez de posibilidades que no se realizan nunca..."

El hombre que se mira el ombligo

El avance hacia el yo solo y todopoderoso lo deja, al hombre de este siglo, finalmente desvalido.

Cuanto más se busca tanto menos se encuentra, o se encuentra disuelto, o se halla trozado en tramas de causalidades profundas que los desbordan desde el inconsciente particular y privado hasta el inconsciente colectivo. Esta búsqueda del ombligo, el ombligo del ser, el ser yo como ombligo del mundo, esta mirada hacia adentro condiciona terminantemente al hombre del siglo xx que en busca de suavizar su angustia existencial quiere conocerse, sumirse en los abismos de su categoría existencial y desde ahí rescatarse.

Se mira el ombligo, porque afuera no hay qué mirar.

La mirada tiene por normalidad dirigirse hacia el

exterior, que se refleja, claro está, en el interior.

Pero si se ocupa solamente del interior-interior, es porque afuera, quiero decir en el mundo de los valores, de la humanidad, no encuentra valores que marquen rumbos.

En consecuencia el ombligo debe marcar el rumbo.

Y no está para eso, pobre.

En consecuencia me des-espero.

El análisis

En la ausencia del quehacer brota el análisis.

El psicoanálisis, efectivamente, nace cuando el mundo comienza a derrumbarse.

Digo *mundo* en el sentido de una estructura de valores, medios, fines, ética, nosotros, historia, sentido, ideología, creencia.

Mundo es sistema, orden, jerarquía.

Los vales de Strauss en la Viena de Freud estaban al servicio de dar vueltas y vueltas y marearse de movimiento mientras ese *mundo* se iba deshaciendo.

En consecuencia no queda qué hacer.

Por tanto hay que analizar.

El individuo solo, con su ombligo, sus obsesiones, su historia y el origen de todo eso.

Edipo. Yo, papá, mamá. Solos y disueltos.

Afuera, nada.

Ergo, vayamos adentro.

También Agustín, un milenio y medio atrás, decía que sólo el adentro es importante.

Él decía eso en el sentido de *retirarse del mundo*, y meterse en otro mundo.

El mundo interior de Agustín y de otros que en el mundo han ido predicando la supremacía de la interioridad confrontaba un mundo con otro mundo.

Era por presencia de este mundo que se elegía el otro.

Mi reino no es de este mundo, dich o por Jesús, implica que hay otro mejor, que estoy en contra de éste, que tengo contra qué luchar, y que este interior, justamente, llamado alma, considerada divina, está para luchar contra ese exterior.

¡Y vale la pena luchar!

Nosotros nos quedamos sin exterior. El exterior nada dice. Compra, vende, nada más. No quiere nada, no desea nada, no va a ninguna parte.

El análisis, por tanto, busca refugio en el interior, un refugio de la total ausencia del exterior.

Antes el exterior era motivo de lucha, de ataque, o de engrama, de engranaje que me incluía, me cobijaba, me daba lugar en el cosmos y sentido en la existencia.

Ahora se fue. Se acabó el mundo. Solos, interiores.

Interiores a la fuerza, no por elección, sino por falta de elección.

Voy al analista.

Para saber quién soy.

No le puedo preguntar para qué estoy. Es lo único que me interesa.

Debo averiguar quién soy, pero desde y hacia el ombligo.

¿Para qué estoy?

Freud dice que a esa pregunta responde la religión.

Freud dice que la religión no tiene porvenir, no tiene sentido.

Entiendo que el sentido de mi vida me lo tiene que dar algo que no tiene sentido.

Estoy confundido, muy confundido.

Entonces me analizo. Me acuesto en el diván y cuento. Cuento adónde fui, a qué fui, de dónde vengo.

Mi madre, dice el analista, no es mi madre, es la imagen que tengo de mi madre.

Me parece correcto, atinado. Cuando me encuentro con ella me pongo mal porque no sé con quién me estoy relacionando, si con mi madre, o con la imagen de mi madre.

En última instancia es lo mismo. Porque es el ombligo lo único existente. Seguramente no es mi ombligo sino la imagen de mi ombligo.

Así podría yo divagar durante milenios.

Y es un deporte que me fascina. Me crié con talmudistas, y aprendí a jugar con las ideas, y las paradojas y los metalenguajes. Todo eso me fascina y gran parte del tiempo lo dedico a esos menesteres que me arrancan del mundanal ruido y me arrojan al paraíso del intelecto en juego, placer de placeres para quien lo probó.

Todo va bien. Todo está bien.

Pero hay momentos en que me pregunto para qué estoy, y entonces dejo de mirar adentro, el ombligo ya no sirve de punto de apoyo, y miro afuera, busco afuera y...

Entonces cabe ya no el análisis, sino la síntesis: construir el mundo, para darme un lugar dentro de él.

Ése sería el sentido de la vida.

Lo notable es que no se rescata ni se alivia; al contrario, se analiza —se fragmenta en trozos— y luego no alcanza la etapa de la síntesis, el encaje de los fragmentos en un diseño abarcador.

Es que el diseño no puede venir de adentro.

Fatalmente proviene del exterior.

Más análisis

El análisis, la palabra lo sugiere, es des-hacer lo hecho para ver en qué consiste, de qué está compuesto, cómo se ligan sus partes.

Viene después del quehacer.

Si no hay quehacer, el análisis gira en el vacío.

El quehacer es síntesis, es armar, es construir, con lapsus, con errores, con complejos, con repeticiones y sombras de repeticiones, con mamá a cuestras, con papá gritando leyes, *pero hacer, hacer, y eso es vivir, vivir.*

Análisis es pensar.

El quehacer es el que da material para el pensar.

Pero desde el pensar no se hace el quehacer, la vida cotidiana, las zapatillas del nene, y no me despiertes cuando te levantes a la madrugada.

Eso no se hace con ideas, sino con normas.

El análisis, por así decir, es el comentario de la película. No la película.

Esto me recuerda un corto de Chaplin, de los mudos. Carlitos es relojero.

Viene un cliente y le trae un reloj para arreglar. Carlitos lo toma, lo abre, lo va destripando, arroja todas las piezas afuera. Luego se rasca la cabeza y no sabe cómo ha de continuar su labor reparadora. Entonces toma todas las piezas, las mete compulsivamente dentro del

armazón metálico y redondo, y le pone la tapa, y se lo devuelve al cliente diciéndole:

—Ya está.

El hombre fáustico

Spengler, el autor de *La decadencia de Occidente*, denomina al hombre moderno con el calificativo de *fáustico*.

Obviamente deriva la nominación del personaje Fausto, de Goethe.

Fausto es un estudioso, metido en bibliotecas, en busca de la verdad.

Un día se le aparece Mefistófeles. Es hijo del Diablo. Es el Enemigo de Dios, y del hombre. Odia los valores en los que el hombre cree, y su filosofía es la del nihilismo, nada tiene sentido, nada vale la pena, y todo lo que hay que hacer es tomar la vida tal cual viene, y disfrutarla, y cuanto más y más rápido, mejor.

He aquí un fragmento de la obra de Goethe:

MEFISTÓFELES

—Nadie os traza el camino que debéis seguir. Si deseáis gozar en cada cosa un poco y coger al vuelo lo que os plazca, podéis hacerlo. Únicamente os aconsejo que pongáis en obra vuestro proyecto y que no hagáis el tímido.

FAUSTO

—Ya lo he dicho, no trato de buscar la felicidad. Quiero el vértigo que ciega, los placeres que dañan, el amor que participa del odio, el pesar que deleita. Mi corazón, curado de la fiebre del saber, debe saborear toda clase de dolores. Quiero sentir todo cuanto los demás hombres han sentido. Quiero experimentar, como ellos, lo que tiene de sublime el gozo y el dolor, el bien y el mal...

MEFISTÓFELES

—Creedme, lo que pedís sólo puede alcanzarlo un Dios, el Dios que ha guardado para él los esplendores eternos, para nosotros las tinieblas, y para vosotros la noche y el día.

FAUSTO

—No obstante, lo quiero.

MEFISTÓFELES

... El tiempo es corto y lo que deseáis es cosa muy costosa de obtener. Me parece que antes deberíais instruiros. Asociaros con un poeta. Dejadle que se entregue por completo a la embriaguez de su imaginación y que reúna en vos todas las cualidades más apreciables... que amalgame la grandeza del alma con la astucia y os haga sentir el amor y las ardientes pasiones que subyugan a la juventud...

Eso quiere Fausto. Eso le ofrece Mefistófeles. La lujuria del vértigo, de apresarle todo, bueno, malo, de querer y querer más, y nunca dejar de querer. La insaciabilidad. Correr detrás de. Y una vez alcanzado, volver a correr.

Eterna ansiedad. Contra la antigua paz y serenidad de la Biblioteca, elige Fausto la vida, esa vida que Mefistófeles le ofrece:

MEFISTÓFELES:

—Sí, sí, desprecia a la razón y a la ciencia, supremo recurso y esperanza del hombre. Deja que la mentira te alucine y te extravíe con sus ilusiones y hechizos...

Mefistófeles y nuestro tiempo

Sigue diciendo el hábil discípulo de Satán, como si nos hablara a nosotros, tan bien lo practicamos al pie de la letra:

“... Tomad el mundo tal cual es y dejad que a la buena de Dios vaya adonde mejor le parezca. En vano os consumiréis estudiando; nadie aprende más de lo que puede aprender. El hombre diestro es aquel que sabe aprovechar la ocasión oportuna.”

Ocasión. Oportuna.

El hombre fáustico es oportunista. Y es ejecutivo. Corre.

Sólo sabe correr. Y no puede detenerse. Si se detiene, se cae.

A eso llama juventud.

Juventud es su divino tesoro. *Corriendo, desalentado, se cree joven*. Libando flores se cree joven.

Es su única fe, su única creencia, representada por la piel lisa, la frente bronceada y la raqueta de tenis bajo el brazo.

En plena apariencia de juventud caerá.

Los otros, al lado, sin mirarlo, seguirán corriendo.

La muerte no existe.

Solamente los otros son los que mueren.

¿Y quién ve a los otros?

Los unos y los otros

Una y otra vez se me repite Faulkner:

“Uno nace y ensaya un camino, sin saber por qué, pero sigue esforzándose; lo que sucede es que nacemos junto con muchísimas gentes, al mismo tiempo, todos entremezclados; es como si uno quisiera mover los brazos y las piernas por medio de hilos, y esos hilos se enredasen con otros brazos y otras piernas... y es como si cuatro o cinco personas quisieran tejer una alfombra en el mismo bastidor; cada uno quiere bordar su propio dibujito.”

Las dos puertas

Para todo hombre hay dos puertas; una que conduce al infierno, y se abre hacia el mal y su falsedad, otra que conduce al cielo, y se abre hacia el bien y su verdad. Los que viven en el mal y su falsedad, dentro tienen abierta la puerta que da al infierno; y solamente a través de resquicios en el nivel superior les llega un haz de luz celestial, y gracias al influjo de esta luz pueden pensar, razonar y hablar; pero la puerta que da al cielo está abierta para quienes moran en el bien y la verdad.

Según Swedenborg cada cual tiene estas dos puertas, pero no están afuera, están adentro, y cada cual las va cultivando desde su propia vida y conductas.

El cielo y el infierno son crecimientos interiores.

Siguiendo al psicoanálisis estaríamos en el postulado de que a uno es todo lo que uno le sucede, y a uno le sucede lo que uno quiere que le suceda.

Y agrega Swedenborg:

“Según su intelecto el hombre puede pensar, y por ende, percibir, tanto lo que es verdadero como lo que es bueno; y sin embargo, piensa lo que es verdadero y bueno según su voluntad únicamente cuando lo quiere y lo hace. Cuando quiere hacer algo, y lo lleva a la práctica mediante la voluntad, entonces ese algo está en su intelecto y en su voluntad, y por tanto en el hombre. Porque ni el intelecto ni la voluntad por sí solos hacen al hombre, sino el intelecto y la voluntad juntos.

El infierno es la conjunción de la falsedad intelectual y de la mala voluntad.

Lo contrario, verdad y voluntad de bien, en conjunción, es el cielo.”

Aprendí a renunciar

Esto aprendí:

Aprendí a renunciar a la comprensión del prójimo, y cuánto más queridos tanto más he de renunciar.

Porque si quiero amarlo, debo quedarme fuera de él, y recibirlo todo, sin fraccionamientos analíticos.

No quiero saber qué piensas, quiero que me mires.

No quiero saber qué sientes, quiero que te estremezcas, porque de tu estremecimiento depende el mío.

No quiero saberte, quiero saborear tu presencia, mi presencia, la de este día, la de este gusto, la de ser, y el misterio.

No soy poeta, claro que no, pero amo la poesía que a veces crece entre nosotros.

Para eso estamos.

Cuando hablamos, cuando profundizamos, es porque no estamos.

El confort y la fe

Hay un fragmento de *Los idus de marzo* de Thornton Wilder donde Julio César imaginado moderno expresa:

“Confieso que mientras recito las toscas oraciones y me muevo de acuerdo con el complicado ritual, una verdadera

emoción me embarga; pero esta emoción nada tiene que ver con el mundo sobrenatural. Es que me evoco a los diecinueve años, con mi Cornelia a la vera, y bajo su cingulo, Julia, aún no nacida. ¿Qué momento comparable me ha dado la vida desde entonces?"

Emoción es aquí la presencia de lo sobre-natural, pero en lugar de estar conectada con el ritual se remonta a la infancia, al amor primero, al vientre de la vida por nacer.

Frente al ritual, social, enajenado, el hombre busca a Dios en algún momento ex-cepcional de su vida.

Si no es ex-cepcional no es religioso.

Nosotros, los modernos de la posmodernidad, nosotros no apostamos a favor de lo ex-cepcional, porque sería ex-céntrico.

Queremos ser céntricos.

Que lo previsto jamás sea rozado por lo im-previsto. Ciencia y tecnología nos apoyan en esta empresa de desacralización del universo y de la propia existencia.

Estamos, decía Max Weber, des-encantados en un mundo des-encantado.

Se le fue el encanto. O lo expulsamos.

Manipular, manejar es nuestro oficio, nuestros terrestres alimentos.

En su utopía *A new brave world*, explica Aldous Huxley la oposición de mundos que se excluyen: *el confort y la fe*.

Discuten un hombre del orbe religioso y otro racionalista, humanista, tecnócrata.

El segundo es el representante de la ideología de la felicidad que se confunde, claro está, con el bienestar.

"Llámelo culpa de la civilización. Dios no es compatible con el maquinismo, la medicina científica, y la felicidad universal. Es preciso elegir. Nuestra civilización ha elegido el maquinismo, la medicina y la felicidad..."

Bienestar y estar-bien

El confort es indispensable. Pero una vez obtenido se torna secundario.

En cualquier momento uno puede despertarse en una mullida cama, en el más sofisticado hotel del mundo, insertado en paraísos de control remoto, puede despertarse, digo, sobresaltado preguntándose qué hago aquí, y qué hago en cualquier otro lado y ...

El confort no lo solucionará, no.

Ya sabemos que la dimensión religiosa de la existencia, la que pregunta por el sentido, puede ser obviada, relegada, en-cubierta, pero estalla.

Y a medida que el confort crece, paralelamente crece la in-satisfacción.

El hombre del bien-estar quiere estar bien.

Entonces se torna metafísico.

Hacia ese horizonte vamos.

La risa, ¿do fue?

A principios de siglo escribía Eça de Queiroz:

“Yo pienso que la risa acabó porque la humanidad se entristeció. Y entristeció por causa de su inmensa civilización...”

... Fue la enorme civilización que nosotros creamos, en estos últimos ochenta años, la civilización material, la política, la económica, la social, la literaria, la artística, la que mató nuestra risa... Tanto complicamos nuestra existencia social que la acción, en medio de ella, por la confusión en que se debate, se tornó un dolor mayor.

...

Este hombre de acción, que todas las mañanas al despertar siente en sí despertar también el amargo cuidado de ganar el pan, de mantener la situación social, de repeler la concurrencia, de ‘trepar la áspera escalera’, ¿podrá afrontar por ventura el sol con sencilla alegría? No...

Por otro lado, el hombre de pensamiento, que constantemente, por el fanatismo de la educación científica y crítica busca las *realidades* a través de las *apariencias* y que en el cielo sólo ve una complicada combinación de gases, y que en el alma sólo descubre una grosera función de órganos, y que sabe qué porción de fosfato de cal entra en toda lágrima... y que a cada paso pierde un sueño... no puede ser sino un triste.”

Para quererte mejor

Goethe fue poeta, y fue hombre de ciencia, y fue sabio, el de la sabiduría, el del sabor.

Él decía:

“Es una gran locura pedir que los hombres armonicen con nosotros.

Yo no lo he hecho jamás.

Yo he considerado siempre a un hombre como un individuo existente por sí, a quien quería conocer en su peculiaridad, sin pedirle ningún género de simpatía.

Por eso he logrado poder tratar con todos los hombres, y sólo de ese modo se adquiere el conocimiento de caracteres variados y el aplomo necesario en la vida.

Pues, precisamente, frente a naturalezas contrarias a la nuestra, tenemos que dominarnos para poder convivir con ellas, y merced a esto hacemos soñar en nuestro interior varias cuerdas que así se desarrollan y perfeccionan, de modo que pronto nos sentimos capaces de afrontar cualquier choque.”

Elogio de la vigilia

Don Miguel de Unamuno era contradictorio y amigo de la contradicción.

Sólo donde hay contradicción hay autenticidad, y verdad de vida.

La vida, decía, no puede ser sino una *agonía*. Del griego, *agonía*, significa lucha, enfrentamiento, confrontación.

Es la vida en movimiento, tesis y antítesis, y la síntesis sólo Dios la conoce.

Unamuno buscaba a Dios, porque no lo tenía.

Pero quería tenerlo, y sufría porque Dios no deja tenerse, y es tan resbaladizo como el uno mismo hecho a imagen y semejanza de Dios.

Pensamiento agónico. Heroísmo de estar vigil.

De esto nos hablaba en la facultad el maestro Ángel Vasallo.

Y me sigue hablando Unamuno, y me dice:

“Crees que el progreso aliviará las penas humanas; tú hablas con cierta unción de la noble cruzada del pensamiento y de la gran empresa de la cultura, y yo creo que lo mejor que esta empresa tiene es hacernos olvidar el que hemos nacido y tenemos que morir. Yo, te lo confieso, tengo un sentimiento trágico de la vida...

... Y si te he de decir la verdad, me duele y me hiera el ver que los hombres marchen tan confiados como si marcharan por suelo firme, confiados en sus prejuicios y antiprejuicios, unos, de la fe religiosa; esclavos otros de la ciencia, esclavos otros de la ignorancia, esclavos todos. Quiero que duden, quiero que sufran, quiero sobre todo que se desesperen, quiero que sean hombres y no progresistas. La desesperación, aunque resignada, es acaso el estado más alto del hombre.”

Capítulo 11:

Desnudo salí del vientre de mi madre

El misterio de la fe y la mujer

Fe. Fe-menina.

Lo femenino es Entendimiento. En la composición del árbol de la vida, esta esfera o emanación del In-finito fue fecundada por Sabiduría, primer lanzamiento de la Nada hacia el ser, y a partir de ahí se hizo el mundo.

Fe-menino es *em*, madre. Y de *em*, *emuná*, la fe, y de ahí la palabra que todos usamos, am-én.

El comienzo fue la madre, lo femenino.

Es la cueva de la gestación. Allí, en la cueva, entró a replegarse del mundanal ruido Simón, hijo de Iojai. Retorno a su origen, y ahí encontró a la Shejina, la emanación inferior de Dios que se conecta con nosotros, y que es madre, femenina, piadosa, envolvente, y desde ahí re-nació el maestro con el misterio a cuestras, y lo llamó *Cábala*, es decir *lo recibido*.

En la oscuridad uterina encendió la luz de la gnosis y compuso el *Zohar*, que significa ESPLENDOR.

Cuando salió tenía tanta luz que todo lo que miraba se quemaba.

Dios le ordenó que volviera a la cueva, para re-aprender a vivir en el mundo, para modificarlo, pero no para quemarlo.

Tuvo que volver y volver a re-nacer.

Solo en la cueva. Solo en el fondo del misterio. Donde se produce la gestación.

Trepó por el árbol de la vida, acarició sus ramificaciones y retornó a la otra luz, la regalada, la de los astros, para enseñar que cada cual tiene una vela en el alma, pero que no se enciende sola.

Y que para eso existimos.

Para la luz del primer día, del día uno.

TÚ eres uno. Yo *debo ser* uno.

¿Cómo?

Re-naciendo en el único uno que tengo a mano, y que es el DOS, andrógino.

El útero primordial ha de ser re-cuperado.

Crisis de la separación

La madre. El origen. *Ishá*, mujer, en hebreo, de *Esh*, fuego.

Fuego prometeico, creador.

Deseo. Muchas aguas no podrán apagarlo, dice el *Cantar*. Es fuego de Dios.

Las aguas no son para apagarlo, sino para complementarlo.

Al comienzo creó Dios los cielos y la tierra.

La tierra es lo femenino, los cielos lo masculino. El uno sobre la otra.

Fecundación.

Erotismo. Eso es creación. Eso se espera de la creación. Para eso estás.

Para re-unir los elementos dis-persos. Es el bien.

La separación, la escisión, ése es el mal.

Al árbol se le fueron cortando ramas, y cada una fue adorada por separado.

De ahí la crisis.

Volver a la cueva.

Fuego y agua. Cielos y tierra.

Esh, fuego, y *Maim*, aguas, dan lugar a *Shamaim*, cielos.

Mixtura misteriosa, de fuego y agua, el deseo y la gestación, es la mujer.

Que a su vez está relacionado con *Esh-maixm*,
shamaim.

A ADAM lo crea Dios. A la mujer no hay que crearla. Nace. Se hace un surco en el cuerpo del hombre y ella nace.

Es naturaleza y se gesta a sí misma. Porque aunque Dios lo hizo, lo hizo de la madre, de la tierra, que es femenina y madre. Materia, de la palabra *mater*, madre.

Adam está relacionado con la tierra y de ella brota. Ella es su madre.

Por eso dice Job: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella."

¿Quién es ella, esa ella a la cual volverá? La tierra. En consecuencia de la madre viene, a la madre va.

Vamos.

Sólo la madre es clara. Sólo la mujer es obvia, y tiene sentido propio, inmerso en su cuerpo.

El varón está para fecundarla. Y retirarse. Su ser es pasajero.

Así fue percibido en las remotas antigüedades, por eso eran matriarcales.

El paganismo era el culto de la madre, de la fecundidad, de la naturaleza, de la muerte que no existe, porque lo que existe es el re-nacimiento.

La revolución del padre

El Génesis bíblico viene a establecer la ley del Padre.

Es una revolución.

El monoteísmo es la revolución de lo abstracto contra lo concreto, del debe ser contra el es, de la Ley contra la naturaleza, del Padre contra la madre.

El alma, esa femineidad de todo ser, en principio no aparece.

Neshamá es la respiración.

Sólo múltiples generaciones más tarde, cuando la Ley del Padre entre en crisis, cuando la realidad se resquebraje, cuando el sentimiento, la angustia, la des-esperación de un mundo aparentemente sin Dios y cubierto de muerte, persecución, y sin sentido, sólo entonces se producirá la contra-revolución.

Aparecerá el alma. La femineidad.

En la *Cábala*, que toma fuerza con el exilio judío, que es el exilio de Dios del mundo, y el exilio del mundo del sentido, el elemento femenino retoma un lugar preponderante.

Por esos tiempos las sectas del mar muerto buscan otra vida, y se refugian en el misterio.

El misterio es la madre.

Siempre espera. Está solo y espera.

Te fatiga la razón, te falla el mundo mecánico, y entonces aparece la fe.

Fe. Fe-menina.

Igual que en hebreo, *emuná*, que proviene de *Em*, madre.

Cuando la realidad es absurda la fe es indispensable. Se le da la espalda al padre y se vuelca a la madre, que acaricie, que fecunde, que dispense de pensar.

Dios retoma su primera imagen, la más primitiva, y se hace femenino también.

Ahora, cuando está cerca de los hombres, cuando se sale del infinito de la nada, cuando es buscado y encontrado, ahora Dios es alma, es *shejiná*, es *maljut*, todos términos de erotismo femenino.

Erotismo dijimos.

De la Ley al erotismo. Del se debe, al se quiere.

Quiero querer. Es igual a quiero creer.

Cuando Jesús le dice a Dios:

—¡Dios mío, por qué me has abandonado!

No se dirige al *Padre nuestro que estás en los cielos* sino a la madre.

Sólo la madre te toma, sólo la madre te abandona, sólo a la madre se le pregunta desde la lágrima.

Rajamin, en hebreo, significa piedad. Es del término *rejem*, que significa matriz.

Lo femenino es divino

El espíritu de Dios en la creación es *Ruaj*, viento, y sopla sobre las aguas, pero en forma femenina en el verbo *merajefet* que es de forma femenina, y significa flotar sobre los polluelos, empollar. Maternidad.

El padre es la madre.

Para crear tiene un lapsus de madre, aunque como padre lo ordene todo desde el otro orificio, el de la boca, la palabra engendradora.

Hay una conexión antigua entre Java y la serpiente que es Jiva, lazo mitológico que se traslada en el cuento bíblico. La serpiente tenía en todas las culturas una función de tentación e iniciación en el misterio, y el misterio es la mujer, la diosa.

Joseph Campbell pone de relieve cómo, en distintas

mitologías, el héroe es el hijo que pasa por mil acechanzas, peligros, obstáculos y finalmente, al vencerlos, recibe en recompensa a la diosa madre.

“La figura mitológica de la madre universal imputa al cosmos los atributos femeninos de la primera presencia nutritiva y protectora.”

J. C. Flugel escribe en su libro *Psicoanálisis de la familia*:

“Existe una asociación muy general por una parte entre la noción de mente, espíritu, alma y la idea del padre y de la masculinidad, y por otra, entre la noción de cuerpo o de materia (materia, lo que pertenece a la madre) y la idea de la madre o principio femenino. La represión de las emociones y sentimientos relacionados con la madre ha producido, en virtud de esta asociación, una tendencia a adoptar una actitud de desconfianza, desprecio, asco u hostilidad, hacia el cuerpo humano, la tierra y todo el universo material, con una tendencia correspondiente a exaltar, a acentuar demasiado los elementos espirituales, ya sea en el hombre o en el esquema general de las cosas. Parece muy probable que muchas de las más pronunciadas tendencias idealistas en filosofía deban la atracción que poseen, para muchas mentes, a esta reacción *en contra de la madre*, mientras que las más dogmáticas y estrechas formas de materialismo, a su vez, representan el regreso de los sentimientos reprimidos originalmente conectados con la madre.”

Creación y totalidad

La mujer es el misterio. El de la gestación, el de la parición.

Parición es aparición.

Parto es lanzamientos de la oscuridad a la luz. Por eso se dice dar a luz. Entregar hacia la luz.

El derrame místico acontece en el útero cósmico y el regreso, dejando el cuidado /entre las azucenas olvidado.

El camino heroico va en busca de la recuperación cósmica.

Volvemos a citar a Campbell:

“La mujer, en el lenguaje gráfico de la mitología, representa la totalidad de lo que puede conocerse.

El héroe es el que llega a conocerlo. Mientras progresa en la lenta iniciación que es la vida, la forma de la diosa adopta para él una serie de transformaciones, nunca puede ser mayor que él mismo, pero siempre puede prometer más de lo que él es capaz de comprender... La mujer es la guía a la cima sublime de la aventura sensorial.”

Andrógino

Una vez aparecido el varón en la evolución societaria como ente digno de dignidad autónoma crece la imagen de la completud, y su forma es la andrógina, el ser masculino-femenino a la vez.

Al parecer ese es el ADAM del cual habla el Génesis en su primer capítulo.

En el segundo aparece primero el varón, y luego de él, la mujer. Ésa ya es la revolución y la inversión de la gestación, ya no desde la naturaleza sino ahora desde la ley, el orden así querido.

Pero en el primer capítulo, insisto, los sabios más antiguos ya supieron leer la imagen andrógina puesto que fueron creados, él y ella, de un solo decir, juntos.

Es la completud, vista en el engarce del universo.

En realidad terrenal esa completud final debe alcanzarse, y por eso el camino del hombre es usar la ley para re-cuperar la unidad perdida.

El mito del andrógino

Dice, nuevamente, Campbell:

“En el mundo oriental, Buda tiene manifestaciones andróginas porque es la unión de todo, el ser total.

Yang es el ligero, activo principio masculino y Yin, el oscuro, pasivo y femenino; en su interacción son la base y constitución de todo el mundo de las formas. Manifiestan juntos al tao.

Tao significa camino, vereda. Es el camino o curso de la naturaleza del destino o del orden cósmico, el absoluto

manifiesto; por tanto tao también es verdad, conducta recta."

Naturaleza y matriarcado: el orden del amor

Bachofen publica en 1861 *Das Mutterrecht* (El matriarcado) y provoca un revuelo en la culta Europa de entonces.

Según él la *Orestíada* de Esquilo es la representación de la última batalla librada entre las diosas madres y el nuevo orden de los dioses machos; la diferencia entre los dos órdenes era una diferencia de principios, sociales y morales.

La cultura matriarcal se caracterizaba por la preeminencia de los lazos de sangre y los lazos del suelo y una aceptación pasiva de todos los fenómenos naturales la sociedad patriarcal en cambio se caracterizaba por el respeto a la ley del hombre, el predominio del pensamiento racional y los esfuerzos del hombre para modificar los fenómenos naturales.

Madre: la finalidad de la vida es la felicidad.

Padre: el objetivo es la obediencia, la jerarquía, el hijo favorito.

En *Antígona* lo importante para Creón, el rey, el varón, el señor de la Ley, es el orden, el Estado, las leyes y la obediencia; lo que importa para Antígona es el ser humano, su hermano, el afecto, la ley natural. Dice Antígona:

"No está en mi naturaleza unirme en el odio, sino en el amor".

Creón le dice a Hemón:

"Sí, hijo mío, ésta debe ser la ley fija de tu corazón: obedecer en todas las cosas la voluntad de tu padre, a impulsos del placer, hijo mío, no destrones la razón por una mujer sabiendo que es un placer que no tarde en enfriarse en los brazos apretados de una mala mujer...

Pero la desobediencia es el peor de los males, es lo que destruye las ciudades, devasta al hombre... por eso debemos sostener la causa del orden y no tolerar de ningún modo que una mujer nos derrote."

Sobre Antígona expresa Hegel en su *Estética*:

"... sin embargo los dioses que ella adora son los dioses inferiores, los de abajo, los dioses del infierno, los dioses interiores de la emoción, el amor, la sangre y no los dioses del día, de la vida libre y consciente, de la nación, del Estado."

La gran rebelión

El mito bíblico se enuncia contra el matriarcado, "creó Dios", es masculino, donde termina el babilónico de Marduk que mata a Tiamat empieza la Biblia, hasta se invierte la relación de nacimiento: un hombre es el que da a luz a la mujer.

La institución del sábado, del día séptimo dedicado al cese de toda labor productiva, según Fromm, sería la restauración de la paz entre el hombre y la natura; cuando el hombre deja de trabajar, deja de interferir en el curso de lo natural y de modificarlo.

La maldición que recibe Adán es justamente su enfrentamiento de odio con la naturaleza, contra los otros, el conflicto como principio de existencia, la oposición.

El séptimo día tiene por eso un carácter redentor mesiánico.

El *shapatu* babilónico era un día de duelo y penitencia, era sombrío, por eso en inglés lo llama *Saturday*, el día de Saturno.

El monoteísmo toma ese mismo día y lo da vuelta, es el de la alegría, el de la intimidad, el de la recuperación de la madre, al abandonar la tarea productiva que representa al padre.

El hombre se separa del mundo

Comenta el teólogo Rudolf Bultmann:

"Si para el hombre antiguo el mundo había sido el hogar —para el AT el mundo creación de Dios, para la antigüedad griega el cosmos habitado por la divinidad,— tanto en la gnesis como en el cristianismo se hace consciente por pri-

mera vez la *diferencia fundamental existente entre el ser humano y todos los demás seres mundanos* y, por tanto, se ha convertido el mundo en algo extra para el yo del hombre, incluso en cárcel dentro de la gnosis."

El Padre y el Alma

El monoteísmo bíblico instauró la ley del Padre, la de la razón, y la del acto exterior, visible, comunicativo.

Luego, por tanto dolor, por tanto sufrimiento, hubo de nacer el alma.

De un lado se llamó Cábala. Del otro lado se llamó cristianismo.

Es la rama judía, cabalística, que se alejó de la comunidad, que salió en busca de almas y de la almización del hombre.

El alma autoriza la soledad, el camino más absoluto hacia Dios.

El judaísmo a Dios lo quiere en la Tierra, y entre los hombres. Si tienen alma, mejor.

La ley para la vida.

El alma, la madre, para la poesía y la oración.

Complementación de la pareja.

Por eso dice Pablo de Tarso en *Romanos 2,28*:

"No está en el exterior el ser judío, ni es circuncisión la externa, en la carne. El verdadero judío lo es en el interior y la verdadera circuncisión la del corazón según el espíritu, no según la letra."

La letra y el espíritu

La letra, *gramma*, es la ley, y la ley es la del padre.

El imperio del hijo es el hijo de la madre, aunque parezca ser del padre dios, y la madre es el calor del interior, del espíritu como ser interior, siendo el interior, el interior del vientre, la interioridad del útero, de la calidez, de la gestación, de la in-dependencia del exterior, y por eso la necesidad de una madre virgen, siendo como es la virgen in-dependiente de lo otro, de la fecundidad que viene de afuera, le basta con el alma que viene toda de adentro.

El mundo interior es alma, es gnosis, es in-dependencia de toda carne, que es accidente y esclavitud y contingencia.

La circuncisión, desde lo espiritual, es efectivamente la castración de la carne y la total interiorización del falo y su correspondiente feminización.

Tal vez por eso la cábala, justamente, aunque acepta la recuperación de la madre y de lo femenino, sin embargo, invierte las polaridades y otorga al lado derecho, al masculino, el orden del desorden, del ludismo.

Esa es la caridad y la benevolencia que debe leerse como indulgencia y aventura, accidente y renovación.

Fecundidad emisora de esperma *à tout vent*, mientras el vientre acepta una sola fecundación, y la toma, la forma, la conforma, y luego practica la línea del rigor.

De arriba abajo, desde *keter* a *maljut* funciona tipo *shejiná* maternal, dulce, reconfortante.

De modo que hemos descubierto en la cábala *dos imágenes contrapuestas de lo femenino: el femenino lateral, que le hace juego y equilibrio a la raíz masculina, y por tanto es activo, creativo, legislativo.*

Y el femenino que está debajo de lo masculino y es tiernamente femenino, el del amor. La entrega. El útero. La cueva. El ensueño. La paz.

Alimento, vida

Según Erwin Reisner:

"El FRUTO del árbol del conocimiento es el alimento que el hombre *absorbe sí*; el fruto del árbol de la vida, por el contrario, es el fruto al cual uno *se entrega por manducación*. Lo que llamamos alimento es esencialmente de la especie del primer fruto. Al comer, nos sustentamos a nosotros mismos, tenemos en cuenta *nuestra* saciedad y *nuestra* vida. En cuanto al otro alimento, se nos aparece a la sombra del árbol del conocimiento, necesariamente, como un veneno, porque pone en duda precisamente aquello que tenemos por sustancia misma de nuestra existencia, la propia autonomía.

Nuestro deseo nunca es salir de nosotros, sino progresar continuamente en nuestro interior, aprehender lo que se nos ofrece sin otorgarnos al exterior, ni a las criaturas ni al creador...
El veneno más terrible para el hombre separado, es Dios mismo..."

Para redimirnos

La separación, ése es el mal.
La re-uniión, ése es el camino del bien.
La sabiduría, ése es el camino del camino.

La ambición, raíz y esencia de tu realidad

Cesare Pavese escribe en su diario íntimo:

"Existe un solo vicio —el *deseo*— que se llama *ambición* en los Ivan y *concupiscencia* en los Mitia.
El génesis, en su oscuridad, pone en el origen una ambición que puede interpretarse como *concupiscencia*.
Lo trágico de la vida consiste en que el bien y el mal sólo constituyen la misma materia de acción-*deseo* coloreada de modos opuestos."

Las pieles de Serpiente

Los estudiosos vienen preguntándose:
—¿Qué significa el mito ese de Serpiente?
—¿Por qué Serpiente? ¿Por qué no es otro el portador de la tentación, de la semilla del mal, de lo diabólico?
Les cuento la versión de Campbell:

"El poder de la vida hace que la serpiente se desprenda de su piel, como la luna de su sombra.
La serpiente se desprende de su piel para volver a nacer... a veces la serpiente es representada por un círculo comiéndose su propia cola, es una imagen de la vida.
La vida se desprende de una generación a otra, para volver a nacer... La vida vive matándose y comiéndose a sí misma, desprendiéndose de la muerte y renaciendo...
... En la tradición bíblica hay un rechazo de la vida, la vida

es corrupta, y todo impulso natural es pecado salvo que esté circuncidado o bautizado. La serpiente trajo el pecado al mundo.

La mujer... Esta identificación de la mujer con el pecado, de la serpiente con el pecado, y por ello de la vida con el pecado, es el giro peculiar que le ha dado a toda la historia el mito bíblico y la doctrina de la caída."

El monoteísmo nietzscheano

Si la mujer trajo el pecado, es porque la mujer es el pecado, y lo femenino, como principio hasta entonces reinante, debía ser destronado.

Por eso era menester que lo femenino y lo serpentino arribaran a esa conjunción maléfica, para servir de pretexto a su desplazamiento.

La naturaleza no es del hombre ni el hombre de la naturaleza.

Esta es la imagen del monoteísmo.

No puede el hombre, para lograr la dignidad que quiere tener, depender de tiempos de celo, de instintos, de tentaciones, de sensorialidad caprichosa y enloquecida.

Lo femenino ha de ser superado.

La revolución que Nietzsche pretende para nuestro siglo se realizó 5.000 años atrás.

Nietzsche quiere que el hombre sea superado.

La primera superación fue el *Übermensch* que por encima de la naturaleza colocó a la Ley.

El alma, la Ley, Dios Uno, son la revolución frente a una realidad regida por la orgía del deseo cuyo tempo era de origen femenino, único origen natural en el caso de lo humano.

La erección del falo es un trabajo, una voluntad, una decisión, una Ley.

La apertura del útero es naturaleza, automatismo, entrega, y por tanto oscuridad misteriosa.

La oscuridad, en la creación, es superada por la luz.

Lo primero que Dios hace es la luz.

El TEHOM, el precipicio, el enorme agujero oscuro, es superado, absorbido, engullido por la luz.

Ahora ya nada más sucederá en sí y por sí.

De aquí en adelante haremos historia, voluntad, decir.

Y dijo Dios:

SEA LA LUZ.

Y fue la Ley.

Sea la luz, sea la Ley

Lo femenino es la vida, la vida es la naturaleza, eterno retorno, lo neutro, vida eterna, en movimiento perpetuo de círculo. Desconoce la muerte y por tanto decirle vida es también una manera de desvirtuarlo. Naturaleza. Realidad. Eternidad. Inconmensurabilidad.

La ley transforma a la serpiente de vida en muerte, y la mujer es la conectada con ella, por cierto.

La ley proviene de otro orden, sobrenatural, y por eso tiene que gobernar el deseo.

La ley es lo que no fluye, lo que se impone, es del padre, porque el padre no es el falo, no es el sexo ni el falo es el procreador, pero no es sexuado, no es deseo, no es ciclo natural, no es ovulador.

Sí *nekeva*, lo femenino en hebreo, es el agujero, la cueva, tiene que ver con lo oscuro, agujero, la caverna; *zajar* tiene que ver con la conciencia, estrictamente con el recuerdo, que es la erección de la conciencia, el despertar (re-cordar, es re-tomar el corazón, des-pertar).

Se para, se erige, no se arrastra como serpiente. Por otra parte es de *considerar que serpiente se transforma en algo que antes no había* según Campbell, en símbolo *negativo*; lo que no sabe Campbell es que el signo negativo está en el movimiento tortuoso de serpiente, eso que lo comunica con el hombre por el lado de *AKB*, el talón, que es donde serpiente muerde y que también significa "lo torcido".

Lo torcido se conecta con lo torcido.

Lo fálico —en la forma de serpiente— con la mujer-caverna.

La pérdida de la piel, el renuevo de la piel, el renacimiento, le dan a serpiente ese toque de *Jiva*, que así es en arameo y también en árabe, íntimo de *Java*, el nombre de Eva.

Del placer a la felicidad

Java, la mujer, es *Jiva*, la serpiente, y las dos se relacionan con la voz *ji* que significa vida.

El principio de la vida es placer.

El principio de la Ley es orden, camino, objetivo, sentido.

El placer es dis-tensión, explica Reich.

El sentido es felicidad.

El placer es absolutamente subjetivo.

El sentido, la felicidad, es absolutamente relativo a mi inserción en el cosmos, contigo.

Terapia de recuperación

Recordamos que la madre es naturaleza, es paganismo, es religión inmersa por todos lados, porque todo es fecundo, divino, espiritual.

Lo sobrenatural lo impone el padre contra la madre, contra la naturaleza, y ya vimos que el pecado original es el que niega a la tierra.

ADAM es de la tierra ADAMA.

Al comer del fruto prohibido hace de la tierra el terreno prohibido, y maldito a la vez.

La tierra es madre.

Ahora se rompen todos los vínculos con la madre, con la madre mujer, con la madre tierra, con la madre fecundidad.

La maldición es la escisión.

La escisión requiere de la Ley para producir la terapia de recuperación.

Del pecado emerge la ley, como lo dice Pablo.

Felix culpa, decían los antiguos. *Feliz culpa*. Porque ahora hay camino, hay adonde ir.

¿Adónde?

A la redención, a la re-unión, para regresar a la situación maternal del origen.

Regreso perpetuo. Camino infinito. El de Sísifo. El de K.

El mío.

El tuyo.

Agrega Campbell:

“Lo sobrenatural es una idea asesina... El espíritu no es algo que flota sobre la vida sino que surge de la vida. Esta es una de las cosas más gloriosas en las religiones de la Diosa Madre en las que el mundo es el cuerpo mismo de la diosa, divino en sí, y la divinidad no es algo que dé órdenes desde arriba a una naturaleza caída.

Hubo algo de este espíritu en el culto medieval de la Virgen, del que surgieron las hermosas catedrales francesas del siglo XIII.”

Comunidades de voluntad, comunidades de obediencia

Kenneth Clark, contemplando el horizonte desde las realizaciones artísticas en el devenir de la historia, observa:

“Las religiones estabilizadoras y totalizadoras del mundo, las que —ya sea en Egipto, la India o China— han penetrado la totalidad del ser humano, han concedido siempre al principio femenino de creación por lo menos tanta importancia como el masculino, y no habrían tomado en serio una filosofía que no incluyera a ambos.

Han sido lo que H. G. Wells denominaba comunidades de obediencia.

Las sociedades agresivas, nómadas —lo que él llamaba comunidades de voluntad, Israel, el Islam, el norte protestante—, han concebido sus dioses como masculinos.

Es un hecho curioso que las religiones exclusivamente masculinas no han producido imaginaria religiosa, llegando en la mayoría de los casos a prohibirla terminantemente.

El gran arte religioso del mundo va estrechamente ligado al principio femenino.

Huelga decir que el católico medio que rezaba a la virgen no era consciente de nada de esto, como tampoco le interesaban los problemas teológicos, verdaderamente espinosos, que presentaba la doctrina de la inmaculada concepción.

Lo único que sabía era que los herejes querían privarle de aquel ser dulce, compasivo y accesible que iba a interceder por él como habría hecho su madre ante un amo severo.”

Historia de Edipo

Todo conduce, por supuesto, al psicoanálisis. Y ya verán cómo.

Sigmund Freud descubrió que el bebé es libidinoso, sin ofender a nadie. Es decir tiene libido, deseo. Y no cualquier deseo sino en particular un erótico deseo de poseer a la madre, para lo cual lo que más le conviene es desprenderse del padre.

Parece ser que la beba también pasa por ese trance, sólo que cambiando por cierto los protagonismos de sus progenitores, ella prefiere al padre y a la madre preferiría no verla.

Freud encontró para este descubrimiento una base en la mitología griega.

Ahí aparece el personaje Edipo, que dará nombre en el psicoanálisis a esta teoría de un padre querido y de otro odiado.

La historia de Edipo es más o menos la siguiente.

Había un rey Layo, que gobernaba a Tebas, y que obtuvo un día el anuncio de los que vaticinaban el futuro y que le dijeron:

—Un hijo tuyo, y de tu esposa Yocasta, pretenderá tu muerte y luego se casará con su madre.

Cuando nació Edipo ya se supo qué había que hacer con él.

La que toma iniciativa, como siempre, es la madre, Yocasta, quien para eludir el triste destino que le esperaba, según el oráculo, toma al niño y lo entrega a un pastor para que lo abandone en el bosque entre las fieras, y ahí desaparece del mapa de toda existencia.

El pastor se lo lleva, pero luego le da pena sacrificar al niño, y lo regala a un criado del rey de Corinto. El mentado criado a su vez lo entrega a su rey.

Ahí se cría el niño y, como nunca faltan chismosos, se entera de lo dicho por el oráculo:

—Matará a su padre y se casará con su madre.

Edipo crece, y entiende que lo mejor es abandonar su casa donde creía que habitaban sus verdaderos padre y madre, y alejarse así de esa situación dramática.

Se va.

En el camino su carro se cruza con otro carruaje. Hay un problema entre ellos, se arma una trifulca, van a las armas, y Edipo mata al señor que estaba en el otro carruaje.

Ese señor era Layo, su verdadero padre.

Pero Edipo no sabe a quién mató, y sigue su rumbo.

Ese rumbo sin rumbo lo conduce a la ciudad de Tebas.

En Tebas había una esfinge, una especie de monstruo intelectual, monstruo porque se comía a la gente e intelectual porque hacía preguntas y era tan fanática que castigaba con la muerte por ingesta a las personas que no le respondían debidamente.

En realidad sus preguntas se reducían a una:

—¿Qué es lo que primero anda en cuatro, luego en dos, y finalmente en tres?

La novela policial perfecta

La gente iba cayendo sucesivamente en boca del implacable interrogador, y de ahí ya no salía.

Hasta que apareció Edipo. Escuchó la pregunta y de inmediato proporcionó la respuesta.

—Es el hombre —dijo—. Cuando nace camina en cuatro patas, crece y anda en dos, y finalmente de anciano tiene tres patas, las suyas y el bastón.

La esfinge, indignada porque se le terminaba la carrera de esfinge, decide suicidarse y desaparece.

Edipo, porque salvó a la ciudad de tamaña calamidad, es coronado rey y como premio lo casan con la reina, es decir Yocasta, es decir su madre.

Se cumplió el oráculo: mató a su padre, se casó con su madre.

Pero nadie se entera, por ahora.

Sólo que tiempo después toda suerte de desgracias se abaten sobre la ciudad. Una plaga va diezmando a la población.

Hay un vidente, Tiresias. Es ciego, pero tiene luz interior y ve la causa de ese tremendo azote que destruye la vida de la ciudad.

Si eso pasa —razonan los griegos— es un castigo.

¿Castigo por qué culpa?

Tiresias sabe:

—Alguien cometió el crimen del parricidio y el otro crimen, el del incesto, y por su culpa sufrimos ahora todos.

Se lanzan a buscar al culpable. También Edipo, claro, está abocado a esta tarea.

Los expertos dicen que ésta fue la novela policial más perfecta: Edipo era el criminal, el inspector y el verdugo, todo a la vez.

Volviendo a la historia, Yocasta le dice:

—*Ojalá nunca sepas quién eres.*

Finalmente se le revela la verdad. Sabe quién es. Él es la causa de todo el mal.

Fue un crimen in-consciente, pero lo cometió él. No quiso matar a su padre, pero lo mató; no quiso tener relaciones sexuales con su madre, pero las tuvo.

El resto de la historia de Edipo es triste. Sale al exilio, abandona el reino, se quita sus propios ojos, como castigo que se impone a sí mismo.

La versión de Fromm

Erich Fromm, de los grandes discípulos de Freud, disiente de la interpretación del maestro.

Freud sugería que el hijo se enamora de la madre y en consecuencia mata al padre, para que no haya competencia ni cercenamiento de sus derechos a la madre.

Según Freud éste es el problema triangular básico que todo ser al nacer enfrenta, y que debe superar, frenando justamente esa pasión por el progenitor de sexo opuesto, y desarrollando sentimientos de amor hacia el otro progenitor, el que en principio se presta al odio.

Erich Fromm, lo dijimos, no está de acuerdo con esta interpretación.

Ante todo, sugiere, si Freud tuviera razón, debería Edipo primero enamorarse de su madre, y luego, en consecuencia, matar al padre.

Pero no, no obra así, sino al revés: primero mata al padre y luego se une a su madre.

El tema —insiste Fromm— no es el incesto.

El tema es otro.

“El mito puede ser entendido no como un símbolo del amor incestuoso entre madre e hijo, sino de la rebelión del hijo contra la autoridad del padre en la familia patriarcal; que el matrimonio de Edipo y Yocasta no es más que un elemento secundario, uno de los símbolos de la victoria del hijo, que toma el lugar del padre y todas sus prerrogativas.”

Inclusive el resto de la historia parecería corroborar este punto de vista.

En el camino de Edipo lo vemos luego, ciego, con dos hijos que se rehúsan a ayudar al padre. Lo odian. Y del mismo modo Edipo odia a sus hijos.

Se repite el conflicto entre padres e hijos, entre autoritarismo imperativo y la nueva generación que quiere —la palabra lo dice— generarse a sí misma y des-ligarse del omnímodo poder del padre.

E inclusive, opina Fromm, podemos encontrar en estas tragedias resabios de otra oposición, la guerra entre dos regímenes, el matriarcado y el patriarcado.

En efecto, se supone que en el comienzo de los tiempos no se necesitaba del movimiento feminista, porque gobernaban, regían, ejercían el poder —igual que entre las abejas, y las hormigas y tantos más— las mujeres.

La madre era la madre reina. Y en esas sociedades las que prevalecían eran las diosas, y los dioses eran todos de segunda.

Esta tesis, la de la preeminencia cronológica e histórica del matriarcado sobre el patriarcado, es de Bachofen, y de 1861.

¿En qué se diferencia la cultura de un sistema, del sistema de valores del otro?

“La cultura matriarcal se caracterizaba por la preeminencia de los lazos de sangre y los lazos del suelo, y una aceptación pasiva de todos los fenómenos naturales. La sociedad patriarcal, en cambio, se caracterizaba por el respeto a la ley del hombre, el premio del pensamiento racional y los esfuerzos del hombre para modificar los fenómenos naturales.”

La ley del Amor, y el amor a la Ley

La Madre, como paradigma, impone la ley del amor.

El Padre, en cambio, establece el amor a la Ley.

Ahí el afecto, el sentimiento, la sangre.

Aquí la razón fría, la Ley, el orden, la obediencia.

Edipo es el transgresor contra la cultura de la Ley del Padre.

Él elimina al padre para quedarse con el otro sistema, el de la ley pero la del amor, de la Madre.

En el drama posterior que también es del ciclo este al que pertenece la leyenda de Edipo, en *Antígona*, de Sófocles, se oponen ambos mundos.

Antígona, por amor a su hermano muerto, está dispuesta a transgredir la ley del Rey contra ese hermano, que debe ser sepultado fuera de la ciudad, por haber traicionado a la patria.

Antígona rechaza la ley. Ella tiene otra ley, la ley natural, la del amor.

Es un ejemplo más de rebelión contra la sociedad patriarcal, regulada, ordenada, civilizada.

La civilización es de la Ley.

La comunidad humana es del amor.

Amor y ley entre nosotros, posmodernos

En Occidente, digamos, se han cruzado ambos horizontes, y gran parte de nuestros conflictos derivan de esta oposición de sistemas y de valores. *Amamos de corazón pero debemos vivir de razón.*

Cuando el corazón, el amor, pre-domina, no es menester apelar a la ley, al orden, al consenso social, a la disciplina, a la regla.

Pero cuando el corazón está desplazado, o sofocado, o eclipsado, entre tú y yo solamente la regla y el ritual de la costumbre pueden comunicarnos.

Ése es nuestro problema, porque es nuestro dilema, pero no tiene solución.

La solución hay que buscarla diariamente.

Diariamente debemos revisar qué estamos haciendo de corazón, maternalmente, y qué de razón, paternalmente; qué de afecto, y qué de ley.

En presencia del afecto, auténtico, puro, inteligente, sobra la ley.

En ausencia del afecto antes descripto, somos hostiles, enemigos, cainitas, odiosos y envidiosos, y la ley es requerida urgentemente, impacientemente.

Re-citemos la ideología de Creón, el rey enemigo de Antígona, la hermana de sangre y de amor. Creón formula el principio autoritario y patriarcal en estos términos, como bien cita Fromm:

“Sí, hijo mío, ésta debe ser la ley fija de tu corazón: obedecer en todas las cosas la voluntad de tu padre. Por eso todos los hombres oran pidiendo que los rodeen en sus hogares hijos obedientes. ... A impulsos del placer, hijo mío, no destrones la razón por una mujer; sabiendo que es un placer que no tarda en enfriarse en los brazos apretados de una mala mujer, que comparta tu lecho y tu hogar....

Pero la desobediencia es el peor de los males. Es lo que arruina ciudades, devasta al hombre, las filas de los aliados se quiebran... Por eso debemos sostener la causa del orden, y no tolerar de ningún modo que una mujer nos derrote.”

El principio del orden por encima del principio del placer.

Principio del placer

El placer está simbolizado en la mujer.

Es por eso, piense el lector, que el tema del pecado en la Biblia comienza por Eva. Ella es la primera que acoge en su seno a Serpiente. Ella es la que transgrede la Ley. Su esposo, Adán, la acompaña posteriormente y se adhiere. Pero la rebelión contra la ley en nombre del placer es de Eva.

A Eva le promete Serpiente que el árbol es encantador, prodigioso en sus posibilidades placenteras. Los términos relativos al deseo prevalecen ahí en forma notoria, exuberante.

La libido se impone.

Es la guerra entre ley y placer, entre padre y madre, entre razón y amor, entre intereses de la sociedad y pasiones de los individuos.

Vieja guerra, eterna guerra, porque la llevamos dentro, y nunca podrá quietarse.

Es la guerra de individuo, yo quiero, y sociedad, se debe.

Si quiero bien, coincide con el debe, y no hay guerra, hay paz.

Si quiero contra lo que la sociedad quiere, hay guerra.

Orgía, fiesta, religión

En las religiones, sobre todo en las primitivas, pero también en las de hoy, se dan elementos orgiásticos. Es la Fiesta.

Es la Fiesta que hace el pueblo, muy religiosamente, cuando Moisés sube a la montaña, y ellos se quedan solos abajo, y aburridos deciden hacer una fiesta a Dios, a su estilo. Estilo que aprendieron de los egipcios. Bailan, cantan, fornican, y se exaltan al máximo.

Hay que desencadenar los cuerpos y dejarlos ser.

En los rituales de Dionisos, de Afrodita, de Astarté, de la fecundación y de la primavera y de la muerte y resurrección del dios Tamuz.

También cabe recordar las orgías del comienzo del ser, de la pubertad, que es la introducción del joven dentro del todo, su manera de empezar a ser parte del todo.

La fiesta de la pubertad.

Hoy la pubertad es un problema, antaño era una fiesta.

La fiesta existía para resolver el problema, justamente. A través de un ritual el problema queda resuelto.

Como nos quedaron resabios de las fiestas comunitarias del matrimonio, en los rituales actuales, magros, inter-individuales, y sin fiesta, porque la comunidad toda no participa.

La pubertad, el matrimonio, el nacimiento del hijo, eran fiestas del individuo y de la comunidad.

En esa fiesta el individuo está realizando un designio de la naturaleza, de la diosa de la fecundidad, del dios de la tribu, de algún todo que lo abarca todo y que se torna, de ese modo, en receptáculo y cobijo y útero

dentro del cual cada uno puede hallar su propio reposo, que es el placer.

Placer es reposo del yo. Deja de ser problema, de tener problema, de enfrentar el problema. La fiesta lo resuelve.

Como el problema de la muerte, que también termina en fiesta. Fiesta de la tristeza, pero nuevamente la gran pena universal de todos, y el cántico, y el paso de esta vida a otro modo de existencia, porque la vida y la existencia no es de uno, sino que al revés, uno es de ella, y va transitando caminos, que la comunidad, imagen del todo, va delineando.

Sentido de la Fiesta

FIESTA, para que nos entendamos mejor, es el ritual de la comunión, especie de ritual de pubertad, en la Iglesia Católica. El todo es representado ahí por el hijo de Dios, Jesús, y la ceremonia de la ingestión del cuerpo de Dios y de su sangre, obviamente, alude a sus orígenes míticos y paganos, pero pretende espiritualizar algo que en el ritual se manifiesta en símbolos corporales.

El cuerpo, la sangre.

Mencionamos el vino, un elemento catalizador.

El vino era, sin lugar a dudas, la mano derecha de Dionisos y de Baco, del éx-tasis que es estar fuera de sí.

La uva y el vino están en el medio de la fiesta del éxtasis y de la orgía.

Luego pasaron, espiritualizados, a la fiesta judía, a la cristiana, a la del matrimonio, para servir de vacuna contra la orgía.

El vino es la borrachera, la pérdida de la conciencia.

Era el momento autorizado, por el mismo Dios, que normalmente era represor y moralizante, pero que en la fiesta autorizaba arrojar abajo las fronteras represivas, unir los cuerpos, sublimar las almas en vino y en sexo.

Robert Graves, gran estudioso de los mitos griegos, comenta que la ambrosía, el néctar, eran drogas que se ingerían en orgías en honor a Dionisos, el dios del éxtasis, del salirse de sí.

Esas drogas se hacían con base de hongos.

“Creo —dice Graves— que la ambrosía y el néctar eran hongos intoxicantes... Los dioses para quienes en los mitos se reservaban la ambrosía y el néctar eran sin duda reinas y reyes sagrados.”

Es que en el comienzo, según la amplia mayoría de los investigadores, el reino fue de las diosas, de las mujeres, y en consecuencia ellas dominaban todo ese tipo de fiestas que también tenían un carácter eminentemente erótico.

“Toda la Europa neolítica, a juzgar por los artefactos y mitos sobrevivientes, poseía un sistema de ideas religiosas, notablemente homogéneo, basado en la adoración de la diosa Madre.”

La idea de “padre” es muy posterior. La Madre necesitaba ser fecundada, pero los hijos no requerían presencia de padre.

“Parece ser que la ninfa o reina tribal elegía un amante anual entre los hombres jóvenes que la rodeaban, un rey que debía ser sacrificado cuando terminaba el año...”

Reflexión sobre la droga

Las liturgias del pasado están muy lejanas. Somos modernos en cuanto somos sueltos, y cada uno piensa, y cada uno existe.

Sin *re-ligio*, algún tipo de fundamento comunicativo que en-trame a todos los seres en algún diseño participativo, no hay liturgia, ni rito, ni mito.

Salvo la racionalidad, que se usa con las cosas.

Y la irracionalidad que se usa con los seres humanos, y con uno mismo.

La Madre y el Padre son el amor y la ley, dos necesidades de la dimensión existencial del hombre.

La ley religa, precisamente, por el lado del individuo pensante.

El amor, como vínculo cósmico, es el erotismo, la fecundidad y la FIESTA.

De la ley huimos, y a la madre la buscamos, pero en suma neblina.

Hacemos fiestas, pero carecemos de La Fiesta.

Todas las fiestas son ficticias, como la droga que en ellas se ingiere.

O viceversa, como la droga que se procura la fiesta totalmente individual, des-re-ligada la del individuo suelto.

Es triste, según se sabe.

“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella”, dijo Job.

Yo te pregunto, Job:

—En el ínterin, ¿qué hiciste?

Capítulo 12:

Esa rara cosa que somos numerosa y una

Esa extraña sensación de estar fuera del paraíso

Estamos fuera del paraíso.

De todos los mitos que la humanidad fue pergeñando éste es el que mejor describe la condición del hombre moderno.

De Adán al hombre actual no pasó nada. Por fuera todo, por dentro nada.

La misma sensación de estar fuera del paraíso.

La misma ansiedad.

La misma nostalgia.

El delirio de ser uno

No, no eres uno. Eres otro. Eres el otro del otro.

El mundo, dice el *Génesis*, empieza con la letra B, la segunda. Eres el segundo de algún primero, o el primero de algún segundo. La realidad es dos. Varios. Plural.

Comienza todo con *B-RESHIT*.

Reshit es comienzo. *B* significa en, o con.

Con o en el comienzo creó Dios.

Pero lo que antecede a cualquier comienzo tuyo es DOS; la letra B, que es la primera, indica que no hay primero, hay segundo, hay DOS, o más.

En el comienzo eres dos. Tu madre y tú. Luego empiezas el otro comienzo, el del delirio de ser uno, singular, absoluto.

La imposibilidad de ser uno se llama neurosis.

Des-ligado

Ab-soluto significa des-ligado.

Sólo el uno puede ser desligado. Obviamente sólo

Dios puede ser uno, des-ligado, ab-soluto, in-depen-diente.

Yo dependo. Dios es el ser que no depende.

También es el único para quien decir la luz es hacer la luz.

Yo digo la luz. ¡Pero cuánto me cuesta alcanzar la luz!

¡Todo un infierno para arrancarle a la vida un pedacito de paraíso!

¿Y sabes por qué?

Porque somos dos, tres, mil. Porque no soy uno. Si fuera singular, sería más sencillo. Pero tampoco habría paraíso. Habría nada. Yo y el mundo, sin tú, sin él, sin hijos, sin enemigos, sin pasiones. Quizá sería, como Dios, una mente intelectiva.

El árbol del saber me defrauda.

Lo que quiero saber —de mí, de ti, de los otros— no lo sabe.

Y lo demás, ¿para qué quiero saberlo?

Por deporte, no más. Astronomía, matemáticas, clorofila, Big-Bang, láser, es deporte.

El intelecto es el mayor instrumento deportivo que tenemos.

Sirve para pasar el tiempo.

De tiempo en tiempo uno se pregunta a dónde conduce todo este pasar.

El intelecto entonces calla.

Habla entonces el alma. No dice nada, clama.

Mi único problema

Yo tengo un solo problema, mi para-qué-ser.

Te miro y te pregunto. ¿Qué hacemos?

Ahora que la educación sexual ya nos puso en conocimiento de cómo vinimos al mundo por el azaroso desliz de un espermatozoide dentro de un óvulo, ahora que ya estamos felizmente tranquilos por ese lado, resulta que no me interesa saber cómo vine, sino adónde voy, qué hacemos entre nosotros, y por qué cuesta tanto ser feliz, y de qué depende.

Ser para

Nos dijeron:

—¡Sé tú mismo!

Y nos dedicamos fervorosamente a esa tarea.

No nos contaron que para ser uno mismo, hay que descartar a todos los otros mismos que también quieren ser ellos mismos.

De eso, justamente, se trata.

La verdad es que el que se busca auténticamente encuentra que es parte, nudo, sector, línea, agua, de una trama.

En la trama tiene sentido.

Fuera de ella podrá ser el mismo, pero lo será para nada.

Yo no quiero ser para nada.

Entonces —me contesto— debes ser para alguien, retomar tu condición de parte de, parte del DOS, y el DOS en cuanto parte del TO-DOS, y los todos como parte del TODO.

Algo no, alguien

De chico me aconsejaban y me decían:

—Hay que ser algo en la vida.

No es difícil.

Lo complicado —lo único valioso— es ser alguien.

Es complicado porque depende de otro alguien que te haga alguien.

Cielos

Leo, busco, me busco. En los libros, retomo el tema de la creación.

Los cielos y la tierra.

Cielos. En plural, igual que *aguas*. No existe el singular en hebreo para esos términos.

Igual que *rostros*.

Igual que *vidas*.

Mi nombre es JAIM, significa vidas. No hay vida en singular. Vidas.

Vidas es un personaje del Mio Cid, según recordáis.
Esta vida no es vida, es vidas. Días, horas, eternidades, vidas.

Miro atrás, donde se esboza el camino que no he de volver a pisar, y veo vidas, yoes, conglomerados en una única cédula de identidad, un número 3.586.505.

Vidas, cielos, ¡cuántas vidas en una vida!

Inclusive para decir Dios el hebreo emplea toda suerte de términos en plural, para que no lo tengas y detengas en una imagen, en un empobrecimiento, en una miseria de culto y cosa.

Se te escapa, como las aguas, como los cielos, como los rostros.

No nos une la verdad, sino la con-fianza

Los hebreos no se dedicaban al pensamiento abstracto.

Eso vino del lado griego, y de ellos el *thaumazein*, el admirarse ante el mundo.

El mundo de los nómades, que eso eran los hebreos, conoce la vivencia de la supervivencia, y ésta consiste no en la contemplación de Sirio, sino en la presencia del otro.

El griego persigue la verdad.

El nómada —eso significa “hebreo”, en hebreo— busca la con-fianza. No levanta la vista, ni frunce el entrecejo para mirar lejos, objetivamente.

Mira subjetivamente, a la par, en el horizonte del prójimo.

Desconoce el término “verdad”. No le interesa. Sólo las vidas son interesantes, fluyen y no se dejan congelar en sustantivos repetibles, como la verdad.

Los rostros, bajo los cielos.

Para el nómada todo lo que hay es el otro y los sueños de uno mismo.

El uno y el otro, ése es el tema.

Lo demás se torna decorado. Dentro de ese decorado aparecen los objetos como no siendo, en perpetuo movimiento.

Sólo el afán de conocer, clasificar, armar enciclopedias, los cosifica, solidifica la marcha del ser y dice

"cielo", "tierra", "escarabajo", "rostro".

O "agua".

O "felicidad". El poeta de los salmos no conoce este término, no existe. Existe la posibilidad de *felicidades*, en plural.

En singular nada, en plural todo.

Allí hay solamente agua

Los cielos se llaman *shamaim*. Significa: allí hay agua. Otra cosa no hay.

No hay ángeles, no hay demonios, no hay fuerzas ocultas.

Nada, aire y agua, aire que se hace agua, que no es agua sino aguas, plurales.

Estos cielos destruyen a los otros cielos, los mitológicos, los de los poderes que dominan al hombre.

Nada te domina. Nada te predetermina. Eres libre, como cielos, como aguas, como rostros, como las felicidades que son ocurrencias.

Cuando a uno le ocurren, sabe que no es uno, que es DOS.

Y Alguien que mira.

La plenitud del Dos incluye a Dios, lo hace-ser.

El cuerpo piensa, luego existo

Otra divagación que también nos viene del universo griego es la que separa alma de cuerpo, y da primacía al alma, por supuesto, arrojada en esta cárcel que es el cuerpo. Platón decía que *soma*, cuerpo, es igual a *sema*, cárcel.

Y hasta hoy sufrimos de esa dicotomía.

Sólo que hoy la pirámide se ha invertido. El alma es un pretexto para que exista el cuerpo, éste que se mira en el espejo, que se dedica al show del look, que mide arrugas, que juega a Dorian Gray, que no quiere ser sino el ser del joven, y todo otro ser es por él considerado como no ser, y se alisa, se alisa, que no haya pliegues, que nada remede lo que sucede en el cerebro lleno de pliegues.

Tristeza del hombre actual que solamente sabe vivir hacia

afuera, y cuando vuelve a casa se encuentra con el adentro, y toma anfetaminas, para poder volver afuera, y sonreír, sonreír, desde la delgadez, sumido en la lucha contra el colesterol, armado contra el polvillo del smog, bronceado contra la palidez de la eventual muerte que nadie debe mencionar porque arruina el maquillaje de la vida.

Cuando las cosas le van bien y los negocios son prósperos, levanta los ojos al cielo y agradece a Dios.

En una de esas —piensa— existe, y más vale prevenir que curar.

Allí hay agua

Shamaim. Ahí hay agua. Otra cosa no hay, otra cosa no busques, ni eleves los ojos al cielo, ni menos pretendas encontrar por esos parajes a Dios.

Confieso que de Dios sé nada.

Al igual que Maimónides, y aprendido de él, sé QUE NO ES.

Sé, por ejemplo, que no se dedica a velar por tu salud y tus negocios ni vigila tu balanza.

Me refiero a la de pagos. Y también a la del baño.

No le agradezcas la derrota de tus enemigos. No le remitas laureles que son totalmente tuyos.

Lo que hay está al lado tuyo. Lo demás, cualquier movimiento en otra direcciones es una fuga, una evasión.

Shamaim. Ahí hay agua. No huyas al cielo ni indagues en el horizonte del misterio mientras no hayas de-velado el misterio de tu propio ser.

Dios y la necesidad de cosificar

La idolatría, ¿por qué es mala? ¿Por qué es perseguida? Porque coloca la divinidad, el milagro, la maravilla en objetos, en lugares, en situaciones singulares y definitivas.

En los cielos, por ejemplo.

¿Y qué hace el hombre?

Se rinde ante esas cosificaciones, y deja de vivir su propia libertad más la aventura de divinizarse, como decía el poeta, en el tranvía que dobla por la esquina, en

la yema de los dedos, en un bucle, en una comisura.

No sabemos qué es Dios, pero sabemos qué no es Dios, dónde no está, en qué no consiste, a qué no se reduce.

En la Cábala se denomina *La Nada*, porque es la culminación del No-Ser visto desde lo humano que quiere al Ser aprisionado en mallas de palabras terminantes.

Esto lo imito del budismo:

—Si sabes qué es Dios, no es Dios.

Defensa de los plurales fluidos

Rompe esos barrotes, no es eso. Ni es aquello. Ni está donde quisieras que estuviera.

Sólo la voz, sólo el mensaje, sólo el reclamo de la fluidez de los plurales.

Eso suena a divino, porque intenta criarte en alma-cuerpo, en sensibilidad, en erotismo de todo lugar, de cualquier acontecimiento, de sin tiempo, y de sin ropajes.

En el *Lunario sentimental* de Leopoldo Lugones la pluralidad se mira en colores nocturnos, esfumados:

"A medida que asciende por el cielo tardío
la Luna parece que inciensa
un sopor mezclado de dulce hastío;
y el sueño va anulando el albedrío
en una horizontalidad de agua inmensa.
Ligero sueño de los crepúsculos, suave,
como la negra madurez del higo;
sueño lunar que se goza consigo
mismo, como en su propia ala duerme el ave."

Dios en Auschwitz

Nada hay en los cielos. Nada te caerá de arriba, salvo agua. *Shamaim*, ahí hay agua, y fuera de eso nada. Nada esperes de arriba.

¿De dónde esperar? De abajo.

Después de la Segunda Guerra Mundial tuvo eco la teología de la ausencia de Dios en Auschwitz.

—¿Dónde estaba Dios? —preguntaron.

—¿Dónde estabas tú? —preguntó Dios para los que tienen oídos.

Auschwitz es tuyo, mío, nuestro, de ellos.

De Dios, no. *Dios no está en Auschwitz, ni en Malvinas, ni en Ruanda, ni en Montecarlo, ni en el Bosque de los Arrayanes, donde lo encontré, imprevistamente, una vez.*

También supe encontrarlo entre los pájaros, desde mi ventana. Entre tus labios, desde mi sillón.

Es La Nada. Es la negación de todo ser que le quieras atribuir.

No es el interrogado, es el interrogante.

Debes asumirlo, el hombre es el interrogado. Él debe responder.

Falso planteo teológico es preguntar nada acerca de Dios.

Es el Ojo. Es el Oído. Es la Vista. Es el Juez.

Es El Que Pregunta.

No estás para preguntar, estás para responder.

Es la nada que se abre como herida cuando tú no te abres como flor fecunda y polenizas tu entorno.

Contestar y responder

—¿Dónde estás tú? —le preguntó Dios a Adán mientras éste jugaba a las escondidas entre los árboles del Edén.

Adán no respondió.

Mejor dicho, contestó pero no respondió.

Responder es enfrentar el interrogante cara a cara y dar la cara, sin evasiones.

Contestar es producir una frase en referencia al interrogante.

Responder es asumir personalmente el decir.

Adán, sofisticado

—¿Dónde estás tú?

Adán se hizo tan sofisticado que logró invertir el diálogo para concluir interrogando a Dios:

—¿Por qué me diste esa mujer?

En sutileza de meditación sugirió:

—Yo no estaría donde estoy, ocultándome, si tú no me hubieras dado esa mujer, que a su vez me dio de ese fruto, que yo, pobre, comí, y por eso estoy donde estoy.

Se quedó fuera de la mujer, fuera de Dios, fuera del Paraíso.

Exactamente donde estamos.

El juego de la culpa

El juego de la culpa es el mayor deporte del hombre de pensamiento.

Cuando el hombre se pone a pensar, es grande la probabilidad de que esté revirtiendo la pregunta que a él le toca responder sobre otros, otros humanos, y si fallan todos, otro que es Dios.

—Dios, querido hijo, nunca responde.

Dios significa, hijo mío, la voz que pregunta.

—Tu deber es responder.

—Ah, y no levantes los ojos con teatralidad piadosa. Allí, arriba, no hay nada... sólo cielos, es decir *shamaim*: ahí hay agua, nada más.

Baja los ojos, más, así, un poco más, así y vuécalos sobre tu interior.

Una pregunta está pendiendo sobre tu cabeza. Responde.

Nunca seas culpable, jamás.

Odio a los culpables. Yo quiero sólo a los responsables.

Es lo que quiere Dios, según consta en el Libro.

Y yo meramente adhiero.

Dios hizo la luz.

No preguntes por Dios cuando acontece Auschwitz.

Simplemente límitate a narrar dónde te encontrabas tú.

O, si no alcanzas esa altura, hay otra, más accesible:

¡Callarse! No involucrarse con palabras para justificar la propia desidia, ni pergeñar profundos problemas teológicos cuando los únicos problemas que tenemos son humanos, de los hombres, por los hombres.

El falso humanismo que pregunta por Dios a fin de ocultar al hombre y su responsabilidad me irrita profundamente.

La cabeza

Mi maestro, citando a su maestro, dijo:

—Debe vivir el hombre como si una espada pendiera sobre su cabeza.

—¿Y el que así no vive, maestro? —pregunté yo en mi ingenua juventud.

—El que así no vive es que... no tiene cabeza.

Acerca de los idealistas, así llamados

Interesante es que ingresamos en la modernidad por vía de la razón, desterrando prejuicios dogmáticos, oscuridades religiosas.

Voltaire fue el abanderado del iluminismo.

Luz de iluminación del hombre, luz de la razón.

La que cada uno trae encendida desde que nace.

El optimismo de los iluministas es realmente envidiable. La luz de la razón exiliaría a toda la corte de las creencias de orden teológico y mitológico y fetichista y oscurantista y ocultista, y establecería un nuevo orden, el de la fraternidad, el de la libertad, el de la igualdad.

No fue así, lamentablemente.

¿Por qué? Por muchas causas, y sobre todo porque los grandes revolucionarios terminan siendo siempre pequeños hombres aherrojados al poder y se olvidan de la primera idea que estimuló su mente, y concluyen queriendo no más que dominar, matar un poco, exterminar otro tanto, y nada más.

Si no los grandes ideólogos, los discípulos de los ideólogos.

No olvidar que Trotzki sostenía que cuando se realizara en completud la revolución marxista los individuos que caminaran por la calle serían, cada uno, un Mozart, un Tolstoi, un Rembrandt.

Era un idealista. Los otros idealistas, no menos que él, lo mataron.

La ley la estableció Max Scheler, a mediados de este siglo, cuando señaló que el mundo de las ideas está totalmente supeditado al mundo de la materia, que es poder.

Sólo los idealistas que no detentaron poder fueron idealistas, es decir los fracasados.

Los exitosos, no bien enfrascaron la idea en capacidad de acción, ejecutaron y/o terminaron ejecutados.

Las ideas, un juego excitante

Los hombres juegan con ideas.

Nunca las tomaron en serio.

Hacen con ellas desfiles, las consagran, les elevan monumentos, pero la idea central, sobre la que giran todas las ideas, es sobrevivir de alguna manera, reinar de algún modo, y conciliar el sueño cuanto mejor.

De todos modos los juegos se complican cuando los revolucionarios contra las convicciones creacionistas y de espíritu místico, establecen que la que ha de reinar ha de ser la NATURALEZA.

Dejemos, sostenían, que la naturaleza haga lo suyo, y verán qué bien funciona todo.

Dejemos, predicó Rousseau, que los niños se críen según la naturaleza, en función de sus ímpetus naturales, y verán qué genios y qué amorcillos obtendremos.

Problema:

¿Qué hemos de entender por *naturaleza*?

En los tiempos de Rousseau se creía que tal naturaleza existía.

Hoy sabemos que fue una falsa creencia.

Sabemos que en lo humano nada es natural, ni siquiera el sexo ni la comida, ni la escala de valores de la supervivencia.

En consecuencia, si alguien te habla de LA NATURALEZA has de pedirle que la defina.

Al definirla apelará a algún sistema metafísico o religioso, visible o encubierto.

El que dice, por ejemplo, LA VIDA ES EL VALOR SUPREMO, merece responder, con todo respeto, a la pregunta:

—¿Desde qué punto de vista?

Todos los valores tienen una fundamentación que no es racional, como explica el racionalista Monod, y el ultrarracionalista Karl Popper.

Natura

Sobre todo me preocupan los niños, y cuando se habla de LA NATURALEZA DEL NIÑO, o del ADOLESCENTE, como si existiera con todas esas categorizaciones que una época, una sociedad —hoy época y sociedad son lo mismo, por eso de la aldea global— le adjuntan.

No sabía Rousseau que NATURALEZA era un concepto teológico.

A Dios lo arrinconaron en el desván de los trastos olvidados, y después directamente anunciaron su muerte.

Nunca, dice Octavio Paz, se actuó en concordancia con esa des-aparición.

El mundo de los valores, ideales, anhelos, seguía siendo el mismo.

Y era el mundo de Dios, pero sin Dios.

Lo que no se tuvo en cuenta es que se seguía contando con el mundo de Dios.

Ésa es la fuente mayor de contradicciones de la modernidad.

Inclusive la deificación de la razón, y de la verdad, como objetivos supremos de la existencia humana, no tiene en qué apoyarse, a menos que fuera en alguna idea meta-física, y por tanto meta-racional que sostuviera todo este edificio construido sobre el valor de la verdad.

Cuando alguien te suprima alguna teología, pregúntale qué otra teología está erigiendo.

Los revolucionarios queman la Biblia, pero se quedan con el contenido de la Biblia.

El contenido, y la supresión de su base, eso es la crisis.

Incineran los evangelios, pero se quedan con el mundo mejor que Jesús promete desde la montaña, en el famoso sermón, a los pobres de espíritu, de carne, de materia, de pan.

NATURALEZA es cosa de Dios. Y que el HOMBRE merezca ser escrito así en letras de molde es cosa de Dios. O de la versión de Dios que produce la Biblia, y luego la tradición ulterior que ingresa en Occidente, empalma, con Aristóteles, con Platón, con Descartes y se hace la emancipada y la iconoclasta en plena modernidad.

*La crisis, la famosa crisis, es la ausencia del fundamento,
y la presencia de todo aquello que brotó del fundamento.
Estamos flotando en el aire.
Y sin red.*

El triste fracaso de Nietzsche

Dios ha muerto, dijo Nietzsche. Y dijo bien.
Es que Nietzsche necesitaba él mismo ser dios.

Fundaba una nueva religión, la del uno-mismo-dios. Nosotros lo heredamos. Como suelen hacer los herederos tomamos la fortuna y la desparramamos, la des-virtuamos.

Nietzsche —hiperidealista, pobre— suponía que al no tener un dios que lo aplastara, el hombre ascendería sólo a su propia cumbre. Todos seremos de suprema dignidad, y alcanzamos la altura de Individuos, Libres, Geniales.

Como Nietzsche.

No resultó. Nos quedamos con la migaja, con la miseria.

Individuos, sí.

Altos, dignos, superiores, no.

En consecuencia necesitamos que otros piensen por nosotros. Ahí nace y se despliega en su esplendor la sociedad de masas.

La idea de Nietzsche no prosperó.

Nació el infra-hombre, en lugar del super-hombre.

Cuando el infra-hombre se cree super-hombre se llama Hitler, más todos sus imitadores que en el mundo son.

La caída de los autoritarismos

Por otra parte Nietzsche no mató a nadie. Se limitó a tener el coraje de pensar y de publicar el pensamiento acerca de algo que estaba ahí, soterrado, casi a la vista.

Ése es el trabajo del genio.

Como el de Freud acerca del erotismo infantil. Estaba a la vista, pero nadie quería verlo.

Nietzsche anunció la muerte de Dios. No su in-existencia. Muerte es ausencia de vida, no vigencia. Presen-

cia, pero sin encarnar en la realidad.

No lo mató, meramente lo enterró. Ya venía muerto. Disecado. Pero no Dios, sino las máscaras de Dios.

El mensaje, en cambio, permanecía, permanece vivo.

El racionalismo del siglo XVIII entendió que debía desplazar a la religión para darse un lugar absoluto a sí mismo.

En realidad luchaban contra las iglesias que a su vez estaban ligadas a los dogmas y absolutismos de los gobiernos monárquicos.

De caer, todos los autoritarios debían caer juntos.

La religión como poder dominante y humillante del hombre estaba condenada a la desaparición.

La luz, la de la razón, la sustituiría. Nadie le diría a quién qué hacer. El hombre piensa, el hombre elige, el hombre decide, el hombre actúa, el hombre es responsable.

Eran idealistas, y la idea era grande, y yo mismo me sumo a ella.

Sólo que confundieron a los portadores oficiales de lo religioso con lo místico en sí, que es tan condición humana y tan naturaleza como el resto de aquella naturaleza que al hombre se le atribuye.

Ése fue el error.

Ése es siempre el error, la confusión de contenidos con continentes, de ideas con instituciones, de falsas concreciones con auténticas intuiciones por ellas malogradas.

Detrás de todo ese mecanismo iluminista había una enorme fe en la eticidad natural del hombre gobernada por la razón.

En realidad era la vieja fe socrática que decía:

—Nadie obra mal a sabiendas. Si lo hace es por ignorancia.

Esa hipótesis tiene este presupuesto:

—*Obrar mal es hacerse mal, y todo ser es suficientemente egoísta para desear su propio bien. Si desea su mal, no lo desea, sino que ignora que ése es su mal.*

Correcto, correctísimo.

A ese efecto hay que educarse. La razón se educa. Los iluministas pretendían una igualdad de educación para todos, y en consecuencia se daría el parto de la luz, de

la razón, para todos por igual, al unísono, y surgiría la sociedad ideal, la de seres pensantes, que saben distinguir entre qué les sirve y qué los daña.

Falló eso de la igualdad.

Vaya uno a saber por qué...

El nuevo brujo de la tribu

El orden de la religión, por tanto, fue suplantado por el nuevo orden, el de la razón. Un orden que en realidad era de la misma fe que sostenía la religión: la perfección del hombre, la superación de la historia, el alcance de la paz y fraternidad universales.

Tenían fe, los enemigos de la fe institucionalizada.

Y no sabían que su razón era fe en la razón, y en que en sí misma la razón no es más racional que el brujo de la tribu.

Hume, el filósofo inglés, en sus *Dialogues concerning natural religion*, hizo ver que los filósofos en los altares vacíos del cristianismo habían colocado otras divinidades.

Los altares son los mismos, las divinidades cambian.

Pero encarnan los mismos mensajes del Dios destronado.

Desenchufado de su origen nutricional, el mensaje lleva dentro de sí una bomba de tiempo.

Le dicen *crisis*.

¿Qué hacen los dioses?

Pero tampoco cambian. Quieren lo mismo, buscan lo mismo, y finalmente operan como todas las divinidades de todos los olímpicos en todas las culturas: *matando y destruyendo al que no comulga con su santa ilusión de salvar al hombre*.

La razón destrona a Dios pero se apodera de los mensajes de Dios.

Por eso es neurótica.

Esquizoide.

Y por eso no logra su propósito.

El hombre crece en racionalidad hacia afuera, hacia el

manejo de las cosas, pero decrece hacia adentro, porque al creer que puede operar con racionalidad en los terrenos de la comunicación interhumana, pretende a toda costa imponer su razón contra el otro que pretende exactamente lo mismo, porque tiene el mismo derecho, y en consecuencia la batalla se torna infinita e infinita la herida.

La razón no cultivada por la educación, que a su vez debería partir de creencias compartidas que la orientaran, es razón de individuos, y ese mecanismo ya no es racional, es caprichoso y emocional.

Yo pienso, en ese caso, significa:

—*A mí se me antoja, y quiero ser yo mismo, y no se discute.*

El otro quiere exactamente lo mismo, ser yo mismo.

Un yo mismo, por cierto, no se discute.

Ergo, es irracional.

Racional, enseña Popper, es justamente lo que se discute, lo que es pasible de ser re-futado y des-mentido.

Las contradicciones de Occidente

Octavio Paz comenta:

“El origen de la idea de la historia como progreso es religioso... Es el resultado de una doble y defectuosa inferencia; pensar que la naturaleza tiene un designio e identificar ese designio con la marcha de la sociedad y de la historia.”

Después habla Octavio Paz acerca de los cambios sobrevenidos:

“La filosofía profanó al cielo, pero consagró a la tierra; la consagración del tiempo histórico fue la consagración del cambio en su forma más intensa e inmediata: la acción política.

La filosofía dejó de ser teoría y descendió entre los hombres. Su encarnación se llamó revolución.

Si la historia humana es la historia de la desigualdad y la iniquidad, la redención de la historia, la eucaristía que la cambia en igualdad y libertad, es la revolución.”

Ésta era la razón prohibida, la del árbol prohibido en el mito genésico.

Ahí están las semillas del devenir de Occidente en sus múltiples contradicciones.

El engrama teológico del mundo ateo

Si dices NATURALEZA estás hablando de un mundo creado, de un orden visto desde algún OJO.

Si dices HOMBRE y consideras que es esencialmente diferente del bichito de luz y de la hormiga y del inteligentísimo delfín, no te moviste del texto bíblico.

Si crees que estás para algo en este mundo, estás montado en un engrama teológico, y pre-supones que alguien te mira, que alguien te espera, que algo deberías hacer por el mero estar aquí.

Si te contemplas en el espejo y piensas que eres alguien, in-comparable, im-prescindible, eres muy, pero muy creyente.

Me explico brevemente

No quiero ser mal leído, ni peor interpretado.

Aunque ese riesgo, por cierto, está *a priori* inserto en todo intento comunicativo.

Mis disquisiciones no apuntan a re-cuperar el mundo religioso.

Creo que es i-rrecuperable.

El *pienso* cartesiano no admite regresos.

Lo mío es apenas una adhesión a las corrientes epistemológicas que, concuerdan todas, hacen hincapié en el hecho de que detrás de toda idea, detrás de todo valor, hay una creencia que no admite un análisis racional.

Lo racional está sustentado en lo i-rracional.

Como lo consciente está montado sobre lo in-consciente.

Esto nos conduce a una conclusión de orden ético, único orden que me interesa:

—Toda argumentación para justificar tu acción es relativa a que el otro comparta tu creencia básica, en sí irracional. Si no la comparte, abstente.

Nunca tienes razón, porque la razón no se tiene, se obtiene.

El otro es tu co-actor, tu co-actor.

El bien lo decide el otro, y no tu teoría. Él dice que le es bien.

No lo fuerces a ser feliz, apoyado en las certezas que tus razonamientos te proveen.

No salves a nadie que no comulgue contigo. Es libre. Piensa solo.

Se han perdido las reglas de la mancomunidad.

Pienso, piensas, piensa.

Yo mismo, tú mismo, él mismo.

No sé cuánto se puede ganar con estas reflexiones.

Quizá menos tragedia.

De por sí sería mucho.

No preguntes; estás para responder

No hay nada en el cielo, salvo agua. No hay nada en las luminarias, salvo luz.

No te busques en arabescos de astrología.

Juega, juega a lo que quieras, pero debes distinguir cuando juegas y cuando te tomas en serio.

Juega a la borra del café, a las cartas, y a la astralidad de tu nacimiento.

Búscate donde quieras. Levanta ojos, baja manos, cierra la mente y adivina. Es un juego, y es bueno jugar, porque nos recuerda la infancia, la irresponsabilidad.

Pero nunca más preguntes dónde está Dios.

Recuerda que Jesús preguntó:

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Y no se le respondió. Jesús era el que se iba, no Dios.

Jesús no esperaba respuesta. Por eso preguntó antes de morir. En vida jamás preguntó.

En algún momento puede suceder que el viento se te cambie.

Miras el cielo, y terminas mirándote a ti.

No, en el cielo no hay nada.

No, en Aries —mi signo— no hay nada.

A veces, claro está, la angustia es grande y uno busca

a la madre, al almo pecho, a la causa del ser para meter ahí dentro la cabeza y olvidar, o consolarse. Es humano.

Más humano aun es saber cuándo se juega, y cuándo se responde.

No, en las estrellas, en el Sol, en la Luna, en el movimiento de los planetas, no hay nada.

Eso, donde no hay más que eso que hay, eso se llama NATURALEZA.

La naturaleza es in-significante.

Yo fui ADAM

Adam me llamaba yo alguna vez, cuando vivía en ese paraje tan bonito, el huerto de Edén.

Edén, en hebreo, significa PLACER.

Dios quería el placer para el hombre. De modo que todo religioso que esté en contra del placer está obviamente en contra de Dios. De religioso no tiene nada.

Yo al huerto ese del placer lo denomino Entre Ríos. Porque era la Mesopotamia, que en castellano se traduce "Entre Ríos".

De modo que no tienes excusas: está aquí, a la vuelta.

Lugares no faltan, y los placeres abundan.

Es el hombre el que lo hace paraíso o infierno.

El lugar es naturaleza. El hombre le da sentido, orientación, sabor.

Adam. Este término es multifacético. Significa hombre, el hombre varón. En calidad de hombre, alude a la humanidad, y por tanto comprende también a la mujer, a los dos sexos.

Por eso en el capítulo uno del *Génesis*, se señala primero que hizo al hombre, es decir a lo humano, a la esencia humana, y luego deslinda físicamente entre los dos sexos.

Luego está escrito que fue hecho, el hombre, a imagen y semejanza de Dios.

En el mundo cabalístico se leyó estos términos en cuanto el hombre contiene, semejante a Dios, lo masculino y lo femenino, la totalidad de las oposiciones complementarias y fecundas.

Totalidad totalizadora. Ser parte de. Ser parte con.

Con-siderar, he ahí un verbo hermoso. Significa mirar las cosas desde las "sidera", las estrellas. Desde ahí se vería el todo.

Otro verbo no menos bello es *con-templar*. Mirar desde las alturas del templo, como si todo fuera un gran templo.

Música y espanto

El hombre es llamado a ser el ordenador del mundo. El mundo *es* orden, y eso efectivamente significa el término griego *kosmos*. Armonía orquestada.

Los antiguos creían percibir la música de ese orden.

Leí alguna vez que la frase de Pascal "me espanta el silencio de los espacios infinitos" alude a la ausencia de esa música, como si el vacío se hubiera impuesto allí.

Ese silencio lo espanta.

A mí también.

Ese orden es sistema, y en cuanto tal es ético ya que se manifiesta evolutivamente desde un arriba que ordena el desde abajo, el crecimiento.

Perfectamente puede verse esta idea en el espejo del análisis filosófico, siguiendo por ejemplo un texto de Rudolf Carnap en cuanto al orden de los conceptos que son constituciones de los objetos.

Dice el pensador contemporáneo:

"Por 'sistema de constitución' entendemos una ordenación de los objetos en forma de escalera, de modo que los objetos pertenecientes a cada uno de los niveles son constituidos a partir del nivel inferior. Debido a que la reducibilidad es transitiva, todos los objetos del sistema de constitución son construidos indirectamente con los objetos del primer nivel. Estos son los objetos 'básicos'..."

Variaciones del número 45

Dios *con-templa* su obra, al final, y ve que es muy buena, es decir conforme con lo planificado.

Todos los días eran "buenos", éste, el último, el del hombre, es "muy bueno".

Muy se escribe con las letras *mem, alef, dalet*.

Hombre, Adam, se escribe con las letras *alef, dalet, mem*.

Ergo, están sumamente vinculados entre sí; alguna correspondencia los une a través de su participación en las mismas letras.

Numéricamente valen 45.

Cuando se quiere decir 45 se usa la letra de cuarenta, *mem*, y la *he*, que vale cinco.

Obtenemos *MH* (se lee máh).

Significa QUÉ.

Es la pregunta acerca del QUÉ.

El hombre es el que pregunta por el *qué* y es convocado a producir el significado del *qué*.

Esta es la primera tarea que encarara Adam, el hombre.

ADAM leído en hebreo, en otra combinación de esas tres letras, significa MUY/MUCHO.

Por eso el día en que él aparece es *MUY BUENO*.

El *mucho* lo aporta el hombre, al dar significado a esta acumulación de hechos y datos que es la realidad y que en sí nada significa.

Sin ADM el mundo es NATURALEZA, es decir in-diferencia, rotación, movimiento perpetuo.

Con *ADM el mundo significa.*

El ser proviene de Dios.

Significar, proveer de significado, es tarea del hombre.

Es lo único que hacemos mientras hacemos todo lo demás.

Re-creación de la creación.

El amor y la ley

Nace ella, la mujer. Brota del cuerpo de él. La imagen es clara: uno que se hace dos.

Eso que dijimos antes, no soy uno, soy dos, por lo menos dos.

Soy lo que sobra del dos cuando estoy solo. Por eso me pongo triste, porque soy carencia, la sombra de una ausencia...

Ella aparece. Es el otro. Como yo, pero no yo.

No es la madre, aquí, la que da a luz.

Es el hombre, el padre, y eso remonta a otro horizonte, el de la construcción personal, el de la ley y el sentido, el de la ética y la responsabilidad.

Se sugiere una confrontación entre dos grandes bloques culturales y valorativos.

La Madre produce hijos que son hermanos, amamanta, es amor, calor, polluelos, pasión.

El Padre no produce nada desde su sangre. Lo suyo es mental. Ordena la Ley. Su discurso es de la Ley.

Ella es el amor. Él es la ley.

Ella, la pasión. Él, la razón, el mandamiento.

A él se le ordena que no coma del árbol. Es la ley.

La que come será ella: el deseo, el amor, el impulso.

Eso somos, porque somos dos, somos los dos, en cada cual esa lucha intestina.

Confieso mis dudas

Él la mira, la clasifica, la ordena, la legaliza.

—Carne de mi carne, hueso de mis huesos —dice.

No sé con qué tono leerlo.

Aquí me brotan dudas. En cada lectura tengo otra visión.

Al comienzo, cuando era adolescente, me simpatizaba la sensación poética del descubrimiento de lo femenino.

Más tarde empecé a pensar que Adam se limitaba, en ese momento, a clasificar a la mujer, a ponerle una etiqueta y a incluirla en alguna taxonomía: hay seres que son carne de mi carne, hueso de mis huesos y hay que llamarlos así.

Y sigo dudando.

Y dejo abierto el espacio para que usted decida el tono de su propia lectura.

Claro que la lectura de uno, en este caso particular, depende de cómo nos manejamos con los otros.

De todos modos, ¡adelante!

Abandono, condición del amor, aunque duela

"Abandonarás a tu padre y a tu madre —dice la voz de la Ley— y te ligarás a tu mujer y serán una sola carne."

Primero el abandono.

No hay amor sin abandono. No hay salida sin sacrificio.

Salirse del nido. Irse.

Para iniciar la historia hay que abandonar la naturaleza. Tu madre, tu padre, es naturaleza.

Del latín, *natus*, lo que nace. *Homo de muliere natus*, decían los latinistas traduciendo a Job. El hombre nacido de mujer. Eso es nacido, es natural.

Pero el hombre no es el que nace, sino el que hace. Haciendo se hace.

Para ello se requiere el abandono. Salir, irse, arrancarse, desgajarse.

Para ir en busca del otro horizontal.

Tus padres son tus otros verticales, los de atrás.

Tu novia, tu amante, tu esposo es el otro horizontal.

El no yo como yo.

Y eso para alcanzar el otro vertical descendiente, el hijo.

Variaciones del hijo

En hebreo es *BN*, el hijo. Número 52 de la letra *B*(2) más la *N*(50).

Consecuencia, emergencia del 45 que es *ADM*, la condición humana, más 7, el número de la completud, del candelabro equilibrado, de la santidad.

Visto desde el cristianismo, es la cruz que comienza con el otro de atrás, sigue con el otro horizontal, y culmina con el otro vertical descendiente.

Es la historia que se va construyendo con la naturaleza. El número de la realidad esencial que llega a la trinidad mínima.

Los cabalistas decían que en la cabeza está la manifestación de Dios en forma de corona (*Keter*), y de ella parten dos emanaciones, la primera masculina que produce a la segunda, horizontal, la femenina.

Una es *Jojma* (sabiduría), principio masculino.
La otra *Bina* (entendimiento), principio femenino.
Fíjate en la palabra *Bina*. Allí encuentras la raíz capital
BN, hijo, que es el punto culminante de la inteligencia
creadora.

Y significa eso, construir.

¿Por qué no una sola alma?

La exigencia, el mensaje es que sean una sola carne.

¿Por qué no dijo que sean una sola alma?

Tengo para mí que eso es imposible. La ciencia psicológica así lo determina.

Considero que fue el error fatal del romanticismo que lo legó a la posteridad, nada romántica ella, pero que se guardó ese legado, el de una sola alma.

No, amada, no podemos ser una sola alma.

El alma es absolutamente privada, y misteriosa. Es movimiento, es sensación, es viento, hálito, suspiro, *nuance*.

Junta las almas, comprendernos, com-penetrarnos, es la enorme exigencia del siglo para una buena comunicación. Y ahí se produce el naufragio.

Apenas puedo prenderte, ¿cómo haré para com-prenderte?

El alma es insondable, es aguas, ¿y cómo podré apresarlas para fundirlas en las mías, si las tuyas son tan escurridizas para ti misma, y las mías son tan volátiles para mí mismo?

¿Unir las almas? ¿A quién se le pudo ocurrir?

No podemos ver lo mismo, pero sí mirar en una misma dirección.

Saint-Exupéry lo dijo.

Yo suscribo, y digo que ya es mucho pedir.

Latidos que estimulan latidos

Mi alma vibra junto a la tuya. Mi latido estimula al tuyo. Te veo y algo en mí, fuente de luz, se prende, pero no te com-prende.

Además tampoco quiero com-prenderte.

No nací para com-prender.
Cuando ADAM comprende, pone nombres, estampa
etiquetas, y mata la vida insondable que clasifica.
No adites etiquetas, tan sólo amor.
Nací para crecer, para creer, para crear, para crearte.
Cada uno modela al otro en la materia prima de sus
fibras íntimas.
Pero nada sabe.
Toda ciencia trascendiendo.

No quiero ser comprendido, quiero ser amado

No quiero comprenderte, quiero amarte. Una sola
carne. Una manera de perder el dos en el uno, aunque
fuera por unos instantes.
¿Te parece poco?

“Sé que la Luna o la palabra *luna*
es una letra que fue creada para
la compleja escritura de esa rara
cosa que somos, numerosa y una.

Es uno de los símbolos que al hombre
da el hado o el azar para que un día
de exaltación gloriosa o agonía
pueda escribir su verdadero nombre.”

Jorge Luis Borges, *El hacedor*.

El que faltaba, Serpiente

No contábamos con Serpiente.
Nos encontramos, nos gustamos, nos besamos, nos
amamos, nos unimos, fuimos una sola carne, y no, no
contábamos con Serpiente.
Hay que contar con Serpiente.
Está. Está al acecho. Espera la oportunidad. *Latet an-
guis in herba*. Se esconde la serpiente entre la hierba.
La pongo con mayúscula, Serpiente, porque es un
personaje y ése es su nombre en el drama de nuestra
trama. Es —en hebreo— masculino.
Serpiente es el tercero.

El tercero incluido. A los dos les cuesta ser dos, por eso aparece el tercero, el mediador, el catalizador, el facilitador.

En última instancia es el destructor.

Cuando estamos juntos, estamos solos, estamos. Dice Sartre: si aparece la mirada de un tercero nos separa, nos individualiza, y ése es el comienzo del veneno.

Proceso de individualización

Serpiente se encuentra con Eva y la rompe, la desgarradora de su vínculo con Adán, de su ser dos.

Le hace creer que es una. Le habla de las promesas infinitas de crecimiento y desarrollo y ser uno mismo que se ocultan en ese fruto. Por eso es prohibido. Porque los demás, Dios entre ellos, tienen envidia de su eventual despliegue de potencialidades.

Eva se deslumbra.

No se imagina que puede ser tan grande, tan importante, tan superior.

La idea de ser superior está en la gran trampa serpentina:

“seréis como dioses”

¿Quién no quiere ser como los dioses?

Serpiente no miente. Dice la verdad. Ella promete que serán como dioses, cuando coman, cuando se infesten de poder, de envidia, y de miedo consecuente. Igual que los dioses.

Lean las historias de los dioses de todos los olimpos y verán cómo son los dioses: maniáticos del cetro y del crimen.

Eva, no obstante, está encandilada.

Hablo de nosotros

Eso, después de todo, es más sencillo que ser una sola carne.

Ser uno contra otro es más fácil, el odio es más asequible que el amor. *El amor requiere trabajo, cuidado, cultivo. El odio no pide nada, tan sólo des-arse.*

Seréis dos en uno, quería Dios.

Seréis uno para cada uno, uno mismo contra el otro mismo, asegura Serpiente.

Y ganó Serpiente, por supuesto.

No hablo de la Biblia, aunque hablo de la Biblia, en apariencia.

Estamos hablando de nosotros, pero disimuladamente.

Compromete menos hablar de los otros.

Serpiente había prometido:

—Ustedes comen, y de inmediato se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, para saber el bien y el mal.

Y todo se cumplió.

Se abrieron los ojos. Serpiente no dijo con precisión qué verían. Se abrieron y vieron algo totalmente novedoso que antes no habían percibido, que estaban desnudos.

En cuanto al estar descubiertos, lo sabían también antes.

Ahora se sienten desnudos, como si alguien los mirara y los delatara. Desnudos frente a ojos ajenos. Desnudos con culpa de estar desnudos.

Antes era felicidad, cuando el desnudo era entre nosotros.

Pero ante un tercero, Serpiente, o Dios, desnudos es estar a la intemperie.

Con frío, mucho frío.

Como los dioses

Son como los dioses, llenos de odio, de soledad, de ansias, de guerra, de conquista, de nada.

Y ahí está el bien y el mal. El bien de antes y el mal de ahora.

No, que nadie acuse a Serpiente de mentiroso.

Yo lo defiendo. Dijo la verdad, y nada más que la verdad.

Serpiente es verdad, pura verdad, pero con un estilo publicitario muy atrapante.

Es el Don Juan de la verdad. Te cautiva, te inflama, y te abandona.

No es la lengua ni el veneno lo que definen a este personaje. Es su sinuosidad.

Eso nos arroba, la sinuosidad.

El no del sí, el sí del no, tiene un toque erótico.

En-cubrirse

Atiendan. ¿Oyen? Algo, un rumor. Alguien más anda por el jardín.

—Será Dios —dice Adán.

—¿Será Dios? —pregunta Eva.

Lo esperaban. Lo necesitaban. La culpa busca al juez. Raskolnikov conoce del tema, y mucho. El crimen es crimen si alguien te ve, alguien que pudiera verte, alguien que viniera a buscarte, a reclamarte.

Es parte del juego.

Antes el tercero incluido era Serpiente.

Ahora es Dios, presente o ausente. Está con ellos. Lo esperan, lo necesitan.

Sí, es Él. Se oyen sus pasos en el jardín, es Él.

Miedo. Hay que esconderse.

El miedo aguza el oído y la sensibilidad. Esos pasos, esos rumores de pasos, estaban siempre ahí, pero eran imperceptibles, porque no se requería de ellos. Ahora suenan, son perceptibles.

Ese era el miedo, el de la espera. La reacción de todo miedo es ocultarse, protegerse. Primero lo hicieron con hojas de higuera. Vestir al desnudo, como en el drama de Pirandello. En-cubrirse.

Ahora se ocultan entre los árboles del huerto. Jugar a la dialéctica. Sinuosos, igual que Serpiente.

No tiene sentido, pero ya están jugados al sin sentido que es la tensión de la pasión de dominar, de ser como dioses, y deben seguir jugando. El castigo es esa condena. El castigo es la esencia del pecado. La esencia es serpentina, sinuosa.

No se los dijo Serpiente, pero deberían haber captado que nadie emite otro mensaje que el sí-mismo.

Hubieran leído a McLuahn y sabrían que el medio es el mensaje.

Si el medio es Serpiente el mensaje es serpiente, es sinuosidad.

Es el pecado y el castigo, al mismo tiempo.
Retorcerse. En el engaño. Es el dolor.

Serpiente está adentro

Serpiente está adentro. Ingresó junto con el fruto. Él es el fruto.

El bien y el mal, mezclados, ensuciados, a través de manifiestos serpentinos y ser-penteantes, astutos, que sí y que no, dialécticos, que sí pero sin embargo, lo que pasa es qué, no sé si usted me entiende.

Adam requiere ser entendido.

Es víctima. No es actor. Es actuado. Lo actuaron, se siente actuado, menesteroso, abandonado.

—Oí tu voz en el huerto —dice.

—Tuve miedo —dice.

—Porque estoy desnudo —dice.

—Me escondí —dice.

Frases sueltas. Ensayos de expresión para cazar al otro. Lo único que no dice es:

—Comí del árbol prohibido.

Ahí esta el mal. No en haber comido. En la elusión de la respuesta. En el encubrimiento y ocultamiento. Primero con vestidos, luego con palabras.

Es la perversión de la palabra, un bien hecho ahora mal.

El árbol del bien y del mal. Mezclados, confusos, licuados.

Ésa es la caída.

Comer o no comer es un accidente.

Cumplir o transgredir es un accidente.

Sufrir tentaciones, todo el mundo las sufre, y sucumbir, también sucumben ya que como dice el Libro "siete veces cae el justo, y se levanta". También está escrito: "no hay hombre justo sobre la tierra que sólo haga el bien y no cometa transgresión".

La transgresión, eso que luego se llamara pecado, en hebreo se dice *jet*, y significa *des-vío, salirse de la vía correcta*.

El justo no es el que jamás cae; es el que cae y luego se levanta. No hace de su caída una esencia ni la petrifica ni le rinde culto ni la fetichiza en el orbe de la culpa.

Se levanta, enfrenta su des-vío, y procura rectificarlo.
¿Eso cómo? Respondiendo a la pregunta esencial:

¿DÓNDE ESTÁS?

Responde. Ahí se levanta.

Y se vuelve hombre, persona.

Siete veces cae el justo

La caída comienza después del accidente. Si responde, se levanta. Si elude, si esconde y se esconde, y cae en mallas serpenteantes de evasiones y explicaciones y jamás dice sí, es mío, lo hice yo, me corresponde, cargo con las consecuencias, entonces *está construyendo su caída y se está incorporando dentro de ella, como dentro de un hogar, dentro de un caparazón. Ése, propiamente dicho, es el mal.*

Serpiente nunca está afuera; siempre está adentro.

El mal pasa por dentro, se decanta, se vuelve dialéctica, da vueltas de serpiente, y finalmente estalla afuera. De desnudos felices pasan a desnudos astutos, vulnerables, hirientes.

Infernales. El huerto era hermosísimo. Podía haber sido paraíso. Fue paraíso cuando lo hicieron paraíso.

Luego entre culpas, hostigamientos, mentiras, encubrimientos, elusiones, se hizo infierno.

Se odiaban. El uno era el culpable del mal del otro.

Eran como dioses, unos contra otros, como en el Olimpo, exactamente.

Hay que salvarse, enseña la astucia. A costa del desnudo ajeno, de su sangre, de su vida, del otro.

Ese fruto, al comerlo, lo produce ya no el árbol sino el mismo hombre. El árbol es cualquier árbol.

El fruto, *el gusto ese de dominar, de superar la propia condición, las ganas esas de ser como Dios, ese es el bien y el mal.*

Bien para crecer, mal para usarlo como instrumento de inculpação y destrucción.

¿Qué es vivir para el hombre que destruye su paraíso?

Ocultarse brillantemente. Entre palabras, entre frases, entre sutilezas irónicas.

Dice Norman Brown:

"La doctrina de la neurosis universal de la humanidad es el equivalente psicoanalítico de la doctrina teológica del pecado original."

Éxito, exilio, extraño

Estaban en el que fue paraíso.

No lo supieron hasta que lo perdieron. Cuando lo destruyeron, porque ellos fueron la causa de la destrucción del Edén, entendieron que estaban en el exilio.

Eso es lo que siento: que estamos en el exilio.

Estar fuera de. Eso es ex-istir, estar afuera. Primero adentro, dentro del vientre. Luego afuera.

En el afuera puede haber un adentro, o un afuera del afuera.

El afuera del afuera es el exilio en el exilio de la ex-istencia.

¿Quién lo produjo? El mensaje de Serpiente.

¿Qué prometió Serpiente?

Hablemos claro: prometió el éxito. Serás superior a otros. Eso se llama éx-ito.

Fíjate que es de la raíz *ex*, salir, afuera, exilio, ex-istencia, es decir desnudez.

El éxito te deja solo, como dios que quieres ser, superior. Nadie es como tú. No hay horizontalidad en el otro, ni verticalidad atrás ni hacia adelante.

Solo.

Tú, el éxito. Tú, tu superioridad.

No importa en qué sector de la existencia. En tu profesión o en la charla de café, o en el baile en el salón, o en tu corbata, o en tus muslos incomparables.

Superior.

El que quiere ser superior vive con miedo, y ocultando sus defectos, porque no quiere perder su superioridad.

Afuera, fuera del paraíso, fuera del bien.

Eso es el mal. Soledad y miedo, y la sonrisa por fuera con aplausos grabados para los momentos de melancolía.

Hay momentos en que esa melancolía crece y uno, con Neruda, quisiera escribir los versos más tristes.

Irse, para volver

Del exilio brota la flor del amor. Salir del afuera, para lograr el adentro.

El yo busca a su otro, para ser el número esencial de dos.

El amor.

Solos, a la intemperie, en pleno frío, y con todo el éxito auestas, y el precio que se pagó: la desaparición del paraíso.

De la de-solación, de la ausencia del sol, emerge la necesidad, la urgente pulsión de re-cuperar la vida.

Es tiempo de amor.

Se miran, se buscan, se des-cubren. Es el amor. Saber del sabor.

El abrazo. El paladar interior en busca de la madre primera, de la pasión que borre hojarascas de exilios.

El verbo *iada* que aquí se usa para significar la relación íntima, sexual, del hombre con su mujer, significa *saber*. Saber es amar, es interiorizarse, es penetrar en. Saber, el castellano lo dice, es sabor, es saborear.

Si se penetra un objeto, con la mente, se produce el *iada* de saber-conocer-dominar.

El que ofrecía el árbol, el de Serpiente.

Cuando se aplica a las cosas, insisto, a los objetos, *es bueno*.

Cuando se aplica al otro humano, al sujeto, *es malo*.

El conocimiento es erótico. El erotismo es conocimiento profundo.

De todos modos hemos de atender al hecho de que el texto usa este verbo que fue, en su raíz, capital en los acontecimientos pasados.

Se separaron, se perdieron, se expulsaron del paraíso de la vida bella por querer saber.

Ese era el otro saber, el del saber tecnológico, dominante, individualista, de uno para uno mismo, que es posesión y apropiación del otro o de los otros de todo otro, para hacerlo prisionero de uno mismo.

Es el saber que corrompe toda relación auténtica y la transforma en relación de amo y esclavo, de superior e inferior, tan explicada por Hegel.

El amor, la panacea

Un saber cura del otro.

En la herida está el remedio.

Es la ambigüedad que reina en todo el ser, y que se manifiesta para uno u otro lado.

Nada es, todo está siendo, y en ese estar siendo se manifiesta y se hace bueno o malo.

Saber es una relación con lo otro, el otro.

De ti depende qué relación seas, de dominio o de compenetración, *de eso que Buber llama yo-ello, cuando el otro es mi objeto, o yo tú, donde el otro es mi objetivo y el yo el suyo.*

Quería saber el mundo, el universo, como dios, más que dios, y ahora descubre que lo que más puede saber, el mayor sabor del saber, está en este ser compenetrado con el otro.

Del amor paraíso, a la crisis. De la crisis, de la desolación, vuelta al amor.

Sabiduría de la vida:

De los escombros renacer, de la crisis emerger.

Tienes que tornar a salir de mi cuerpo, de mi heridas, como lo hiciste la primera vez, y yo lo haré de las profundidades de tu vientre.

Será *un* día. El día único, de seres únicos en busca del DOS esencial.

¿Sabes cómo son los días de la vida?

Te diré:

"Atardecer, amanecer, un día."

Un día. Espéralo.

No, no lo esperes. ¡Engéndralo!

Índice

1. *Este saber no sabiendo es de tan alto poder* 7

La vida, ¿a qué compararla? – Sabiduría – Querer es creer – ¡No te entiendo! – Razones – Sabiduría del amor – Re-nacimiento diario – La hoja real – Corazón que oye – Apertura de la vocación – El tiempo y el ruido – Oírme una cosa... – Eso que no se regala – La lección del maestro – Para pensar, lo mejor es dejar de saber – Convocatoria pública a estar inteligente – Esquizo – La originalidad creativa – El pensamiento vertical – ¿Por qué pelea la gente? Por un pozo – El más importante de los exámenes – Vivir de memoria – Pensar en dialogar – Cultura es comunicación – La casa sosegada – ¿El sabor, te pasó alguna vez? – Vivimos como soñamos – Eres inesperada, mujer – Amar y admirar – La felicidad de la in-seguridad – El agua que bebiste y la que no has de beber – Ser es hacerse – La prisión de los otros – A quien conmigo va – Ni sujeto, ni predicado.

2. *Oh tiempos, oh costumbres* 37

El tiempo y el cuerpo – Los símbolos máximos del siglo – Metafísica de lo liso – Hablemos del tiempo – Ocio – Yo soy mi piel – De cómo mi maestro me arruinó un viaje a las Bahamas – Interiores – El fracaso del orgasmo – Con-fianza – Filosofía del look – En el comienzo fue el show – Desasosiego – La casa está que arde – Pensar es un placer – Borges, puliendo frases de cristal – Las traslúcidas manos del judío – El claro laberinto – Turban – La fama, la fama – Spinoza quiere in-dependizarse – El arduo cristal – Eternidad e inmortalidad – Dos tiempos en el tiempo – La vida es cuento, todos los cuentos – ¿Qué hacer con el erotismo en la Biblia? – ¿Quién se acuerda de José? – La vida del hombre del Estado; sobre José – Análisis del político – El timonel – Naturaleza y Logos – ¿Qué se puede esperar de un Potifar? – La rebelión de José – La vida es sueño – Atención, que falta el final – Tiempo, historia y *kairos* – El legado de los Testamentos – La ley y los profetas – Ex-celencia – ¿Qué hizo Occidente? – Hay que protestar – La rama mística – Oír vs. ver – Filosofía de la imagen – La confusa herencia de Occidente – Nuestro mundo politeísta – Los tres impulsos – Soy porque Dios es – El manicomio convertido en Belén – Sin camino.

3. *La puerta en el muro* 81

El azar del encuentro – Los relojes que somos – Hilado y trama – La pata de la vaca – Mira para atrás... – Tú eres la fuerte – El mal – El arte de extraer la flecha – Me hacen feliz – Para la libertad – La herida abierta – Crecer – La puerta en el muro – De cierta infidelidad no se habla – Yo quiero ser feliz en el camino – No sé, estoy confundido – La revolución copernicana – Popper, Eco, la sabiduría – La imperfección es tu gloria, hijo – ¡Qué mudable es el corazón! – ¡Qué hace la gente con sus varios rostros? – Sin departamento, sin tarjeta de crédito... – Un mundo de negocios – De la biblioteca al hombre – Monólogo de serpiente – Meditación de lo que esperas que yo sea – El conocimiento – ¿Qué es el bien? – El bien es como – Friedrich Hölderlin: una breve jornada – Atreverse, hay que atreverse – ¿Sabes qué nos falta? – Pedagogía del Yo-Tú: Martin Buber – Tipos de relación humana – La relación es el modo – Yo-Tú – El Tú divino – Las rotas cadenas – La revolución pedagógica.

4. *Erotismo* 119

La tensión erótica – Divino – Ejercitarse – El proceso de cristalización – Aprender a sentir, a amar, a gozar – A no buscar nada – El hombre inventa la sed – Erotismo – Plenitud – La enfermedad – “Desearía rajar mi corazón con un cuchillo” – “El arte de amar” – El amor y el dinero – Contigo pan y visión – Paciencia, amigos, paciencia – Eres más – Im-presiones y ex-presiones – Esto es café, el resto es... – Te quiero porque te aporreo – La filosofía de Sade – La falla ideológica del divino Marqués – Hablemos de sexo – El sexo arduo que les fue impuesto – Después del éxtasis, el problema – El otro es un pretexto – Los dos dones – Otro don – La pretendida inmortalidad – ¡Dios! – El sueño y la duda – Ideas de Marco Aurelio – Llenar el hueco – Trinidad – Eros – El que da alas – El amor es un método – Yo no quiero ser perfecto – Habla Lou Salomé, toda una mujer – El arte del jinetismo.

5. *¿Y ha de morir contigo el mundo mago?* 151

Sonríe, los otros te aman – Parte de la vida – ¿Por qué lloro? – ¿Cómo se hace para vivir a pleno? – Vanitas – Reloj que cuentas las horas – No te pierdas ningún día – Cuando corresponde llorar, gritar – Yo voy hacia él... – Tristeza del cronopio – Vivir en poesía – Los bienes – Vivimos como si fuéramos inmortales – Amor, sentido y miseria – No moriré – Morir y vivir – Trascendencia – La libertad es el anhelo – Eternidad – Cómo detenía David al Ángel de la Muerte – Conocerse es narrarse – Mortal y eterno – Vivir, vivir – Frente al absoluto – Reímos juntos, lloramos a solas – La cultura, un bastión defensivo – Las manías sabias – La fama, la fama – Tú eres lo que los otros dicen que eres – El ser propio y el decir de los otros – Volver al origen – La ironía socrática – La más antigua obra de arte – Lo largo y lo breve – Aquí y ahora – Por fin hablamos de la comunicación – Russell, ese rebelde – Persona e

inmortalidad – La respuesta de Aristóteles a Russell – Creer en nada – Cuadro de nuestro tiempo – El hombre es la medida de las cosas – La senda que nunca... – La muerte de Iván Illich – Razonemos – César Vallejo – El niño se asombra – El mago mundo.

6. *El placer y el goce* 185
¿Nosotros, hedonistas? – Los dos requerimientos fundamentales – ¿Estuviste en Tahiti? – La mujer es cosa mental – Los placeres de Einstein – La carne, por supuesto, y todo lo demás – Placer y felicidad – Tocamos la virginidad – Serenidad, ¿la conoce? – Placer entre fronteras – ¿El lugar? Todo lugar – *Carpe diem*, y sin ruido – Re-educarnos para el presente – El goce, tan diferente del placer – Lo conocido y lo imprevisible – Lo mejor es des-articularse – Reflexiones placenteras – La tentación de la seguridad – Angelus Silesius decía – Fuerzas paralelas – El placer del texto – Elogio de la contradicción – Rutina, ruptura – Lo decible y lo indecible – ¿Cómo se hace para vivir hoy? – ¿Por qué es poeta el poeta? – La desigualdad de las tardes – El pecado, ¿en qué consiste? – Erotismo que abre cauces – Cupido vuela.
7. *Hay Dios en este lugar* 205
¿Para qué? – Caminos, senderos, desvíos – Y nosotros nos iremos – No sé quién es mamá – Gracias – ¿Destino? – Jaia – Recuerdo lugares – Nada es in-significante – Quitate los zapatos – La lección del maestro – Un día más, o el día uno – Dios no está en el Perito Moreno – ¡Hay Dios en este lugar! – Al desierto – No lo sabrás hasta que lo encuentres – En tu mirada – Re-revelación – El árbol de la vida – Por eso, hijo mío, ¿para qué vas a viajar hasta la India, a contemplar el Taj Mahal? – La buena acción de desertar – No, cuando viajes a París, no vayas al Louvre – Felicidad – *Ad astra* – La guerra y la paz – Los siete brazos del candelabro – Una hora de sí mismo – Amor y ley – Aprende a descansar; es todo un trabajo – ¿Cómo andas del séptimo día? – El vuelo del espíritu – Ideas de Teresa – Todo lo exterior es interior – Donde estés, siempre serás tú – Con-humano – Un alma como la mía – Mamá.
8. *Invitación pública a cumplir días* 229
Día uno – El presente inasible – Aprender es aprender – No podemos conocer sino el pasado – Estamos prendidos – La vida del astro muerto – Este temblor – Adentro, afuera – Invitación pública a cumplir días – La rutina – Nosotros y las palabras – Raros momentos – La traición de los discípulos – El mensaje, el drama – Para conciliar el sueño – Maestros vs. políticos – No tiene tiempo. No tiene libertad – La utopía – El pájaro hermoso – Brutus – Los llamados y los elogios – Las diferencias entre religiones – Mi experiencia, tu experiencia – La mano de Dios y la de Adán – Se me cruzan los pájaros – Sin salida – Esta es la casa de Dios – El peligro – ¿Sientes lo que yo siento? – Ahora viene la foto – Besos de entrecasa – No quiero atesorar perlas – ¿De qué sirve

pensar? – Feyerabend – La fe de la racionalidad – ¿Por qué Sócrates se puso a pensar? – Individuo: la ciencia de lo imposible – Momentos de reflexión – Un fragmento de Fernando Savater – Dice Aristóteles en su *Ética a Nicómaco, Libro II* – Constructivismo – La vida por una convocada – Unos escriben, otros leen – Principio de indeterminación – Pígalión – El espíritu de la profeta – Todo es espíritu, aunque no se note – El sexo no existe – ¿Qué ve en el espejo? – El sexo y Wilhelm Ostwald – El huerto de la nuez – Voltaire era feliz – Comprender es perdonar – Posmo – Ding y Be-ding – La razón intra-sistemática.

9. *La autoridad* 269

La muerte de Venecia – Ocaso de un mundo – Reflexión de Edipo – ¿Quién ha muerto? – La religión va hacia su ruina – La ruina del fundamento – Hay un padre anterior a tu padre – Rebelión contra la autoridad – El porvenir de una ilusión – El vacío existencial – Hace falta iluminación – Dos sistemas propuestos – Escuelas de humanidad – Pocos elogios – Madre, fe – La autoridad de ser personal – Autoridad de afuera, autoridad de adentro – La anti-autoridad: el místico – Vaciar – Ciencia y Filosofía – Adónde vamos, de dónde venimos – Ideas de Mannheim – Libertad y autoridad – El éxito de la culpa – Éxtasis de sueltos – No hay religión, auténticamente hablando – La base que falta – Hable, diga lo suyo, no se inhiba – Nosotros somos felizmente herméticos – El otro se dice y yo me entiendo – Mirar ventanas cerradas – Esquizofrenia axiológica – La gente, de buena que es, hace un becerro de oro – La hamburguesa, la ópera, el yoga – El problema es educar – Una de indios – “Educaré a mi hijo en plena libertad” – Cimientos – La utopía del positivismo – Ser y deber-ser – Evolución de la involución – ¿Qué le digo a mi hijo? – Me arriesgo y me opongo a Fromm – ¿Qué principios guían hoy al educador? – Las cartas sobre la mesa – Está en el aire.

10. *Uno nace y ensaya un camino* 301

La obra es el ensayo – Se acabó el mundo – Rama y serrucho – El azar y la necesidad – Sólo de ilusiones se vive – Comentarismo – Contextuales y forcluidos – Posmodernidad – El hombre-post – Después del diluvio, yo – ¿Cómo empezó todo? – ¿Qué es la felicidad? – Tristeza – Ansias del alma – Discrepo con Platón, si me permiten – Un desvencijado oso de peluche – El afuera te pone – Que nadie se entere – Todo lo que queremos es contradictorio – El determinismo y la adorable imperfección – El relojero y tú – No se da lo que se quiere, pero si no se quiere nada se da – Hay que irse por las ramas – Árbol y bosque – Yo soy un cóctel – El hombre que se mira el ombligo – El análisis – Más análisis – El hombre fáustico – Metistófeles y nuestro tiempo – Los unos y los otros – Las dos puertas – Aprendí a renunciar – El confort y la fe – Bienestar y estar-bien – La risa, ¿do fue? – Para quererte mejor – Elogio de la vigilia.

11. *Desnudo salí del vientre de mi madre* 331

El misterio de la fe y la mujer – Crisis de la separación – La revolución del padre – Lo femenino es divino – Creación y totalidad – Andrógino – El mito del andrógino – Naturaleza y matriarcado: el orden del amor – La gran rebelión – El hombre se separa del mundo – El Padre y el Alma – La letra y el espíritu – Alimento, vida – Para redimirnos – La ambición, raíz y esencia de tu realidad – Las pieles de Serpiente – El monotesismo nietzscheano – Sea la luz, sea la ley – Del placer a la felicidad – Terapia de recuperación – Comunidades de voluntad, comunidades de obediencia – Historia de Edipo – La novela policial perfecta – La versión de Fromm – La ley del amor, y el amor a la ley – Amor y ley entre nosotros, posmodernos – Principio del placer – Orgía, fiesta, religión – Sentido de la fiesta – Reflexión sobre la droga.

12. *Esa rara cosa que somos* 357

Esa extraña sensación de estar fuera del paraíso – El delirio de ser uno – Des-ligado – Mi único problema – Ser para – Algo no, alguien – Cielos – No nos une la verdad, sino la con-fianza – Allí hay solamente agua – El cuerpo piensa, luego existo – Allí hay agua – Dios y la necesidad de cosificar – Defensa de los plurales fluidos – Dios en Auschwitz – Contestar y responder – Adán, sofisticado – El juego de la culpa – La cabeza – Acerca de los idealistas, así llamados – Las ideas, un juego excitante – Natura – El triste fracaso de Nietzsche – La caída de los autoritarismos – El nuevo brujo de la tribu – ¿Qué hacen los dioses? – Las contradicciones de Occidente – Me explico brevemente – No preguntas; estás para responder – Yo fui ADAM – Música y espanto – Variaciones del número 45 – El amor y la ley – Confieso mis dudas – Abandono, condición del amor, aunque duela – Variaciones del hijo – ¿Por qué no una sola alma? – Latidos que estimulan latidos – No quiero ser comprendido, quiero ser amado – El que faltaba, Serpiente – Proceso de individualización – Hablo de nosotros – Como los dioses – Encubrirse – Serpiente está adentro – Siete veces cae el justo – Éxito, exilio, extraño – Irse, para volver – El amor, la panacea.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.





Jaime Barylko

Sabiduría de la vida

En este libro *Barylko* expresa, con su estilo tan particular, lo más hondo de su humanismo. ¿Qué debemos hacer para vivir mejor? En busca de respuestas, el autor apela a las ideas de diversos y numerosos escritores y pensadores de todos los tiempos: Heráclito, Sócrates, Ovidio, Filón de Alejandría, Teresa de Jesús, Shakespeare, Dostoievski, Ortega, Heidegger, Martín Buber, Borges, Erich Fromm, Foucault, Eco, Feyerabend y muchos otros.

“En momentos en que se cimenta la posibilidad de vivir más –sostiene *Barylko*– nos preocupa saber qué se hace con tanta vida, cuando al mismo tiempo abunda tanto vacío. Hoy que sabemos de todo, tan solo nos falta esto: saber-vivir. Sabiduría de la vida, de tu vida.”

DIVULGACIÓN

booket

ISBN 987-1144-30-X



9 789871 144303